

LOS SENTIDOS DEL TRABAJO

Ensayo sobre la afirmación
y la negación del trabajo

Ricardo Antunes



TEL
Taller de Estudios
Laborales

Herramienta
ediciones

LOS SENTIDOS DEL TRABAJO

La negación de la centralidad de trabajo, realizada por los apologistas del capital —un tema fundamental en **Los sentidos del trabajo**—, adquirió más relevancia en las últimas tres décadas, coincidiendo con el inicio de la crisis estructural del capital.

Las teorías que postularon la sustitución del trabajo por la “ciencia como principal fuerza productiva” se concentran, con un característico “eurocentrismo”, en algunos países capitalistas avanzados, dejando de lado el hecho de que actualmente dos tercios de la fuerza de trabajo de la humanidad vive en el llamado Tercer Mundo. Más aún —como demuestra Antunes— las conclusiones de tales teorías sobre la sustitución del trabajo y la idea de relegar al siglo XIX sus estrategias combativas están desprovistas de cualquier fundamento, incluso en un país capitalista tan avanzado como lo es Inglaterra.

En **Los sentidos del trabajo** hay una investigación meticulosa, y las observaciones teóricas del autor están sustentadas en una amplia documentación. Antunes consigue con éxito respetar la complejidad dialéctica de los problemas discutidos, cuando otros podrían haberse visto tentados a ofrecer interpretaciones unilaterales.

Las candentes cuestiones sociales y políticas que se discuten se sitúan dentro de los horizontes teóricos más amplios del libro, enfatizando su verdadera significación y validez. Argumenta que las soluciones viables son posibles sólo por medio de una alternativa hegemónica del trabajo sobre el modo establecido del control social metabólico, combinando el “sentido de la vida” —esto es, la búsqueda de los individuos por una vida llena de sentido— con el “sentido del trabajo”.

István Mészáros

Profesor emérito de la Universidad de Sussex

TEL
Taller de Estudios
Laborales

Herramienta
ediciones



ISBN 987-21194-7-3



9 789872 119478

Ricardo Antunes es profesor de Sociología en el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas (IFCH) de la Universidad de Campinas, Brasil (Unicamp). Hizo su maestría en Ciencia Política en el IFCH de la Unicamp (1980), se doctoró en Sociología en la Universidad de San Pablo (1986) y es docente libre en Sociología del Trabajo por el IFCH de la Unicamp (1994). Trabajó un año como investigador visitante en la Universidad de Sussex, Inglaterra (1997-98). Ha dictado numerosos cursos, seminarios y conferencias en universidades de Brasil, Argentina y Uruguay y participado en congresos de su especialidad.



Es autor de *Adeus ao trabalho?*, editado en español (*¿Adiós al trabajo?*, Buenos Aires, Herramienta, 2ª edición, 2003); *A rebeldía do trabalho, O novo sindicalismo no Brasil, Classe operária, sindicatos e partido no Brasil, O que é sindicalismo?* y *Crise e poder*, entre otros libros.

Actualmente, coordina las colecciones *Mundo del Trabajo* de Boitempó Editorial y *Trabajo y Emancipación* de Editora Expressão Popular. Colabora regularmente en revistas y diarios de Brasil y otros países. Participa activamente en las revistas *Margem esquerda* (Brasil), *Latin American Perspectives* (Estados Unidos), *Herramienta* (Argentina), *Proteo* (Italia), *Asian Journal of Latin Americana Studies* (Corea) y *Trajectorias* (México), así como en otras publicaciones de distintos países.

LOS SENTIDOS DEL TRABAJO

Ensayo sobre la afirmación
y la negación del trabajo

Ricardo Antunes

LOS SENTIDOS DEL TRABAJO

Ensayo sobre la afirmación
y la negación del trabajo

Prólogo de István Mészáros

© 2005 Ediciones Herramienta
© 2005 Taller de Estudios Laborales (TEL)

Ediciones Herramienta

Rivadavia 3772 1º B (C1204AAP) Buenos Aires, Argentina
Tel. + 54-11-4982-4146
revista@herramienta.com.ar
www.herramienta.com.ar

Taller de Estudios Laborales (TEL)

Rivadavia 717, 7º p., Buenos Aires, Argentina
Tel. +54-11-4331-0558
tel@tel.org.ar
www.tel.org.ar

Para Diva y José, mis padres.

Traducción: Sergio Dima

Coordinación y revisión final de la edición: Andrés Alfredo Méndez

Diseño de tapa: Mario a. de Mendoza F.

Diseño y armado de interior: Gráfica del Parque

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina en el mes de octubre de 2005

Todos los derechos reservados

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN 987-21194-7-3

Antunes, Ricardo

Los sentidos del trabajo - 1a ed. - Buenos Aires : Herramienta:
Taller de Estudios Laborales, 2005.
280 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Sergio Dima

ISBN 987-21194-7-3

1. Ensayo Brasileño. I. Dima, Sergio, trad. II. Título
CDD Br869.1

Oh, las extrañas exigencias de la sociedad burguesa,
que primero nos confunde y nos desorienta, para después exigimos
más que la propia naturaleza.
Goethe, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*

¿Qué tiempos son estos, en que hablar de árboles es casi un crimen,
pues implica silenciar tantas barbaridades?
Brecht, *A los que van a nacer*

Sólo cuando el hombre, en sociedad, busca un sentido
para su propia vida y fracasa en lograr este objetivo es que esto da origen
a su antítesis, la pérdida de sentido.
Lukács, *Ontología del ser social*

Andan desarticulados los tiempos.
Shakespeare, *Hamlet*

Índice

Palabras preliminares	xiii
Nota del coeditor	xv
Prólogo	xvii
Presentación	xxi
Introducción	1
Capítulo I El sistema de metabolismo social del capital y su sistema de mediaciones	5
Capítulo II Dimensiones de la crisis estructural del capital	15
Capítulo III Las respuestas del capital a su crisis estructural	21
Capítulo IV El toyotismo y las nuevas formas de acumulación de capital	33
Capítulo V Del neoliberalismo de Thatcher a la “tercera vía” de Tony Blair. La reciente experiencia inglesa	47
Capítulo VI La clase-que-vive-del-trabajo. La forma de ser actual de la clase trabajadora	91
	xi

Capítulo VII	
El mundo del trabajo y la teoría del valor. Las formas vigentes del trabajo material e inmaterial	109
Capítulo VIII	
Acotación sobre la centralidad del trabajo. La polémica entre Lukács y Habermas	127
Capítulo IX	
Elementos para una ontología de la vida cotidiana	161
Capítulo X	
Tiempo de trabajo y tiempo libre: Por una vida llena de sentido dentro y fuera del trabajo	167
Capítulo XI	
Fundamentos básicos de un nuevo sistema de metabolismo social	175
Apéndice I	
La crisis del movimiento obrero y la centralidad del trabajo hoy	181
Apéndice II	
Los nuevos proletarios del mundo en el cambio de siglo	189
Apéndice III	
Socialismo y mundo del trabajo en América Latina	203
Apéndice IV	
Por dónde recomenzar: Luchas sociales y diseño societal socialista en el Brasil reciente	207
Apéndice V	
La nueva morfología del trabajo y el diseño multifacetado de las luchas sociales	231

Palabras preliminares

El libro que presentamos, *Los sentidos del trabajo*, ha sido largamente esperado por los especialistas en cuestiones laborales y por todos los que se interesan en ahondar en el problema del lugar del trabajo en el capitalismo actual. El sociólogo brasileño Ricardo Antunes es ampliamente conocido como un profundo estudioso de las cuestiones laborales y su libro *¿Adiós al trabajo? Ensayos sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, que publicamos en 1999, tuvo una calurosa recepción en el público hispanohablante, de lo que da testimonio el que se agotaran su primera y segunda edición y esté a punto de aparecer la tercera. Del mismo modo, la edición en portugués de *Los sentidos del trabajo*, aparecida en 1999, se agotó rápidamente y obligó a lanzar la segunda al año siguiente.

Si es para nosotros una gran satisfacción publicar este libro, no lo es menos que podamos hacerlo junto con el Taller de Estudios Laborales, una institución de valiosa trayectoria en este género de investigaciones. No es la primera vez, y no será la última, que participamos en iniciativas conjuntas con el TEL, aunque ésta es, por ahora, la más ambiciosa.

La presente edición en español es un proyecto que lleva más de tres años, cuya concreción se demoró por un conjunto de desventuras que finalmente hemos podido superar. Consideramos necesario hacer un reconocimiento a los trabajos relacionados con la traducción y la corrección de estilo realizados por Sergio Dima y la socióloga uruguaya Nancy Espasandín. Marcelo Claros, que falleciera hace unos pocos meses, tomó a su cargo ordenar y pulir las versiones previas. Lamentablemente su enfermedad le impidió terminar totalmente la tarea que con notable empeño encaró.

El texto final se ha cotejado también con la versión que Alberto Maineri hizo de varios capítulos y fue revisado por el propio Antunes.

Finalmente, Miguel Vedda y Martín Salinas colaboraron en la corrección de galeras.

La edición que presentamos es el resultado, pues, de un trabajo colectivo en el sentido más estricto.

Andrés A. Méndez
Ediciones Herramienta

Nota del coeditor

Encaramos con los compañeros de la revista *Herramienta* un nuevo encuentro con la labor del prestigioso sociólogo brasileño, doctor Ricardo Antunes. Nos sentimos identificados con sus ideas y preocupaciones, en particular con su rechazo al discurso hegemónico del capital, y valoramos su defensa intelectual de determinadas convicciones teóricas que tienen importantes implicancias políticas para la clase trabajadora.

A principios de los años noventa se iniciaba en la Argentina la fase decisiva de la ofensiva del capital y una de las principales debilidades de la clase trabajadora para enfrentarla radicaba en el desconocimiento y perplejidad frente a las nuevas estrategias del capital.

El discurso “neoliberal” anunciaba en el nivel del espacio productivo, de la fábrica y de la oficina, formas de organizar el trabajo llamadas a aumentar la productividad y a establecer nuevas relaciones laborales supuestamente más democráticas y enriquecedoras del trabajo.

Pero ese discurso hegemónico iba más allá, afirmaba que la superación del conflicto social en los lugares de trabajo estaba anticipando, a la vez, para la sociedad en su conjunto el comienzo de una época en que el trabajo humano ya no sería central, la clase obrera se reduciría a una mínima expresión y no habría más lucha de clases.

Este discurso provenía de intelectuales y políticos reconocidos por su defensa del orden burgués, pero encontraba numerosos y entusiastas portavoces entre pensadores progresistas y hasta con antecedentes en el marxismo. En nuestro país fue adoptado como una moda, sin mayor debate ni espíritu crítico, mientras que sus cuestionadores eran rápidamente desestimados como esquemáticos atascados en el pasado.

Desde los lugares de trabajo se pudo seguir de cerca y entender de qué se trataba realmente toda esta transformación en curso. Hoy, luego de varios años de experiencia, es casi ocioso afirmar que estos cambios no fueron beneficiosos para los trabajadores. Y también sabemos que, al

menos en ese nivel, la lucha de clases no solo no desapareció sino que adquirió nuevas y renovadas formas.

Pero es necesaria la reflexión general, más conceptual, incluso académica, de todo este proceso. Los trabajos de Ricardo Antunes fueron y son un gran aporte en ese sentido, y contribuyen a pensar estos temas desde la realidad y el interés de los trabajadores.

Es un honor para nosotros poder colaborar con esta primera edición en español de *Los sentidos del trabajo*. En este trabajo el autor desarrolla y amplía la rica elaboración teórica de su anterior y reconocido libro *¿Adiós al trabajo?*

En beneficio de la reflexión científica crítica, seria y comprometida, de problemas tan estratégicos, compartimos su enfoque y creemos que su producción teórica es un punto de referencia ineludible en un debate que recién ahora está comenzando a la par del derrumbe del proyecto neoliberal y el nuevo ascenso de las luchas obreras.

Taller de Estudios Laborales

Prólogo

La negación de la centralidad de trabajo, realizada por los apologistas del capital —un tema fundamental en *Los sentidos del trabajo*—, adquirió más relevancia en las últimas tres décadas, coincidiendo con el inicio de la crisis estructural del capital. Los orígenes de dicha tendencia datan de mucho tiempo atrás. Ya en 1925, Karl Mannheim, en su famoso libro *Ideología y utopía*, afirmaba que “las clases se están fundiendo una en la otra” porque, de acuerdo con una idea mucho más antigua que tomó prestada de Max Scheler, vivimos “en una era de ecualización”. El objetivo de dicho proyecto era, desde el inicio, separar a la inconveniente realidad del trabajo como antagonista del capital, negando la propia existencia de una fuerza social capaz de constituir una alternativa hegemónica al orden establecido.

Sin duda, asistimos —y continuamos enfrentando ese hecho— a fusiones de proporciones monumentales. No entre las clases, sino entre corporaciones gigantescas, casi monopolistas. De la misma manera, una tendencia real de ecualización está avanzando inexorablemente. Pero no es una tendencia que apunte a crear condiciones de igualdad entre las clases sociales: con toda evidencia, se pone de manifiesto exactamente lo contrario. La tendencia real indica una ecualización decreciente de la tasa diferencial de explotación, con la fuerza de trabajo colocada en todo el mundo bajo una forma de explotación y marginalización cada vez más intensa por parte del capital. Así, a pesar de todas las variantes de mistificación teórica que procuran descartar esos problemas como si fueran “preocupaciones anacrónicas del siglo XIX”, la necesidad de desafiar la subordinación estructural jerárquica del trabajo al capital continúa siendo la gran cuestión de nuestro tiempo. Existe el enfrentamiento de hecho, tanto en la teoría como en la práctica social, y es impensable sin la reafirmación vigorosa de la centralidad del trabajo.

Con rigor y lucidez, Ricardo Antunes aborda todo un conjunto de cuestiones vitales, reflejando fielmente sus complejas ramificaciones. El autor construyó en sus libros anteriores, particularmente en *¿Adiós al trabajo?*, y amplía mucho en *Los sentidos del trabajo* una estructura abarcativa en la cual los problemas particulares ganan vida y destacan cada uno el sentido del otro, por medio de sus conexiones recíprocas. Muestra de manera convincente que la “crisis del fordismo” y la forma en que las “personificaciones del capital” procuran superarla con una reestructuración de la economía –que queda muy lejos del éxito esperado– solamente son comprensibles como parte de una crisis mucho más profunda del sistema como un todo. Muestra también que éstas son en verdad manifestaciones de las contradicciones del sistema del capital, que ninguna dosis de “toyotismo” podrá remediar.

Las teorías que postularon la sustitución del trabajo por la “ciencia como principal fuerza productiva” se concentran, con un característico “eurocentrismo”, en algunos países capitalistas avanzados, dejando de lado el hecho de que actualmente dos tercios de la fuerza de trabajo de la humanidad vive en el llamado Tercer Mundo. Más aún –como el autor demuestra en una parte importante de su libro dedicada al análisis de lo que aconteció en Inglaterra en la tres últimas décadas– las conclusiones de tales teorías sobre la sustitución del trabajo y la idea de relegar al siglo XIX sus estrategias combativas están desprovistas de cualquier fundamento, incluso en un país capitalista tan avanzado como lo es Inglaterra. *Los sentidos del trabajo* explica las razones del neoliberalismo thatcherista, un proyecto que duró dos décadas, mostrando también la tentativa del Nuevo Laborismo de revivir bajo el vacío ideológico de la “tercera vía”, con un nuevo disfraz, el desacreditado y fallido emprendimiento neoliberal.

En *Los sentidos del trabajo* hay una investigación meticulosa, y las observaciones teóricas del autor están sustentadas en una amplia documentación. Antunes consigue con éxito respetar la complejidad dialéctica de los problemas discutidos, cuando otros podrían haberse visto tentados a ofrecer interpretaciones unilaterales. Subraya, por ejemplo, que el significativo aumento del trabajo femenino –que hoy constituye el 51 por ciento de la fuerza de trabajo inglesa– representa indiscutiblemente una emancipación parcial de las mujeres. Pero al mismo tiempo destaca el lado negativo de ese hecho, mostrando que el capital incorpora al trabajo femenino a su nueva división social y sexual del trabajo, imponiendo sobre la labor femenina una mayor intensidad de precariedad y explotación.

Las candentes cuestiones sociales y políticas que se discuten se sitúan dentro de los horizontes teóricos más amplios del libro, enfatizan-

do su verdadera significación y validez. El modo como el autor focaliza los fundamentos ontológicos del trabajo, usando de imaginativamente la última obra magistral de Lukács, le posibilita articular los polémicos problemas actuales con la perspectiva histórica de emancipación. Argumenta que las soluciones viables son posibles sólo por medio de una alternativa hegemónica del trabajo sobre el modo establecido del control social metabólico, combinando el “sentido de la vida” –esto es, la búsqueda de los individuos por una vida llena de sentido– con el “sentido del trabajo”. De esta manera, en nítido contraste con aquellos que proyectan una acomodación utópica con el capital –manteniendo su supremacía en el mundo de la producción– e imaginan una plenitud emancipatoria fuera de la actividad productiva, en el reino del “ocio”, Antunes insiste correctamente en que “una vida llena de sentido fuera del trabajo supone una vida dotada de sentido dentro del trabajo. No es posible compatibilizar trabajo asalariado, fetichizado y extrañado con tiempo verdaderamente libre. Una vida desprovista de sentido en el trabajo es incompatible con una vida llena de sentido fuera del trabajo (...). Una vida llena de sentido solamente podrá hacerse efectiva por medio de la demolición de las barreras existentes entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo, de modo que, a partir de una actividad vital llena de sentido, autodeterminada, más allá de la división jerárquica que subordina el trabajo al capital hoy vigente y, por lo tanto, sobre bases enteramente nuevas, pueda desarrollarse una nueva sociabilidad (...) en la cual la libertad y la necesidad se realicen mutuamente”. Esto no podría haber sido dicho mejor.

István Mészáros

Profesor Emérito de la Universidad de Sussex

Presentación

Los sentidos del trabajo (ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo) es el resultado de una investigación realizada en la Universidad de Sussex (Inglaterra) donde por invitación de István Mészáros, profesor emérito de aquella universidad, trabajé como investigador visitante (*Visiting Research Fellow*).

Pude entonces profundizar varias dimensiones que había iniciado ya en *¿Adiós al trabajo?*, publicado en 1995. *Los sentidos del trabajo*, que fue presentado en el concurso para profesor titular en Sociología del Trabajo, en el IFCH/UNICAMP, retoma esta temática, ampliándola y desarrollándola en otras dimensiones que, a mi entender, son centrales cuando se piensa en el mundo del trabajo hoy, en las formas contemporáneas de la vigencia de la centralidad del trabajo o en los múltiples sentidos del trabajo.

El estudio de las relaciones entre *trabajo productivo e improductivo, manual e intelectual, material e inmaterial*, así como la forma asumida por la *división sexual del trabajo, la nueva configuración de la clase trabajadora*, entre varios elementos que analizo a lo largo del texto, me permitirán recolocar y dar forma concreta a la tesis de la centralidad de la categoría *trabajo* en la formación social contemporánea, contra la *deconstrucción teórica* que fue realizada en los últimos años. Al contrario de la propaganda sustitución del trabajo por la ciencia, de la sustitución de la producción de mercancías por la esfera comunicacional o de la sustitución de la producción por la información, exploro las nuevas formas de *interpenetración* existentes entre las actividades productivas y las improductivas, entre las actividades fabriles y de servicios, entre las actividades laborales y las actividades de concepción, entre producción y conocimiento científico, que vienen ampliándose en el mundo contemporáneo del capital y de su sistema productivo.

Pudiendo disfrutar de la convivencia intelectual con los profesores István Mészáros y William Outhwaite, entre otros, en la School of European

Studies de la Universidad de Sussex, la misma escuela que también acogió, hasta hace pocos años, a Tom Bottomore, encontré las condiciones para la realización de la investigación cuyo resultado está en este libro.

El primer y especial agradecimiento va para el Profesor István Mészáros, por los diálogos, discusiones, reflexiones y, aún más que eso, por la amistad, sensibilidad y solidaridad profunda que allí se intensificaron aún más, y en quien siempre encontré, desde el primer momento de la llegada a Inglaterra, un apoyo total. Nuestros encuentros y debates, a lo largo de un año, hicieron que este trabajo ganara nuevos contornos. Agradecimiento que se extiende también a la querida amiga Donatella, por todo lo que pudimos vivenciar juntos.

Al profesor William Outhwaite, mi agradecimiento por el apoyo y auxilio brindados. Al profesor John McIlroy, del International Center for Labour Studies de la Universidad de Manchester, estoy igualmente agradecido por las actividades realizadas allí y por nuestros encuentros.

Mi agradecimiento al CNPq, por la beca de investigación que permitió retomar este proyecto a partir de marzo de 1999.

Ricardo Antunes

Introducción

Particularmente en las últimas décadas, la sociedad contemporánea viene presenciando profundas transformaciones, tanto en las formas de materialidad como en la esfera de la subjetividad, dadas las complejas relaciones entre estas formas *de ser y de existir* de la socialibilidad humana. La crisis experimentada por el capital, así como sus respuestas, de las cuales son expresiones el neoliberalismo y la reestructuración productiva de la era de la acumulación flexible, trajeron aparejadas, entre tantas otras consecuencias, profundas mutaciones en el interior del mundo del trabajo. Entre ellas podemos mencionar, inicialmente, el enorme desempleo estructural, un creciente contingente de trabajadores en condiciones precarizadas, además de una degradación creciente en la relación metabólica entre hombre y naturaleza, conducida por la lógica social volcada prioritariamente a la producción de mercaderías y a la valorización del capital.

Paralelamente, mientras tanto, vienen siendo frecuentes las representaciones que visualizan en estas formas de (des)sociabilización nuevas y positivas dimensiones de organización societal, como si la humanidad que trabaja estuviese lista para alcanzar su punto más avanzado de sociabilidad. Muchas son las formas de fetichización: desde el culto a la “sociedad democrática”, que habría finalmente realizado *la utopía de su cumplimiento*, hasta la creencia en la desmercantilización de la vida social, en el fin de las ideologías, en el advenimiento de una sociedad comunicacional capaz de posibilitar una interacción subjetiva a través de nuevas formas de intersubjetividad. O aún aquellas que visualizan el *fin del trabajo* y la realización concreta del *reino del tiempo libre*, dentro de la estructura global de la reproducción societaria vigente.

Mi investigación procurará ofrecer un cuadro analítico bastante distinto. Al contrario de estas formulaciones se puede constatar que la sociedad contemporánea presencia un escenario crítico que afecta no sólo

a los países del llamado Tercer Mundo, como el Brasil, sino también a los países capitalistas centrales. La lógica del sistema productor de mercancías viene convirtiendo a la competencia y a la búsqueda de la productividad en un proceso destructivo que genera una inmensa precarización del trabajo y un aumento monumental del ejército industrial de reserva, del número de desempleados. Solamente a título de ejemplo: hasta el Japón y su modelo toyotista que introdujo el “empleo vitalicio” para cerca del 25% de su clase trabajadora, viene procurando extinguir esa forma de vínculo de contratación para adecuarse a la competitividad que emerge del Occidente “toyotizado”. Entre las medidas propuestas para enfrentar la crisis japonesa, se encuentra incluso la que ha formulado el capital, que pretende ampliar tanto la jornada diaria de trabajo de 8 a 9 horas, como la jornada semanal de 48 a 52 horas.¹ Podemos mencionar también el ejemplo de Indonesia, donde las mujeres trabajadoras de la multinacional Nike ganaban 38 dólares por mes por largas jornadas de trabajo. En Bangladesh, las empresas Wal-Mart, K-Mart y Sears utilizaron el trabajo femenino en la confección de ropa con jornadas de trabajo de cerca de 60 horas por semana con salarios inferiores a 30 dólares por mes.² Lo que indica una forma de sociabilidad que, conforme datos recientes de la OIT para el año 1999, desemplea o precariza a más de mil millones de personas, aproximadamente un tercio de la fuerza humana mundial disponible para el trabajo.

Si es un gran error imaginar *el fin del trabajo* en la sociedad productora de mercancías, es sin embargo imprescindible entender cuáles son las mutaciones y la metamorfosis que vienen produciéndose en el mundo contemporáneo, así como cuáles son sus principales significados y sus más importantes consecuencias. En lo que se refiere al mundo del trabajo se puede presenciar un conjunto de tendencias que, en sus trazos básicos, configuran un cuadro crítico y vienen siendo experimentadas en diversas partes del mundo donde prevalece la lógica del capital. La crítica a las formas concretas de la (des)sociabilización humana es condición para que pueda emprenderse también la crítica y la desfeticización de las formas de representación vigentes, del ideario que domina nuestra sociedad contemporánea.

Tratando estas formas de (des)sociabilización que están presentes y en expansión en el mundo contemporáneo, István Mészáros, en un pla-

no de mayor abstracción, las denominó *mediaciones de segundo orden*. Según sus propias palabras (1995: 17-18),

Las mediaciones de segundo orden del capital –es decir, los medios de producción alienados y sus “personificaciones”: dinero; producción para el intercambio; las variedades de formación de estado del capital en su contexto global; el mercado mundial– se superponen en la realidad misma a la actividad productiva esencial de los individuos sociales y a la mediación primaria existente entre ellos. Solamente un examen crítico radical de tal sistema históricamente específico de mediaciones de segundo orden puede mostrar una salida a este laberinto conceptual feticizado. Por contraste, sin embargo, la aceptación acrítica del sistema establecido, históricamente contingente pero efectivamente poderoso, como el horizonte absoluto reproductor de la vida humana en general hace imposible la comprensión de la naturaleza real de la mediación. La prevalencia de las mediaciones de segundo orden borra la apropiada conciencia de las relaciones mediadoras primarias y se presenta en su “eterna presencialidad” (Hegel), como el necesario punto de partida, que es también simultáneamente un punto final insuperable. En efecto, ellas producen una completa *inversión* de la relación real que genera como resultado la degradación del orden primario y la usurpación de su lugar por las mediaciones de segundo orden alienadas, con consecuencias potencialmente muy peligrosas para la supervivencia de la humanidad (...).

La inversión de la lógica societal, al efectivizarse, consolidó, entonces, las mediaciones de segundo orden que pasaron a constituirse como elemento fundante del sistema de metabolismo social del capital. Desprovisto de una orientación humanamente significativa, el capital asume, en su proceso, una lógica donde el valor de uso de las cosas quedó totalmente subordinado a su valor de cambio. El sistema de mediaciones de segundo orden pasó a sobreponerse y a conducir las mediaciones de primer orden. La lógica societal se invierte y se transfigura, forjando un nuevo sistema de metabolismo social estructurado por el capital.

1. De acuerdo con informaciones que constan en *Japan Press Weekly*, febrero de 1998 (2076-25)

2. Datos extraídos de “Time for a Global New Deal” en *Foreign Affairs*, enero/febrero/1994, Vol. 73. N° 2; pág. 8.

Capítulo I

El sistema de metabolismo social del capital y su sistema de mediaciones

El sistema de metabolismo social del capital nació como resultado de la división social que posibilitó *la subordinación estructural del trabajo al capital*. No siendo consecuencia de ninguna determinación ontológica inalterable, este sistema de metabolismo social es, según Mészáros (1995), el resultado de un proceso históricamente constituido donde prevalece la división social jerárquica que subsume el trabajo al capital.¹ Los seres sociales se tornaron mediados entre sí y organizados dentro de una totalidad social estructurada mediante un sistema de producción e intercambio establecido. Un sistema de mediaciones de *segundo orden* sobredeterminó sus mediaciones primarias básicas, sus mediaciones de *primer orden*.

El sistema de mediaciones de primer orden

Las mediaciones de primer orden, cuya finalidad es la preservación de las funciones vitales de reproducción individual y societal, se definen por las siguientes características:

- 1) los seres humanos son parte de la naturaleza, debiendo realizar sus necesidades elementales por medio del constante intercambio con la propia naturaleza;
- 2) están constituidos de tal manera que no pueden sobrevivir como individuos de la especie a la que pertenecen [...] basados en un intercambio sin mediaciones con la naturaleza (como hacen los animales), regulados por un comportamiento instintivo determinado directamente por la naturaleza, por más complejo que este comportamiento instintivo sea (Mészáros: 138).

1. Las citas de este capítulo provienen en su mayor parte de Mészáros (1995).

Partiendo de esas determinaciones ontológicas fundamentales, los individuos deben reproducir su existencia por medio de funciones primarias de mediaciones, establecidas entre ellos y en el intercambio e interacción con la naturaleza, dadas por *la ontología singularmente humana del trabajo*, donde la autoproducción y la reproducción societal se desarrollan. Estas funciones vitales de mediación primaria o de primer orden incluyen:

- a) la necesaria y más o menos espontánea regulación de la actividad biológica reproductiva, en concordancia con los recursos existentes;
- b) la regulación del proceso del trabajo, por la cual el necesario intercambio comunitario con la naturaleza pueda producir los bienes requeridos, los instrumentos de trabajo, los emprendimientos productivos y el conocimiento para la satisfacción de las necesidades humanas;
- c) el establecimiento de un sistema de cambio compatible con las necesidades requeridas, históricamente mutables, y apuntando a optimizar los recursos naturales y productivos existentes;
- d) la organización, coordinación y control de la multiplicidad de actividades materiales y culturales, teniendo como finalidad el logro de un sistema de reproducción social cada vez más complejo;
- e) la asignación racional de los recursos materiales y humanos disponibles, luchando contra las formas de escasez, por medio de la utilización económica (en el sentido de economizar) viable de los medios de producción, en consonancia con los niveles de productividad y los límites socioeconómicos existentes, y
- f) la constitución y organización de regulaciones societales fijadas para la totalidad de los seres sociales, en conjunción con las demás determinaciones y funciones de mediación primarias (ibíd.: 139).

Ninguno de estos imperativos de mediación primarios necesitan del establecimiento de jerarquías estructurales de dominación y subordinación que configuran el sistema de metabolismo societal del capital y sus mediaciones de segundo orden.

La emergencia del sistema de mediaciones de segundo orden

El advenimiento de este segundo orden de mediaciones, corresponde a un período específico de la historia humana que acabó por afectar profundamente la funcionalidad de las mediaciones de primer orden al in-

troducir elementos fetichizadores y alienantes de control social metabólico (ibíd.: 139/140). Esto es así porque

la constitución del sistema del capital es idéntica a la emergencia de sus mediaciones de segundo orden. De hecho, el capital, como tal, no es más que un modo y un medio dinámico, totalizador y dominador de mediación reproductiva, articulado con un conjunto históricamente específico de estructuras y prácticas sociales implantadas y protegidas institucionalmente. Es un sistema de mediaciones claramente identificable, que en su forma debidamente desarrollada subordina estrictamente a todas las funciones reproductivas sociales, desde las relaciones de género y familiares hasta la producción material, incluso la creación de obras de arte, al requerimiento absoluto de la expansión del capital, o sea, de su propia expansión continua y su reproducción ampliada como un sistema de mediación de metabolismo social (ibíd.: 117).

La explicación de esto está en su finalidad esencial, que no es otra que

expandir constantemente el valor de cambio, al cual todos los demás —desde las necesidades más básicas como las más íntimas de los individuos, hasta las más variadas actividades de producción materiales y culturales en las que están comprometidos— deben estar estrictamente subordinados. (ibíd.: 14) [De este modo, la] completa subordinación de las necesidades humanas a la reproducción del valor de cambio —en el interés de la autorrealización expansiva del capital— ha sido la característica más notable del sistema del capital desde su origen (ibíd.: 522).

O sea, para convertir la producción del capital en objetivo de la humanidad era preciso separar valor de uso y valor de cambio, subordinando el primero al segundo.

Esta característica se constituyó en uno de los principales secretos del éxito dinámico del capital una vez que las limitaciones de las necesidades no podían constituirse en obstáculos para la expansión reproductiva del capital (ibíd.: 523). “Naturalmente, la organización y la división del trabajo eran fundamentalmente diferentes en las sociedades donde el valor de uso y la necesidad ejercían una función reguladora básica” (ibíd.: 523). Con el capital se erige una estructura de mando vertical que instauró una división jerárquica del trabajo capaz de viabilizar el nuevo sistema de metabolismo social volcado a las necesidades de la continua, sistemática y creciente ampliación de los valores de cambio (ibíd.: 537), en el cual el trabajo debe subsumirse realmente al capital, conforme al análisis de Marx en el capítulo VI (inédito) de *El capital*. De este modo, siempre según Mészáros (ibíd.: 617), las condiciones necesarias para la vigencia de

las mediaciones de segundo orden que se originan con el advenimiento del sistema del capital son identificadas por los siguientes elementos:

- a) la *separación y alienación* entre el trabajador y los medios de producción;
- b) la *imposición* de esas condiciones objetivadas y alienadas sobre los trabajadores como un poder separado que ejerce el *mando sobre ellos*;
- c) la *personificación del capital* como un valor egoísta –con su subjetividad y seudopersonalidad usurpadas– consagrada a satisfacer los imperativos expansionistas del capital, y
- d) la equivalente *personificación del trabajo*, esto es, la personificación de los obreros como *trabajo* destinado a establecer una relación de dependencia con el capital históricamente dominante; esta personificación reduce la identidad del sujeto de ese trabajo a sus funciones productivas fragmentarias.

Así, cada una de las formas de mediación de primer orden es alterada y subordinada a los imperativos de la reproducción del capital. Las funciones productivas y de control del proceso de trabajo social son radicalmente separadas entre aquellos que producen y aquellos que controlan.

Habiéndose constituido como el más poderoso y abarcativo sistema de metabolismo social, su sistema de mediación de segundo orden tiene un núcleo constitutivo formado por la tríada capital, trabajo y Estado, tres dimensiones fundamentales del sistema que están materialmente interrelacionadas, haciéndose imposible superarlas sin la eliminación del conjunto de los elementos que comprende el sistema. No basta con eliminar uno o incluso dos de sus polos. La experiencia soviética (y su histórico final reciente) demostró cómo fue imposible destruir el Estado (y también el capital) manteniendo el sistema de metabolismo social del trabajo alienado y heterodeterminado. Lo que se evidenció en esa experiencia histórica, por el contrario, fue una enorme hipertrofia estatal, en la medida en que tanto la Unión Soviética, como los demás países *poscapitalistas*, mantuvieron los elementos básicos constitutivos de la *división social jerárquica del trabajo*. La “expropiación de los expropiadores”, la eliminación “jurídico-política” de la propiedad realizada por el sistema soviético, “dejó intacto el edificio del sistema del capital” (ibíd.: 493 y también 137).²

2. El desafío formulado por István Mészáros es superar la tríada en su totalidad, incluido su pilar fundamental dado por el sistema jerarquizado del trabajo con su alienante división social que subordina el trabajo al capital teniendo como vínculo de complementación al Estado político.

De acuerdo con la síntesis realizada por István Mészáros (ibíd.: 494):

Dado lo inseparable de las tres dimensiones del sistema del capital, que están completamente articuladas –capital, trabajo y Estado– es inconcebible emancipar al trabajo sin suprimir simultáneamente el capital y también el Estado por igual. Porque, paradójicamente, la columna fundamental de apoyo material del capital no es el Estado sino el trabajo en su continua dependencia estructural del capital [...] En la medida en que las funciones vitales del control de metabolismo social no sean efectivamente asumidas y autónomamente ejercidas por los productores asociados, sino dejadas bajo la autoridad de un control personal separado (es decir, el nuevo tipo de personificación del capital), el trabajo como tal continuará reproduciendo el poder del capital contra sí mismo, manteniendo y ampliando materialmente el dominio de la riqueza alienada sobre la sociedad.

Sin ser una entidad material ni un mecanismo que pueda ser controlado racionalmente, el capital constituye una poderosísima estructura totalizadora de organización y control del metabolismo social a la cual todos, inclusive los seres humanos, deben adaptarse. Este sistema mantiene su dominio y primacía sobre la totalidad de los seres sociales, puesto que sus más profundas determinaciones están orientadas hacia la expansión e impelidas por la acumulación (ibíd.: 41-44).³ En cuanto a

3. Para Mészáros, capital y capitalismo son fenómenos distintos, y es la identificación conceptual entre ambos lo que hace que todas las experiencias revolucionarias experimentadas en este siglo, desde la Revolución Rusa hasta las tentativas más recientes de constitución de sociedades socialistas, se mostraran incapaces de superar el sistema de metabolismo social del capital, es decir, el complejo caracterizado por la división jerárquica del trabajo, que subordina sus funciones vitales al capital. Éste, según el autor, antecede al capitalismo y es también posterior a él. El capitalismo es una de las formas posibles de la realización del capital, una de sus variantes históricas, presente en la fase caracterizada por la generalización de la subsunción real del trabajo al capital. Así como existía capital antes de la generalización del sistema productor de mercancías (del que es ejemplo el capital mercantil), del mismo modo se puede presenciar la continuidad del capital después del capitalismo por medio de la constitución de lo que Mészáros denomina “sistema de capital poscapitalista” que tuvo vigencia en la Unión Soviética y demás países de Europa oriental durante varios decenios del siglo xx. Esos países, aunque tuviesen una configuración poscapitalista, fueron incapaces de romper con el sistema de metabolismo social del capital. Véase, sobre la experiencia soviética, especialmente el capítulo xvii, ítemes 2, 3 y 4 de la obra mencionada. Sobre las más importantes diferencias entre el capitalismo y el sistema soviético, véase especialmente la síntesis presentada en las páginas 630 y 631.

las formas societales anteriores al capital, “en lo que concierne a la producción material y su control, las formas de metabolismo social se caracterizaban por un alto grado de autosuficiencia” (ibíd.: 45); con el desarrollo del sistema global del capital, este se volvió expansionista y totalizador, alterando profundamente el sistema de metabolismo social. Es esta nueva característica “lo que hace que el sistema del capital se vuelva más dinámico que la suma del conjunto de todos los sistemas anteriores de control del metabolismo social” (ibíd.: 41). Por ser un sistema que *no tiene límites para su expansión* (al contrario de los modos de organización societal anteriores que *buscaban en alguna medida* la atención a las necesidades sociales), el sistema de metabolismo social del capital se configuró como un sistema, en última instancia, ontológicamente incontrolable.⁴

A pesar de la apariencia de que un sistema de regulación puede sobreponerse al capital y controlarlo en sus límites, su incontrolabilidad es consecuencia de sus propias fracturas que están presentes desde el inicio en el propio sistema, siendo partes constitutivas existentes en el interior del microcosmos que constituyen las células básicas de su sistema societal. Los *defectos estructurales* del sistema de metabolismo social del capital y sus mediaciones de segundo orden, se manifiestan de varias formas, según Mészáros (ibíd.: 48):

Primero, la producción y su control están radicalmente separados, y se encuentran verdaderamente opuestos entre sí.

Segundo, en el mismo sentido, proviniendo de las mismas determinaciones, la producción y el consumo adquieren una independencia y una existencia extremadamente problemáticas, de tal modo que el más absurdo y manipulado consumismo, en algunas partes del mundo, puede encontrar su horrible corolario en la más inhumana negación de la satisfacción de las necesidades elementales para incontables millones de seres.

Y, tercero, los nuevos microcosmos del sistema del capital se combinan de modo enteramente dúctil, de tal manera que el capital social total pueda ser capaz de integrarse –dada la necesidad– al dominio global de la circulación, [...] en un intento por superar la contradicción entre producción y circulación. De esa manera, la necesaria dominación y subordinación prevalece no sólo dentro de los microcosmos particulares –a través de la acción de “personificaciones del capital” individuales–, sino igualmente más allá de sus límites, trascendiendo tanto las barreras

4. En la búsqueda de controlarlo, fracasaron tanto las innumerables tentativas efectuadas por la socialdemocracia como la alternativa de tipo soviético, toda vez que ambas terminaron siguiendo lo que Mészáros denomina la “línea de menor resistencia al capital” (ibíd.: 771 y 772; véase especialmente capítulos 16.1 y 20).

regionales como también las fronteras nacionales. Es así como la fuerza de trabajo total de la humanidad se encuentra sometida [...] a los imperativos alienantes de un sistema global de capital.

En los tres niveles arriba mencionados, se constata –según István Mészáros– una deficiencia estructural en los mecanismos de control, expresada por la *ausencia de unidad*. Cualquier tentativa de creación o superposición de unidad en las estructuras sociales reproductivas, internamente fracturadas y fragmentadas, es problemática y por cierto temporaria. La unidad perdida se debe al hecho de que la fractura misma asume la forma de antagonismo social, ya que se manifiesta por medio de conflictos y confrontaciones fundamentales entre formas sociales hegemónicas alternativas. Tales antagonismos son moldeados por las condiciones históricas específicas, dotadas de mayor o menor intensidad, favoreciendo, sin embargo, predominantemente el capital sobre el trabajo.

Sin embargo, incluso cuando el capital es el vencedor en la confrontación, los antagonismos no pueden ser eliminados [...] precisamente porque ellos son estructurales. En los tres casos se trata de estructuras vitales e irremplazables del capital y no de contingencias históricamente limitadas, que el capital pueda superar. En consecuencia, los antagonismos emanados de esas estructuras son necesariamente reproducidos bajo todas las circunstancias históricas comprendidas en la época del capital, cualquiera sea la relación de fuerzas predominante en cada momento particular (ibíd.: 49).

Este sistema escapa a un grado significativo de control humano, porque precisamente

emergió en el curso de la historia como una estructura de control “totalizadora” de las más poderosas, [...] dentro de la cual todo lo demás, inclusive los seres humanos, debe adaptarse, escogiendo entre aceptar su “viabilidad productiva” o, de lo contrario, perecer. No es posible pensar en otro sistema de control mayor y más inexorable –y, en este sentido, “totalitario”– que el sistema del capital globalmente dominante, [que impone] su criterio de viabilidad a todo, desde las menores unidades de su “microcosmos” hasta las mayores empresas transnacionales, y desde las más íntimas relaciones personales hasta los más complejos procesos de toma de decisiones en el ámbito de los monopolios industriales, favoreciendo siempre a los más fuertes contra los más débiles (ibíd.: 41).

Y, en la vigencia de un sistema de mediaciones de segundo orden que se sobrepone a las mediaciones de primer orden (donde los individuos se

relacionaban con la naturaleza y con los seres sociales dotados de algún grado de autodeterminación), en este

proceso de alienación, el capital degrada al sujeto real de la producción, el trabajo, a la condición de una objetividad reificada –un mero “factor material de producción”–, trastocando de este modo, no solamente en la teoría sino también en la práctica social más palpable, la relación sujeto/objeto real [...] Sin embargo, el problema que permanece para el capital es que el “factor material de producción” no puede dejar de ser el sujeto real de la producción. Para desempeñar sus actividades productivas, con la conciencia necesaria de esto mismo que exige el proceso productivo en sí –sin lo cual el capital mismo dejaría de existir– el trabajo debe ser obligado a reconocer otro sujeto por encima de sí mismo, aun cuando en realidad se trate sólo de un seudosujeto. Y es para obtener ese efecto que el capital necesita de sus personificaciones, con la finalidad de imponer y mediar sus imperativos objetivos en la condición de órdenes conscientemente ejecutables, a las cuales el sujeto real del proceso productivo, potencialmente rebelde, debe sujetarse. Las fantasías del advenimiento de un proceso productivo capitalista totalmente automatizado y sin trabajadores se constituyen en una imaginaria eliminación del problema (ibid.: 66).

Siendo un modo de metabolismo social totalizante y, en última instancia, incontrolable, dada la tendencia *centrífuga* presente en cada microcosmos del capital, este sistema asume cada vez más una lógica esencialmente *destructiva*. Esta lógica, que se acentuó en el capitalismo contemporáneo, dio origen a una de las tendencias más importantes del modo de producción capitalista, que Mészáros denomina *tasa de utilización decreciente del valor de uso* de las cosas. “El capital no considera valor de uso (que corresponde directamente a la necesidad) y valor de cambio como cosas separadas, pero subordina radicalmente el primero al segundo.” (ibid.: 566) Lo que significa que una mercancía puede variar de un extremo al otro, es decir, desde tener su valor de uso realizado en un extremo de la escala, hasta, en el otro extremo jamás ser usada, sin que por eso deje de tener para el capital, una utilidad expansionista y reproductiva. Esta tendencia decreciente del valor de uso de las mercancías, al reducir su vida útil y de este modo agilizar el ciclo reproductivo, se ha constituido en uno de los principales mecanismos gracias a los cuales el capital alcanza su incommensurable crecimiento a lo largo de la historia (ibid.: 567).

El capital opera, por lo tanto, en la profundización de la separación entre la producción volcada genuinamente a atender las necesidades humanas y sus propias necesidades de autorreproducción. Cuanto más au-

menta la competitividad y la competencia intercapitalista, más nefastas son sus consecuencias, dos de las cuales son particularmente graves: la destrucción o precarización –sin parangón en toda la era moderna– de la fuerza humana que trabaja y la degradación creciente del medio ambiente en la relación metabólica entre hombre, tecnología y naturaleza, conducida por la lógica societal subordinada a los parámetros del capital y del sistema productor de mercancías.

En consecuencia, por más destructor que sea un procedimiento productivo en particular, si el producto es lucrativamente impuesto al mercado, entonces debe ser recibido como la expresión correcta y propia de la “economía” capitalista. Ejemplificando: cuando el 90 por ciento del material y de los recursos de trabajo necesarios para la producción y distribución de una mercancía comercializada lucrativamente –por ejemplo, una crema cosmética– en la publicidad electrónica o en su embalaje, ya sea en términos físicos o figurativos (pero efectivamente reales con relación a los costos de producción), es arrojado directamente a la basura, y apenas el 10 por ciento es dedicado al preparado químico, responsable de los beneficios reales o imaginarios de la crema, estas prácticas obviamente devastadoras comprendidas en el proceso son plenamente justificadas cuando se las sintoniza con los criterios de “eficiencia”, “racionalidad” y “economía” capitalista, en virtud de la ganancia comprobada de la mercancía en cuestión (ibid.: 569).⁵

Esta tendencia a la reducción del valor de uso de las mercancías, con la agilización necesaria de su ciclo reproductivo y de su valor de cambio, se viene acentuando desde los años setenta cuando el sistema

5. La industria de computadoras es otro ejemplo expresivo de esta tendencia decreciente del valor de uso de las cosas. Un equipo se torna obsoleto en poquísimo tiempo, pues la utilización de nuevos sistemas pasa a ser incompatible con las máquinas que se tornan “viejas”, aunque estén en buenas condiciones de uso, tanto para el consumidor individual como para las empresas que necesitan acompañar la competencia existente en su sector. Como dice Martín Kenney, “como resultado, los ciclos de vida de los productos se están volviendo menores. Los empresarios no tienen elección, excepto rápidamente innovar o correr el riesgo de ser sobrepasados”. Después de referirse a la reducción en el tiempo de sustitución del sistema Hewlett Packard en la innovación de su sistema de computación añade que “el tiempo de vida de los productos está volviéndose cada vez menor”, tendencia que viene afectando crecientemente cada vez a más productos. Véase Kenney (1997: 92). La producción de computadoras es un ejemplo claro de la *ley de la tendencia decreciente del valor de uso de las mercancías*, entre tantos otros que pueden encontrarse.

global del capital tuvo que buscar alternativas a la crisis que reducía su proceso de crecimiento. Esto es así porque

bajo las condiciones de una crisis estructural del capital, sus constituyentes destructivos aparecen en escena cruelmente y con creces, activando el espectro de una incontrolabilidad total, en una forma que anuncia autodestrucción tanto de este sistema reproductivo social único como de la humanidad en general. [ibid.: 44] [...] Al respecto, es suficiente pensar en la salvaje diferencia entre el tamaño de la población de los Estados Unidos –menos del 5 por ciento de la población mundial– y su consumo del 25 por ciento del total de los recursos energéticos disponibles. No es preciso una gran imaginación para calcular lo que ocurriría si el 95 por ciento restante adoptase el mismo patrón de consumo (ibid.: xv).

Expansionista, desde su microcosmo hasta su conformación más totalizante; *mundializado*, dada su expansión y capacidad abarcativa del mercado global; *destructivo*, y en última instancia, *incontrolable*, el sistema de metabolismo social del capital viene asumiendo, cada vez más, una estructuración crítica profunda. Su continuidad, vigencia y expansión no pueden ya producirse sin revelar una creciente tendencia a la crisis estructural, que abarca a la totalidad de su mecanismo. Al contrario de los ciclos largos de expansión alternados con crisis, se observa un *depressed continuum* (continuo depresivo) que, a diferencia de un desarrollo autosustentado, exhibe las características de una crisis acumulativa endémica algo así como una crisis permanente y crónica con la perspectiva de una profunda crisis estructural. Por eso es creciente en el seno de los países capitalistas avanzados el desarrollo de mecanismos de “administración de las crisis” como parte de la acción especial del capital y del Estado buscando trasladar y transferir sus mayores contradicciones actuales (ibid.: 597 y 598). Sin embargo, la “disyunción radical entre la producción para las necesidades sociales y la autorreproducción del capital no es algo remoto, sino una realidad presente del capitalismo contemporáneo, con consecuencias cada vez más devastadoras para el futuro” (ibid.: 599).

Menos aún, por lo tanto, estamos padeciendo grandes crisis en intervalos razonablemente largos, seguidas de fases expansionistas, como ocurrió con la crisis del año 1929 y, posteriormente, con los “años dorados” de posguerra, sino que la crisis contemporánea está vivenciando la eclosión de precipitaciones más frecuentes y continuas desde cuando dio sus primeras señales de agotamiento que son, frecuente y equivocadamente caracterizadas, como crisis del fordismo y del keynesianismo.

Capítulo II

Dimensiones de la crisis estructural del capital

La crisis del taylorismo y del fordismo como expresión fenoménica de la crisis estructural

Después de un largo período de acumulación de capitales, transcurrido durante el apogeo del fordismo y de la fase keynesiana, el capitalismo, desde los inicios de los años setenta, comenzó a dar señales de estar atravesando un cuadro crítico, cuyas características más evidentes son:

- a) la caída de la tasa de ganancia originada, entre otros elementos causales, por el aumento del precio de la fuerza de trabajo conquistado por la intensificación de las luchas del período posterior a 1945 y por la intensificación de las luchas sociales de los años sesenta que objetivaban el *control social de la producción*.¹ La conjugación de estos elementos llevó a una reducción de los niveles de productividad del capital, acentuando la tendencia decreciente de la tasa de ganancia;
- b) el agotamiento del patrón de acumulación taylorista-fordista de producción (que, en efecto, era la expresión más fenoménica de la crisis estructural del capital), ocasionado por la incapacidad de responder a la retracción del consumo que se acentuaba. En realidad, se trataba de una retracción en respuesta al *desempleo estructural* que se iniciaba entonces;
- c) la hipertrofia de la *esfera financiera*, que conquistaba una *autonomía relativa* frente a los capitales productivos, lo que también ya era una expresión de la propia crisis estructural del capital y su sistema de producción, colocándose al capital financiero como

1. Este punto, central para la comprensión de la crisis de los años setenta, se tratará más adelante.

un campo prioritario para la especulación en la nueva fase del proceso de internacionalización;

- d) una mayor concentración de capitales gracias a las fusiones entre empresas monopolistas y oligopólicas;
- e) la crisis del “Estado de bienestar social” (*Welfare State*) y de sus mecanismos de funcionamiento que acarrearba la crisis fiscal del Estado capitalista y la necesidad de ajustes del gasto público y su transferencia hacia el capital privado, y
- f) el incremento acentuado de las privatizaciones, tendencia generalizada hacia las desregulaciones y a la flexibilización del proceso productivo, de los mercados y de la fuerza de trabajo, entre tantos otros elementos contingentes que expresaban este nuevo cuadro crítico (ver Chesnais, 1996: 69 y 84).²

La síntesis de Robert Brenner (1999: 12 y 13) ofrece un buen diagnóstico de la crisis, que tiene sus

raíces profundas en una crisis secular de productividad que resultó del exceso constante de capacidad y de producción del sector manufacturero internacional. En primer lugar, el gran desplazamiento del capital hacia las finanzas fue la consecuencia de la incapacidad de la economía real, especialmente de las industrias de transformación, de lograr una tasa de ganancia adecuada. Así, el incremento del exceso de capacidad y de producción que acarreó la pérdida de beneficios en las industrias de transformación hacia el final del decenio de los sesenta fue la raíz del crecimiento acelerado del capital financiero a partir del final del decenio de los setenta [...] Las causas del estancamiento y de la crisis actual están en las caídas de la ganancia del sector manufacturero que se originó en los excesos de capacidad y de producción fabril que, en sí misma, era la expresión exacerbada de la competencia internacional.

Más adelante (ibíd.: 13), agrega:

A partir de la segunda mitad de los años sesenta, países productores de costos menores (Alemania y, especialmente, Japón) expandieron rápidamente su producción [...] reduciendo las franjas de mercado y las tasas de ganancias de sus rivales. El resultado fue el exceso de capacidad y de

2. Tanto en Mészáros (1995, especialmente capítulos 14, 15 y 16) como en Chesnais (1996) se puede encontrar una radiografía de la crisis estructural del capital que aquí se presenta en sus contornos más generales. Véase también Brenner (1999). Su tratamiento analítico y desarrollo más detallado, dada su enorme complejidad, escapan a los objetivos de la presente investigación.

producción fabril que se expresó en menores beneficios agregados en todo el sector manufacturero de las economías del G7 [...] Fue la gran caída de la ganancia en los Estados Unidos, Alemania, Japón y de todo el mundo capitalista adelantado –y su incapacidad de recuperación– la responsable de la reducción secular de las tasas de acumulación de capital que es la raíz del estancamiento económico de larga duración durante el último cuarto de siglo a partir del colapso de Bretton Woods entre 1971 y 1973. [...] Las bajas tasas de acumulación de capital acarrearán bajos índices de crecimiento de la producción y de la productividad; niveles reducidos de crecimiento de la productividad redundarán en bajos porcentajes de aumento salarial. El creciente desempleo fue el resultado del bajo aumento de la producción y la inversión.³

De hecho, la denominada crisis del fordismo y del keynesianismo, era la expresión fenoménica de un cuadro crítico más complejo. Ella expresaba, en su significado más profundo, una *crisis estructural del capital*, en la que se destacaba la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como consecuencia de los elementos arriba mencionados. Era también la manifestación, como ya se ha indicado, tanto del sentido *destructivo* de la lógica del capital presente en la intensificación de la *ley de la tendencia decreciente del valor de uso de las mercancías*, como también de la *incapacidad de control* del sistema de metabolismo social del capital. Con el desencadenamiento de su crisis estructural, comenzaba también a desmoronarse el mecanismo de “regulación” que se había fortalecido durante la posguerra en varios países capitalistas avanzados, especialmente en Europa.

Como respuesta a su propia crisis, se inició un proceso de reorganización del capital y de su sistema ideológico y político de dominación cuyos contornos más evidentes fueron el advenimiento del neoliberalismo con la privatización del Estado, la desregulación de los derechos del trabajo y la desarticulación del sector productivo estatal, cuya máxima expresión fue la era Thatcher-Reagan. A esto le siguió también un intenso *proceso de reestructuración de la producción y del trabajo* con el objetivo de dotar al capital de los instrumentos necesarios para intentar restaurar los niveles de expansión anteriores.

En palabras de Holloway (1987: 132 y ss.),

La crisis capitalista no es otra cosa que la señal de ruptura de un patrón de dominación de clase relativamente estable. Aparece como una crisis

3. Una buena polémica en torno a las tesis de Brenner (presentadas en “The Economics of Global Turbulence”, *New Left Review*, N° 229, mayo-junio de 1999) se encuentra en McNally (1999: 38-52) y en Foster (1999: 32-37).

económica que se expresa en la caída de la tasa de ganancia. Mientras su núcleo evidencia el fracaso de un patrón de dominación establecido [...] Para el capital, la crisis solamente puede encontrar su resolución a través de la lucha, mediante la imposición de la autoridad y a través de una difícil búsqueda de nuevos patrones de dominación.

Ese período se caracterizó también, y esto es decisivo, por una ofensiva generalizada del capital y del Estado contra la clase trabajadora y contra las condiciones vigentes durante la fase de apogeo del fordismo. Además de las manifestaciones a las que hice referencia, este nuevo cuadro crítico tenía uno de sus polos centrales localizado en el sector financiero que ganaba autonomía (aunque relativa) dentro de las complejas interrelaciones existentes entre la liberalización y la mundialización de los capitales y del proceso productivo. Todo esto en un escenario caracterizado por la desregulación y expansión de los capitales, del comercio, de la tecnología, de las condiciones de trabajo y el empleo. Como se ha visto anteriormente, la propia recesión y crisis del proceso productivo posibilitaba e incentivaba la expansión de los capitales financieros especulativos.

Una vez cerrado el ciclo expansionista de posguerra se presenció, entonces, la completa desregulación de los capitales productivos transnacionales, además de la fuerte expansión y liberalización de los capitales financieros. Las nuevas técnicas de gerenciamiento de la fuerza de trabajo, sumadas a la liberalización comercial y a las nuevas formas de dominio técnico-científico, acentuaron el carácter centralizador, discriminatorio y destructivo de este proceso, que tiene como núcleo central a los países capitalistas avanzados, particularmente a la triada compuesta por los Estados Unidos y el NAFTA (siglas en inglés del Tratado de Libre Comercio de América del Norte), Alemania al frente de la Unión Europea, y el Japón liderando a los países asiáticos; con el primer bloque ejerciendo el papel hegemónico.

Con excepción de estos núcleos centrales, el proceso de reorganización del capital no comprendía la incorporación de aquellos que no se encontraban en el centro de la economía capitalista, como la mayoría de los países de industrialización intermedia, y menos aún los países más pobres del Tercer Mundo. Mejor dicho, se los incorporaba en una posición de total subordinación y dependencia (como por ejemplo los denominados “nuevos países industrializados”, entre los que se destacan los asiáticos). La reestructuración productiva en el interior de esos países se dio en el marco de una condición de subalternidad.

La dimensión de la crisis fue tan grande que, después de desestructurar a gran parte del Tercer Mundo y eliminar a los países poscapitalistas del Europa oriental, afectó también al centro del sistema global de

producción del capital. En el decenio de los ochenta, por ejemplo, la crisis golpeó especialmente a los Estados Unidos, que entonces perdía la batalla por la competitividad tecnológica con el Japón (véase Kurz, 1992: 208 y ss.).

Mientras tanto, a partir de los años noventa, con la recuperación de los niveles productivos y de la expansión de los Estados Unidos, esta crisis, dado el carácter mundializado del capital, empezó a alcanzar al Japón y a los países asiáticos que durante la segunda mitad de los años noventa sufrieron una situación crítica de enormes dimensiones. Y cuanto más se avanza en la competencia intercapitalista, cuanto más se desarrolla la tecnología competitiva en una determinada región o conjunto de países, cuanto más se expanden los capitales financieros de los países imperialistas, mayor es la destrucción y desestructuración de aquellos que están subordinados o, incluso, excluidos de este proceso o no consiguen acompañarlo, sea por ausencia de una base interna sólida—como la mayoría de los países asiáticos—o porque no logran igualar la intensidad y el ritmo tecnológico del presente que es comandado, lógicamente, por los países de la triada. Cada vez son más los ejemplos de países excluidos de este movimiento de reposición de los capitales productivos y financieros y del patrón tecnológico necesario, que acarrea consecuencias profundas en el interior de esos países, particularmente en lo que respecta al desempleo y a la precarización de la fuerza humana de trabajo.

Esta lógica destructiva, al reconfigurar y recomponer la división internacional del sistema del capital, trae como resultado la desarticulación de regiones enteras que están, poco a poco, siendo eliminadas del escenario industrial y productivo, derrotadas por la desigual competencia mundial. La crisis experimentada por los países asiáticos, como Hong Kong, Taiwán, Singapur, Indonesia, Filipinas y Malasia, entre tantos otros, es casi siempre resultado de su condición de países pequeños, carentes de mercado interno y totalmente dependientes de Occidente para seguir su desarrollo. En un nivel más complejo y diferenciado, también encontramos al Japón y a Corea del Sur que, después de un gran salto industrial y tecnológico, viven un cuadro de crisis que se extiende también hacia aquellos países que hasta no hace mucho eran llamados los “tigres asiáticos”.⁴

4. Estos países asiáticos, pequeños en su gran mayoría, no pueden, por lo tanto, constituirse como modelos alternativos a ser seguidos (o trasplantados) para países continentales como la India, Rusia, Brasil y México, entre otros. La reciente crisis financiera asiática es expresión de su mayor fragilidad estructural dada la ausencia de soporte interno para gran parte de los países asiáticos (véase Kurz, 1992).

Por lo tanto, en medio de tanta destrucción de fuerzas productivas, de la naturaleza y del medio ambiente, hay también, a escala mundial, una acción destructiva contra la fuerza humana de trabajo, lo que provoca la aparición de enormes contingentes de precarizados y hasta de población al margen del proceso productivo, elevando la intensidad de los niveles de desempleo estructural. A pesar del significativo avance tecnológico alcanzado (que posibilitaría a escala mundial una real reducción de la jornada o del tiempo de trabajo), se observa en varios países, como Inglaterra y el Japón, por citar algunos del centro del sistema, una política de *prolongación de la jornada de trabajo*. Inglaterra tiene la mayor jornada de trabajo entre los países de la Unión Europea, y el Japón, como si no bastase su históricamente prolongada jornada de trabajo, viene intentando a través de propuestas del gobierno y de los empresarios, aumentarla aún más como la única receta para salir de la crisis.

Por la propia lógica que rige estas tendencias (que no son otra cosa que las respuestas del capital a su crisis estructural) se acentúan los elementos destructivos. Cuanto más aumenta la competitividad y la competencia intercapitalista, más nefastas son sus consecuencias, entre las cuales dos son particularmente graves: la destrucción o precarización, sin parangón en toda la era moderna, de la fuerza humana que trabaja, y la degradación creciente del medio ambiente, de la relación metabólica entre el hombre, la tecnología y la naturaleza, conducida por la lógica social volcada prioritariamente a la producción de mercancías y al proceso de valorización del capital. Como ha sido enfatizado insistentemente por diversos autores, el capital, en el uso creciente del incremento tecnológico como modalidad para aumentar la productividad, también “necesariamente implica crisis, explotación, pobreza, desempleo, destrucción del medio ambiente y de la naturaleza”, entre otras formas destructivas (Carchedi, en Davis, 1997: 73).⁵ El desempleo en una dimensión estructural, la precarización del trabajo de manera ampliada y la destrucción de la naturaleza a escala globalizada se convierten en los trazos constitutivos de esta fase de reestructuración productiva del capital.

5. Véase también Davis, Hirsch y Stack, 1997: 4-10, y Cantor, 1999: 167-200.

Capítulo III

Las respuestas del capital a su crisis estructural

La reestructuración productiva y sus repercusiones en el proceso de trabajo

Como ya se ha mencionado anteriormente, durante los últimos decenios –sobre todo al inicio de los años setenta– el capitalismo se enfrentó con un agudo cuadro crítico. La comprensión de los elementos constitutivos esenciales de dicha crisis implica una tarea compleja, en la medida que en ese mismo período se produjeron *intensos cambios económicos, sociales, políticos e ideológicos*, con fuertes repercusiones en el ideario, la subjetividad y los valores constitutivos de la *clase-que-vive-del-trabajo*; mutaciones de orden diverso que, en su conjunto, tuvieron un fuerte impacto.¹ Esa crisis estructural provocó, entre otras cosas, que se desarrollase un amplio proceso de reestructuración del capital, con vistas a la

1. El tratamiento detallado de la crisis en el mundo del trabajo, que incluye un conjunto de cuestiones, sería aquí imposible, teniendo en cuenta la amplitud y complejidad de los elementos fundamentales para su comprensión. Podemos destacar como elementos constitutivos más generales de la crisis del movimiento obrero, más allá de la crisis estructural del capital así como de las repuestas dadas por el neoliberalismo y por la reestructuración productiva del capital, anteriormente mencionados, el desmoronamiento de Europa oriental posterior a 1989, así como sus consecuencias en los partidos y sindicatos, y también la crisis del proyecto socialdemócrata y sus repercusiones en el interior de la clase trabajadora. Es necesario recordar incluso que la crisis del movimiento obrero es particularizada y singularizada por las condiciones específicas de cada país, dadas por las formas de dominación políticas, por la situación económica, social, etcétera; sin las cuales los elementos más generales no obtienen concreción. Sobre los condicionantes más generales de la crisis en el mundo del trabajo, véanse las indicaciones que hago en el apéndice I de este libro, “La crisis del movimiento obrero y la centralidad del trabajo hoy”. En el capítulo V, sobre Inglaterra, se ofrece un diseño de los elementos constitutivos de la crisis del mundo del trabajo en ese país.

recuperación de su ciclo productivo que, como se verá más adelante, afectó fuertemente al mundo del trabajo.

Aunque la *crisis estructural* del capital tuviese determinaciones más profundas, el sistema del capital procuró enfrentar la crisis sólo en su superficie, en su dimensión *fenoménica*; es decir, reestructurarse sin transformar los pilares esenciales del modo de producción capitalista. Se trataba entonces, para las fuerzas del orden, de reestructurar el patrón productivo basado sobre el binomio *taylorismo-fordismo*, buscando de ese modo, recuperar las bases de acumulación existentes en el periodo anterior, especialmente después de 1945. Para ello empleó, como se verá, nuevos y viejos mecanismos de acumulación.

Dado que las luchas anteriores entre el capital y el trabajo, que tuvieron su apogeo en los años sesenta, no permitieron la instauración de un *proyecto hegemónico del trabajo contra el capital*, le cupo a éste, derrotadas las alternativas más osadas del mundo del trabajo, ofrecer su propia respuesta ante la crisis. Esta respuesta se dio en la esfera fenoménica, su manifestación más visible: se trataba para el capital de reorganizar el ciclo reproductivo preservando sus fundamentos esenciales. Fue exactamente en ese contexto que se inició la mutación en el interior del *patrón de acumulación* (y no en el modo de producción), buscando alternativas que confirieran un mayor dinamismo al proceso productivo que entonces mostraba claros signos de agotamiento. Se gestó la transición del método taylorista-fordista establecido hacia las nuevas formas de acumulación flexible.

Los límites del taylorismo-fordismo y del compromiso socialdemócrata

De manera sintética, podemos indicar que el binomio taylorismo-fordismo, expresión dominante del sistema productivo, y de su respectivo proceso de trabajo, que prevaleció en la gran industria a lo largo prácticamente de todo el siglo XX –sobre todo a partir del segundo decenio– se basaba en la *producción en masa* de mercancías que se estructuraba a partir de una producción más *homogeneizada* y enormemente *verticalizada*. En la industria automotriz taylorista y fordista gran parte de la producción necesaria para la fabricación de vehículos se realizaba internamente, se recurría apenas de manera secundaria a talleres externos, al sector de autopiezas. También era necesario racionalizar al máximo las operaciones realizadas por los trabajadores, combatiendo el “desperdicio” en la producción, reduciendo el *tiempo*

y aumentando el *ritmo* de trabajo, en dirección a la intensificación de las formas de explotación.

Este patrón productivo se estructuró basado en el trabajo *parcelado y fragmentado*, en la descomposición de las tareas, que reducía la acción del trabajador a un conjunto repetitivo de actividades cuya sumatoria tenía como resultado el trabajo colectivo productor de vehículos. Paralelamente a la pérdida de destreza de la labor anterior del operario, ese proceso de *desantropomorfización del trabajo* y su conversión en *apéndice* de la máquina-herramienta le otorgaban al capital mayor capacidad en la extracción del exceso del plus trabajo. La plusvalía extraída *extensivamente* por la prolongación de la jornada de trabajo y el acrecentamiento de su dimensión absoluta, se intensificaba de modo *prevaleciente* por su extracción *intensiva*, dada por la dimensión relativa de la plusvalía. La subsunción real del trabajo al capital, propia de la fase de la maquinaria, estaba consolidada.

Una línea rígida de producción articulaba los diferentes trabajos, tejiendo vínculos entre las acciones individuales de las cuales se originaban las interrelaciones, pautando el ritmo y el tiempo necesario para la realización de las tareas. Ese proceso productivo se caracterizó, por lo tanto, por la *combinación de la producción en serie fordista con el cronómetro taylorista*, más allá de la vigencia de la nítida separación entre *elaboración y ejecución*. El capital intentaba apropiarse del “saber hacer” del trabajo, “suprimiendo” la *dimensión intelectual del trabajo manual*, que era transferido a las esferas de la gerencia científica. La actividad del trabajo se reducía a una acción mecánica y repetitiva.

Ese proceso productivo transformó la producción industrial capitalista, y se extendió al principio a toda la industria automotriz de los Estados Unidos y, después, prácticamente a todo el proceso industrial en los principales países capitalistas.² También logró expandirse hacia gran parte del sector de servicios. Se implantó una dinámica basada en la acumulación intensiva, una producción en masa ejecutada por los trabajadores predominantemente semicalificados, que posibilitó el desarrollo del obrero-masa (*mass-worker*), el trabajador colectivo de las grandes empresas verticalistas y fuertemente jerarquizadas (según Amin, 1996: 9; Gounet, 1991: 37-38, y Bihr, 1991: 43-45).

La introducción de la organización científica taylorista del trabajo en la industria automotriz y su fusión con el fordismo terminaron repre-

2. Y tuvo también, como sabemos, expresión en los países poscapitalistas que en gran medida, como fue el caso de la Unión Soviética, estructuraron su mundo productivo sirviéndose de elementos del taylorismo y del fordismo.

sentando la forma más avanzada de racionalización capitalista del proceso de trabajo a lo largo de varios decenios del siglo xx. No fue sino hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta que dicho patrón productivo, *estructuralmente cuestionado*, comenzó a dar signos de agotamiento.

Puede decirse que, junto con el proceso del trabajo taylorista-fordista, se erigió, particularmente durante la posguerra, un sistema de “compromisos” y “regulaciones” que, limitado a una serie de países capitalistas avanzados, ofreció la ilusión de que el sistema de metabolismo social del capital podía ser regulado y controlado de manera *efectiva, duradera y definitiva*, apoyándose en un compromiso entre el capital y el trabajo mediado por el Estado.

La verdad es que dicho “compromiso” era el resultado de varios elementos inmediatamente posteriores a la crisis de 1930, y de la gestación de la política keynesiana que la sucedió. Como resultado, por un lado, “de la propia ‘lógica’ del desarrollo anterior del capitalismo” y, por otro lado, del “equilibrio relativo en las relaciones de fuerza entre la burguesía y el proletariado, que se instauró al final de decenios de luchas”. Pero dicho compromiso estaba dotado de un sentido también *ilusorio*, ya que por un lado se sancionaba una fase de la relación de las fuerzas entre capital y trabajo y, por el otro, no fue el producto de una discusión en torno a una pauta establecida claramente. Esas discusiones se dieron posteriormente, “para ocupar el ‘espacio’ abierto por el compromiso, para administrar sus consecuencias y establecer sus lineamientos” (Bihr, 1991: 39-40). Y tenía como elementos estabilizadores o de intermediación a los sindicatos y partidos políticos, como mediadores organizativos e institucionales que se ubicaban como representantes oficiales de los trabajadores y de los patrones, siendo el Estado el elemento aparentemente “arbitral”, aunque de hecho velaba por los intereses generales del capital, cuidando su aplicación y aceptación por las entidades representativas del capital y del trabajo.

Bajo la alternancia partidaria —unas veces la socialdemocracia, otras directamente los partidos burgueses— ese “compromiso” procuraba delimitar el campo de la lucha de clases, donde se buscaba la obtención de los elementos constitutivos del Estado de bienestar a cambio del abandono, por parte de los trabajadores, de su proyecto histórico-social (ibíd.: 40-41). Una forma de sociabilidad fundada en el “compromiso”, que implementaba beneficios sociales y seguridad social para los trabajadores de los países centrales, *siempre y cuando la temática del socialismo fuera relegada a un futuro lejano*. A pesar de eso, dicho “compromiso” tenía como sustento la enorme explotación de los trabajadores

ejercida en los países llamados del Tercer Mundo, que estaban totalmente excluidos de dicho “compromiso” socialdemócrata.

A través de estos mecanismos de “compromiso” se fue verificando durante el fordismo un proceso de integración del movimiento obrero socialdemócrata, particularmente de sus organismos de representación institucional y política, que acabó convirtiéndolo en una especie de *engranaje* del poder capitalista. El “compromiso fordista” dio origen progresivamente a la subordinación de los organismos institucionalizados, sindicales y políticos, de la era en la que prevaleció la socialdemocracia, convirtiendo a esos organismos en “verdaderos cogestores del proceso global de reproducción del capital” (ibíd.: 48-49).

Según la interpretación de Alain Bihr (ibíd.: 50), para la estrategia de integración, el proletariado europeo, por medio de los organismos que asumían su representación, tenía como eje de sus pautas políticas la acción para mejorar las condiciones salariales, de trabajo y de seguridad social, requiriendo del Estado condiciones que garantizaran y preservaran estas conquistas surgidas del “compromiso”. Pero, por otra parte, por medio de su integración, el movimiento obrero se transformó progresivamente en una estructura mediadora del manejo del capital sobre el proletariado. De este modo fue que, durante el período fordista, los organismos sindicales y políticos intentaron canalizar la conflictividad del proletariado, proponiéndole o imponiéndole objetivos y salidas compatibles con los términos de dicho compromiso y combatiendo violentamente toda tentativa de trasgresión de ese compromiso.

El movimiento obrero de extracción socialdemócrata, atado al pacto con el capital, mediado por el Estado, fue responsable también por la expansión y propagación del concepto estatista en el interior del movimiento obrero: “La idea de que la conquista del poder del Estado permite, si no la liberación del dominio del capital, por lo menos una reducción de su peso, recibió un gran refuerzo en el contexto socioinstitucional del fordismo”. De ese modo, se confirmaba y fortalecía aparentemente la tesis de la “legitimidad del estatismo, presente en el proyecto y en la estrategia del modelo socialdemócrata del movimiento obrero” (ibíd.: 50-51). Todo eso llevó a que “se fortaleciera en su seno un fetichismo del Estado”, atribuyendo al poder político estatal un sentido “colectivo”, arbitral y de exterioridad frente al capital y el trabajo (ibíd. 52 y 59).

Integrado por los organismos sindicales y políticos socialdemócratas que ejercían la representación de (o sobre) los trabajadores,

al transformar la negociación en una finalidad exclusiva de su práctica y al “instrumentarla” como mecanismo del manejo capitalista sobre el proletariado, el compromiso fordista acentuó los aspectos más detestables de di-

cha organización. Es así porque supone una centralización de la actividad sindical en todos los niveles; porque por definición sólo negocian los responsables sindicales; en fin, por incluir una tecnicidad y un profesionalismo creciente de los negociadores (en materia jurídica, contable o financiera); la práctica sistemática de la negociación sólo podría favorecer a las tendencias a la separación entre la base y la cúpula inherentes a dicha organización, a la autonomización creciente de las direcciones y a la reducción consecuyente de las iniciativas de la base, en suma, a la burocratización de las organizaciones sindicales. Del mismo modo, esto favorecía necesariamente a su corporativismo, dado que la tendencia era que la negociación se efectuase empresa por empresa o rama por rama (ibíd.: 52-53).

Este proceso significó para segmentos importantes del proletariado europeo

un crecimiento de la dependencia tanto práctica como ideológica con relación al Estado, bajo la forma del famoso "Estado benefactor". Dentro del modelo fordista, como efecto, ese Estado representa para el proletariado la garantía de la "seguridad social", con su calidad de gestor general de la relación salarial: es el Estado el que fija el salario mínimo de los trabajadores [...]; es quien impulsa la concreción y garantiza el respeto de los convenios colectivos; es el Estado quien gerencia directa o indirectamente el "salario indirecto" (ibíd.: 59).

Todo eso provocó que se desarrollara

un fetichismo de Estado, así como de sus ideales democráticos (incluso en lo que ellos tienen de ilusorio), a los cuales el "Estado benefactor" dio contenido concreto (al garantizar de algún modo el derecho al trabajo, a la vivienda, a la salud, a la educación y la formación profesional, al ocio, etcétera)... (ibíd.: 59-60).

El ciclo de expansión y vigencia del Estado de bienestar, mientras tanto, mostró signos de crisis. Además de las varias manifestaciones de agotamiento de su fase de "regulación" keynesiana, a las cuales nos referimos anteriormente, se destaca la aparición de otro elemento decisivo para la crisis del fordismo: el *resurgimiento de las acciones ofensivas del mundo del trabajo y el consecuente desborde de la lucha de clases*.

La eclosión de las revueltas obreras de masas y la crisis del Estado de bienestar

Desde finales de los años sesenta e inicios de los setenta, se dio la explosión del *obrero-masa*, sector hegemónico del proletariado de la era

taylorista-fordista que actuaba en el universo concentrado del espacio productivo. Habiendo perdido la identidad cultural de la era artesanal y manufacturera de los oficios, dicho obrero había vuelto a socializarse de un modo relativamente "homogeneizado"³, ya sea por la sectorización de la industria taylorista-fordista, por la pérdida de la anterior destreza o por la descalificación repetitiva de sus actividades, además de las formas de socialización ocurridas fuera del espacio de la fábrica. Esto posibilitó el surgimiento, en amplia escala, de un *nuevo proletariado* cuya forma de sociabilidad industrial, marcada por la *masificación*, ofreció las bases para la construcción de una nueva identidad y de una nueva forma de conciencia de clase. Si el obrero-masa fue la base social para la expansión del "compromiso" socialdemócrata anterior, *también fue su principal elemento de desborde, ruptura y confrontación, de la cual fueron fuerte expresión los movimientos por el control social de la producción ocurridos a finales de los años sesenta* (ibíd.: 60 y 62).

El proceso de proletarianización y masificación ocurridos durante la vigencia del taylorismo-fordismo mostró, por lo tanto, fuertes contradicciones:

Concentrando el proletariado en el espacio social, se tendía, por otro lado, a la atomización; homogeneizando sus condiciones de existencia, se forjaban al mismo tiempo las condiciones de un proceso de personalización; al reducir su autonomía individual, incentivaba inversamente el deseo de esa misma autonomía ofreciendo condiciones para eso; al exigir la acentuación de su movilidad geográfica, profesional, social y psicológica volvía más rígida su condición, etcétera. Semejante acumulación de contradicciones tendería a la explosión. (ibíd.: 63)

A finales de los años sesenta las acciones de los trabajadores alcanzaron su punto de ebullición, al cuestionar los pilares constitutivos de sociabilidad del capital, particularmente en lo que concernía *al control social de la producción*. Las acciones que no toleraba ninguna de las formaciones capitalistas desarrolladas y que anunciaban los límites históricos del "compromiso" fordista, tomaron "la forma de una verdadera revuelta del obrero-masa contra los métodos tayloristas y fordistas de producción, epicentro de las principales contradicciones del proceso de

3. Decimos relativamente "homogeneizado" con relación a las fases anteriores, pues es evidente, como retomaremos más adelante, que la heterogenización de los trabajadores en cuanto a su calificación, estrato social, género, raza o etnia, franja etaria, nacionalidad, etcétera, son trazos presentes en el mundo del trabajo desde su origen.

masificación” (ibíd.: 63-64). El taylorismo-fordismo realizaba una *expropiación intensificada del obrero-masa*, privándolo de cualquier participación en la organización del proceso de trabajo, que se resumía en una actividad repetitiva y desprovista de sentido. Al mismo tiempo, el obrero-masa era llamado frecuentemente a corregir las deformaciones y engaños cometidos por la “gerencia científica” y por los cuadros administrativos.

Esa contradicción entre autonomía y heteronomía, propia del proceso del trabajo fordista, acrecentada por la contradicción entre producción (dada por la existencia de un despotismo fabril y por la vigencia de técnicas de disciplinas propias de la explotación intensiva de la fuerza de trabajo) y el consumo (que exaltaba el lado “individualista” y “realizador”), intensificaba los puntos de saturación del “compromiso” fordista. Incrementado, el aumento de la contradicción esencial existente en el proceso de creación de valores que subordina estructuralmente el trabajo al capital, de algún modo pudo ser

soportable por la primera generación de trabajadores-masa, para quienes las ventajas del fordismo compensaban el “precio” a pagar por su acceso. Pero ese no fue el caso de la segunda generación. Formada en los marcos del propio fordismo, dicha generación no estaba dispuesta a “perder su vida para ganarla”: a cambiar el trabajo y una existencia desprovista de sentido por el simple crecimiento de su “poder de compra”, privándose de *ser* por un excedente de *tener*. En síntesis, a satisfacer sus necesidades bajo los términos del compromiso fordista, asumido por la generación anterior (ibíd.: 64).

El boicot y la resistencia al trabajo despótico, taylorizado y fordizado, asumían modos diferenciados. Desde las formas individualizadas del ausentismo, de la fuga del trabajo, el *turnover*, de la búsqueda de condiciones de trabajo no-obrero, hasta las formas colectivas de acción con vistas a conquistar el poder sobre el proceso del trabajo, por medio de huelgas parciales, operaciones “retardatarias” (orientadas por el “cuidado” especial con que el maquinista disminuía el tiempo-ritmo de la producción), cuestionamientos a la división jerárquica del trabajo y al despotismo fabril emanado de los cuadros de gerencia, formación de consejos, propuestas de control autogestionarias, llegando inclusive a rechazar el control del capital y a plantear la defensa del control social de la producción y del poder obrero (ibíd.: 65).

Se producía entonces, una interacción entre elementos constitutivos de la crisis capitalista que imposibilitaban la permanencia del ciclo expansionista del capital, vigente desde la posguerra: además del agota-

miento económico del ciclo de acumulación (manifestación contingente de la crisis estructural del capital), las luchas de clases ocurridas al final de los años sesenta e inicios de los setenta socavaban por la base el dominio del capital y afloraban las posibilidades de una hegemonía (o una contrahegemonía) surgida del mundo del trabajo. La confluencia y las múltiples determinaciones de reciprocidad entre esos dos elementos centrales (el estancamiento económico y la intensificación de la lucha de clases) tuvieron, por lo tanto, un papel central en la crisis ocurrida a finales de los años sesenta e inicios de los setenta.

Particularmente con relación a la lucha de los trabajadores, ellas también expresaban el descontento con relación al *camino socialdemócrata del movimiento obrero*, predominante en los organismos de representación del mundo del trabajo. Por un lado, dicho camino *se adaptaba* al proletariado de la fase taylorista-fordista, particularmente por su atomización, razón por la cual las organizaciones se mostraban como momentos de una resocialización. Por otro lado, al adoptar la vía negociadora e institucional, contractualista, dentro de los marcos del “compromiso”, *esos organismos se mostraban incapaces de incorporar efectivamente el movimiento de las bases sociales de los trabajadores*, dado que dichas organizaciones, en su sentido más genérico, respaldaban al capital, ubicándose frecuentemente contra los movimientos sociales de base obrera.

En la formulación de Bihr (ibíd.: 67):

Fue entonces, esencialmente, que las luchas proletarias de la época se desarrollaron a pesar de, y al mismo tiempo contra, las organizaciones sindicales y políticas constitutivas del modelo socialdemócrata del movimiento obrero. Además, estas luchas se oponían a ese modelo de conjunto. Al afirmar la autoorganización del colectivo de los trabajadores permanentemente en un contrapoder en el propio seno de la empresa, [estas acciones del mundo del trabajo recuperaban] las virtudes emancipatorias de la autoactividad de los trabajadores.

Y, de ese modo, se oponían fuertemente a la perspectiva institucionalizada, central en el camino socialdemócrata.

Se trató, por lo tanto, de una fase ofensiva de las luchas de los trabajadores, resultado de las acciones que ocurrían frecuentemente

Fuera de las instituciones sindicales y de los mecanismos de negociación legalmente instituidos, [siendo] por eso denominadas huelgas “salvajes” y [que] fueron conocidas como movimientos autónomos [...] En estas condiciones, al ejercer un control directo sobre las luchas, los

trabajadores en las décadas de 1960 y 1970, mostraban que la cuestión decisiva no se refería a la mera propiedad formal del capital [...], a las relaciones de propiedad, sino a propia forma en que están organizadas las relaciones sociales de trabajo. En numerosísimos casos, en aquellas décadas, los trabajadores proseguían sus luchas ocupando las empresas y manteniéndolas ellos mismos en funcionamiento prescindiendo de los patrones y de los administradores, pero como el control del movimiento era directamente asegurado por la base, los trabajadores, al tomar decisiones sobre la actividad productivas, necesariamente violaron la disciplina instituida y comenzaron a remodelar las jerarquías internas de la empresa. Durante el período en que estuvieron en manos de los trabajadores, las empresas alteraron su forma de funcionamiento y se reorganizaron internamente. Los trabajadores no se limitaron a reivindicar la extinción de la propiedad privada. Mostraron en la práctica que eran capaces de llevar el proceso revolucionario hasta un nivel mucho más esencial: el de la alteración de las propias relaciones sociales de trabajo y de producción (Bernardo, 1996: 19-20).

Lo que estaba en el centro de la acción obrera era, por lo tanto, la posibilidad efectiva del *control social de los trabajadores sobre los medios materiales del proceso productivo*. Como dicho control fue, en el curso del proceso del desarrollo societal, alienado y substraído de su cuerpo social productivo —el trabajo social— y transferido al capital, esas acciones del trabajo, desencadenadas en varias partes del mundo capitalista, en el centro y también en sus polos subordinados, en los años sesenta y setenta, retomaban y daban enorme vitalidad y forma concreta a la idea del *control social del trabajo sin el capital* (Mészáros, 1986: 96-97).

Estas acciones, mientras tanto, encontraron límites que no pudieron trascender. Primero, era difícil desmontar una estructuración organizacional socialdemócrata consolidada durante decenios y que había dejado marcas en el interior del propio proletariado. La lucha de los trabajadores, que tuvo el mérito de desarrollarse en el espacio productivo fabril, denunciando la organización taylorista y fordista del trabajo, así como las dimensiones de la división social jerarquizada que subordina el trabajo al capital, no consiguió convertirse en un proyecto societal hegemónico contra el capital. Como dice Alain Bihr (1991: 69-70), “el cuestionamiento del poder del capital sobre el trabajo no se extendió al poder fuera del trabajo”, no consiguió articularse con los llamados “nuevos movimientos sociales” entonces emergentes, como los movimientos económicos, urbanos, antinucleares, feministas, de los homosexuales, entre tantos otros. Del mismo modo, la conflictividad proletaria emergente no consiguió consolidar formas de organización alternativas, capaces de contraponerse a los sindicatos y a los partidos tradicionales.

Las prácticas autoorganizativas acabaron limitándose al plano microcósmico de la empresa o los lugares de trabajo y no consiguieron crear mecanismos capaces de darles continuidad.

Al no poder superar estas limitaciones, a pesar de su radicalidad, la acción de los trabajadores se debilitó y retrocedió, no siendo capaz de contraponerse hegemónicamente a la sociabilidad del capital. Su capacidad de autoorganización, sin embargo, “perturbó seriamente el funcionamiento del capitalismo” y se constituyó en uno de los elementos causantes de la crisis de los años setenta (Bernardo, 1996: 19). El enorme salto tecnológico, que entonces se iniciaba, se constituyó ya en una primera respuesta del capital a la confrontación abierta en el mundo del trabajo, que afloraba en las luchas sociales dotadas de mayor radicalidad en el interior del espacio fabril. Y respondía, por otro lado, a las necesidades de la propia competencia intercapitalista en la fase monopólica.

Fue en ese contexto que las fuerzas del capital consiguieron reorganizarse, introduciendo nuevos problemas y desafíos para el mundo del trabajo que se vio, a partir de entonces, en condiciones bastante desfavorables. La reorganización capitalista que siguió, con nuevos procesos de trabajo, recuperó temáticas

que habían sido pospuestas por la clase trabajadora. [...] Los trabajadores se habían mostrado capaces de controlar directamente no sólo el movimiento reivindicativo, sino el propio funcionamiento de las empresas. Demostraron, en suma, que no poseían sólo una fuerza bruta, sino que estaban dotados de inteligencia, iniciativa y capacidad organizacional. Los capitalistas comprendieron entonces que, en vez de limitarse a explotar la fuerza de trabajo muscular de los trabajadores privándolos de cualquier iniciativa y manteniéndolos enclaustrados en las compartimentaciones estrictas del taylorismo y del fordismo, podían multiplicar su ganancia explotándoles la imaginación, las dotes organizativas, la capacidad de cooperación, todas las virtudes de la inteligencia. Fue con ese fin que desarrollaron la tecnología electrónica y la computación y que remodelaron los sistemas de administración de empresa implantando el toyotismo, la calidad total y otras técnicas de gestión [...] El taylorismo constituyó la técnica de gestión adecuada a una situación en que cada uno de los agentes sólo conocía su ámbito de elaboración inmediato. [...] En efecto, no pudiendo aprovechar economías de escala humanas —ya que cada trabajador se limitaba a un único tipo de operación— esas empresas tuvieron que concentrarse en las economías de escala materiales. Sucede, no obstante, que las economías de escala materiales tienen rendimientos decrecientes y a partir de un determinado umbral los beneficios se convierten en costos. La recuperación de la capacidad de autoorganización de los trabajadores permitió a los capitalistas superar este

callejón sin salida. Un trabajador que razona en el acto del trabajo y que conoce más de los procesos tecnológicos y económicos que los aspectos estrictos que están en su ámbito inmediato es un trabajador que puede volverse polivalente. Es este el fundamento de las economías a escala humanas. Cada trabajador puede realizar un mayor número de operaciones, sustituir a otros y coadyuvarlos. La cooperación queda reforzada en el proceso de trabajo aumentando por eso las economías de escala en beneficio del capitalismo (ibíd.: 19-20).

Con la derrota de la lucha obrera por el control social de la producción estaban dadas, entonces, las bases sociales e ideo-políticas para re-tomar el proceso de reestructuración del capital, en un nivel distinto de aquel efectuado por el taylorismo y por el fordismo.

Capítulo IV

El toyotismo y las nuevas formas de acumulación de capital

Fue dentro del contexto al que ya hicimos referencia, que el llamado toyotismo y la era de la acumulación flexible emergieron en Occidente. El cuadro crítico, a partir de los años setenta, expresado de modo impreciso como crisis del modelo de acumulación taylorista-fordista, ya era una expresión de una crisis estructural del capital que se extendió hasta el día de hoy, y provocó que, entre otras tantas consecuencias, el capital implementase un vasto proceso de reestructuración, intentando recuperar su ciclo reproductivo y, al mismo tiempo, restablecer su proyecto de dominación de la sociedad, sacudido por la confrontación y la conflictividad del trabajo que, como vimos, cuestionaron algunos pilares de la sociabilidad del capital y de sus mecanismos de control social.

El capital desató, entonces, varias transformaciones en el propio proceso productivo, por medio de la constitución de las formas de acumulación flexible, del *downsizing*, de las formas de gestión organizacional, del avance tecnológico, de los modelos alternativos al binomio taylorismo-fordismo, entre los que se destaca especialmente el “toyotismo” o el modelo japonés. Esas transformaciones, originadas en la propia competencia intercapitalista (en el momento de crisis y disputas intensificadas entre los grandes grupos transnacionales y monopolistas) y, por otro lado, de la propia necesidad de controlar las luchas sociales surgidas del trabajo, acabaron por suscitar la respuesta del capital a su crisis estructural.

Oponiéndose al contrapoder que emergía de las luchas sociales, el capital inició un proceso de reorganización de sus formas de dominación de la sociedad, no sólo procurando reordenar en términos capitalistas el proceso productivo, sino buscando gestar un proyecto de recuperación de la hegemonía en las más diversas formas de sociabilidad. Hizo eso, por ejemplo, en el plano ideológico, por medio del culto de un *subjetivismo* y un ideario fragmentador que hace apología del individualismo exacerbado, contra las formas de solidaridad y de actuación colectiva y

social. Según Ellen Wood, se trata de una fase en la que las transformaciones económicas, los cambios en la producción y en los mercados, las mudanzas culturales, generalmente asociadas al término “posmodernismo”, estarían en verdad conformando un momento de *maduración y universalización* del capitalismo, y no sólo una transición de la “modernidad” a la “posmodernidad” (Wood, 1997: 539-540).

Estas mutaciones, iniciadas en los años setenta y en gran medida todavía en curso, sin embargo, han generado más *disenso que consenso*. Según algunos autores, serían responsables de la instauración de una *nueva forma de organización industrial* y de relaciones entre el capital y el trabajo, de todas maneras favorables si se las compara con el taylorismo y el fordismo, toda vez que posibilitaron la aparición de un trabajador más *calificado, participativo, multifuncional, polivalente*, dotado de “mayor realización en el espacio de trabajo”. Esa interpretación, que tuvo su origen con el texto de Sabel y Piore (1984), viene encontrando muchos seguidores, que, más o menos cercanos a la tesis de la *especialización flexible*, defienden las llamadas “características innovadoras” de la “nueva fase” como apropiadas a una interacción entre el capital y el trabajo y, en ese sentido, superadoras de las contradicciones básicas constitutivas de la sociedad capitalista.

Según otros, los cambios encontrados no se dirigirían en dirección a una “japonización o toyotización de la industria”, pero sí estarían intensificando tendencias ya existentes, que no configurarían, por lo tanto, una nueva forma de organización del trabajo. Al contrario, en el contexto de las economías capitalistas avanzadas sería posible percibir una reconfiguración del “poder en el lugar de trabajo y en el propio mercado de trabajo, mucho más favorable a los empleadores que a los trabajadores” (Tomaney, 1996: 157-158).

Para Tomaney, que hace un diseño crítico de las tendencias resumidas anteriormente, las nuevas investigaciones realizadas, especialmente en Inglaterra, muestran que la tesis de la “nueva organización del trabajo”, dotada de un “nuevo optimismo”, está siendo desmentida. Los cambios que están afectando al mundo del trabajo, especialmente en la “planta de la fábrica”, son resultado de factores históricos y geográficos, y no solamente de las nuevas tecnologías y del proceso de desarrollo organizacional (ibid.: 158). Al criticar la teoría de la especialización flexible, muestra que, en su abordaje,

es posible identificar tres conjuntos fundamentales de problemas [:] primero, la utilidad de la dicotomía entre producción de masa y especialización flexible; segundo, la incapacidad de dar cuenta de los resultados del proceso de reestructuración y tratar sus implicancias políticas; final-

mente, el hecho de que, incluso donde los ejemplos de especialización flexible pueden ser identificados, eso no necesariamente ha traído beneficios para el trabajo, como ellos suponen (ibid.: 164).

Por el contrario, ha sido posible constatar ejemplos crecientes de *intensificación del trabajo* donde es implantado el sistema *just in time* (ibid.: 170). Esto demuestra que la “nueva ortodoxia”, basada en la idea de que “los cambios técnicos están forzando a los empleadores al establecimiento de una relación más cooperativa con el trabajo”, está siendo revisada por las nuevas investigaciones que muestran tendencias diferenciadas:

- a) donde ha sido introducida la tecnología computadorizada, ésta no acarrea como consecuencia la emergencia del trabajo calificado. Pero, además, se ha visto la consolidación de la producción en gran escala y de las formas de acumulación intensiva;
- b) las tesis que defienden el “posfordismo” sobrestimaron la amplitud de los cambios, particularmente en lo que se refiere al trabajo calificado y más habilitado, lo que lleva al autor a concluir que los cambios en el proceso capitalista del trabajo no son tan profundos, sino que expresan una continua transformación dentro del mismo proceso de trabajo, afectando sobre todo a las formas de gestión y el flujo de control, pero aumentando frecuentemente la intensificación del trabajo (ibid.: 175-176);¹

Incluso otros autores, cercanos a ese enfoque crítico, procuran acentuar tanto los elementos de *continuidad* con el modelo productivo anterior como los elementos de *discontinuidad*, pero reteniendo el *carácter esencialmente capitalista del modo de producción vigente y de sus pilares fundamentales*. En ese universo temático, discuten la necesidad de apuntar a la especificidad de esas mutaciones y de las consecuencias que éstas acarrearán en el interior del sistema de producción capitalista, donde estaría ocurriendo la emergencia de “un régimen de acumulación flexible nacido en 1973”, del cual son características la nueva “división de mercados, el desempleo, la división global del trabajo, el capital volátil, el cierre de unidades, la reorganización financiera y tecnológica”, entre tantas mutaciones que marcan esta nueva fase de la producción capitalista (Harvey, 1996: 363-364). Lo que, sugestivamente, Juan J. Castillo (1996: 68 y 1996 a) dice que es la expresión

1. Retomaré estas tesis de manera más detallada cuando trate el caso inglés.

de un proceso de *liofilización organizativa*, con eliminación, transferencia, tercerización y depuración (*lean production*) de las unidades productivas.

Mi reflexión tiene mayor afinidad con ese abordaje: los cambios en curso son expresión de la reorganización del capital, con vistas a retomar su nivel de acumulación, y de su proyecto global de dominación. Y es en ese sentido que el proceso de acumulación flexible, basado en los ejemplos de California, norte de Italia, Suecia, Alemania, entre tantos otros que se sucedieron, así como las distintas manifestaciones del toyotismo o el modelo japonés, deben ser objeto de reflexión crítica. Comencemos por la cuestión de la “calidad total”, para posteriormente retomar la reflexión sobre la liofilización organizativa de la *empresa enxuta* (*lean production*).*

La falacia de la “calidad total” bajo la vigencia de la tasa de utilización decreciente del valor de uso de las mercancías

En la fase de intensificación de la *tasa de utilización decreciente del valor de uso de las mercancías* (Mészáros, 1995, caps. 15 y 16), necesaria para la reposición del proceso de valorización del capital, se torna evidente la falacia de la *calidad total* –tan difundida en el “mundo empresarial moderno”– en la *empresa enxuta* (*lean production*) de la era de reestructuración productiva: cuanto más “calidad total” deben tener los productos, *menor debe ser su tiempo de duración*. La necesidad imperiosa de reducir el tiempo de vida útil de los productos, buscando aumentar la velocidad del circuito productivo y de ese modo ampliar la velocidad de la producción de valores de cambio, hace que la “calidad total” sea, la mayoría de las veces, el envoltorio, la apariencia o el predominio de lo superfluo, ya que los productos deben durar poco y tener una reposición ágil en el mercado. La “calidad total”, por eso, no puede contraponerse a la tasa de utilización decreciente del valor de uso de las mercancías, pero debe adecuarse al sistema de metabolismo socioeconómico del capital, afectando de ese modo tanto a la producción de bienes y servicios como a las instalaciones y maquinarias y a la propia fuerza humana de trabajo (ibíd.: 575).

* Dado que los términos utilizados por el autor son comprensibles para el lector hispanohablante y que las traducciones alternativas distan de ser satisfactorias y unánimemente aceptadas, se ha optado por mantenerlos en esta edición (N. del e.).

Como el capital tiene una tendencia *expansionista* intrínseca a su sistema productivo, la “calidad total” debe tornarse enteramente compatible con la lógica de la *producción destructiva*. Por eso, en su sentido y tendencias más generales, el modo de producción capitalista se convierte en enemigo de la *durabilidad* de los productos; debe incluso evitar y aun inviabilizar las prácticas productivas orientadas a la durabilidad, lo que lo lleva a *subvertir* deliberadamente su *calidad* (ibíd.: 548-549). La “calidad total” se torna, ella también, la negación de la durabilidad de las mercancías. Cuanto más “calidad” aparentan las mercancías (y aquí la apariencia hace la diferencia) menos tiempo de duración deben tener efectivamente. Desperdicio y destructividad acaban siendo sus trazos determinantes.

De este modo, el pregonado desarrollo de los procesos de “calidad total” se convierte en la *expresión fenoménica*, encubridora, aparente y superflua de un mecanismo productivo que tiene como uno de sus pilares más importantes a la *tasa decreciente del valor de uso de las mercancías*, como condición para la reproducción ampliada del capital y sus imperativos expansionistas.

Aquí no hablamos solamente de los *fast food* (del cual McDonald’s es un ejemplo), que arrojan toneladas de material descartable en la basura, detrás de una comida producida bajo el ritmo seriado y fordizado, de calidad poco menos que deleznable. Podríamos recordar el tiempo medio de vida útil estimada para los automóviles modernos y de primeras marcas mundiales, cuya durabilidad es cada vez más reducida.

La industria de las computadoras, tal como mencionamos anteriormente, se muestra, por la importancia en el mundo productivo contemporáneo, ejemplar de esta tendencia depreciante y decreciente del valor de uso de las mercancías. Un sistema de *software* se torna obsoleto y desactualizado en tiempo bastante reducido, llevando al consumidor a su sustitución, ya que los nuevos sistemas no son compatibles con los anteriores. Las empresas, frente a la necesidad de reducir el tiempo entre producción y consumo, dictado por la intensa competencia existente entre ellas, incentivan al límite esta tendencia destructiva del valor de uso de las mercancías. Ante la necesidad de acompañar la competitividad existente en su sector, se crea una lógica que se intensifica, y de la cual la “calidad total” está totalmente prisionera. Y más que eso, ésta se torna un mecanismo intrínseco de su funcionamiento y funcionalidad. Con la reducción de los ciclos de vida útil de los productos, los capitales no tienen otra opción, para su supervivencia, sino innovar o correr el riesgo de ser superados por las empresas competidoras, conforme el ejemplo de la empresa transnacional de computadoras Hewlett Packard, que con la “innovación” constante de su sistema computacional redujo enormemente el

tiempo de vida útil de sus productos (véase Kenney, 1997: 92). La producción de computadoras es, por eso, un ejemplo de la vigencia de la *ley de tendencia decreciente del valor de uso de las mercancías*, entre tantos otros que podríamos citar.

Queda claro que aquí no se está cuestionando el efectivo avance tecnológico, en cuanto pautado por los reales imperativos humanos-sociales, pero sí la lógica de un sistema de metabolismo del capital que convierte en descartable, superfluo y desperdiciable aquello que debería ser preservado, tanto para la cobertura efectiva de los valores de uso social como para evitar una destrucción incontrolable y degradante de la naturaleza, de la relación metabólica entre el ser humano y la naturaleza. Esto sin mencionar el enorme proceso de destrucción de la fuerza humana de trabajo, causada por el proceso de *liofilización organizativa* de la *empresa enxuta* (*lean production*).

La liofilización organizacional y del trabajo en la fábrica toyotizada: las nuevas formas de intensificación del trabajo

Intentando retener sus trazos constitutivos más generales, es posible decir que el patrón de *acumulación flexible* articula un conjunto de elementos de *continuidad* y de *discontinuidad* que acaban por conformar algo relativamente diferente del modelo taylorista-fordista de acumulación. Se fundamenta en un patrón productivo organizacional y tecnológicamente avanzado, resultado de la introducción de técnicas de gestión de la fuerza de trabajo propias de la fase informática, así como de la introducción ampliada de las computadoras en el proceso productivo de servicios. Se desarrollan en una estructura productiva más flexible, recurriendo frecuentemente a la desconcentración productiva, a las empresas tercerizadas, etcétera. Se utilizan nuevas técnicas de gestión de la fuerza de trabajo, del trabajo en equipo, de las “células de producción”, de los “equipos de trabajo” (ibid.: 52), de los grupos “semiautónomos”; más allá de requerir, al menos en el plano discursivo, el “compromiso participativo” de los trabajadores, en realidad una participación manipuladora y que preserva, en esencia, las condiciones del trabajo alienado y extrañado.² El “trabajo polivalente”, “multifuncional”, “cualificado”,³

2. Véase Antunes, 1995: 34-35, 91-93 y 121-134.

3. Eso hace aflorar el carácter de falacia de la “cualificación del trabajo” que muy frecuentemente asume la forma de una manifestación más *ideológica* que de una

combinado con una estructura más horizontalizada e integrada entre diversas empresas (incluso en las empresas tercerizadas), tiene como finalidad la reducción del tiempo de trabajo.

De hecho, se trata de un proceso de organización del trabajo cuya finalidad esencial, real, es la *intensificación de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo*, reduciendo mucho o eliminando tanto el *trabajo improductivo*, que no crea valor, como sus formas asimiladas, especialmente en las actividades de mantenimiento, acompañamiento e inspección de calidad, funciones que pasaron a ser directamente incorporadas al *trabajador productivo*. Reingeniería, *lean production*, *team work*, eliminación de los puestos de trabajo, aumento de la productividad, calidad total, forman parte del ideario (y de la práctica) cotidiana de la “fábrica moderna”. Si en el apogeo del taylorismo-fordismo la pujanza de una empresa se medía por el número de obreros que ejercían su actividad de trabajo, se puede decir que en la era de la acumulación flexible y de la *empresa enxuta*, merecen destacarse y son citadas como ejemplos a ser seguidos, aquellas empresas que disponen de un menor contingente de fuerza de trabajo y que a pesar de eso obtienen mayores índices de productividad.

Algunas de las repercusiones de esas mutaciones en el proceso productivo tienen resultados inmediatos en el mundo del trabajo: desregulación enorme de los derechos del trabajo, que son eliminados cotidianamente en casi todas las partes del mundo donde hay producción industrial y de servicios; aumento de la fragmentación en el seno de la clase trabajadora; precarización y tercerización de la fuerza humana que trabaja; destrucción del sindicalismo de clase y su conversión en un sindicalismo dócil, de asociación (*partnership*), o incluso en un “sindicalismo de empresa” (ver Kelly, 1996: 95-98).

Entre las experiencias del capital que se diferenciaban del binomio taylorismo-fordismo, se puede decir que el “toyotismo” o el “modelo japonés” encontró mayor repercusión, cuando se lo compara con el ejemplo sueco, la experiencia del norte de Italia, la de los Estados Unidos (Silicon Valley) y de Alemania.

El sistema industrial japonés, a partir de los años setenta, tuvo un gran impacto en el mundo occidental, cuando se mostró para los países avanzados como una opción posible para la superación capitalista de la

necesidad efectiva del proceso de producción. La cualificación y la competencia exigidas por el capital muchas veces objetivan de hecho la *confiabilidad* que las empresas pretenden obtener de los trabajadores que deben poner su subjetividad a disposición del capital.

crisis. Naturalmente, el “trasplante” del toyotismo necesitaba o carecía, para su implementación en Occidente, de las inevitables adaptaciones a las singularidades y particularidades de cada país. Su diseño organizacional, su avance tecnológico, su capacidad de extracción intensificada del trabajo, así como la combinación de trabajo en equipo, los mecanismos de participación, el control sobre los sindicatos, eran vistos por los capitales de Occidente como una vía posible de superación de la crisis de acumulación.

Y fue en ese contexto que se presencié la expansión hacia el Occidente de *la vía japonesa de consolidación del capitalismo industrial*. En las palabras de Sayer (1986: 50-51), el impacto del modelo japonés:

se intensificó a finales de los años setenta, después de un decenio de reducción de la productividad del Occidente, [cuando] el desempeño exportador y el extraordinariamente rápido crecimiento de la industria japonesa, sobre todo en el ramo automotor y de productos electrónicos, comenzaron a generar gran interés en el Occidente [...] Además de los conocidos elementos de la industria japonesa, tales como los círculos de calidad y empleo vitalicio, se agregaron otras características importantes, como la práctica de producir modelos completamente diferentes en la misma línea. Poco a poco se volvió claro que lo que existía no eran sólo algunas pocas “peculiaridades culturales”, sino un sistema de organización de la producción innovado y altamente integrado.

El toyotismo (también llamado *ohnismo*, por Ohno, el ingeniero que originó el modelo para la fábrica Toyota) como *vía japonesa de expansión y consolidación del capitalismo monopolista industrial* es una forma de organización del trabajo que nace en la Toyota, en el Japón, después de 1945 y que muy rápidamente se propaga a las grandes empresas de aquel país. Se diferencia del fordismo básicamente en los siguientes elementos:⁴

- a) *es una producción más vinculada a la demanda, que busca atender a las exigencias más individualizadas del mercado consumidor*, diferenciándose de la producción en serie masiva del taylorismo-fordismo. Por eso su producción *es variada y bastante heterogénea*, al contrario de la homogeneidad fordista;
- b) Se fundamenta en el trabajo obrero en equipo, con multiplicidad de funciones, rompiendo con el carácter fragmentado típico del fordismo;

- c) La producción se estructura en un proceso productivo flexible, que posibilita al obrero operar *simultáneamente* varias máquinas (en la Toyota, un promedio de hasta cinco máquinas), alterándose la relación *hombre/máquina* en la cual se basaba el taylorismo-fordismo;
- d) Tiene como principio el *just in time*, el mejor aprovechamiento posible del tiempo de producción;
- e) Funciona según el sistema de *kanban*, placas o señas de comando para reposición de piezas y de stock. En el toyotismo, el stock es mínimo comparado con el fordismo;
- f) Las empresas del complejo productivo toyotista, inclusive las tercerizadas, tienen una estructura horizontalizada, al contrario de la verticalidad fordista. Mientras en la fábrica fordista aproximadamente 75 por ciento de la producción era realizada en su interior, la fábrica toyotista es responsable solamente del 25 por ciento de la producción, tendencia que viene intensificándose aún más. Este tipo de fábrica prioriza lo que es central en su especialidad en el proceso productivo (la llamada “teoría del foco”) y transfiere a “terceros” gran parte de lo que antes era producido dentro de su espacio productivo. Esta *horizontalización* se extiende a las subcontratadas, las empresas “tercerizadas”, *acarreando la expansión de los métodos y procedimientos en toda la red de abastecedoras*. De ese modo, flexibilización, tercerización, subcontratación, círculos de control de calidad, control de calidad total, *kanban*, *just in time*, *kaizen*, trabajo en equipo, eliminación del desperdicio, “gerencia participativa”, sindicalismo de empresa, entre tantos otros puntos, son conducidos hacia un espacio ampliado del proceso productivo;
- g) Organiza los círculos de control de calidad, constituyendo grupos de trabajadores que son *instigados* por el capital a discutir su trabajo y desempeño, con vistas a mejorar la productividad de la empresa, los que se convierten en un importante instrumento para que el capital se apropie del saber hacer intelectual y cognitivo del trabajo, que el fordismo despreciaba.⁵
- h) El toyotismo implantó el “empleo vitalicio” para una porción de los trabajadores de las grandes empresas (cerca de 25 a 30 por ciento de la población trabajadora con la *exclusión* de las mujeres), además de los beneficios salariales íntimamente vinculados

4. Véase, sobre toyotismo, Gounet, 1997, 1992 y 1991; Teague, 1997; Shimizu, 1994; Ichiyo, 1995; Takaichi, 1992; Coriat, 1992; Sayer, 1986, y Kamata, 1985.

5. En el Occidente, los centros de control de calidad han variado dependiendo de las especificidades y singularidades de los países en que son implementados.

al aumento de la productividad. El “empleo vitalicio” garantiza al trabajador japonés que trabaja en las fábricas insertadas en ese modelo la estabilidad del empleo, siendo que a los 55 años el trabajador es trasladado a otro puesto menos relevante, en el complejo de actividades existentes en la misma empresa.

Inspirándose inicialmente en la experiencia del ramo textil, donde el trabajador operaba al mismo tiempo varias máquinas, y después en la importación de las técnicas de gestión de los supermercados de los Estados Unidos, que dieron origen al *kanban*, el toyotismo también ofreció una respuesta a la crisis financiera japonesa de la posguerra, aumentando la producción sin aumentar el contingente de trabajadores. A partir del momento en que ese recetario se amplía al conjunto de las empresas japonesas, se recupera un nivel de producción que llevó al Japón, en un cortísimo período, a alcanzar patrones de productividad e índices de acumulación capitalista altísimos.

La racionalización del proceso productivo, caracterizada por un fuerte *disciplinamiento* de la fuerza de trabajo e impulsada por la necesidad de implantar formas de *capital y de trabajo intensivo*, configuró la *vía toyotista de desarrollo del capitalismo monopolista en el Japón* y su proceso de *hifilización organizacional y del trabajo*.

El trabajo en equipo, la transferencia de las responsabilidades de la elaboración de calidad de producción, anteriormente asumidas por la gerencia científica y ahora interiorizadas en la propia acción de los trabajadores, dio origen al *management by stress* (Gounet, 1997: 77). Como mostró el clásico testimonio de Satochi Kamata (1982: 199), la racionalización de la Toyota Motor Company, emprendida en su proceso de constitución,

no es tanto para economizar trabajo sino, más directamente, para eliminar trabajadores. Por ejemplo, si 33 por ciento de los “movimientos desperdiciados” son eliminados en tres trabajadores, uno de ellos se vuelve innecesario. La historia de la racionalización de la Toyota es la historia de la reducción de trabajadores; ése es el secreto de cómo la Toyota muestra que sin aumentar trabajadores puede alcanzar un sorprendente aumento en su producción. Todo el tiempo libre de los trabajadores de la línea de montaje durante las horas de trabajo han sido eliminado, considerándolo como desperdicio. Todo su tiempo, hasta el último segundo, es dedicado a la producción.

El proceso de producción de tipo toyotista, por medio de los equipos de trabajo, supone por lo tanto una *intensificación de la explotación del trabajo*, ya sea por el hecho de que los obreros trabajen simultáneamente con varias máquinas diversificadas, o por el aumento del ritmo y

la velocidad de la cadena productiva por medio del sistema de luces. O sea, se presencia una *intensificación del ritmo productivo dentro del mismo tiempo de trabajo o incluso cuando éste se reduce*. En la fábrica Toyota, cuando la luz está *verde*, el funcionamiento es normal; con la luz color *naranja*, se alcanza una intensidad máxima, y cuando aparece la luz *roja* es porque hubo problemas, debiéndose disminuir el ritmo productivo. La apropiación de las actividades *intelectuales* del trabajo, que proviene de la introducción de maquinaria automatizada e informatizada, aliada a la intensificación del ritmo del proceso del trabajo, configuraran un cuadro extremadamente positivo para el capital, con el retorno de los ciclos de acumulación y la recuperación de su rentabilidad (Ichio, 1995: 45-46; Gounet, 1991: 41; Coriat, 1992: 60; Antunes: 27-28).

De modo que, en forma similar al fordismo vigente a lo largo de siglo XX, pero siguiendo un recetario diferenciado, el toyotismo reinaugura un nuevo nivel de intensificación del trabajo, combinando fuertemente las formas relativa y absoluta de la extracción de plusvalía. Si recordamos que la propuesta del gobierno japonés, recientemente elaborada, tal como ya se ha indicado, “es aumentar el límite de la jornada de trabajo (de 9 a 10 horas) y la jornada semanal de trabajo (de 48 a 52 horas)”, tendremos un claro ejemplo de lo antes mencionado (*Japan Press Weekly*, 1998).

La expansión del trabajo *part time*, así como las formas por medio de las cuales el capital hace uso de la división sexual del trabajo y del crecimiento del número de trabajadores inmigrantes, cuya expresión son los *dekasseguis*, que ejecutan trabajos sin calificación y frecuentemente ilegales, constituyen claros ejemplos de la enorme tendencia a la intensificación y explotación de la fuerza de trabajo en el universo del toyotismo. Éste se estructura preservando dentro de las empresas matrices un número reducido de trabajadores pero *ucalificados, multifuncionales y comprometidos* con su ideario, así como ampliando el conjunto fluctuante y flexible de trabajadores con el aumento de las horas extras, de la tercerización en el interior y fuera de las empresas, de la contratación de trabajadores temporarios, etcétera, opciones éstas que son diferenciadas en función de las condiciones del mercado en las que se insertan. Cuanto más se distancia el trabajo de las empresas principales, mayor tiende a ser su precarización. Por eso los trabajadores de la Toyota trabajan cerca de “2.300 horas por año mientras los trabajadores de las empresas subcontratadas llegan a trabajar 2.800 horas” (Gounet, 1997: 78).⁶

6. A título de comparación, se añade que en Bélgica (Ford-Genk, General Motors-Anvers, Volkswagen-Forest, Renault-Vilvorde y Volvo-Gand) los obreros trabajan entre 1.600 y 1.700 horas por año (ibíd.: 99).

La posibilidad de trasplantar el toyotismo, o parte de su recetario, se mostró, por lo tanto, de enorme interés para el capital occidental en crisis desde el inicio de los años setenta. Claro que su adaptabilidad, en mayor o menor escala, estaba necesariamente condicionada a las singularidades y particularidades de cada país, en lo que respecta tanto a las condiciones económicas, sociales, políticas, ideológicas, como a la inserción de estos países en la división internacional del trabajo, a sus respectivos movimientos sindicales, a las condiciones del mercado de trabajo, entre tantos otros puntos presentes al momento de la incorporación (de elementos) del toyotismo.

Como enfatizan Costa y Garanto (1993: 98), mientras el modelo japonés implementó el "empleo vitalicio" para una porción de su clase trabajadora (30 por ciento, según los autores), algo muy distinto ocurre en el Occidente, donde la seguridad en el empleo se presenta con un énfasis más restrictivo y limitado, *incluso en las empresas de capital japones establecidas en Europa*.

De hecho, la seguridad en el empleo no es aprobada más que por el 11 por ciento de las empresas. Ella es relativamente más aceptada en el Reino Unido (13 por ciento de las firmas instaladas dentro del país) y menos en Francia (5 por ciento) o en España (6 por ciento).

Los datos ofrecidos por los autores los llevan a relativizar el "mito de la japonización" en el continente europeo (id.: 100). El proceso de occidentalización del toyotismo mezcla, por lo tanto, elementos presentes en el Japón con prácticas existentes en los nuevos países receptores, dando por resultado un proceso diferenciado, particularizado y realmente singularizado de adaptación de esa receta.

La vigencia del neoliberalismo, o de políticas bajo su influencia, propició condiciones en gran medida favorables a la adaptación diferenciada de elementos del toyotismo en Occidente. Siendo el *proceso de reestructuración productiva del capital la base material del proyecto ideológico-político neoliberal*⁷ la estructura en la que se erige el ideario y la pragmática neoliberal, no fue difícil percibir que desde finales de los años setenta e inicios de los ochenta el mundo capitalista occidental comenzó a desarrollar técnicas similares al toyotismo. Éste se mostraba como la más avanzada experiencia de reestructuración productiva, originado en el propio fordismo japonés y posteriormente convertido en una *vía singular de acumulación capitalista*, capaz de operar un enorme

avance en el capitalismo de ese país, derrotado en la posguerra y reconvertido a una condición de país de enorme importancia en el mundo capitalista de finales de los años setenta.

Fue en este contexto que la General Motors, a mediados de los años setenta, inició sus contactos con la experiencia toyotista, introduciendo dos círculos de calidad. Sin tener en cuenta el conjunto de los elementos básicos constitutivos del toyotismo y utilizando sólo uno de sus aspectos de manera aislada, la GM vio fracasar su primera experiencia de asimilación del toyotismo. Esta experiencia tuvo inicio con el agravamiento de la crisis en su fábrica de Detroit, momento en que la GM resolvió invertir fuertes masas de recursos con el objetivo de enfrentar la expansión japonesa en el mercado norteamericano. La empresa invirtió en la robotización de su línea de montaje, proceso que se inició con 302 robots en 1980, con el objetivo de alcanzar 14.000 en 1990 (véase Gounet, 1991: 44).⁸

Dispuesta a competir con los pequeños automóviles japoneses, la GM programó también el diseño de un nuevo modelo, que sin embargo no consiguió de todas maneras superar a los precios de sus similares producidos en el Japón por Mazda y Mitsubishi. De esta fase surgió el proyecto Saturno iniciado en 1983, que llevó a la construcción de una nueva fábrica en Spring Hill, Tennessee. El proyecto se sirvió del *just in time*, del trabajo en equipo, de la automatización e informatización avanzadas, de la producción modular, de la tercerización, de la subcontratación, operando con empresas proveedoras cercanas a la GM, reproduciendo el mismo sistema de producción de la Toyota. Del mismo modo que en el proyecto inspirador, el vínculo más directo con el consumidor permitía la producción de los vehículos con las conformaciones solicitadas, además de comprometer al Sindicato de los Trabajadores de la Industria Automotriz, UAW (*United Automobile Workers*).

Paralelamente al desarrollo de esta experiencia, la GM se asoció a empresas como la Isuzu y la Suzuki, y en 1983 realizó una *joint venture* con la propia Toyota para producir un auto de pequeño porte en la fábrica de la GM en California, que tenía una tecnología bastante atrasada. Le tocaba a la Toyota toda la gestión de este nuevo proyecto. Mientras la GM acumuló hasta 1986 un resultado desalentador con su proyecto, contabilizando pérdidas, la Toyota, instalada en la New United Motor Manufacturing Inc. (NUMMI), en el otro extremo de los Estados Unidos, suplementarios se tornó altamente lucrativa sin necesidad de recurrir a la introducción de robots.

8. Sobre el proyecto Saturno de la GM véase también Bernardo (1996); sobre la experiencia japonesa en los Estados Unidos, ver Berggren (1993).

7. De acuerdo con la feliz expresión de J. Paulo Netto (1998).

La primera conclusión de esa experiencia de la GM tiene relación con el uso de alta tecnología: su implementación se mostró más compleja de lo que parecía, presentando innumerables puntos deficientes, además de demostrar frecuentemente la falta de adecuación entre la tecnología avanzada y la fuerza de trabajo. Ésta, a pesar de su cualificación, no consiguió adaptarse al nuevo modelo. El proyecto de implantación de una fábrica altamente tecnologizada fue entonces abandonado por la GM/Saturno, que pasó a invertir más recursos en la mejor cualificación y preparación de su fuerza de trabajo, del *trabajo humano en equipo*. *Reconociendo, de este modo, que no introducir robots y tecnología de avanzada sin la equivalente calificación y preparación de su fuerza de trabajo no significaba nada*. Las transformaciones humanas y organizacionales deben caminar paso a paso con las mutaciones tecnológicas. Data de 1987 la creación del Quality Network System, cuya finalidad fue transferir a los trabajadores el control de la calidad, la buena atención a los consumidores y el aumento de la productividad. Ese sistema fue posteriormente, en 1989, extendido a sus unidades en Europa.

El resultado de esta política de la GM le preservó una tajada en torno del 36 al 37 por ciento del mercado americano, lo que no le garantizó un alto nivel de ganancia. En el mercado europeo, mientras tanto, su presencia se tornó más agresiva, ubicándose por delante de la Ford-Europa y de la Renault, y situándose apenas debajo de la Volkswagen, de la Fiat y de la Peugeot. Fue siguiendo esta trayectoria, oscilante en sus primeras fases, y posteriormente con correcciones de ruta, que la GM introdujo nuevos procesos de trabajo en sus unidades, con base en elementos ofrecidos por el modelo japonés.

Esta asimilación del toyotismo se viene realizando por casi todas las grandes empresas, al principio en el ramo automotor y, posteriormente, propagándose también al sector industrial en general y a varias ramas del sector de servicios, tanto en los países centrales como en los de industrialización intermedia. No podría ser diferente en Inglaterra, donde el experimento de tipo toyotista se asoció al neoliberalismo vigente en el Reino Unido desde la derrota del Partido Laborista en 1972. Es sobre esta experiencia que vamos a discutir en el próximo capítulo.

Capítulo V

Del neoliberalismo de Thatcher a la "tercera vía" de Tony Blair. La reciente experiencia inglesa

Neoliberalismo, mundo del trabajo y crisis del sindicalismo en Inglaterra

La reciente experiencia inglesa, particularmente después del ascenso de Margaret Thatcher y de la implantación del proyecto neoliberal, trajo consecuencias profundas para el mundo del trabajo en el Reino Unido y particularmente en Inglaterra¹. La sociedad inglesa se alteró profundamente. Se produjeron mutaciones en su parque productivo, pasando por la reducción de las empresas estatales, por la retracción del sector industrial, por la expansión del sector de servicios privados y, finalmente, por la nueva configuración de Inglaterra en una renovada división internacional del trabajo. También hubo enormes repercusiones en la *forma de ser* de la clase trabajadora, de su movimiento sindical, de sus partidos, de sus movimientos sociales, de sus ideas y valores.

Podría decirse que el movimiento sindical inglés —las *trade unions*— vivió períodos de ascenso, como en los decenios de 1890 y 1970, como también períodos de declive, como en los años 1930 y especialmente a partir de los años 1980. Las fases de ascenso y descenso también ocurrieron en otros países de Europa Occidental, con significados y momentos diferenciados, en función de las características y especificidades de cada país. Las realidades nacionales particulares crearon un movimiento sindical de configuraciones políticas, ideológicas, religiosas, ocupacionales, etcétera, bastante heterogéneas en el interior del continente europeo occidental (Ackers et al., 1996: 1-2 y Pelling, 1987: 264).

Mientras que en el sindicalismo de Francia, Italia y España se vivió una fuerte competencia entre católicos, socialistas y comunistas, en el sindicalismo del norte de Europa —por ejemplo en Inglaterra, Alemania,

1. Nuestras consideraciones tienen a Inglaterra como referencia central, aun cuando muchas veces sean también válidas para todo el Reino Unido.

Holanda y los países escandinavos— las disputas por la hegemonía estuvieron predominantemente bajo la influencia de la socialdemocracia (de los laboristas, en el caso inglés). En Suecia, por ejemplo, los niveles de afiliación sindical son elevados (los más altos del mundo, seguidos por Holanda), ocurriendo lo contrario en Francia y España. Del mismo modo, puede presenciarse un mayor nivel de politización de las actividades sindicales en el sur de Europa, en comparación a una mayor institucionalización y organización en los lugares de trabajo en el norte de Europa (Ackers et al., *id.*: 2 y 3; McIlroy, 1995: 415-417 y Taylor, 1989: xiv y xv).

Este cuadro diferenciado, que indicamos someramente más arriba, es suficiente para ilustrar el riesgo que existe cuando se ofrece una generalización abusiva y una misma identificación del proceso sindical en curso en los países de Europa occidental. Si bien es posible captar algunas de las tendencias generales que se presentan en el escenario sindical europeo, también se debe ofrecer un examen detallado que incluya las diferencias que existen en la historia de cada país.

En su relación con el movimiento obrero y sindical, el capitalismo inglés tiene, en este sentido, trazos que son bastante particulares: mientras en los años setenta Alemania mantuvo su sistema de contratación, su Estado de bienestar, su estabilidad en las condiciones de empleo, la Inglaterra del período Thatcher implementó cambios dirigidos al sistema del "libre mercado", diferenciándose aún más del resto de los países del norte de Europa. "Por todas estas razones, el sindicalismo británico necesita de un tratamiento especial" para comprender sus tendencias más generales, así como sus desafíos actuales, marcados entre otros puntos, por el debate "entre 'colectivismo' del Capítulo Social Europeo y el mercado libre, la alternativa 'individualista' americana", polémica presente y que "puede ser crucial para el sindicalismo en Gran Bretaña y en Europa" (Ackers et al., *ibid.*: 4).

Desde el final del gobierno laborista y, más concretamente, ya en el año 1978, era posible detectar un panorama de crisis histórica en el movimiento obrero inglés. "El síntoma visible de enfermedad (dramáticamente confirmado al año siguiente) fue el voto declinante del Partido Laborista inglés" (*ibid.*: 4 y 5). Durante los decenios posteriores a la posguerra, venían produciéndose importantes cambios sociales, incluyendo la reducción del número de trabajadores manuales, la feminización de la fuerza de trabajo y el crecimiento de la diversificación étnica en el interior de la fuerza de trabajo. Paralelamente, las huelgas, durante este mismo período, encontraban una creciente oposición pública. En realidad, estaba presenciándose una alteración significativa en los trazos

constitutivos del movimiento obrero y sindical existentes en Inglaterra desde el final del siglo XIX (*ibid.*: 5 y Pelling, *id.*: 282-284).

A lo largo de su historia, el sindicalismo inglés estuvo asociado siempre a la idea de fuerza y estabilidad. Su nivel de sindicalización era amplio y extensivo. En 1920, 8.348.000 trabajadores, que representaban un 45,2 por ciento de la fuerza de trabajo, eran afiliados a los sindicatos.

Si estos números se redujeron a la mitad durante la depresión del período de entreguerra, el crecimiento a partir de la segunda mitad de los años 1930 llevó a la expansión de la tasa de sindicalización a 9 millones en los años 1940 y a 13,5 millones —más del 55 por ciento de la fuerza de trabajo— en 1979 (McIlroy, 1996: 2 y 3 y 1995: 11).

Mientras que en 1910, la tasa de sindicalización era del 14,6 por ciento, alcanzando a 2.565.000 miembros asociados, en 1933 llegó al 22,6 por ciento, totalizando 4.392.000. En 1955, los índices de sindicalización llegaron al 44,5 por ciento, abarcando 9.741.000 trabajadores sindicalizados (McIlroy, 1995: 11).

Institucionalmente organizado, con una relativa ausencia de fragmentaciones internas tanto en lo político como en lo partidario, el movimiento obrero y sindical inglés estaba estructurado de manera dual: su brazo sindical está nacionalmente aglutinado en torno del Trade Unions Congress (TUC), la central sindical, y su brazo político —que se originó en la propia TUC— representado por el Partido Laborista. Esta trayectoria singular invirtió la secuencia existente en gran parte del movimiento obrero de los países capitalistas avanzados; en Inglaterra, la TUC dio origen al Partido Laborista convirtiéndose en su pilar básico de sustentación (aunque esto está cambiando mucho en los últimos años).

El TUC, nacido en 1868, prácticamente no tuvo oponentes importantes a lo largo de todo el siglo, estructurándose a través de

modelos complejos de organización y de un plurisindicalismo que comprendía una variedad de sindicatos de oficio, industriales, ocupacionales y generales en competencia por la adhesión de los trabajadores. En los años 1960, más de 20 sindicatos representaban a los trabajadores en una fábrica de la Ford. Existían 651 sindicatos en Inglaterra, con 183 de ellos organizando el 80 por ciento del total de los miembros asociados al TUC. En los años 1970, un número creciente de fusiones llevó a una tendencia hacia un sindicalismo multiocupacional (McIlroy, 1996: 3).

Con una fuerte base en las fábricas y en los lugares de trabajo, combinando de manera compleja tanto la *cooperación* como la *oposición*, el

sindicalismo inglés contabilizaba, a fines del decenio del cincuenta, más de noventa mil delegados sindicales de base que actuaban en las empresas (*shop stewards*); en los años setenta, esta cantidad llegó a aproximadamente trescientos cincuenta mil. Por la estructuración en los lugares de trabajo, a través de los *shop stewards*, el sindicalismo inglés encontraba base de apoyo para su política de negociación y contratación, de manera institucionalizada y jerarquizada. Su principal sustento se encontraba en los sectores industriales, estatales y privados. Las industrias del carbón, la siderurgia, entre otras actividades productivas estatales, contabilizaban en diversas áreas industriales una fuerte presencia obrera y sindical, que surgió de las políticas de nacionalización desarrolladas durante los gobiernos laboristas.

Capital, trabajo y Estado se apoyaban en una

regulación voluntaria de las relaciones de empleo. Ante la inexistencia de una legislación detallada –aspecto relevante, si se lo compara con cualquier otro sistema nacional– se le dio prioridad a la negociación colectiva autónoma. Hasta el decenio de los setenta, y en algunos casos incluso posteriormente, no existía ningún derecho legal de afiliación o de su reconocimiento; ninguna obligación por parte de los empleadores para negociar, ninguna garantía del cumplimiento de acuerdos colectivos por parte de la Justicia y ningún derecho a la huelga [...] El reformismo enraizado en el sindicalismo británico tiene una forma organizacional independiente de la formación del Partido Laborista [...] Los sindicatos pusieron su marca en esta formación a través del control estatutario del proceso de decisiones en el partido (ibíd.: 5 y 6).

El Partido Laborista se relacionó con los sindicatos y con el movimiento obrero, con la concepción de un brazo industrial (determinado por los sindicatos) y brazo político (determinado por el propio partido).

La retórica socialista de la constitución del Partido Laborista estaba divorciada de su práctica, la cual apenas adquirió una coherencia reformista con la adopción del keynesianismo y del Estado-propietario en los años 1940. Sin embargo, monopolizó la lealtad de los votantes de la clase trabajadora. El Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda tuvieron un crecimiento débil: ejercían influencia en las industrias, pero tuvieron una importancia política marginal. Los horizontes de la mayoría de los trabajadores estuvieron limitados por el laborismo, sustentados por reformas venidas de un Estado complaciente y por el éxito obtenido en la negociación colectiva. Hasta 1979, el laborismo estuvo en el gobierno durante once de los quince años anteriores, asegurando una importante, aunque exagerada, influencia sindical en las empresas del Esta-

do, basado en el consenso de posguerra en torno del pleno empleo y del Estado de bienestar (ibíd.: 5 y 6; véase también Taylor, 1989: 121-123).

Defendiendo económicamente la fuerza de trabajo y evitando la aplicación de medidas restrictivas a las conquistas laboristas, el sindicalismo inglés avanzó,

reclutando un número creciente de trabajadores de cuello blanco (*white collar*), cuya densidad sindical creció de 32 por ciento en 1968 a 44 por ciento en 1979. Así como creció también la fuerza de trabajo femenina, cuya densidad sindical aumentó de 26 por ciento en 1965 a casi 40 por ciento en 1979. Pero el 70 por ciento de la fuerza de trabajo fue abarcada por acuerdos colectivos. En la industria y en el sector público, el 90 por ciento de los lugares de trabajo poseían *shop stewards* (McIlroy, 1996: 7).

La expansión del sindicalismo en el sector público fue también un aspecto bastante expresivo de aquellos años de avance del laborismo inglés. Durante este período, la

National Union of Public Employees, NUPE [posteriormente incorporada al UNISON], creció de 200.000 miembros en 1960 a 700.000 en 1979. La National and Local Government Officer's Association, NALGO [también posteriormente incorporada al UNISON], tenía 274.000 miembros en 1960 y 753.000 en 1979. Existían alrededor de 370.000 asociados sindicales en el National Health Service, NHS, en 1967 y 1.300.000 en 1979. Estos desarrollos cambiaron bastante la fisonomía del sindicalismo británico que poseía anteriormente más fuerza en el sector privado (McIlroy, 1995: 10).

La expansión del TUC y del Partido Laborista, el primero representando el brazo sindical de los trabajadores y el segundo expresando su actuación político-parlamentaria (debido a la fuerte interacción entre los dos organismos, los niveles de acción se mezclaban frecuentemente) caracterizó también una fase de ascenso del movimiento huelguista inglés. En la década del sesenta hubo una gran expansión de los conflictos, que registraron en el período de 1964 a 1979 una media anual de tres mil huelgas, abarcando a 12,5 millones de trabajadores. Se combinaban las huelgas locales con las huelgas nacionales en una amplia escala, abarcando especialmente a los trabajadores del sector público. También se produjeron huelgas políticas, de las cuales fueron ejemplos las realizadas contra la prisión de los trabajadores portuarios que desafiaron la legislación del gobierno conservador en 1972; las acciones

contra la restricción a la actividad sindical de 1969; y, especialmente, la huelga de los mineros en 1974, que provocó la caída de Edward Heath, primer ministro del gabinete conservador. Además de estas amplias huelgas políticas, los años que antecedieron al advenimiento del *thatcherismo* se caracterizaron por la ampliación de la presencia de los *shop stewards*, de la organización en los lugares de trabajo y de los piquetes, además de las ocupaciones de las empresas y lugares de trabajo, denominadas *work-ins*, en las que muchas veces los propios trabajadores asumían inclusive la dirección de la empresas.

La extensa votación de los trabajadores ingleses al Partido Laborista, se daba básicamente por la fuerte relación existente entre el TUC y ese partido. Mediada por el vínculo sindical, parte significativa de la clase trabajadora inglesa garantizaba sus votos al laborismo, confiriendo base sindical a la acción política del Partido Laborista.² A pesar de su ampliación y politización en las décadas de los sesenta y setenta, el movimiento sindical inglés, a través de la acción institucional y política, fue poco a poco dando señales de agotamiento, mostrando sus limitaciones; ya fuera en el sentido de poder viabilizar un proyecto más densamente socialdemócrata –como el que existía en los países del norte de Europa–, ya en el sentido de asumir un perfil más claramente socialista, a la manera de algunos países del sur de Europa, como Francia e Italia, donde las corrientes de izquierda eran más fuertes, especialmente aquellas vinculados a los partidos comunistas. Esta limitación y su mismo agotamiento, tuvo su expresión más clara en 1979, cuando el Partido Conservador consiguió, a través de la asunción de Thatcher, quebrar la trayectoria anterior marcada por la fuerte presencia del laborismo inglés. Esta nueva fase de la historia reciente del Reino Unido, alteró profundamente los valores, las condiciones económicas, sociales, ideológicas, dando inicio a una larga noche del sindicalismo británico. Era el advenimiento en Inglaterra de la variante neoliberal, en su forma más osada y virulenta, que mantuvo a los conservadores en el poder hasta mayo de 1997.

Con el ascenso del conservadurismo de Thatcher, una nueva agenda va a transformar sustancialmente la trayectoria de participación anterior del laborismo. Poco a poco, fue diseñándose un modelo que alteraba las condiciones económicas y sociales existentes en Inglaterra, en cuanto a su estructura jurídico-institucional, de modo que se compatibilizaran con la implantación del modelo neoliberal. Su eje central era fortalecer la libertad de mercado, buscando el espacio de Inglaterra en la

2. Ver, por ejemplo, los datos electorales presentados en Callinicos y Harman, 1987, especialmente págs. 83-88.

nueva configuración del capitalismo. La nueva agenda contemplaba, entre otros puntos:

- a) La privatización de prácticamente todo lo que se había mantenido bajo control estatal en el período laborista;³
- b) la reducción e incluso la extinción del capital productivo estatal;
- c) el desarrollo de una legislación fuertemente desreguladora de las condiciones de trabajo y flexibilizadora de los derechos sociales; y
- d) la aprobación, por el parlamento conservador, de un conjunto de actos fuertemente restrictivos de la actuación sindical, buscando destruir desde la fuerte base fabril de los delegados sindicales en las empresas, hasta las formas más establecidas del contrato entre el capital, trabajo y Estado, por ejemplo, en las negociaciones colectivas.

Se erigió un contexto propicio para la aparición de una “nueva cultura empresarial”, marcada por la proliferación de conceptos y prácticas como el *Business School*, *Human Resource Management*, *Total Quality Management*, *Employee Involvement* y *Empowerment*. Contra el “colectivismo” existente en el mundo del trabajo, en su fase anterior, Inglaterra ingresaba en la era del individualismo, del *nuevo gerenciamiento* y de las *nuevas técnicas de administración*. Esta nueva agenda, que se expandió intensamente en la década de los ochenta, contemplaba todavía la expansión de los empleos entre los trabajadores no manuales, el aumento y la expansión del sector de servicios –especialmente privados–, la expansión del trabajador autónomo –cuyo número se duplicó entre 1979 y 1990– y el enorme incremento de trabajo *part-time*. Lo mismo acontece con la reducción o la reconversión de las empresas (*lean production*), el crecimiento de las pequeñas unidades productivas, la disminución de la estructura burocrática gerencial, cuyos resultados se hicieron notar en el acentuado aumento de los niveles (cíclicos y estructurales) del desempleo, más allá de provocar cambios significativos en la estructura y en las relaciones de clase durante las décadas del ochenta y noventa (Ackers et al.: 4-7).

La existencia de condicionantes políticos e ideológicos extremadamente favorables, debido a la hegemonía del neoliberalismo thatcherista,

3. A excepción del Metro (red metropolitana de ferrocarriles subterráneos) y del Correo, prácticamente todos los demás servicios públicos se encuentran hoy, después de la fase de las privatizaciones, en manos del capital privado. Frecuentemente, vuelve al debate la posibilidad de privatización de estas dos empresas estatales.

así como a sus continuas victorias electorales (derrotando por cuatro veces consecutivas a los laboristas), aliadas a su ímpetu privatista y a la defensa ideológica del sistema de libre mercado, se constituyeron en el terreno fértil sobre el cual se erigió una nueva fase del capitalismo inglés. Su impacto se evidencia en el resultado: menos *industrializante* y más volcado al sector de servicios, menos volcado a la *producción* y más *financiero*, menos *colectivista* y más *individualista*, más *desregulado* y menos *contractualista*, más *flexibilizado* y menos “rígido” en las relaciones entre el capital y el trabajo, más fundamentado en el *laissez-faire*, en el monetarismo y totalmente opuesto al *estatismo nacionalizante* de la fase laborista. En síntesis, más en sintonía con el capitalismo posterior a la crisis de los años setenta (Ackers et al.: 3-9 y Kelly, 1996: 77-82).

Que el sindicalismo se convirtiera en *enemigo central del neoliberalismo* provocó consecuencias directas en la relación entre el Estado y la clase trabajadora. Los dirigentes sindicales fueron excluidos de las discusiones de la agenda estatal (particularmente en relación con las políticas de desempleo y la dirección de la economía y la función del Estado) y excluidos de los diversos organismos económicos, locales y nacionales. Se asistió también a la eliminación de varios organismos tripartitos, como el National Enterprise Board, que establecía el campo de la intervención estatal; el Manpower Services Commission, volcado a la reconversión de recursos humanos y la política de mercado; además del National Economic Development Committee, encargado de tomar medidas nacionalizantes y corporativas, en actividad desde los años sesenta.

Esa práctica de exclusión se acentuó en los años ochenta y noventa. En los Training and Enterprise Councils la presencia de los sindicalistas se redujo a apenas un 5 por ciento, y en muchos de ellos fueron literalmente eliminados. Hubo un boicot a la actuación sindical de los asociados de la agencia de informaciones del gobierno (Government Communications Headquarters, GCHQ), a cuyos funcionarios les fue prohibido ejercer cualquier tipo de actividad sindical (McIlroy 1995: 207 y 1996: 10; Taylor, 1989: 121 y 123).

El thatcherismo redujo fuertemente la acción sindical, al mismo tiempo que creó las condiciones para introducir las nuevas técnicas productivas, fundadas en la individualización de las relaciones entre el capital y el trabajo y en el boicot sistemático a la actuación de los sindicatos. Esta política antisindical incluyó la restricción a la actuación de delegados sindicales en las empresas, y limitó también los lugares de trabajo (*closed shop*) donde estaban garantizados los derechos de afiliación sindical. Se transitó de un sistema legal anterior, que reglamentaba de manera mínima las relaciones de trabajo, hacia un fuerte sistema de

reglamentación cuyo significado esencial era, por un lado, *desregular las condiciones de trabajo* y, por el otro, restringir al máximo la actividad sindical. En otras palabras, de un sistema de poca reglamentación que posibilitaba una amplia actividad sindical, se pasó a una sistemática regulación restrictiva para los sindicatos y desreguladora en lo que respecta a las condiciones del mercado de trabajo.

El ejemplo de la huelga es esclarecedor: para que su declaración tenga validez legal, existe un ritual complejo de votaciones que burocratizan y limitan fuertemente la ejecución de la medida de fuerza, que debe ser anunciada y que posteriormente debe ajustarse a toda una red de limitaciones. Las huelgas de solidaridad fueron prohibidas; también fueron restringidas diversas acciones de los sindicatos, como los piquetes y la presión sindical tradicionalmente ejercida sobre los trabajadores que desconocían las decisiones colectivas, tomadas por votación secreta, para la realización de la huelga. Tenían validez solamente las paralizaciones que seguían el ritual burocrático-legal restrictivo. Cuando este procedimiento no era cumplido rigurosamente, los sindicatos eran penalizados con fuertes multas, con el fin de impedir la vida asociativa y sindical.

[La] autonomía sindical fue significativamente comprometida: votaciones compulsivas con complejos y detallados requerimientos diezmaron lo que respecta a la acción industrial, a las elecciones internas, así como a las decisiones sobre las actividades políticas de los sindicatos. Casi todos los aspectos de la actividad de los sindicatos, de las finanzas, hasta las medidas para obtener la afiliación de los miembros, hasta el Bridlington Agreement, que reglamentaba las disputas entre sindicatos: todo eso fue objeto de intervención legal. A pesar de su oposición a la intervención estatal, los conservadores establecieron dos nuevas comisiones estatales para financiar individuos que ejercieron sus derechos contra sus sindicatos. Simultáneamente, los derechos de los trabajadores contra sus empleadores, de tener protección contra la disminución en el goce de la licencia por maternidad, fueron reducidos gradualmente (McIlroy, 1996: 12-13).

El conservadurismo thatcherista fue tan virulento que excluyó al Reino Unido de la firma y adhesión a la Carta Social establecida por la Unión Europea, que estipulaba un conjunto de derechos sociales a ser respetados por los países participantes. El neoliberalismo inglés, continuado por Major, procuró restringir y rebajar al máximo las decisiones concernientes al capítulo social de la Unión Europea, cuyas decisiones eran tomadas en Bruselas.

Restringido fuertemente el ámbito de acción del sindicalismo del sector productivo estatal, como el existente en las minas de carbón y la siderurgia, limitada e incluso eliminada la participación de los sindicalistas en las decisiones de las empresas públicas, finalizada la obligatoriedad de la contratación colectiva, que fue sustituida por la negociación individualizada entre el capital y el trabajo, todo esto afectó e incluso varió sustancialmente las relaciones sociales existentes entre capital, trabajo y Estado en Inglaterra.

De todas maneras, el neoliberalismo inglés tuvo que enfrentarse con movimientos de oposición de gran envergadura, como las huelgas mineras de 1982 y, especialmente, la histórica huelga de 1984-1985 contra la política del cierre de las minas, que duró casi un año. Más de 220.000 puestos de trabajo en las minas fueron eliminados por la política thatcherista desde 1979, provocando la casi extinción de uno de los sectores más importantes del movimiento obrero inglés, poseedor de una histórica tradición de lucha y resistencia, que combinaba el sindicalismo combativo y de oposición al neoliberalismo, bajo el liderazgo de Arthur Scargill.⁴ A pesar de la solidaridad que se extendió por todo el Reino Unido, de la cohesión entre los trabajadores mineros y sus familias, especialmente las mujeres, de la importante solidaridad internacional, de la fuerte resistencia de los mineros, al cabo de casi un año de lucha, la huelga finalizó sin conseguir alcanzar su principal objetivo: impedir el cierre de las minas (McIlroy, 1995: 213 y 1996: 11-12, y Pelling, 1987: 288-290).

Entre 1989 y 1990 la nueva ola de explosiones sociales alcanzó de lleno al conservadurismo thatcherista, a través de las revueltas contra el *poll tax* (Strange, 1997: 14).^{*} Estas rebeliones fueron en contra del aumento generalizado de los impuestos, que afectaban especialmente a los más pobres. Se transformaron, en verdad, en la más fuerte manifestación pública de desgaste del neoliberalismo, ya que la huelga de los mineros de 1984/1985, a pesar de su enorme significado social, político, ideológico y simbólico, había tenido un final desfavorable para los trabajadores. En las rebeliones contra la ley de impuestos hubo un retroceso del gobierno motivado por el fuerte descontento social y político contra el neoliberalismo, lo que acarreó el aumento del desgaste de la figura de Margaret Thatcher.

4. Arthur Scargill, entonces presidente del sindicato de los mineros, National Union of Mineworkers, NUM.

* Un impuesto que gravaba a toda persona mayor de 18 años, sin relación con su nivel de ingresos (N. del e.).

Entre las profundas repercusiones en la estructura de la clase trabajadora inglesa durante los casi veinte años de vigencia del neoliberalismo se debe enfatizar, también, que el enorme proceso de desindustrialización sacudió profundamente al mundo del trabajo. Como indica Huw Beynon (1995: 1-2):

[...] los impresionantes cambios que se produjeron en la composición y organización del trabajo y del empleo en todo el Reino Unido [pueden ser] comprendidos de modo más notable en los cambios en las industrias del carbón y la siderurgia. Anteriormente centro de la administración de la economía estatal *smoke-stack*, hoy están privatizadas y cuentan con una fuerza de trabajo de menos de cuarenta mil trabajadores, reducidos a solamente tres por ciento de su fuerza en la posguerra.

La producción industrial en el Reino Unido contaba en 1979 con más de 7 millones de trabajadores empleados, número que se redujo a 3,75 millones en 1995. Los siguientes datos evidencian la intensidad de la pérdida de los puestos de trabajo:

Variaciones en la estructura del empleo del Reino Unido (en millones)

	Manufactura	Servicios	Total*
1979	7,013	13,68	22,97
1985	5,307	13,86	21,073
1995	3,789	15,912	21,103

* Incluye "otras actividades".

Fuente: *Employment Gazette*, varios años (citado por Beynon, 1995: 2).

Mientras el desempleo alcanzó fuertemente a los rubros textiles y del cuero —que se redujeron de 723.000 en 1979 a 366.200 en 1995— se produjo también la introducción de plantas industriales con capitales norteamericanos, alemanes, japoneses, coreanos, etcétera, que encontraron innumerables incentivos y concesiones por parte del gobierno neoliberal. Las empresas involucradas se desarrollaron especialmente en los rubros de la microelectrónica, pero también en la industria automotriz. Por ejemplo, la construcción de Nissan Motor Manufacturing, al norte de Inglaterra. Pero estas inversiones no consiguieron impedir los crecientes niveles de desempleo, que aumentaron intensamente en la década de los ochenta y inicios de los noventa. En los dos primeros años del gobierno de Thatcher, los trabajadores desempleados ya sumaban más de dos millones, llegando a tres millones en 1986. Sus índices apuntaban a un 5 por ciento en 1979,

y alcanzaron un 12 por ciento en 1983, afectando áreas donde la presencia de los sindicatos era particularmente fuerte.

Recientemente, los índices de desempleo han sido "suavizados" por estadísticas que esconden formas de desempleo. Las consecuencias del enorme proceso de desregulación de la fuerza de trabajo, de la inexistencia de mecanismo reguladores de las condiciones de trabajo y de la enorme flexibilización del mercado posibilitaron una expansión sin precedentes del trabajo *part-time*; de ese modo, al considerar a los trabajadores en dichas condiciones como formando parte del contingente de empleados, reduce fuertemente las estadísticas de desempleo.⁵

Paralelamente a la reducción del trabajo industrial, especialmente en las áreas de mayor densidad sindical, se ampliaba el número de trabajadores en el sector de servicios, donde los índices de sindicalización eran menores. El contingente femenino se aproximaba al 50 por ciento del total de la fuerza de trabajo, teniendo en cuenta también el aumento de los trabajadores *part-time*, temporarios, etcétera.⁶ El mismo proceso de ampliación se dio con los empleados en las áreas administrativas, en las profesiones liberales y especialmente entre los trabajadores autónomos. Incluso, en el sector de servicios se destacó el comercio con la enorme expansión de las grandes cadenas de supermercados (Tesco, Safeway, etcétera), así como de las compañías de seguros, empresas de servicios financieros y turismo. Como dice Huw Beynon, en 1995 más de la mitad de Gran Bretaña obtenía resultados mayores del sector financiero y de servicios que del sector industrial. En ese mismo año había cerca de 1,25 millones de personas empleadas en el ramo hotelero y del ocio, correspondiendo a una cantidad de fuerza de trabajo mayor a la existente en varias ramas de la industria tradicional, herederas del fordismo (Beynon, 1995: 4).⁷

5. Mientras los números oficiales de junio de 1997 estipulaban en 5,7 por ciento el índice de desempleo en el Reino Unido, estimaciones basadas en criterios aceptados por la OIT señalaban un índice de 7,2 por ciento (*Financial Times*, 17/07/97, pág. 9). A partir de febrero de 1998, el gobierno pasó a adoptar como criterio para la medición de los índices oficiales los patrones aceptados por los organismos internacionales (*Financial Times*, 04/02/98, pág. 18).
6. Según la investigadora Sheila Rowbotham, de la Universidad de Manchester, a finales de 1997 el Office for National Statistics anunció que el contingente de trabajo femenino suplantaba, por primera vez en Inglaterra en los últimos cincuenta años, el volumen de trabajo masculino (*The Guardian*, 03/01/98).
7. Beynon (ibíd.: 6) describe extensamente la heterogeneidad de estos "nuevos trabajadores de los servicios", comparándolos con los trabajadores manuales de la industria tradicional. Muestra, incluso, cual fue la magnitud de la ampliación del trabajo femenino en esta rama de la actividad económica, particularmente por la expansión del régimen de trabajo *part-time*.

En este complejo cuadro de mutaciones, tanto en la estructura de clases como en las relaciones sociales, políticas, ideológicas, valorativas, etcétera, la clase trabajadora británica vio el desarrollo de un grupo variado de trabajadores, del que se puede citar a los *part-time-workers*, *temporary-workers*, *casual-workers*, *self-employed-workers*, entre otros ejemplos; configurándose lo que Beynon sugestivamente caracterizó como trabajadores guionizados (*hyphenated workers*) (ibíd.: 8). Según sus propias palabras:

Ellos son los trabajadores fragmentados en una economía fragmentada. La vieja economía industrial de Gran Bretaña era altamente regulada; empleaba un gran número de trabajadores altamente sindicalizados, empleados con contrato de tiempo integral (ibíd.: 12).

La mayoría estaba compuesta de hombres-trabajadores, responsables de la mayor parte del salario familiar. Como consecuencia de las mutaciones vividas en el mundo del trabajo, el salario femenino se tornó cada vez más fundamental en el presupuesto doméstico. Beynon muestra incluso que, además de la reducción del trabajo masculino en el conjunto de la fuerza de trabajo en Inglaterra, también se produjo una reducción de los trabajadores menores de 18 y con más de 54 años (ibíd.: 16).

Este cuadro complejo y contradictorio de mutaciones en la estructura de la clase trabajadora inglesa, llevó al autor a afirmar que "curiosamente, en el momento en que el trabajo se está volviendo escaso, más y más personas estén trabajando más horas" (ibíd.: 12). Estas nuevas tendencias, basadas en las técnicas de *lean production*, *just-in-time*, calidad total, trabajo en equipo, han sido responsables de un nítido proceso de *intensificación* del trabajo, con el consecuente aumento de la inestabilidad en el empleo, el estrés y las enfermedades resultantes de la actividad laboral (ibíd.: 15-22).⁸

Estos cambios ocurridos en el interior de la estructura de la clase trabajadora desencadenaron consecuencias importantes en el universo sindical, en la medida en que, paralelamente a la retracción de los sectores industriales con mayor densidad sindical, se presenció una ampliación en los segmentos de trabajadores medios, autónomos, *part-time*, dotados casi siempre de poca tradición en la lucha sindical, dada su expansión relativamente reciente (Beynon, 1995, y McIlroy, 1996).

8. Véase también sobre las enfermedades laborales en Inglaterra *Hard Labour Stress, Illhealth and Hazardous Employment Practices*, 1994: 23-25.

Si bien fue significativo el movimiento sindical y huelguista desencadenado por los trabajadores ingleses en los años sesenta y setenta, a partir de 1979, con la victoria del Partido Conservador y el inicio de la era Thatcher, el accionar político del gobierno asumió un fuerte contenido antisindical, afectando profundamente el sistema de representación de los trabajadores. Según afirma McIlroy (1996: 19)

el número de sindicalizados se redujo de 13,5 millones en 1979 a 8,2 millones en 1994. El número de afiliados a la TUC cayó de 12,2 millones en 1979 a 6,9 millones en 1994. Los aumentos logrados en los años sesenta y setenta, fueron significativamente revertidos: en 1948 los sindicalizados excedían en un millón a los registrados en 1994. Hoy los sindicatos organizan apenas un tercio de la fuerza de trabajo y la TUC menos todavía. Para cada sindicato, el descenso fue diferente. Los más afectados fueron aquellos que reclutaban trabajadores manuales en el sector privado. El Transport and General Workers' Union (TGWU) vio reducido a la mitad el número de sus afiliados, de más de 2 millones en 1979 a 914.000 en 1994. [...] El National Union of Mineworkers (NUM), sindicato nacional de los mineros, tenía 257.000 miembros en 1979, en cambio en los años noventa se redujo a alrededor de 8.000 afiliados, habiendo sido superado por el Actors Equity, sindicato de los actores.

Menor declive sufrió el UNISON, el mayor sindicato de la actualidad, que actúa en el sector público y está fuertemente relacionado con el servicio de salud y los funcionarios municipales. Esta sigla surgió de la fusión, en 1993, de tres sindicatos que muchas veces actuaban en los mismos sectores, vinculados básicamente a los trabajadores públicos: la Confederation of Health Service Employees (COHSE), que aspiraba a ser el sindicato representante en el sector de la salud; el National Union of Public Employees (NUPE), que representaba a los trabajadores del sector público; y el National and Local Government Officers' Association (NALGO), que incluía a los trabajadores de cuello blanco del servicio público y también reclutaba a trabajadores vinculados a los servicios de la salud, gas, energía eléctrica, agua, transporte y educación superior. Luego del proceso de privatización, el UNISON comenzó a reclutar también miembros en el sector privado (McIlroy, 1995: 14, y 1996: 19).

Según los datos brindados por la TUC en 1992, los sindicatos con mayor número de afiliados en Inglaterra eran: el UNISON, con 1.486.984; el Transport and General Workers' Union (TGWU), con 1.036.000; el Amalgamated Engineering and Electrical Union (AEEU), con 884.000; el General Municipal Boilermakers (GMB), con 799.101;

y el Manufacturing, Science and Finance Union (MSFU), con 552.000 (McIlroy, 1995: 15).

Según vimos más arriba, este proceso de reducción se viene intensificando aún más en los últimos años y alcanzó más fuertemente al TGWU. *La fusión de los sindicatos fue una de las respuestas más frecuentes del sindicalismo inglés, para enfrentar el desmantelamiento y la disminución en el número de sus afiliados.* Si en 1979, la TUC tenía 112 sindicatos afiliados, en 1994 este número se redujo a 69 (McIlroy, 1996: 27).

La reducción de los índices de sindicalización, presente a lo largo de todo el período posterior a 1979, fue el resultado de un conjunto de elementos que formaron parte del gobierno Thatcher-Major, tanto por las transformaciones estructurales como por el conjunto de políticas antisindicales implementadas. La complejidad y la diversidad de los elementos que estuvieron presentes en el mundo del trabajo, llevaron a una de las fases más difíciles del sindicalismo y del movimiento obrero británico. Las restricciones ocasionadas por la limitación de la actividad política de los sindicatos, combinadas con las trabas a su organización en los lugares de trabajo, en un contexto adverso y de intensa virulencia antisocial, terminaron por llevar a este cuadro agudamente defensivo del sindicalismo inglés.

La retracción también es visible cuando se comparan las huelgas que se produjeron en cada período: mientras que en la segunda mitad de los años setenta la media anual fue de 2.412 huelgas, en la primera mitad de los años ochenta se redujeron a 1.276 paralizaciones, tendencia que se acentuó todavía más entre 1986 y 1989, cuando se registró una media de 893 huelgas por año. Durante la década de los noventa, esta tendencia se acentuó todavía más en el Reino Unido: en 1990 se produjeron 630 huelgas, en 1991 este número cayó a 369, en 1992 llegó a 253, en 1993 a 211, y en 1994 se redujo a 205 huelgas. Si en 1980, primer año de vigencia del neoliberalismo, las huelgas alcanzaron un número de 1.330 paralizaciones con la participación de 834.000 trabajadores y un total de 11.964.000 días no trabajados, en 1993 las 211 paralizaciones comprendieron a 385.000 trabajadores y sumaron 649.000 días no trabajados.

Las estadísticas demuestran un sustancial declive de los conflictos industriales desde 1979 y reflejan la modificación del ambiente modificado, por la erosión de la industria del carbón, de la rama automotriz y de los muelles. El número de huelgas declinó profundamente al inicio de los años ochenta y se acentuó en 1988 (McIlroy, 1995: 120-121, y 1996: 22).

También se redujeron los espacios de reconocimiento de los sindicatos en los lugares de trabajo. En 1984 contaban con un 66 por ciento de aceptación en el conjunto de las empresas, índice que en 1990 cayó al 53 por ciento. Solamente el 30 por ciento de las nuevas empresas reconocían a los sindicatos, de las que el 23 por ciento pertenecían al ámbito de las empresas privadas. Todavía mayor fue la reducción de la amplitud de las negociaciones colectivas, significativamente abarcadoras en el periodo anterior a 1979; si en 1984, alcanzaban a un total del 71 por ciento de la clase trabajadora, en 1990 este índice era del 54 por ciento, y la tendencia decreciente continuó a un fuerte ritmo. Del mismo modo, en los lugares de trabajo los delegados sindicales se redujeron del 54 por ciento en 1984, al 38 por ciento en 1990 (McIlroy, 1996: 21).

Este cuadro crítico afectó fuertemente a la vida asociativa sindical. La TUC, en particular, distanciándose de su pasado laborista anterior a lo largo de la década del ochenta y particularmente de la del noventa, atenuó cada vez más sus vínculos con el Partido Laborista (convertido posteriormente en Nuevo Laborismo). Pasó también a representar a una porción menor del conjunto de la clase trabajadora. *Se tornó cada vez más en la expresión institucionalizada de un grupo de presión y cada vez menos en un sindicalismo con representación de clase.* Según la decisión de su más reciente congreso, realizado en 1997, el mayor desafío de la TUC es

a) cualificar a la fuerza de trabajo;
b) darle mayores competencias para la inserción laboral;
c) mantener la asociación con la Confederation of British Industries (COB), Confederación de las Industrias Británicas, y con las empresas en el ámbito local;

d) colaborar con el “nuevo” ideario patronal, marcado por las nuevas técnicas de gerenciamiento, por la aceptación de las privatizaciones y por el reconocimiento de la necesidad de flexibilizar el mercado de trabajo, entre otros elementos. De este modo, la TUC está operando en el universo sindical un proceso similar a la metamorfosis realizada en el interior del Nuevo Laborismo. Tony Blair, en su discurso en el Congreso de 1997 de la TUC, afirmó que ésta debería transformarse en la Nueva TUC, *siguiendo la misma trayectoria de “modernización” emprendida por el Nuevo Laborismo* (*Financial Times*, 10/09/97)⁹.

9. Tony Blair convocó a la TUC a abandonar su imagen de oposición a los empresarios y a sumarse al Nuevo Laborismo “en la cruzada para volver al Reino Unido más competitivo” (*Financial Times*, 10/09/98). Los representantes John Monks, secretario general de la TUC, y Adair Turner, director general de la Confederation of British Industry (CBI), discutieron formas de asociación y cooperación posibles entre las dos entidades (*Financial Times*, 04/09/98).

La aproximación con el proyecto reciente del Nuevo Laborismo, mientras tanto, implicó *un mayor distanciamiento de los sindicatos con relación a la estructura partidaria. Los sindicatos tuvieron cada vez menos influencia en la dirección política del Nuevo Laborismo, operándose una enorme variación en relación con su proyecto original.*

Estos cambios políticos tuvieron una clara relación tanto con las transformaciones ocurridas en Inglaterra a lo largo del neoliberalismo —que afectaron fuertemente a la estructura productiva en aquel país— como con los cambios que venían produciéndose a escala global. Todo eso afectó intensamente las relaciones entre la TUC y el Partido Laborista.

Elementos de la reestructuración productiva británica: ideario y pragmática

Amoldándose a los mecanismos presentes en las principales economías capitalistas avanzadas, las unidades productivas británicas se adaptaron a los procesos de reconversión (*downsizing* o *lean production*), la introducción de maquinaria, la “japonización”, el toyotismo y la acumulación flexible; en suma, al conjunto de mecanismos requeridos por el capital en esta fase de competencia y transnacionalización. Las formas más estables de empleo, heredadas del fordismo, fueron desmanteladas y substituidas por formas flexibilizadas, tercerizadas, de lo que resultó un mundo de trabajo totalmente desregulado y un desempleo masivo, además de la implantación de reformas legislativas en las relaciones entre capital y trabajo. Este proceso, según indica Elger, viene afectando de manera desigual a la organización sindical en los lugares de trabajo, incluso debilitándola sustancial y crecientemente (Elger, 1996: 2, y Beynon, 1996: 10-13).

El ingreso de capitales extranjeros, con sus prácticas y experiencias en la interrelación sindical de los países de origen (como el Japón, por ejemplo, que introdujo unidades productivas en el Reino Unido), así como el impacto de las nuevas tecnologías —especialmente por las computadoras y por los equipos informáticos— formó parte del proceso de integración de Inglaterra en un mundo económico transnacionalizado.

El estudio de las diferentes experiencias realizadas en el Reino Unido durante el periodo reciente, muestra claramente algunas de las principales tendencias que se vienen desarrollando. Es importante indicar, por otro lado, que gran parte de la literatura referida al estudio concreto de la producción en el Reino Unido en las últimas décadas ha enfatizado la necesidad de profundizar las investigaciones empíricas, ya sea

para conocer el significado de dichos cambios, o también para desmitificar el ideario dominante que defiende los “valores” presentes en la “nueva empresa”, “las nuevas formas de relacionarse” entre el capital y trabajo, el “nuevo universo productivo”, las “nuevas formas de colaboración”, etcétera (Ackers et al., 1996; Pollert, 1996; Stephenson, 1996; Amin, 1996, y Tomaney, 1996).

Los aspectos particulares, e incluso singulares, de la experiencia reciente sobre las “relaciones industriales” en Inglaterra que vienen ofreciendo las nuevas investigaciones críticas ya han permitido elucidar algunas de las principales tendencias existentes en ese país. Estas investigaciones han demostrado cómo la implantación de las nuevas técnicas productivas vienen provocando el deterioro de las condiciones de trabajo, la intensificación del ritmo productivo y el aumento de la explotación del trabajo, provocando muy frecuentemente la propia exclusión de la actividad sindical. En otros casos, ocurrió algo diferente: después de la tentativa inicial de exclusión de los sindicatos por parte de las gerencias, frente a la ausencia de mecanismos de representación de los trabajadores, los organismos sindicales acabaron por retornar al ámbito fabril del que habían sido excluidos. Esto muestra la complejidad y la diferenciación presentes en estas experiencias, denominadas “nuevas técnicas de gestión”, en Inglaterra.

La cuestión que se vuelve relevante, entonces, es comprender cómo los trabajadores vienen vivenciando estas nuevas condiciones, marcadas por formas flexibles de trabajo, y el modo en que estas mutaciones vienen afectando a su *forma de ser*. Ejemplificaré esto presentando algunos resultados de las experiencias recientes de la implantación de estas nuevas técnicas (Ackers et al., 1996, Stephenson, 1996, y Pollert, 1996).

Comenzaré exponiendo los elementos principales de dos emprendimientos japoneses en el Reino Unido, vinculados a la industria automotriz: el caso de la Nissan Motor Manufacturing, en el norte de Inglaterra, y la Ikeda Hoover, al nordeste, siendo esta última el resultado de una sociedad entre Nissan y Hoover. Tanto Nissan como Ikeda Hoover introdujeron un sistema *just in time*; pero mientras que en Nissan el proceso ocurrió sin resistencias a la lógica de la flexibilización del trabajo, en Ikeda Hoover se desarrolló una oposición a la flexibilización y a la reconversión (*lean production*) de la producción (Stephenson, 1996: 210-211).

Nissan, la cuarta mayor empresa de la rama automotriz mundial, detrás de General Motors, Ford y Toyota, está implantada en varias partes del mundo y su producción ya sobrepasó la cifra de 2.600.000 vehículos (ibíd.: 237).

La comprensión del proceso experimentado por la Nissan en Inglaterra nos remite al final de los años setenta e inicios de los ochenta, cuando la recesión económica, resultante de la implantación de la primera fase del neoliberalismo, había provocado fuertes niveles de desempleo, particularmente en la región norte, base principal de la industrialización inglesa. En 1981 la cantidad de trabajadores desempleados en la región era de cuarenta mil, principalmente aquellos provenientes de la industria, tendencia también presente en otras varias regiones del país. En ese mismo año, Nissan anunció su interés en establecer plantas en los Estados Unidos y en Europa, en procura, además de la ampliación de su producción, de establecerse antes de que se desarrollasen nuevos obstáculos aduaneros.

No deja de ser particularmente interesante, en relación con Nissan, que

después de la Segunda Guerra Mundial varios aspectos de los métodos del Occidente estaban siendo imitados por Japón, incentivados por su Centro de Productividad. Un ejemplo de esto —en retrospectiva irónica— fue la licencia obtenida por la Nissan de la Austin británica para aprender las técnicas de producción avanzadas de la Inglaterra de los años cincuenta (Sayer, 1986: 59).

Bien asimilada la lección, la empresa aprendiz se volcó en los años ochenta a competir en suelo británico.

Desde los años setenta y ochenta el mercado inglés se mostraba abierto para Nissan, que en forma creciente venía exportando automóviles al mercado europeo. Dentro del acuerdo que limitaba el mercado británico en un doce por ciento para la importación de vehículos desde el Japón, Nissan era responsable del seis por ciento, teniendo mayor participación que Toyota, Honda, Mazda y Colt en conjunto. Además, tanto los gobiernos locales como el gobierno nacional ofrecieron varios incentivos, que excedieron los 100 millones de libras esterlinas, para que las plantas productivas (tanto las de montaje como las proveedoras) fuesen instaladas en la región. Nissan estableció una relación con 177 proveedoras, de las cuales 18 se encontraban en la región. Empleando directamente cerca de cuatro mil trabajadores (de los cuales 400 fueron despedidos en 1993), Nissan se decía responsable de la creación de alrededor de ocho mil empleos en la región (Stephenson, 1996: 214-215).

Según la concepción de su administración, el éxito del emprendimiento estaba en la consecución de tres principios básicos: flexibilidad, control de calidad y trabajo en equipos. Lo que a su vez, dependía de otros tres elementos:

- a) la transferencia de la responsabilidad al propio trabajador, individualmente;
- b) como los trabajadores poseen conocimientos, éstos deberían ser incorporados al proceso productivo y al “ambiente de la empresa”;
- c) los trabajadores se tornaban mucho más productivos al formar parte del equipo de trabajo (ibíd.: 217-218).

En lo que respecta a la actividad sindical, además de las adversas condiciones del mercado de trabajo en una región caracterizada por el aumento del desempleo, Nissan impuso sus condiciones para la aceptación de la presencia sindical. El Amalgamated Engineering and Electrical Union (AEEU) fue reconocido por las dos plantas productivas mencionadas.¹⁰ Aunque la empresa reconoce la existencia de los delegados sindicales dentro de la fábrica, éstos no eran reconocidos como representantes del sindicato en las negociaciones con la empresa.

En el modelo implementado en Nissan, la relación entre los trabajadores y el consejo de la empresa está dada por la participación de un máximo de diez trabajadores de la fábrica y de las oficinas en el referido consejo. De este modo, la reducción y el debilitamiento del papel de los delegados sindicales también terminó ocurriendo en relación con el sindicato. Aunque aproximadamente una tercera parte de la fuerza de trabajo de Nissan esté afiliada al sindicato, hay un relativo descrédito con relación a su cometido.

A través del sistema *kaizen*, los trabajadores son “incentivados” a “realizar sus propios cambios”. En la constatación de la investigación realizada por Carol Stephenson (1996: 220):

Kaizen (que significa capacitación continua) es el resultado de las actividades de los trabajadores reunidos en grupos, apuntando al desarrollo de proyectos para la mayoría de las diversas etapas del proceso de trabajo basados en la experiencia de los trabajadores. Los administradores evalúan los proyectos y aquellos que son considerados los mejores se ponen en ejecución. Los proyectos que resultaron del *kaizen* concluyeron en diferentes experiencias, como la ruta de los ómnibus, facilidades de prácticas deportivas, la calidad de la alimentación o del

10. Este sindicato resultó de la fusión en 1992 de la Amalgamated Engineering Union (AEU) con Electrical Electronic Telecommunication and Plumbing Union (EETPU) y se constituyó en el tercer sindicato en importancia –tal como se señaló anteriormente– cuando se toma como criterio el número de afiliados (Stephenson, 1996: 217-218; McIlroy, 1995: 14-15).

restaurante, además del mejoramiento de la propia producción. El *kaizen* comprende un conjunto de funciones prácticas e ideológicas en Nissan. Permite que se produzca la comunicación entre los trabajadores de fábrica y la alta administración sin la interferencia de terceros (o sea, del sindicato) o la amenaza de paralización. Posibilita a los trabajadores la identificación de las áreas potenciales de conflicto e insatisfacción en un ambiente seguro. El *kaizen* permitió a la administración apropiarse de los conocimientos de los trabajadores en el proceso de la producción. Garrahan y Stewart también comprobaron que los trabajadores han sugerido cambios que llevaron al aumento del ritmo de trabajo. Ambos también reconocieron que a través del *kaizen* los trabajadores aprenden cómo participar del sistema de trabajo de Nissan de una forma aceptable para los empleadores. Además de esto es importante precisar que la legitimidad del *kaizen* ha sido mantenida por medio de proyectos que no están solamente dirigidos o encaminados a mejoras en el proceso de trabajo o en otras áreas que afectan directamente a la acumulación y el lucro. Los trabajadores entrevistados fueron capaces de señalar los avances y cambios obtenidos por medio del *kaizen* que mejoraron sus experiencias de trabajo, incluso cuando eran tan simples como los cambios del lugar de servicio de ómnibus para los funcionarios.

Según la autora, los cambios de esta naturaleza que resultan de un nuevo sistema de comunicación han significado que los trabajadores acaben legitimando y asumiendo esta nueva vía comunicacional dentro de la empresa. Se revitalizó la comunicación entre la planta y la dirección gerencial, con un claro y evidente sentido de “mejorar” a la empresa. El sistema trajo ventajas en el uso de los transportes, la alimentación, en el desarrollo de prácticas deportivas, pero provocó también cambios en el proceso de trabajo, aumentando su intensidad y velocidad, a través de la eliminación del “desperdicio” de tiempo (ibíd.: 220).

Desde su instalación en Inglaterra, Nissan, claramente insertada en el “espíritu” del modelo toyotista, se definía como “la fábrica de la nueva era” (Holloway, 1987). Con este nuevo sistema comunicacional, Nissan reducía fuertemente la acción del sindicato, tornándolo “casi superfluo”, además de evitar, por la percepción anticipada del descontento, la eclosión de huelgas y manifestaciones de rebeldía. El *kaizen*, por lo tanto, cumple una función claramente *ideológica*, de compromiso de los trabajadores con el proyecto de la empresa. El ideario de la Toyota, cuyo lema era “proteger a la empresa para proteger su vida”, vigente desde el inicio de los años cincuenta en el Japón, encontraba su símil en la planta de Nissan instalada en Inglaterra.

Nissan se transformó en el experimento que más se aproxima a la versión inglesa del modelo *japonés del toyotismo*, experiencia bastante diferente cuando se la compara con otros sectores o ramos productivos, según veremos más adelante. Nissan es posiblemente la más celebrada de las empresas japonesas en el Reino Unido. Fue la primera gran montadora japonesa incentivada por el gobierno conservador para introducir en Inglaterra las nuevas relaciones industriales inspiradas en el modelo japonés (Ackersset al., 1996: 30).

Ikeda Hoover, proveedora de Nissan, es el resultado de una sociedad entre la japonesa Ikeda Bussan y la inglesa Hoover Universal. La primera tiene el 51 por ciento de las acciones y la segunda el 49 por ciento. Ikeda Hoover es responsable por el suministro de la parte de terminado interior de los autos de Nissan, operando con el sistema *just in time*. Un sistema informático permite la conexión entre ambas, de modo que Ikeda Hoover responda a las demandas de Nissan, en lo que respecta al color y estilo del auto que está siendo fabricado en ésta última. Cada quince minutos, Ikeda Hoover suministra los equipamientos a la montadora. Se utiliza la expresión “producción sincronizada” para describir la sofisticada precisión del sistema *just in time*. Debe tener el mismo sistema de administración, las mismas prácticas y el mismo sistema de funcionamiento de Nissan, en la medida en que, sin el suministro de los equipamientos en un tiempo correcto, la producción de la montadora enfrenta la posibilidad de una paralización. Pero, tratándose de empresas diferentes, es un error imaginar que el funcionamiento de Nissan sea *integralmente* trasplantado a Ikeda Hoover. Existen elementos de diferenciación, incluso cuando el proyecto implementado es relativamente similar en su concepción. Su viabilidad, sin embargo, acaba por adecuarse a las diferentes singularidades y particularidades presentes en cada caso (Stephenson, 1996: 216).

Los experimentos de Nissan y de Ikeda Hoover, en cuanto ejemplos de implantación del modelo japonés y de su recetario técnico en el Reino Unido, ya sea en forma de capital integralmente japonés (caso de la primera) o en la forma de *joint venture* (caso de la segunda), acabaron produciendo, según Stephenson, en lo que respecta al proceso de trabajo, “una combinación de las prácticas tayloristas y posfordistas” (ibid.: 233). Ambas dependen de operaciones y tiempos estandarizados. Los trabajadores de las dos empresas fueron comprometidos con el proceso de intensificación de sus propios trabajos, a través del autocontrol de su patrón de calidad, y también del control de calidad referente a los demás compañeros. O sea, además de hacer el control de calidad de su propio trabajo, los trabajadores realizaban también el control de la calidad del trabajo de sus compañeros.

Pero hubo una diferenciación nítida entre los dos proyectos:

Los trabajadores de Nissan fueron comprometidos en más actividades de autosubordinación, como el *kaizen* y el monitoreo de varias actividades de sus compañeros del lugar de trabajo, de acuerdo con la filosofía de la acción participativa, presente en las metas de la empresa. Los trabajadores de Ikeda resistieron a la introducción de las nuevas tecnologías y prácticas (por ejemplo, las referidas a la colocación de las máquinas de costura) y algunos trabajadores que fueron consultados manifestaron críticas a las prácticas de flexibilización del trabajo, que indicaban la comprensión de los posibles peligros asociados a la participación en la estrategia de mejora constante.

La prevención relativa de las tensiones que se dieron en Nissan, no pudo producirse en la fábrica proveedora, ya que el sistema de encuentros (*kaizen*) no fue implementado en Ikeda (ibid.: 233).

Mientras que en Nissan los trabajadores se “involucraron” en mayor medida, en Ikeda las tensiones y conflictos entre los trabajadores y la administración de la empresa fueron más frecuentes. En Nissan, el sistema de encuentros de capacitación y de comunicación que entonces se desarrolló, acabó por “sustituir” al sindicato como canal de intermediación entre los trabajadores y la dirección de la empresa. Los logros obtenidos, a través de la economía de tiempo, beneficios, etcétera, se producían en el proceso de trabajo, a través de la apropiación del saber hacer de los trabajadores y no por la actuación de los gerentes y administradores, lo que redujo la posibilidad de conflictos en sentido vertical en el interior de la fábrica.

El estilo de la administración dentro de las dos compañías era cualitativamente diferente. El estilo de la administración en Ikeda fue descrito por los trabajadores como de confrontación y también reclamaban que los administradores adoptaban una actitud intervencionista (ibid.: 234).

Mientras en Ikeda Hoover los conflictos tenían una manifestación vertical (entre los trabajadores y la administración), a la vez que la actuación gerencial era frecuentemente intervencionista, en Nissan los conflictos asumían una forma más horizontal, de competición entre los propios trabajadores.

La investigación de Carol Stephenson confirma el peso del desempleo y del contexto económico depresivo como factores que propician la participación de los trabajadores en el proyecto de la empresa, así como su actitud de distanciamiento con relación al sindicato. La propia planta

de Nissan fue proyectada en un área con mayores posibilidades de *consentimiento* obrero y también de reflujo de la actividad sindical.

La investigación también constata que, además del estudio de lo que ocurre en la empresa central, es importante que las indagaciones profundicen en las condiciones de trabajo en las empresas abastecedoras que proveen suministros basados en el sistema *just in time*, y donde frecuentemente se utiliza el trabajo semicualificado o incluso no cualificado, se recurre con más frecuencia al trabajo femenino y al trabajo inmigrante, que sufren niveles de explotación más intensos, además de condiciones de vida más precarias (ibíd.: 235-236).

Al realizarse un estudio más abarcador, que incluya a la empresa y a sus abastecedoras, sobre la diversidad de las condiciones de trabajo, es posible percibir que *las tesis que hacen el culto de estos nuevos idearios* como instauradores de nuevas condiciones positivas e integradoras en la relación capital y trabajo deben ser cuestionadas. Se evidencia la necesidad de profundizar los estudios sobre las mutaciones en las diversas ramas, de modo de poder evitar una generalización abusiva que no da cuenta de las diferencias y que incluso ofrece frecuentemente una visión de aceptación por parte de los trabajadores, en el marco de este nuevo ideario. Los propios reparos de los trabajadores hacia la organización sindical, apuntada en la investigación de Stephenson, muchas veces es resultado de la aceptación sin cuestionamientos por los sindicatos de las nuevas condiciones existentes en el interior de las empresas. Esto, sumado a la recesión y al desempleo, así como a la necesidad imperiosa de preservar el empleo, acaba por crear las condiciones desfavorables para una actuación más visiblemente crítica de los trabajadores, impulsándolos en el sentido de la necesidad de involucrarse como forma de preservación del propio trabajo. Lo que se presenta para el conjunto de los trabajadores es la necesidad de preservación del empleo en las condiciones más adversas, en las que cualquier forma de cuestionamiento acaba convirtiéndose en un elemento de indisposición con la empresa y en la posibilidad inminente de ser despedido; no tanto en el compromiso con el proyecto empresarial y la aceptación y adhesión a sus valores.

Al contrario de lo que ocurrió con el modelo toyotista, tal como fue implementado en las principales empresas del Japón, su viabilidad e implantación en Occidente se dio sin la contrapartida del "empleo vitalicio". Pero incluso su concreción tiene que ser efectuada dentro de un mercado de trabajo como el británico, fuertemente desregulado, flexibilizado y que presentó, y todavía presenta, niveles de desempleo que intimidan fuertemente a los trabajadores.

En estas condiciones, al concluir las referencias a estas empresas, puedo afirmar que, al mismo tiempo que los trabajadores deben demostrar "espíritu de cooperación" con las empresas, condición general para la "buena puesta en práctica" del modelo de tipo toyotista, su efectivización concreta se da en un terreno de frecuente inestabilidad. La posibilidad de pérdida del empleo, al mismo tiempo que empuja al trabajador a aceptar estas nuevas condiciones, crea una base desfavorable para el capital en este proceso de "integración", en la medida en que el trabajador se ve constantemente bajo la amenaza del desempleo. Esta contradicción en el interior del espacio fabril se muestra como uno de los elementos más difíciles para el capital en vías de implantar un proceso de "compromiso" de la clase trabajadora.

Otro ejemplo elocuente de las tendencias en el curso del proceso de reestructuración productiva del capital en el Reino Unido puede ser encontrado en la industria de alimentos, que se expandió vigorosamente en el período reciente en función del aumento de la importancia del sector de servicios, en especial, de las grandes redes de supermercados. La investigación realizada por Anna Pollert en la Choc-Co, una gran empresa en el sector de alimentos, procura estudiar el sistema de funcionamiento del trabajo en equipos, buscando captar las percepciones diferenciadas que se producen desde la cumbre de la empresa hasta la misma fábrica.

Entre la ideología del trabajo en equipos, su propuesta, su discurso patronal y lo que efectivamente pasa en el espacio de trabajo, en fin, entre el ideario de la nueva empresa y su ecuación práctica, existe un vacío, una descompensación, que fue explorado por la investigación. Además de estudiar la función de los delegados sindicales, sus formas de vincularse con los equipos de trabajo y su relación con el sindicato, la investigación también hizo un fino recorte en el proceso de trabajo, procurando retener cómo la cuestión de la calificación y no calificación se articulan en este espacio productivo, marcado por una industria de tipo tradicional, la alimenticia, así como de qué manera estas mutaciones se combinan con las cuestiones de género. La propia elección de una empresa de la rama de alimentos se debió a la preocupación por estudiar otras experiencias que posibilitaran una mayor visualización del trabajo femenino y su interacción con el trabajo masculino.

Mientras en la industria de alimentos, bebidas y cigarros se detecta 59 por ciento de trabajadores masculinos y 41 por ciento de trabajadoras, la división sexual del trabajo en el sector industrial en general es de 70,3 por ciento para el contingente masculino y 29,7 por ciento para el femenino. En la industria automotriz, incluyendo el sector de autopartes, la presencia masculina llega al 88,5 por ciento (Pollert, 1996: 180).

La industria alimenticia, del tabaco y de bebidas constituye el segundo segmento en número de trabajadores en la industria británica, totalizando 500.800 trabajadores, concentrados en su mayor parte en el sector de alimentos. Como dice la autora, este sector es responsable en buena parte de la expansión económica británica, a pesar de la recesión que tuvo lugar durante los años ochenta. En el largo período de 1974 a 1992, este sector amplió su volumen de empleos del 9,9 por ciento al 11,4 por ciento. Se trata de un sector altamente concentrado y de capital transnacional, regido por una lógica fuertemente competitiva (ibíd.).

Dentro del sector de alimentos, la Choc-Co, desde su origen, tenía una política de administración Quaker, herencia de la era victoriana, dotada de un fuerte trazo paternalista y de relación personalizada con los trabajadores. Desde 1918 la empresa utilizaba métodos tayloristas y desde el año siguiente se pudo observar la participación de los trabajadores en el consejo de la empresa.

Esta trayectoria anterior permite que las “nuevas” técnicas de gerenciamiento, presentes en los años ochenta y noventa, sean confrontadas con una empresa dotada de una fuerte tradición. La Choc-Co tenía en 1992, cuando se inició la investigación, 3.400 trabajadores en la producción, destacándose su línea de chocolates. Anteriormente, en 1988, la empresa había sido incorporada por la Food-Co, una importante empresa transnacional del sector. Sin embargo, antes de esta incorporación, la Choc-Co había dado inicio a un proceso de reestructuración y amplia racionalización que acarreó el cierre de unidades productivas. Entre 1984 y 1987 fueron cerradas dos fábricas y la empresa abrió una nueva unidad de fabricación de chocolates, especializándose en esta actividad. Incluso en esta fase fue cuando se introdujo el trabajo en equipo.

Luego de la incorporación a la Food-Co, el proceso de introducción de las “nuevas técnicas” de producción se acentuó sobremanera, en la medida en que se trataba de un mercado altamente competitivo en la nueva configuración productiva inglesa. El objetivo fundante era “la reducción del número de horas-hombre por tonelada producida” (ibíd.: 182). La utilización del trabajo en equipo y del proceso de compromiso de los trabajadores a través de los círculos de control de calidad, que datan de la segunda mitad de los años ochenta, fue entonces intensificada. En las unidades donde los trabajadores ofrecieron mayor resistencia a la implantación de estos elementos, la respuesta gerencial fue más dura. Contrariamente a una “participación” más “consensual”, era frecuente la intervención directa de la dirección empresarial, combinando “nuevas” y viejas formas de relación industrial. En otras palabras, se dio un proceso de introducción de lo “nuevo”, utilizando “viejos” instrumentos. La introducción

ción de los equipos de trabajo fue concebida como fundamental para que la “nueva cultura empresarial” fuese implantada, reduciendo los niveles de supervisión existentes. Los líderes tenían como atribuciones:

- a) la motivación de los equipos de trabajo;
- b) planear, organizar y cuidar la calidad;
- c) identificar las necesidades de entrenamiento y desarrollo;
- d) dimensionar la realización del trabajo, de los costos y del presupuesto;
- e) establecer los niveles de la producción y la discusión del desempeño;
- f) cuidar de la comunicación, de las cuestiones disciplinarias y otros problemas (ibíd.: 183).

Los líderes tenían un papel importante en la comunicación entre la planta de la fábrica y la gerencia, lo que llevaba a la reducción de la actividad sindical y al aislamiento de delegados sindicales.

Con 150 equipos de trabajo y solamente 29 delegados sindicales en toda la fábrica, era muy difícil para el sindicato acompañar directamente todos los aspectos que estaban siendo introducidos por esa vía. Como fue observado en otro estudio sobre el trabajo en equipo (Garrahan y Stewart, 1992), el objetivo era aumentar la cohesión del grupo, pero también acompañar la competencia entre los equipos y entre los trabajadores. (Pollert, 1996: 183)

La divulgación de los resultados de la producción, mostrando la actuación de los equipos, tenía como objetivo crear un clima de competencia entre ellos en el interior de la fábrica.

La estrategia de Choc-Co tuvo el objetivo de iniciar la implantación de los equipos de trabajo en los sectores dotados de trabajo semicualificado e incluso sin cualificación. Sus consecuencias, de todas maneras, fueron pocas. Según Pollert (ibíd.: 185),

Realmente, a pesar de la retórica del “compromiso”, el sistema de producción fordista de maquinaria especializada, de trabajo fragmentado y de producción estandarizada no fue alterado por el entusiasmo de los administradores,

ya que se mantenía la finalidad básica de reducción de los costos, descalificación del trabajo y producción en masa. El mayor obstáculo surgió en la dificultad para ajustar el sistema de los equipos de trabajo con la línea de montaje, problema que ocurre frecuentemente cuando se procura

transferir patrones toyotistas a plantas productivas rígidas de base fordista. En el sistema de producción en masa

el trabajo es repetitivo, sigue el ritmo de la máquina, con pocas oportunidades para una influencia directa en el proceso productivo. Para la mayoría de los trabajadores la “flexibilidad” de los equipos de trabajo está limitada por la rotación del trabajo, por la fuerte integración del control de calidad ligado a la producción, por la limpieza general de la producción e intensificación del trabajo (ibid.: 186).

La introducción de microprocesadores y de nuevas tecnologías había tenido poco impacto en el conjunto de la rutina de la línea productiva, especialmente por el hecho de que esta nueva tecnología se encuentra con una fuerza de trabajo que no está preparada para operar con dicho equipamiento, lo que crea aún más descompensación entre las propuestas de introducción de “nuevos métodos de trabajo” y la estructura productiva existente, de base fordista. El alardeado “compromiso” de los trabajadores en la relación entre capital y trabajo, se ha verificado muy frecuentemente como una mayor intensificación del ritmo de trabajo (ibid.: 186).

En lo que concierne a *la división sexual del trabajo*, es visible la distinción que se opera entre el trabajo masculino y el femenino. Mientras el primero actúa *predominantemente* en áreas de *capital intensivo*, con maquinaria informatizada, el trabajo femenino se concentra en las áreas más rutinarias, de *trabajo intensivo*. Por ejemplo, las áreas de trabajo más valorizadas en la fabricación de chocolate (frecuentemente llamadas *kitchen* por los trabajadores), permanecen predominantemente bajo dominio masculino; mientras que las áreas más manuales, como aquellas destinadas al empaquetado, quedan para el trabajo femenino. Hay diferencias también en cuanto al horario de trabajo, siendo el trabajo femenino bastante menos frecuente en el turno nocturno, tendencia que se mantiene incluso después de 1986, cuando fueron removidas las disposiciones legales que prohibían el trabajo femenino nocturno.

En las áreas de tecnología más avanzada, las mujeres son incorporadas solamente a las actividades más rutinarias y que requieren menor cualificación. Mientras la administración afirma que los propios trabajadores (hombres) no quieren el ingreso de trabajadoras en el mismo espacio, los trabajadores alegan que la gerencia no toma las medidas necesarias para que el trabajo femenino encuentre condiciones razonables de trabajo, *facilities*, según la expresión de los trabajadores (ibid.: 188).

En diversas áreas de la producción, tanto en el sector de embalaje como en otros donde predomina la fuerza de trabajo femenina –las áreas

de *trabajo intensivo*– también son más frecuentes los empleos de tiempo parcial.

En la Choc-Co la perpetuidad de la división sexual del trabajo con hombres concentrados en las áreas de capital intensivo y las mujeres en la producción de trabajo intensivo, significó que los equipos de trabajo –incluso en su forma más limitada para todos los trabajadores semicualificados de la producción–, era una construcción todavía más artificial para la mayoría de las mujeres de lo que era para la mayoría de los hombres (ibid.: 188).

O sea: en la división sexual del trabajo existente en esa empresa, la implantación del nuevo sistema acarrea una intensificación todavía mayor del trabajo femenino.

Por eso, asegura Anna Pollert, la existencia de nociones como “flexibilización calificadora”, “compromiso”, etcétera, en una realidad marcada por la presencia de trabajo semi y no calificado, y *particularmente en un sistema de trabajo intensivo realizado por la fuerza de trabajo femenina*, donde predomina la producción en masa, se ha mostrado como una contradicción. Lo que evidencia el desfasaje entre los objetivos patronales por una “nueva cultura empresarial” y la realidad del proceso productivo. También en la Choc-Co, la actividad de los representantes de los equipos de trabajo procuró minimizar la actividad sindical, toda vez que en dicho sistema comunicacional la relación entre la planta y la dirección empresarial ya no estaba mediada por el sindicato y por la acción de los delegados sindicales, sino por los líderes de los grupos, que eran elegidos por la administración y no por los trabajadores. Sin embargo, cuando la comunicación y la capacidad de negociación de los líderes de los equipos fallaba, los delegados sindicales eran llamados para representar a los trabajadores.

Choc-Co es un ejemplo de que, a pesar de la tentativa de suplantarlo a la representación sindical y de base de los trabajadores por los nuevos líderes de equipos, estos se demostraban limitados en su ámbito de acción al actuar en el espacio que normalmente pertenece al sindicato y sus representantes en los lugares de trabajo. Como resultado, se desarrolló un sistema donde frecuentemente los delegados sindicales eran consultados por la administración intermedia y por los líderes de los equipos para asuntos referentes al empleo, cuestiones de salud, horario de trabajo y todo un conjunto de problemas que emerge en el día a día del trabajo. El sistema, que objetivamente intentaba excluir o limitar mucho la acción sindical, frecuentemente tuvo que recurrir a su auxilio, desarrollando un sistema paralelo entre el “nuevo” y el “viejo” mecanismo. El

primero se tornó, en la experiencia cotidiana, ampliamente dependiente del segundo, manteniendo con éste una vinculación restituida por la propia experiencia diaria. Nuevamente, reaparece aquí otro elemento de contradicción en relación con el ideario presente en estas “nuevas técnicas” y su implantación en el Reino Unido (ibíd.: 191-192).

La percepción acerca del funcionamiento del sistema de equipos de trabajo muestra la particularidad de la inserción diferenciada de sus participantes, exhibiendo matices en los puntos de vista entre los líderes de los grupos, entre los propios trabajadores y con la visión de los sindicatos, además del corte diferenciado en el interior de estos mismos segmentos. Entre los líderes de los equipos de trabajo, por ejemplo, es difícil una generalización de la experiencia, en la medida en que hay variación inclusive de departamento a departamento en el interior de la fábrica. Pero la conclusión que la investigación de Pollert ofrece es que solamente un grupo minoritario, compuesto de jóvenes, realmente está satisfecho con la introducción de las “nuevas técnicas”, mientras que la mayoría se considera sobrecargada de trabajo e insatisfecha.

El trabajo es crecientemente intensificado y, a pesar de esto, su resultado siempre aparece para los niveles gerenciales como inferior a lo que pretende la empresa. Esta síntesis surge frecuentemente de los testimonios recogidos por la investigación, como lo demuestra un trabajador consultado, líder de grupo: “Ellos no nos llaman líderes de equipo, sino hongos”, lo cual acentúa una visión crítica, presente en la metáfora de los champiñones: “nos mantienen en la oscuridad y nos alimentan con excrementos”. En el mismo sentido aparece el testimonio de otro líder de equipo: “más y más las responsabilidades son arrojadas sobre nosotros” (ibíd.: 196 y 197).

La misma autora cita otros testimonios que permiten una lectura menos crítica por parte de los líderes de los equipos, pero reitera que existe una

contradicción sistémica fundamental entre la demanda social de los equipos formados y el aumento de la productividad obtenido por la intensificación del trabajo. La exhortación de los administradores *seniors* para que los líderes de los equipos tuviesen mayores atribuciones para exigir que sus equipos trabajasen más intensamente ha sido en vano. Había insuficiente elasticidad para hacer eso (ibíd.: 198).

La intensificación del trabajo y la necesidad de estar permanentemente superando metas ya logradas, o incluso la idea de que “la empresa está siempre en rojo”, acaba teniendo una consecuencia desmotivante, impidiendo que se pueda hablar efectivamente de “nuevas técnicas”

en una empresa como Choc-Co. La distancia y el descontento de los trabajadores de la fábrica confirman la idea de que las modificaciones ocurren mucho más en el plano del discurso que en la realidad del trabajo cotidiano. Solamente 206 trabajadores, menos del diez por ciento del total de la fuerza de trabajo, estaban vinculados a los 46 círculos de control de calidad (ibíd.: 200).

Según Pollert (ibíd.: 205), el estudio realizado dentro de Choc-Co, demostró que los equipos, concebidos como un sistema de organización de trabajo y de compromiso de los empleados, no estaban funcionando, sino generando, por el contrario, varias formas de tensión. Existen

contradicciones estructurales en el corazón de la estrategia: entre la alienación de los trabajadores dentro del sistema de producción, que todavía depende de trabajos repetitivos, descalificados, y los objetivos de conquistar los corazones y las mentes intentando el avance empresarial; entre la necesidad de ampliar las unidades de producción basadas en el proceso de trabajo colectivo y la necesidad de reducción de los equipos de trabajo, [en síntesis,] entre la dinámica ampliada de reestructuración capitalista introduciendo trabajo intensificado, reducción del empleo e inseguridad, y los objetivos de construir un compromiso de los trabajadores con la empresa.

Es como si el discurso de *compromiso racional* de los trabajadores, declamado por el capital, se enfrentase cotidianamente con su efectiva negación, manifestada en la intensificación del trabajo, en el riesgo inminente del desempleo, en la diferenciación por género, en la calificación, en la edad, etcétera, entre tantas fracturas presentes en el mundo productivo, condicionantes estos que se muestran como dotados de *irracionalidad* para el mundo del trabajo.

La experiencia de una empresa como Choc-Co, del sector de alimentos, y las de Nissan e Ikeda Hoover, del sector automotor, nos ofrecen indicaciones de cómo el proceso de expansión del toyotismo (o de elementos de esta nueva forma de organización del trabajo) asumen en el Reino Unido formas singulares, que no posibilitan una generalización analítica de sus aplicaciones. El toyotismo presenta enormes diferencias no sólo entre los diversos países donde ha sido implantado, sino también cuando se analizan las experiencias realizadas sector por sector en el interior de un mismo país.

Se puede afirmar, sin embargo, basados en la experiencia inglesa ya investigada, que en las empresas que vienen implementando estas fórmulas que se asientan en el *just in time*, *kanban*, *proceso de calidad total*, *kaizen*, etcétera, ha sido posible constatar una reducción de la actividad

sindical y una tentativa de sustitución de los delegados sindicales por el nuevo sistema comunicacional, que el capital viene procurando hacer funcionar dentro de las fábricas. Si en el Japón los sindicatos, en muchos casos, asumieron el carácter de *sindicatos de empresa*, participando a menudo de la conducción de la gerencia de recursos humanos, dada la sintonía que tienen con el proyecto patronal, en otros países, como en Inglaterra, la conducción empresarial forzó a la reducción e incluso frecuentemente a la eliminación de la actividad sindical. En el caso de Nissan, el reconocimiento de la actividad sindical estuvo condicionado a la aceptación, por parte del sindicato, del proyecto empresarial en su totalidad. La propia elección del lugar para la implantación del proyecto de Nissan y de Ikeda Hoover tenía en cuenta el desgaste del sindicato en el norte de Inglaterra y el enorme desempleo, además de los abultados incentivos ofrecidos por el gobierno neoliberal.

La vigencia del proyecto neoliberal, con sus enormes significados en la estructuración jurídico-política e ideológica, y el *proceso de reestructuración productiva del capital* acabaron acarreado enormes consecuencias en la clase trabajadora inglesa. Se puede destacar la ausencia de reglamentación de la fuerza de trabajo, la amplísima flexibilización del mercado laboral y la consecuente precarización de los trabajadores, *particularmente en lo que concierne a sus derechos sociales*. Como resultado de este cuadro, especialmente durante la recesión de los años ochenta, hubo también un aumento del desempleo, tanto estructural como coyuntural, que convirtió a Inglaterra en el país donde las condiciones de trabajo se deterioraron más, en comparación con los demás países de la Unión Europea. Esto puede constatare a partir de los siguientes datos:

- a) Inglaterra fue el único país de la Unión Europea cuya jornada de trabajo semanal aumentó en la década de los noventa;
- b) el número promedio de horas trabajadas por semana, para trabajadores de tiempo completo, es de aproximadamente 40 horas (42 horas para los hombres y 38 para las mujeres). Los trabajadores alemanes, por ejemplo, trabajan 36 horas por semana;
- c) los trabajadores manuales trabajan 44,2 horas por semana y los trabajadores no manuales trabajan 38,2 horas;
- d) en 1996, 3.900.000 personas trabajaron más de 48 horas por semana, mientras que en 1984, dicho contingente era de 2.700.000 (datos extraídos de *The Observer*, 30/11/97).

En estas condiciones de flexibilización y desregulación del mercado de trabajo, se puede comprender el motivo del decidido rechazo del

neoliberalismo de la era Thatcher/Major a aceptar los términos de la Carta Social de la Unión Europea, así como el rechazo de Tony Blair, al frente del Nuevo Laborismo, por iniciar una revisión de la desregulación y de la flexibilización del mercado de trabajo en el Reino Unido. La existencia de un mercado de trabajo altamente flexibilizado y desregularizado, se constituyó con el trazo distintivo de la reestructuración productiva del capital bajo la conducción del proyecto neoliberal.

No fue sin resistencias, sin embargo, que esta política fue implantada. Ya me referí anteriormente a algunos enfrentamientos ocurridos en la década de los ochenta. En los años noventa también fue posible percibir la eclosión de diversos movimientos de trabajadores que expresaban el descontento y la oposición a las transformaciones que venían afectando fuertemente al mundo del trabajo.

Las huelgas inglesas en los años noventa: las formas de oposición al neoliberalismo y la precarización del trabajo

Entre mediados de 1995 e inicios de 1996, Vauxhall Motors, subsidiaria de General Motors en Inglaterra, fue el escenario de una acción de resistencia de los trabajadores, cuyo sentido era contraponerse a la implantación de las "nuevas relaciones industriales" con base en reconversión productiva. Por primera vez en más de un decenio, la empresa se vio frente a una acción organizada por los trabajadores desencadenada en dos plantas productivas, la de Ellesmere Port (la unidad productora del Astra) y la de Luton (productora del Vectra). Todo el ideario que cultivaba los "nuevos sistemas productivos" fue cuestionado y se vio en dificultades. De acuerdo con Stewart (1997: 1-2),

Los trabajadores de las dos unidades productivas, que totalizaban casi diez mil empleados, desencadenaron una acción intentando obtener la reducción del tiempo de trabajo semanal y un aumento general de salarios para todos los trabajadores. La acción incluyó la prohibición del trabajo extra y la realización de una huelga no oficial de dos horas los días vienes.

La retórica del "consenso y participación", elaborada y propugnada por la empresa durante la tentativa de introducción de la *lean production*, no consiguió obtener la adhesión y el compromiso de los delegados sindicales ni de los trabajadores de la planta. Junto con otra huelga

no oficial ocurrida en 1995 en la fábrica Ford, la lucha de Vauxhall representó una divisoria de aguas en el proceso de reestructuración productiva del sector automotor británico.

A través de la realización de votaciones, los trabajadores de Vauxhall, con más del 70 por ciento de aprobación, se manifestaron a favor de la huelga y lograron sus reivindicaciones, entre las cuales una reducción de la semana laboral de 39 a 38 horas, además de un aumento salarial (ibid.: 3-4). Particularmente, fue un logro efectivo la reducción del tiempo de trabajo, teniendo en cuenta que la huelga atacaba directamente la fraseología del empresariado que defendía el ideario de las "nuevas condiciones" de empleo, que en la práctica provocaban sin embargo un aumento de la intensidad del trabajo. Esta lucha de resistencia permitió hacer aflorar el real estado de insatisfacción de los trabajadores de la fábrica. La acción desencadenada por los trabajadores de Vauxhall posibilitó la percepción, por parte de los trabajadores, de la descompensación existente entre la retórica participacionista y la realidad de la intensificación y del estrés en el trabajo, con repercusiones físicas y emocionales en la subjetividad de los trabajadores. Cuanto más hablaba el capital de nuevas condiciones de trabajo, más se intensificaban los ritmos en la fábrica. Y la huelga de los trabajadores de Vauxhall se transformó en una victoria de los trabajadores contra la falacia de las nuevas condiciones de trabajo (ibid.: 6).

Tal vez el más expresivo y simbólico movimiento de resistencia al neoliberalismo inglés y a sus formas destructivas, a lo largo de los años noventa, pueda encontrarse en la huelga de los portuarios de Liverpool. Iniciada en septiembre de 1995, se dirigió contra las formas de flexibilización del trabajo en el sistema portuario, que acarreaba un fuerte proceso de precarización de las condiciones de trabajo. La acción, considerada ilegal, provocó el despido de 500 trabajadores que, a partir de entonces, iniciaron un importante movimiento huelguista que duró hasta febrero de 1998. Al mismo tiempo que se enfrentaba directamente a la política neoliberal de destrucción de los derechos del trabajo así como a su legislación fuertemente restrictiva de la acción de los trabajadores, este movimiento, en sus más de dos años de duración, selló los límites del sindicalismo tradicional británico, representado por la TUC, cuya acción de respaldo y solidaridad al movimiento fue muy limitada y, en varios momentos, se revistió de un carácter político que dificultó la ampliación de la lucha de los portuarios hacia otros puertos y también hacia otros sectores de trabajadores (Gibson, 1997: 1-2).

La historia de este movimiento nos remite a 1988, cuando Thatcher anunció la intención de terminar con el sistema de empleo permanente

que los portuarios habían conquistado. El comité de los portuarios reaccionó a través de acciones, reuniones y actos en varias partes del país, para organizar la lucha contra aquella decisión y, como respuesta, iniciaron una huelga. Ésta se desencadenó en dos puertos: en Tilbury (Londres) y en Liverpool. El sindicato oficial TGWU, que también engloba a los portuarios, tomó posición a través de sus líderes en contra de la huelga, temiendo por su carácter "ilegal" y de confrontación con el gobierno. Aunque los delegados sindicales habían iniciado una paralización no oficial, su mantenimiento se hizo imposible después de retirado el apoyo del TGWU. Siguiendo los dictámenes legales, se inició en aquel año una huelga que duró 22 días contra las medidas promovidas por Thatcher.

Expresando una tendencia que se venía acentuando desde hacía varios años, el movimiento no contó con la participación efectiva del TGWU, repitiendo lo que había ocurrido anteriormente con la huelga de los mineros de 1984-1985. Los portuarios en huelga fueron despedidos, los depósitos fueron cerrados por la empresa y posteriormente reabiertos bajo nuevos nombres, utilizando trabajo precario. Mientras la huelga fue derrotada en Tilbury (Londres), en Liverpool los piquetes y las acciones de solidaridad mantuvieron la paralización. La oposición a la huelga del TGWU, alegando que "no era posible defender el sindicalismo hoy en Gran Bretaña" (así lo declaró su secretario general, Ron Todd), y la derrota en Tilbury llevaron al fin del movimiento. Mientras en Tilbury el trabajo precario se mantuvo y los delegados sindicales fueron despedidos, recurriendo a la justicia para volver al trabajo, en Liverpool los portuarios consiguieron mantener la huelga no oficial por más de una semana, retornando posteriormente al trabajo con su organización independiente intacta y estructurada. Los portuarios habían constituido su movimiento en forma independiente, fuera de los marcos institucionales del sindicalismo oficial, denominado Unofficial Docks Shop Stewards Committee (UDSSC), que tuvo un papel relevante en el movimiento de los portuarios a partir de 1988.

Fue entonces que comenzó la preparación de la lucha de resistencia que estalló en setiembre de 1995. La empresa Mersey Docks and Harbour Company's (MDHC) venía disponiendo, desde la finalización de la huelga de 1988, una serie de medidas para debilitar a la organización de los trabajadores de los puertos. Entre esas medidas figuraba la separación de los delegados sindicales de los demás trabajadores, seccionando y fragmentando a la fuerza de trabajo y forzando a un gran número de trabajadores que estaban en la empresa desde hacía muchos años a aceptar trabajos de limpieza de baños y otras actividades similares, como una

represalia que buscaba humillarlos. En palabras de Bobby Morton, delegado sindical del puerto, “un sentimiento de fracaso se extendió sobre los portuarios”. Miles de ellos acabaron jubilandose antes de tiempo (ibid.: 2). En este contexto, en 1995 la compañía volvió a presionar y anunció su intención de despedir a veinte trabajadores para substituirlos por trabajo temporal y precarizado. Se reinició la resistencia de los portuarios que, bajo la forma de un largo movimiento huelguístico, duró hasta inicios de 1998. Además de contar con una fuerte solidaridad de los trabajadores del Reino Unido, el movimiento organizó varios encuentros internacionales, como la Conferencia Internacional de los Trabajadores de los Puertos en febrero de 1996 en Liverpool, buscando estructurar una acción combinada con trabajadores portuarios de diversos países.¹¹

Una vez más, la acción del TGWU y la TUC estuvo llena de ambigüedades, además de su rechazo político a defender un movimiento de claro enfrentamiento a la política neoliberal (particularmente con relación al sector portuario) que venía afectando fuertemente a los más diversos sectores del mundo del trabajo en el Reino Unido. Una fuerte campaña internacional procuró presionar a la compañía y hacerla retroceder en la propuesta de introducción del *casual labour*, el trabajo precario en los muelles. Durante un largo período, a través de la acción de piquetes y de una amplia solidaridad, el movimiento en Liverpool mantuvo su resistencia con el objeto de impedir los cambios en las condiciones de trabajo. Rechazó en varias oportunidades las propuestas patronales, que ofrecían recursos que llegaron hasta 28.000 libras, a título de indemnización individual, para que los trabajadores en huelga abandonasen su reivindicación y terminaran su lucha, una vez que el trabajo que realizaban ya había sido substituido por otros trabajadores que lo ejercerían según las nuevas condiciones (precarizadas) de trabajo.

A pesar de su carácter local, esta acción estaba repleta de significados simbólicos: rememoraba la acción anterior de los mineros entre 1984-1985 y se ubicaba claramente en contra de la política neoliberal. Expresaba un ejemplo real de resistencia a los cambios que precarizaban todavía más las condiciones de trabajo:

la huelga de los portuarios recibió una fuerte solidaridad de la clase trabajadora británica y de varios movimientos en diversas partes del mundo que le dieron recursos, incluso financieros, para el mantenimiento de la lucha. Muchos puertos en varias partes del mundo se negaron a reci-

11. De acuerdo con *International Conference of Dockworkers*, febrero de 1996.

bir cargas inicialmente destinadas a Liverpool, acarreado enormes perjuicios a las compañías de transporte (Gibson, 1997: 3).

A fines de enero de 1998, transcurridos varios meses de gobierno del Nuevo Laborismo, sin mayor demostración de participación gubernamental en la solución del conflicto y *sin contar con el apoyo sindical y político efectivo de la TGWU*, los trabajadores portuarios de Liverpool no encontraron otra alternativa más que aceptar la propuesta patronal de 28.000 libras que habían rechazado anteriormente. No existían más condiciones, ni materiales ni políticas, para seguir prolongando una huelga que perduró casi dos años y medio.¹²

La finalización no se produjo sin polémica, como se desprende de este balance:

Los portuarios no cedieron, fueron abandonados y forzados a terminar su memorable huelga de dos años, lo que no se debió a ninguna falla de su parte. Por el contrario, la acción que repercutió en varias partes del mundo contra el retorno del abuso de la explotación, del trabajo precarizado, galvanizó a millones en todos los continentes, algo sin precedentes en este siglo.[...] Su lucha en este país fue derrotada porque el TGWU prácticamente impuso este final. Si esa rica y poderosa organización hubiese lanzado una campaña nacional que respondiera a las siniestras circunstancias y a la total injusticia del despido de los portuarios, junto con una campaña contra las leyes antisindicales que la mayoría del mundo democrático considera una vergüenza en un país libre, la batalla podría haber sido ganada en aquel momento. Por el contrario, hubo silencio por parte de la dirección de los sindicatos [TGWU] que finalmente acabó por bloquear los esfuerzos imaginativos y valientes de aquellos que fueron una vez descritos por la Lloyds List como “la más productiva fuerza de trabajo de Europa” y que representaba lo mejor del Reino Unido (Pilger, John, “Workers done Down”, *The Guardian*, 29/01/98).¹³

El proceso de la huelga de los portuarios fue la viva expresión de un cuadro contemporáneo configurado por el creciente distanciamiento de

12. La paralización duró dos años, tres meses y veintinueve días, según la información presente de *The Guardian*. El pago de 28.000 libras, aceptado cuando terminó la huelga, había sido rechazado anteriormente por los trabajadores en huelga, como ya dije (*The Guardian*, 27/01/98). Al final de la huelga, 250 portuarios todavía mantenían las medidas de lucha (*The Times*, 27/01/98).
13. Los demás datos sobre la huelga fueron extraídos de Gibson, 1997; Gibson, 1996; *Dockers Charter*, 1997; *The Guardian*, 27, 29, 30 y 31 de enero de 1998; *Daily Mail*, 27/01/98, y *The Observer Review*, 01/02/98.

los sindicatos tradicionales en relación con sus bases sociales, por la fuerte expresión de esta tendencia en la TUC y por la burocratización y énfasis institucional de los sindicatos. Esto, junto a la necesidad de “modernización” de los organismos sindicales, de implantación de las formas de “asociación” con el capital, teniendo como eje de su acción la necesidad de cualificar a la fuerza de trabajo del Reino Unido, de modo de otorgarle “empleabilidad”, configura un cuadro de crisis de los sindicatos tradicionales, de la cual la huelga de los portuarios de Liverpool fue un ejemplo notable.¹⁴

Mientras que los trabajadores portuarios esperaban que bajo el gobierno del Nuevo Laborismo las condiciones se tornaran un poco más favorables, se observó algo diferente. La falta de apoyo efectivo a la acción de los trabajadores y la necesidad imperiosa del Nuevo Laborismo por consolidar el apoyo del capital a su proyecto de gobierno provocaron que este distanciamiento creciente del partido respecto de la clase trabajadora llevase a los portuarios a no ver otra salida que no fuese el levantamiento de la huelga. Menos de un año después del inicio de su gobierno, a principios de 1998, el Nuevo Laborismo de Tony Blair sepultaba uno de los más importantes movimientos de resistencia y confrontación al neoliberalismo británico, tanto por su nivel de enfrentamiento como por su significado simbólico. Pero eso sería sólo el comienzo.

El Nuevo Laborismo y la “tercera vía” de Tony Blair

Además del creciente distanciamiento de los sindicatos con relación a sus bases sociales, se venía configurando también el creciente distanciamiento del Nuevo Laborismo respecto de los sindicatos que tuvieron un papel central en su propio *origen y desarrollo histórico*, lo que acentuó aún más las dificultades de la clase trabajadora inglesa. Los sindicatos

14. Esta crisis no comprende solamente al sindicalismo inglés y la TUC, sino que tiene una gran amplitud y abarcabilidad, afectando de alguna manera a la GCT y CFDT francesas, a la CGIL italiana, a la DGB alemana y a la AFL-CIO norteamericana, entre otros ejemplos. En la imposibilidad de tratar la crisis sindical en esos países en los límites de este texto, véase Mouriaux et al., (1991) y Armingeon et al. (1981), que tratan sobre Francia, Alemania, Italia, Reino Unido y España; así como Visser (1993) y Rosanvallon (1988), además de las referencias anteriormente mencionadas.

fueron perdiendo progresivamente peso en la estructura partidaria, al mismo tiempo que el Nuevo Laborismo se desprendió de su pasado obrero y reformista. Se aceleró dentro del partido, especialmente a partir de 1994, la “nueva” postura, que procuraba un camino *alternativo*, dado por la preservación de un aspecto socialdemócrata asociado a elementos básicos del neoliberalismo. Cuando Tony Blair inició el proceso de conversión del Partido Laborista en Nuevo Laborismo, en 1994, se pretendía no sólo un mayor distanciamiento frente al contenido laborista anterior, sino también limitar al máximo los vínculos del Nuevo Laborismo con los sindicatos, con la intención de eliminar cualquier vestigio anterior que recordase su designación “socialista” que, al menos como referencia formal, todavía permanecía en los estatutos del viejo partido.

El debate impulsado por Tony Blair en torno de la eliminación de la cláusula 4ª de la constitución partidaria (que defendía la propiedad común de los medios de producción) dio por resultado la creación de un sustitutivo que expresa ejemplarmente el conjunto de mutaciones que se venían produciendo en el interior del Partido Laborista. En lugar de la cláusula que se refería a la *propiedad colectiva*, nació la defensa del *emprendimiento de mercado y el rigor de la competencia*, sellando dentro del Nuevo Laborismo, la victoria de la economía del libre mercado frente a la fórmula anterior. La retórica socialista y las prácticas laboristas y reformistas anteriores, que en realidad expresaban la defensa de una economía fuertemente estatizada y mixta, encontraron su sustituto en la defensa de la economía de mercado, mezclando liberalismo con aspectos de la “moderna” socialdemocracia. Comenzaba entonces a diseñarse lo que posteriormente Tony Blair –respaldado en el soporte intelectual dado por Anthony Giddens y David Miliband– llamó la “tercera vía”.

En su sentido más profundo, la “tercera vía” del Nuevo Laborismo tiene como objetivo dar *continuidad* al proyecto de reinserción del Reino Unido, iniciado en la era Thatcher, y que pretende rediseñar la alternativa inglesa dentro de la nueva configuración del capitalismo contemporáneo. Esa nueva conducta partidaria consolidó, como hemos visto, el distanciamiento del Partido respecto de los sindicatos y la TUC, pasando a presionarlos para la adhesión a una propuesta programática en conformidad con su proyecto. Y acercó cada vez más al Nuevo Laborismo con el “moderno empresariado británico”, del cual hoy es expresión; lo cual llevó a que la revista *The Economist* lo presentara como la versión inglesa del Partido Demócrata de Clinton (*The Economist*, 08/11/97, pág. 35).

En esta nueva fase, iniciada a mediados de los noventa, el Nuevo Laborismo bajo la conducción de Tony Blair, a pesar de haber firmado el capítulo social presente en la Carta de la Unión Europea, viene reiterando sistemáticamente su compromiso de *preservar* la legislación que flexibiliza y desregula el mercado de trabajo, que fue, como vimos anteriormente, una imposición de la era Thatcher-Major sobre la clase trabajadora. “Flexibilización sí, sin embargo, con juego limpio (*fair play*)”, conforme la proposición hecha por Tony Blair durante la realización del congreso de su partido, el 30 de setiembre de 1997. La preservación de la flexibilidad, introducida por Thatcher y defendida por Blair, debería ser contrabalanceada con acciones como el reconocimiento de los sindicatos dentro de las empresas, el establecimiento de niveles mínimos de salario, la firma de la Carta Social de la Unión Europea, entre otras medidas anunciadas por el primer ministro británico (*The Guardian*, 1 y 2 de octubre de 1997 y *Le Monde*, 04/10/97).

La “tercera vía” se ha configurado, por lo tanto, como una forma de *continuidad* de lo esencial de la fase thatcherista. Con el enorme desgaste que el neoliberalismo clásico acumuló a lo largo de casi veinte años, era necesario buscar una alternativa que preservase en lo esencial la metamorfosis ocurrida durante aquel período. La victoria electoral del Nuevo Laborismo de Tony Blair a inicios de 1997, a pesar de canalizar un enorme descontento social y político, ya trazaba en su contenido programático la preservación del proyecto esencial neoliberal. No habría revisión de las privatizaciones; la flexibilización (y precarización del trabajo) sería preservada y en algunos casos intensificada; los sindicatos se mantenían restringidos en su acción; el ideario de la “modernidad”, “empleabilidad”, “competitividad”, entre tantos otros, continuarían su carrera ascendente y dominante.

El aspecto de *discontinuidad* del Nuevo Laborismo con el thatcherismo aflora al tomar algunas decisiones políticas —en verdad, sólo atinentes a los organismos políticos—, como el reconocimiento del Parlamento en Escocia, que no constituyen una traba para la continuidad del proyecto del capital británico, reorganizado durante la fase neoliberal. El Nuevo Laborismo que emergió victorioso del proceso electoral de 1997, despojado de sus vínculos con su pasado reformista-laborista, se convirtió en el Nuevo Laborismo pos-Thatcher, “moderno”, defensor vigoroso de la “economía de mercado”, de la flexibilización del trabajo, de las desregulaciones, de la “economía globalizada y moderna”; en fin, de todo lo que fue fundamentalmente estructurado durante la fase clásica del neoliberalismo. Su defensa del Estado benefactor, por ejemplo, es completamente diferente a la de la socialdemocracia clásica. Tony Blair

quiere “modernizarlo”. Sin embargo, “modernizarlo” significa la destrucción de los derechos del trabajo, que son definidos por Blair como una “herencia arcaica”.¹⁵

Giddens ofrece un claro diseño de este proyecto:

La tercera vía presenta un escenario bastante diverso de esas dos alternativas [socialdemocracia y neoliberalismo]. Algunas de las críticas formuladas por la nueva derecha al Estado benefactor son válidas. Las instituciones de bienestar social muchas veces son alienantes y burocráticas; los beneficios previsionales crean derechos adquiridos y pueden acarrear consecuencias perversas, subvirtiendo lo que originalmente tenían como objetivo. El Estado benefactor precisa de una reforma radical, no para reducirlo, sino para hacer que responda a las circunstancias en las que vivimos hoy.

Políticamente, “la tercera vía representa un movimiento de modernización del centro. Aunque acepte el valor socialista básico de la justicia social, rechaza la política de clase, buscando una base de apoyo que atraviese las clases de la sociedad”.

Económicamente, la tercera vía propone la defensa de una “nueva economía mixta”, que se debe pautar por el “equilibrio entre la regulación y desregulación, y entre el aspecto económico y el no económico en la vida de la sociedad”. Debe “preservar la *competencia* económica cuando se vea amenazada por el monopolio”. También debe “controlar los monopolios naturales” y “crear y apoyar las bases institucionales de los mercados”.¹⁶

Conforme en lo esencial con los valores del capitalismo de la “era de la modernidad”, el ablandamiento discursivo y la ambigüedad del ideario de la tercera vía (siempre si se la define entre la socialdemocracia y el neoliberalismo) son condicionantes que el capitalismo asimiló y incluso moldeó, como condición para continuar manteniendo su práctica, dado el agotamiento de su variante neoliberal clásica en el Reino Unido, después de casi veinte años de vigencia. Como dice Tony Blair,

15. En Mészáros (1995), se puede encontrar una crítica anticipadora del significado esencial del Nuevo Laborismo de Tony Blair. Véanse especialmente las indicaciones en el capítulo 18; ver también McIlroy (1997).

16. Giddens, A. “A Terceira Vía em Cinco Dimensoes”, *Folha de S. Paulo* (Mais), 21 de febrero de 1999. Véase también, del mismo autor, el libro *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*, Polity Press, 1998, que la revista británica *The Economist* describió como “en cierto sentido, perturbadoramente vago”. Véase “The Third Way Revealed”, *The Economist*, 19/09/98.

la tercera vía es la ruta hacia la renovación y el éxito para la moderna socialdemocracia. *No se trata simplemente de un compromiso entre la izquierda y la derecha.* Se trata de recuperar los valores esenciales del centro y de la centroizquierda y aplicarlos a un mundo de cambios sociales y económicos fundamentales, y *liberarlos de ideologías anticuadas.* [...] En la economía, nuestro abordaje no elige ni el *laissez-faire* ni la interferencia estatal. El papel del gobierno es promover la estabilidad macroeconómica, desarrollar políticas impositivas y de bienestar, [...] capacitar a las personas para el trabajo, mejorando la educación y la infraestructura y promover la actividad empresarial, particularmente las industrias del futuro basadas en el conocimiento. Nos enorgullecemos de contar con el apoyo, tanto de los empresarios, como de los sindicatos (Clarín, Buenos Aires, 21/09/98).

Su postura antisindical y contraria a los trabajadores, revelada en la huelga de los portuarios de Liverpool, la aceptación de los elementos esenciales de la era Thatcher, la preservación del dismantelamiento de los derechos del trabajo (y a veces su intensificación, como fue el caso de la restricción de los derechos sociales de las madres solteras y aquellos con deficiencias físicas, que generó una ola enorme de protestas contra Tony Blair), así como la tentativa de ampliación de las privatizaciones (como fue propuesto para el servicio ferroviario metropolitano). De igual manera, no hace falta agregar comentarios sobre la adhesión incondicional de Tony Blair al dominio político-militar de los Estados Unidos, en sus continuas incursiones belicistas. Éstas son evidencias de que la tercera vía se termina configurando como la preservación de lo que es fundamental del neoliberalismo, al que da un frágil barniz socialdemócrata cada vez menos acentuado.

Tony Blair es, en efecto, expresión de la subjetividad y del proyecto político gestado por el “moderno” capital británico, después del incontable desgaste del neoliberalismo thatcherista. Era preciso encontrar, en las filas de la oposición, una *nueva variante* más suavizada del neoliberalismo, que mantuviese su pragmática y fuese, de ese modo, capaz de preservar los intereses del capital británico incluso ante la derrota electoral de los *tories*. Y manteniendo también elementos políticos e ideológicos que encuentran sintonía entre el conservadurismo británico.¹⁷

17. Como afirmó recientemente el periodista Robert Taylor, el Nuevo Laborismo “es socialmente autoritario y representa una amenaza para las libertades civiles. No tolera el disenso político. Adopta un punto de vista punitivo hacia los pobres y

Laboratorio de los más avanzados en la implantación del neoliberalismo europeo, inicialmente en *su variante clásica*, que dismanteló la experiencia obrera y laborista anterior e introdujo de manera intensiva las prácticas de la reestructuración productiva del capital, más recientemente, bajo la tercera vía del Nuevo Laborismo, el mundo del trabajo viene presenciando en el suelo británico una de sus manifestaciones críticas más profundas.

excluidos. Inmigrantes y refugiados que, en otra época, podían esperar una respuesta humana del partido [...] son tratados como enemigos del Estado”. Y agrega: “Es también extraordinariamente acrítico respecto de los caprichos del capitalismo global. El NL se enamoró de los súper ricos, especialmente de aquellos que financian al Partido Laborista” (*The Spectator*, citado en *O Estado de São Paulo*, 29 de noviembre de 1998).

Capítulo VI

La clase-que-vive-del-trabajo

La forma de ser actual de la clase trabajadora

Por una noción ampliada de la clase trabajadora

La expresión “clase-que-vive-del-trabajo” que usamos en esta investigación tiene como primer objetivo otorgar *validez contemporánea* al concepto marxiano de *clase trabajadora*. Cuando tantas otras formulaciones vienen afirmando la *pérdida de validez* analítica de la noción de clase, nuestra designación pretende *enfaticar el sentido actual de la clase trabajadora*, su *forma de ser*. Por lo tanto, al contrario de los autores que sostienen el fin de las clases sociales, el fin de la clase trabajadora o incluso el fin del trabajo, la expresión clase-que-vive-del-trabajo pretende dar contemporaneidad y amplitud al ser social que trabaja, la clase trabajadora de hoy, aprehender su carácter efectivo, su carácter procesual y su forma concreta.¹ En este sentido, su definición comprende los elementos analíticos que se desarrollan a continuación.

La clase-que-vive-del-trabajo, la clase trabajadora hoy, incluye a todos aquellos que venden su fuerza de trabajo, teniendo como núcleo central a los trabajadores productivos (en el sentido dado por Marx, especialmente en el capítulo VI, inédito, de *El capital*). No se restringe, por lo tanto, al trabajo manual directo, sino que incorpora *la totalidad del trabajo social*, la totalidad del *trabajo colectivo asalariado*. Siendo el

1. La tesis del trabajo como un valor en vías de desaparición figura, desarrollada con rigor analítico, en el texto elaborado por Méda, 1997. Un texto de corte más empírico, donde la creciente reducción del empleo posibilita la visualización (como tendencia) del fin del trabajo es el de J. Rifkin, 1995. Véase también J. Pakulski y M. Waters, 1996, que propugnan la tesis de la disolución de las clases sociales y de la pérdida de su validez conceptual en las sociedades avanzadas, de un modo insuficiente, conforme a la crítica reciente de Harvie, 1997: 192-193. Robert Castells (1998), en un nivel analítico denso y abarcativo, ofreció nuevos elementos para pensar la centralidad del trabajo en la actualidad a partir de la defensa basada en la contractualidad de la sociedad salarial.

trabajador *productivo* aquel que produce directamente plusvalía y que participa *directamente del proceso de valorización del capital* detenta, por eso, *un papel de centralidad en el interior de la clase trabajadora*, teniendo en el *proletariado industrial* su núcleo principal. Por lo tanto, el trabajo productivo, en donde se encuentra el proletariado, a partir de la comprensión que hacemos de Marx, *no se restringe al trabajo manual directo* (aunque en él encuentre su núcleo central) sino que incorpora también *formas de trabajo que son productivas, que producen plusvalía, pero que no son directamente manuales*.

La clase-que-vive-del-trabajo engloba también a los trabajadores *improductivos*, aquellos cuya forma de trabajo es utilizada como servicio, ya sea para uso público o para el capitalista, y que no se constituyen como elemento directamente productivo, como elemento vivo del proceso de valorización del capital y de la creación de plusvalía. Son aquellos en quienes, según Marx, el trabajo es consumido como *valor de uso* y no como trabajo que crea *valor de cambio*. El *trabajo improductivo* abarca un *amplio abanico* de asalariados, desde aquéllos insertos en el sector de servicios, bancos, comercio, turismo, servicios públicos, etcétera, hasta aquellos que realizan actividades en las fábricas pero que no crean valor en forma directa. Constituyen en general un segmento asalariado en expansión en el capitalismo contemporáneo —los trabajadores en servicios—, a pesar de que algunos de sus sectores se encuentren en retracción, como veremos más adelante. Son aquellos que se constituyen en los

agentes no productivos, generadores de antivalor en el proceso de trabajo capitalista, (pero que) experimentan las mismas premisas y se erigen sobre los mismos fundamentos materiales. Ellos pertenecen a aquellos “falsos costos y gastos inútiles”, los cuales son, sin embargo, absolutamente vitales para la subsistencia del sistema (Mészáros, 1995: 533).

Considerando, por lo tanto, que todo *trabajador productivo es asalariado* y no todo *trabajador asalariado es productivo*, una noción contemporánea de clase trabajadora, vista de un modo ampliado, debe a nuestro entender incorporar a la *totalidad de los trabajadores asalariados*. Esto no suprime, repetimos, *el papel de centralidad del trabajador productivo, del trabajo social colectivo*, generador de valores de cambio, del *proletariado industrial moderno* en el conjunto de la clase-que-vive-del-trabajo, lo que nos parece por demás evidente cuando la referencia es dada por la formulación de Marx. Sin embargo, como existe una creciente *imbricación* entre trabajo *productivo e improductivo* en el capitalismo contemporáneo y como la clase trabajadora incorpora esas

dos dimensiones básicas del trabajo bajo el capitalismo, esta *noción ampliada* nos parece fundamental para la comprensión de la clase trabajadora actual.²

Sabemos que Marx (muchas veces con la colaboración de Engels) utilizó como sinónimos la noción de *proletariado, clase trabajadora y asalariados*, como consta, por ejemplo, en el *Manifiesto comunista*. Pero también muchas veces enfatizó, especialmente en *El capital*, que el proletariado estaba esencialmente constituido por los productores de *plusvalía*, que vivenciaban las condiciones dadas por la *subsunción real* del trabajo al capital. En nuestro diseño analítico, procuraremos mantener esa “distinción”: usaremos *proletariado industrial centralmente* para indicar a aquellos que *generan directamente plusvalía y participan directamente del proceso de valorización del capital* y utilizaremos la noción de clase trabajadora o clase-que-vive-del-trabajo, para englobar tanto al proletariado industrial, como al conjunto de los asalariados que venden su fuerza de trabajo (y, naturalmente, a los que están desempleados, por la vigencia de la lógica destructiva del capital).³

Una noción ampliada de clase trabajadora incluye, entonces, a todos aquellos y aquellas que *venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario*, incorporando, además del proletariado industrial, a los asalariados del sector de servicios; y también al proletariado rural, que vende su fuerza de trabajo para el capital. Esa noción incorpora al *proletariado precarizado*, o *subproletariado moderno, part-time*, el nuevo proletariado de los McDonald's, los *trabajadores* guionizados de los que habló Beynon, a los trabajadores tercerizados y precarizados de las empresas liofilizadas de las que habló Juan José Castillo, a los trabajadores *asalariados* de la llamada “economía informal”⁴, que muchas veces están in-

2. Sobre el trabajo productivo e improductivo, así como sobre el significado del trabajo social combinado, ver Marx (1994: 443 y ss). Es bastante sugestiva y fértil, aunque sucinta, la indicación hecha por Mandel, para pensar la contemporaneidad de la clase trabajadora (1986: 10-11).
3. Véase en este libro el texto “Los nuevos proletarios del mundo a finales del siglo”, que retoma esta discusión.
4. Pienso aquí básicamente en los trabajadores asalariados no registrados, en enorme expansión en el capitalismo contemporáneo, y también en los trabajadores individuales por cuenta propia que prestan servicios de reparación, limpieza, etcétera, excluyendo, sin embargo, a los propietarios de microempresas, etcétera. Nuevamente, la clave analítica para la definición de la clase trabajadora está dada por el carácter asalariado y por la venta de su propia fuerza de trabajo. Por eso la denominamos clase-que-vive-del-trabajo es una expresión que procura captar y englobar a la totalidad de los asalariados que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

directamente subordinados al capital, además de los trabajadores desempleados, expulsados del proceso productivo y del mercado de trabajo por la reestructuración del capital y que hipertrofian el ejército industrial de reserva en la fase de expansión del *desempleo estructural*.

La clase trabajadora actual *excluye*, naturalmente, a los *gestores del capital*, sus *altos funcionarios*, que detentan la función del control en el proceso de trabajo, de valorización y reproducción del capital en el interior de las empresas y que reciben ingresos elevados (Bernardo, 1991: 202) o incluso aquellos que, teniendo un capital acumulado, viven de la especulación y de los intereses. *Excluye* también, a mi entender, a los pequeños empresarios, a la pequeña burguesía urbana y rural *propietaria*.⁵

Comprender contemporáneamente a la clase-que-vive-del-trabajo de ese modo ampliado, como sinónimo de clase trabajadora, permite reconocer que el mundo del trabajo viene sufriendo mutaciones importantes. Vamos a procurar, entonces, ofrecer un balance de estas mutaciones, dándole inicialmente un mayor énfasis descriptivo para, posteriormente, ofrecer algunas indicaciones analíticas.

Dimensiones de la diversidad, heterogeneidad y complejidad de la clase trabajadora

Ha sido una tendencia frecuente la reducción del proletariado industrial, fabril, tradicional, manual, *estable* y *especializado*, heredero de la era de la industria verticalizada. Ese proletariado se desarrolló intensamente durante la vigencia del binomio taylorismo-fordismo y viene disminuyendo con la reestructuración productiva del capital, con el desarrollo de la *lean production*, la expansión occidental del toyotismo y de las formas de horizontalización del capital productivo, la flexibilización y desconcentración (y muchas veces desterritorialización) del espacio físico productivo. O incluso motivado por la introducción de la máquina informatizada, con la “telemática” (que permite relaciones directas entre empresas distantes, a través del vínculo posibilitado por la computadora, así como la introducción de nuevas formas de “trabajo productivo a domicilio”), entre tantos elementos causales de la reducción del proletariado estable, anteriormente referidas (ver, por ejemplo, Beynon, 1995; Fu magalli, 1996; Castillo, 1996 a y Bihr, 1991).

5. Esos segmentos de la pequeña burguesía propietaria pueden por cierto constituirse en importantes aliados de la clase trabajadora, aunque no sean parte de su núcleo constitutivo.

Existe, por otro lado, un enorme incremento del *nuevo proletariado fabril y de servicios*, que se traduce por el enorme crecimiento, a escala mundial, de lo que la vertiente crítica denomina *trabajo precarizado* (a lo que, precisamente por este trazo de precarización, me referí en *¿Adiós al trabajo?* como el *nuevo subproletariado*). Son los “tercerizados”, subcontratados, *part-time*, entre tantas otras formas semejantes que proliferan en innumerables regiones del mundo.

Inicialmente, hace unos decenios, estos puestos de trabajo eran prioritariamente ocupados por los inmigrantes (*Gastarbeiter* en Alemania, el *lavoro nero* en Italia, los *chicanos* en los Estados Unidos, los *dekasseguis* en el Japón, entre tantos otros ejemplos). Pero hoy, su expansión incluye también a los *trabajadores remanentes de la era de la especialización taylorista-fordista*, cuyas actividades vienen desapareciendo cada vez más, lo que afecta directamente a los trabajadores de los países centrales que, con la desestructuración creciente del Estado benefactor y con el crecimiento del *desempleo estructural* y de la crisis del capital, están obligados a buscar alternativas de trabajo en condiciones adversas comparadas con las existentes en el período anterior. Este proceso afecta, también, aunque de modo diferenciado, a los *países subordinados de industrialización intermediaria*, como el Brasil, México, Corea, entre tantos otros que, después de una enorme expansión de su proletariado industrial en los decenios anteriores, comenzó a presenciar más recientemente los significativos procesos de *desindustrialización* y *desproletarización*, teniendo como consecuencia la expansión del trabajo precarizado, parcial, temporario, tercerizado, informal, etcétera.

Pero no se agotan aquí las metamorfosis en el interior del mundo del trabajo, conforme veremos más adelante.

La división sexual del trabajo: las transversalidades entre las dimensiones de clase y de género

Se experimenta un aumento significativo del trabajo femenino, que alcanza a más del 40 por ciento de la fuerza de trabajo en diversos países avanzados, y que fue absorbido por el capital preferentemente en el universo del trabajo *part-time*, precarizado y desregulado. En el Reino Unido, como vimos anteriormente, el contingente femenino superó recientemente al masculino en la composición de la fuerza de trabajo. Se sabe que esta expansión del trabajo femenino adquiere significado inverso cuando se trata del tema salarial, donde la desigualdad salarial de las mujeres contradice su creciente participación en el mercado de trabajo.

Su porcentual de remuneración es bastante más bajo del obtenido por el trabajo masculino. Lo mismo ocurre frecuentemente en lo que concierne a los derechos y condiciones de trabajo.

En la *división sexual del trabajo*, operada por el capital dentro del *ámbito fabril*, generalmente, las actividades de concepción o aquéllas basadas en *capital intensivo* son ocupadas por el trabajo masculino, en tanto aquéllas dotadas de menor capacitación, más elementales y frecuentemente fundadas en *trabajo intensivo*, están destinadas a las mujeres trabajadoras (y, muy frecuentemente, también a los trabajadores inmigrantes y negros).

En las investigaciones que realizara en el mundo del trabajo del Reino Unido, al tratar esta temática bajo el prisma de la *división sexual del trabajo*, Anna Pollert afirma que es visible la distinción entre los trabajos masculinos y femeninos. Mientras el trabajo masculino se concentra la mayoría de las veces en las unidades donde es mayor la presencia de *capital intensivo* (con máquinas más avanzadas), el trabajo de las mujeres está frecuentemente restringido a las áreas más rutinarias, donde es mayor la necesidad de *trabajo intensivo*.

Analizando una fábrica tradicional de alimentos en Inglaterra (Choc-Co) Pollert mostró, según mencioné anteriormente, el hecho de que justamente en las áreas de trabajo más valorizadas en la fabricación de chocolate predominan los *trabajadores hombres* y, en las áreas más rutinarias que pueden ser ejecutadas por el trabajo manual, hay una creciente presencia femenina. Su investigación constató que incluso cuando se enfrenta con unidades tecnológicamente más sofisticadas, el trabajo femenino ha sido reservado para la realización de las actividades rutinarias, con menores índices de cualificación y donde también son más constantes las formas de trabajo temporario, *part-time*, etcétera. Lo que le permitió concluir que, en la *división sexual del trabajo* operada por la reestructuración productiva del capital en la empresa investigada, se podía percibir una explotación más intensificada en el universo del trabajo femenino (Pollert, 1996: 186-188).

Al efectuar su investigación acerca de las formas vigentes del trabajo femenino, Helena Hirata (1995: 86) también ofrece indicaciones relevantes y con similitudes al diseño presentado más arriba. Considera que

las tesis de alcance universal, como la de la especialización flexible o aquella de la emergencia de un nuevo paradigma productivo alternativo al modelo fordista de producción, son fuertemente cuestionables a la luz de las investigaciones empíricas que ponen en consideración las diferencias Norte-Sur o las diferencias relacionadas al género. [...] La especialización flexible o la organización del trabajo en pequeñas islas o

módulos no se realiza de manera indiferenciada cuando se trata de ramas con mano de obra femenina o masculina en países altamente industrializados o en los llamados "subdesarrollados".

En este estudio comparativo entre el Japón, Francia y Brasil, que abarcó a las empresas matrices y a sus filiales, Hirata (ibíd.: 87) constató una extrema variedad en la organización y gestión de la fuerza de trabajo, en función de la división sexual del trabajo y del corte Norte-Sur. Según sus palabras:

En lo que concierne a la organización del trabajo, la primera conclusión es que en los establecimientos de los tres países el personal afectado era masculino o femenino según el tipo de máquinas o el tipo de trabajo y de organización del trabajo. El trabajo manual y repetitivo era atribuido a las mujeres y aquel que requería conocimientos técnicos era atribuido a los hombres.

Otro rasgo común: los empleadores reconocían fácilmente en los establecimientos de los tres países las cualidades propias de la mano de obra femenina, pero no existía el reconocimiento de estas cualidades como cualificaciones. [...] Los movimientos de taylorización/ destaylorización no van en el mismo sentido en los países muy industrializados y en los países semidesarrollados como el Brasil. En este país, el carácter fragmentado del trabajo está mucho más acentuado. [...] En cuanto a la política de gestión de la mano de obra, la primera conclusión, similar a la organización del trabajo, es que se trata de políticas diferenciadas según el sexo.

En las empresas japonesas, por ejemplo, se practican abiertamente dos sistemas de remuneración *en función del sexo*. Otro ejemplo es el de la discriminación de las mujeres casadas. En Francia, en cuanto al proceso de selección de personal, las empresas matrices no discriminan a las mujeres casadas como sí lo hacen sus filiales brasileñas.

Finalmente, en cuanto a los sistemas de gestión participativa, el estudio de círculos de control de calidad demostró que había diferencias en el grado de participación según los países (muy alto en el Japón, relativamente débil en el Brasil e intermedio en Francia) y según el sexo; las mujeres estaban menos asociadas a las actividades de grupo y menos solicitadas para dar sugerencias de mejora en el plano técnico, y sobre todo eran frecuentemente excluidas de los procesos de toma de decisiones (ibíd.: 88).⁶

6. Helena Hirata (ibíd.: 89) concluye afirmando que las formas de utilización de la fuerza de trabajo femenina, si se toma en cuenta el estado civil, la edad y la cualificación, varían considerablemente según cada país. "Existen diferencias significativas también en las prácticas discriminatorias, que parecen estar directamente relacionadas con la evolución de las relaciones sociales de los sexos en el conjunto de la sociedad considerada".

Entre tantas consecuencias que surgen de esa división sexual del trabajo, podemos recordar, a título de ejemplo, que los sindicatos excluyen frecuentemente a las mujeres trabajadoras de sus filas, además de mostrarse también incapaces de incluir a los trabajadores *tercerizados* y *precarizados*. Ocurre que la clase trabajadora moderna está compuesta crecientemente por estos segmentos diferenciados, mujeres y tercerizados o precarizados (e incluso, más frecuentemente, por *mujeres tercerizadas*) que son parte constitutiva central del mundo del trabajo. Si los sindicatos no han sido capaces de permitir la *(auto)organización de las mujeres* o de los trabajadores *part-time* en el *espacio sindical*, no es difícil imaginar una profundización aún mayor de la crisis de los organismos de representación sindical de los trabajadores.

Estos elementos nos permiten avanzar un poco en las difíciles y absolutamente necesarias interacciones entre clase y género.

Vimos que en los últimos decenios el trabajo femenino viene aumentando aún más significativamente en el *mundo productivo fabril*. Esta incorporación, sin embargo, ha diseñado una (nueva) *división sexual del trabajo* en la cual, salvo raras excepciones, al trabajo femenino le han sido reservadas las áreas de *trabajo intensivo*, con niveles aún más intensificados de explotación del trabajo; mientras que aquellas áreas caracterizadas como de *capital intensivo*, dotadas de mayor desarrollo tecnológico, permanecen reservadas al trabajo masculino.

Consecuentemente, la expansión del trabajo femenino ha sido verificado centralmente en los marcos del trabajo *más precarizado*, en los trabajos con régimen *part-time*, marcados por una *informalidad* aún más fuerte, con desniveles salariales más acentuados en relación a los hombres, además de trabajar durante jornadas más prolongadas.⁷

Se agrega a todo esto otro elemento decisivo cuando se tematiza la cuestión del *género* en el *trabajo*, articulando por lo tanto la *cuestión de género* con las *cuestiones de clase*. La mujer trabajadora, en general realiza una doble actividad laboral, *dentro y fuera de su casa* o, si se quiere, *dentro y fuera de la fábrica*. Al hacerlo, además de la *duplicación del acto laboral*, ella es doblemente explotada por el capital: ejerce en el

7 Recientemente, *Le Monde*, en su número especial de 1999, con el título "Bilan du Monde", mostró que "Las mujeres trabajan más de lo que lo hacen los hombres en casi todas las sociedades. La disparidad es particularmente elevada en las zonas rurales de los países en desarrollo. En los países industrializados la disparidad es menor, pero existe, sobre todo en Italia (28 por ciento), en Francia (11 por ciento) y en los Estados Unidos (11 por ciento) cuando se compara con los hombres (*Le Monde*, 1999, *Bilan du Monde*: 19; fuente: PNUD, 1998).

espacio público su trabajo *productivo* en el ámbito fabril y, en el universo de su *vida privada*, consume horas decisivas en el *trabajo doméstico*, con lo cual posibilita (al mismo capital) su *reproducción*, en esa esfera del *trabajo no-directamente mercantil*, donde se generan las *condiciones indispensables para la reproducción* de la fuerza de trabajo de sus maridos, hijos y la suya propia.⁸ Sin esta esfera de *reproducción* no-directamente mercantil, las condiciones de *reproducción* del sistema de metabolismo social del capital, estarían bastante comprometidas o serían inviables.⁹

Se evidencian las interacciones necesarias entre género y clase, particularmente cuando se tematiza el universo del mundo del trabajo. Y, como afirma Liliana Segnini (1998),

la categoría analítica "género" posibilita la búsqueda de los significados de las representaciones tanto del femenino como del masculino, insertándolos en sus contextos sociales e históricos. El análisis de las relaciones de género también implica el análisis de las relaciones de poder.

En ese sentido, asegura esta autora, citando a Joan Scott:

que esa relación permite la percepción de dos dimensiones, a saber: el género como elemento constitutivo de las relaciones sociales, basado en las diferencias perceptibles entre los sexos; y el género como forma básica de representar relaciones de poder en que las representaciones dominantes están presentadas como naturales e incuestionables.

Las relaciones entre género y clase nos permiten constatar que, en el universo del mundo productivo y reproductivo, vivenciamos también la forma de efectuar una *construcción social sexuada*, donde los hombres y

8. Según Helena Hirata, cuando se tematiza acerca del trabajo no asalariado, y más particularmente sobre la división sexual del trabajo, se debe incorporar también el trabajo no remunerado, extra asalariado, del cual es ejemplo el trabajo doméstico realizado por las mujeres que, incluso trabajando como asalariadas, lo hacen también en el ámbito doméstico como no asalariadas. En sus palabras: "Considerar el trabajo doméstico y asalariado, remunerado y no remunerado, formal e informal como modalidades de trabajo, implica una ampliación del concepto de trabajo y la afirmación de su centralidad. Si el empleo asalariado se retrae, la actividad real del trabajo continúa teniendo un lugar estratégico en las sociedades contemporáneas" (ibíd., 1993: 7).

9. Véase, por ejemplo, *Reventando*, publicación de la corriente feminista Clara Zetkin, Córdoba (Argentina), 1998, pág. 8.

las mujeres que trabajan son, desde la familia y la escuela, *diferentemente* cualificados y capacitados para el ingreso en el mercado de trabajo. Y el capitalismo ha sabido apropiarse desigualmente de esa *división sexual del trabajo*.

Es evidente que la ampliación del trabajo femenino en el mundo productivo de las últimas decenios es parte del proceso de emancipación *parcial* de las mujeres, tanto con relación a la sociedad de clases, como a las innumerables formas de opresión masculina que se fundamentan en la tradicional división social y sexual del trabajo. Pero –y eso ha sido central– el capital incorpora el trabajo femenino de *modo desigual y diferenciado en su división social y sexual del trabajo*. Vimos anteriormente, con base en las investigaciones referidas, *que se fue precarizando con mayor intensidad el trabajo de las mujeres*. Los salarios, los derechos, las condiciones de trabajo, en suma, la *precarización de las condiciones de trabajo ha sido aún más intensificada cuando, en los estudios sobre el mundo fabril, se toma en cuenta también la dimensión de género* (ver Lavinas, 1996: 174 y ss).

Pero el capital ha sabido también apropiarse en forma intensificada de la *polivalencia y multiactividad* del trabajo femenino, de la experiencia que las mujeres trabajadoras traen de sus actividades realizadas en la esfera del *trabajo reproductivo, del trabajo doméstico*. En la medida en que los hombres –por las condiciones histórico-sociales vigentes que son, como vimos, una *construcción social sexuada*– muestran más dificultad para adaptarse a las nuevas dimensiones polivalentes (que, en realidad, conforman niveles más profundos de *explotación*), el capital ha utilizado ese atributo social heredado por las mujeres.

Por lo tanto, el capital convierte lo que era un momento real –aunque todavía limitado– de emancipación *parcial* de las mujeres frente a la explotación del capital y la opresión masculina, en una fuente de más intensa desigualdad.

Estas cuestiones nos permiten hacer algunas indicaciones conclusivas acerca de las interacciones analíticas entre *género y clase*.

En el proceso más profundo de emancipación del *género humano*, hay una acción conjunta y imprescindible entre los *hombres y las mujeres que trabajan*. Esta acción tiene en el capital y en su sistema de metabolismo social la fuente de *subordinación y extrañamiento*.¹⁰ Una vida

10. Utilizo el término “extrañamiento” (*Entfremdung*) en el mismo sentido que comúnmente se le atribuye a “alienación”, por los motivos señalados más detalladamente en Antunes, 1995: 121-134. El término “alienación” es utilizado cuando se hace referencia explícita o se cita a algún autor. Véase también Ranieri, 1995.

llena de sentido, capaz de posibilitar el surgimiento de una *subjetividad auténtica*, es una lucha contra ese sistema de metabolismo social, es acción *de clase del trabajo contra el capital*. La misma condición que moldea las distintas formas de extrañamiento, para una vida *desprovista* de sentido en el trabajo, ofrece las condiciones para el surgimiento de una *subjetividad auténtica* y capaz de construir una vida *dotada de sentido*.

Pero la lucha de las mujeres por su emancipación es también –y decisivamente– una acción contra las formas histórico-sociales de la opresión masculina. En este dominio, la lucha feminista emancipatoria es precapitalista y encuentra vigencia bajo el dominio del capital; será también poscapitalista, ya que el fin de las sociedad de clases *no significa directa e inmediatamente el fin de la opresión de género*. Claro que el fin de las formas de opresión de clase, generador de una forma social auténticamente libre, autodeterminada y emancipada, posibilitará la aparición de condiciones histórico-sociales *nunca vistas anteriormente, capaces de ofrecer bases igualitarias que permitan la verdadera existencia de subjetividades diferenciadas, libres y autónomas*. Aquí, las diferencias de género se tornan completamente distintas y auténticas, capaces por eso mismo de posibilitar relaciones entre hombres y mujeres verdaderamente desprovistas de las formas de opresión existentes en las diversas formas de *sociedad de clases*.

Si el primer y monumental desafío –la emancipación de la humanidad y la creación de una “asociación libre de los individuos”– es una tarea de los hombres y de las mujeres que trabajan, de la clase trabajadora; la emancipación *específica* de la mujer con relación a la opresión masculina es decisiva y prioritariamente una *conquista femenina para la real y omnicomprendensiva emancipación del género humano*. A la que los hombres libres pueden y deben sumarse, *pero sin la función de mando y control*.¹¹

Los asalariados en el sector de servicios, el tercer sector y las nuevas formas de trabajo a domicilio

Retomemos entonces otras tendencias que vienen caracterizando al mundo del trabajo. En los últimos decenios, se ha producido una significativa

11. Aunque no es posible tematizar en este espacio las conexiones entre raza y clase, así como los movimientos de los homosexuales o el movimiento ecologista, me parece necesario afirmar que las acciones de esos movimientos ganan mucha más totalidad y fuerza emancipatoria cuando están articulados con la lucha del trabajo contra el capital. Véase, por ejemplo, Saffioti, 1997.

expansión del número de asalariados medios y de servicios, lo que permitió la incorporación de amplios contingentes originados del proceso de reestructuración productiva industrial y también de la desindustrialización. En los Estados Unidos, ese contingente sobrepasa casi el 70 por ciento, tendencia que es similar en el Reino Unido, Francia, Alemania, así como en las principales economías capitalistas (Wood, 1997a: 5). Pero es necesario recordar que las mutaciones organizativas y tecnológicas y los cambios en las formas de gestión también vienen afectando al sector de servicios que se somete, cada vez más, a la racionalidad del capital.¹² Véase, por ejemplo, el caso de la intensa disminución del trabajo bancario o de la monumental privatización de los servicios públicos con sus enormes niveles de desempleo durante el último decenio. Lo que llevó a Lojkin (1995a: 261) a decir que, a partir de los años 1975-1980, ha comenzado a desarrollarse una *reducción* en el ritmo de crecimiento del sector de servicios, ampliando los índices del desempleo estructural.

Si añadimos la *creciente* imbricación entre mundo productivo y sector de servicios, así como la creciente subordinación de este último al primero, el asalariamiento de los trabajadores del sector de servicios se aproxima cada vez más a la lógica y a la racionalidad del mundo productivo, generando una *interpenetración recíproca* entre ellos, trabajo *productivo* e *improductivo* (ibid.: 257). Esta absorción de la fuerza de trabajo por el sector de servicios posibilitó un significativo incremento en la sindicalización de los asalariados medios, que sin embargo no fue suficiente para compensar las pérdidas de densidad sindical en los polos industriales, pero significó un fuerte contingente de asalariados en la nueva configuración de la clase trabajadora.

El mundo del trabajo de los países centrales, con repercusiones también en los países de industrialización intermediaria, viene presenciando un proceso de exclusión creciente de los jóvenes y de los trabajadores considerados “viejos” por el capital: los primeros acaban muchas veces engrosando las filas de movimientos neonazis, sin perspectivas frente a la vigencia de la *sociedad del desempleo estructural*. Aquellos con alrededor de 40 años o más, cuando son excluidos del trabajo, difícilmente consiguen *recualificarse* para el reingreso: amplían los contingentes del llamado trabajo informal, además de aumentar todavía más los bolsones del ejército industrial de reserva. La expansión de los movimientos religiosos ha aprovechado enormemente a estos segmentos de desempleados. El mundo del trabajo capitalista moderno hostiga direc-

12. Tendencia que claramente contradice y se contrapone a la formulación de Offe (1989).

tamente a esos trabajadores, herederos por lo general de una “cultura fordista”, de una especialización que, por su *unilateralidad*, contrasta con el operario *polivalente y multifuncional* (incluso en el sentido *ideológico* del término) requerido por la era toyotista. Paralelamente a esta exclusión, hay una inclusión precoz y criminal de los niños en el trabajo, no sólo en los países asiáticos y latinoamericanos, sino también en varios centrales.

Se ha producido también una expansión del trabajo en el denominado tercer sector, especialmente en los países capitalistas avanzados, como los Estados Unidos e Inglaterra, entre otros, asumiendo una forma alternativa de ocupación a través de empresas de perfil más comunitario, motivadas predominantemente por formas de trabajo voluntario, que abarcan un amplio abanico de actividades, sobre todo asistenciales, sin fines directamente lucrativos y que se desarrollan relativamente al margen del mercado. El crecimiento del tercer sector resulta de la retracción del mercado de trabajo industrial y también de la reducción que comienza a sentir el sector de servicios, como consecuencia del desempleo estructural (véase, por ejemplo, Dickens, 1997: 1-4). En realidad, ésta es una consecuencia de la crisis estructural del capital, de su lógica destructiva vigente, así como de los mecanismos utilizados por la reestructuración productiva del capital, en busca de reducir trabajo *vivo* y ampliar trabajo *muerto*.

Si discrepo de aquellos que atribuyen a este sector un papel de relevo en una economía mundializada por la lógica del capital (como hace Rifkin, 1995), debemos mencionar, sin embargo, que esta forma de actividad social, movida predominantemente por valores no mercantiles, tiene cierta expansión a través de trabajos realizados en el seno de las organizaciones no gubernamentales (ONG) y otros organismos u asociaciones similares. Alternativa *limitadísima* para compensar la pérdida de puestos de trabajo causadas por la vigencia de la lógica destructiva de la sociedad contemporánea, el tercer sector, sin embargo, ha merecido una reflexión en diversos países. Especialmente en los Estados Unidos e Inglaterra, donde es también un ejemplo de la exclusión del trabajo del sistema productivo en función del aumento del *desempleo estructural*, ya que el tercer sector incorpora a una parte relativamente pequeña de aquellos trabajadores expulsados del mercado de trabajo capitalista. En este sentido, a mi entender el tercer sector no es una alternativa efectiva y duradera al mercado de trabajo capitalista, pero cumple un papel *funcional* al incorporar trabajadores desempleados por el capital.

Si bien dentro del tercer sector las actividades que vienen caracterizando a la *economía solidaria* tienen el rasgo positivo de actuar frecuentemente *al margen* de la lógica mercantil, me parece sin embargo un

gran error concebirlo como una *real alternativa transformadora de la lógica del capital y de su mercado*, como capaz de minar los mecanismos de la unidad productiva capitalista. Como si, a través de la expansión de la *economía solidaria*, inicialmente en los márgenes del sistema, se pudiese revertir y alterar *sustancialmente* la esencia de la lógica del sistema productor de mercancías y de la valorización del capital.

Una cosa es presenciar en las diversas formas de actividad propias de la *economía solidaria* y del tercer sector un mecanismo de incorporación de hombres y mujeres que fueron expulsados del mercado de trabajo y de las relaciones de empleo asalariado y pasaron a desarrollar actividades no lucrativas, no mercantiles, incorporándose a las limitadas (pero necesarias) formas de sociabilidad que el trabajo posibilita en la sociedad actual. Esos seres sociales se ven, entonces, no como *desempleados, excluidos*, sino como realizando actividades efectivas, dotadas de algún sentido social. Aquí hay, por cierto, un momento de despliegue de actividad útil y, por lo tanto, positiva, relativamente al margen (al menos en forma directa) de los mecanismos de acumulación. No obstante, es bueno no olvidar también que estas actividades cumplen un papel *funcional* en relación con el sistema, que hoy no quiere tener ninguna preocupación pública y social con los desempleados.

Al desmontarse el Estado benefactor en aquellos pocos países en los que existió, estas asociaciones o empresas solidarias llenan en alguna medida los vacíos producidos. Ahora bien, atribuirles la posibilidad, con su expansión, de *sustituir, alterar y, en última instancia, transformar* el sistema global de capital me parece un equívoco enorme. Como mecanismo minimizador de la barbarie del desempleo estructural, cumplen una efectiva (aunque limitadísima) acción. Sin embargo, cuando se las concibe como un momento efectivo de *profunda transformación social*, acaban convirtiéndose en una nueva forma de mistificación que pretende, en la hipótesis más generosa, “sustituir” las formas de transformación radical, profunda y totalizante de la lógica societal por mecanismos paliativos y parciales, de algún modo *asimilables* por el capital. Y en su versión más blanda y adecuada al orden, pretenden en verdad *evitar* las transformaciones capaces de *eliminar* el capital.

Para finalizar con este diseño de las tendencias que vienen caracterizando al mundo del trabajo debemos mencionar también la expansión del trabajo a domicilio, propiciada por la desconcentración del proceso productivo, por la expansión de las pequeñas y medianas unidades productivas, de lo que es un ejemplo la “tercera Italia”. Con la introducción de la *telemática*, la expansión de las formas de flexibilización (o precarización) del trabajo, el avance de la horizontalización del capital pro-

ductivo y la necesidad de atender a un mercado más “personalizado”, el trabajo a domicilio viene mostrando formas de expansión en varias partes del mundo. Como caracterizó Chesnais (1999: 28):

La telemática (a veces llamada telemática) surgió de la convergencia entre los nuevos sistemas de telecomunicaciones por satélite y por cable, las tecnologías de información y la microelectrónica. Abrió a las grandes empresas y a los bancos mayores posibilidades de controlar la expansión de sus activos en escala internacional y de reforzar el ámbito mundial de sus operaciones [...]

La telemática permite la extensión de las relaciones de tercerización, particularmente entre empresas situadas a cientos de miles de kilómetros unas de otras, así como la deslocalización de tareas rutinarias en las industrias que se valen mayormente de la informática. Abre camino para la fragmentación de los procesos de trabajo hacia nuevas formas de “trabajo a domicilio”.

Sus efectos, siempre según este autor, hablan de por sí respecto de la economía de fuerza de trabajo y de capital, ya que posibilitan: una mayor flexibilidad de los procesos de producción; la reducción del stock de productos intermedios, a través de la utilización del sistema *just in time* y de los stocks de productos finales; el acortamiento en los plazos de entrega; la disminución en los capitales de giro; y el empleo de equipamientos electrónicos en el sector de ventas y franquicias, entre otras ventajas (ibid.: 28-29).

Creo, sin embargo, que estas dos últimas tendencias, la del tercer sector y la del trabajo a domicilio, aunque visibles y formando parte de la conformación más heterogénea y más fragmentada de la clase-que-vive-del-trabajo, son todavía limitadas: en el caso del tercer sector, se compone de formas de trabajo comunitario y asistencial que se expanden prioritariamente *en una fase de desmoronamiento del Estado de bienestar social*, intentando suplir en parte aquellas esferas de actividades que eran anteriormente realizadas por el Estado. En el caso del trabajo a domicilio, su utilización no puede abarcar a innumerables sectores productivos, como la industria automotriz, la siderurgia, la petroquímica, etcétera. Pero donde estas dos tendencias han proliferado su vínculo con el sistema productivo capitalista es mucho más evidente, *su subordinación al capital es directa*, como un mecanismo de reintroducción de *formas preteritas* de trabajo, como el *trabajo por piezas* mencionado por Marx, que el capitalismo de la era de la mundialización está recuperando en gran escala. Basta recordar el caso de la monumental expansión de Benetton y de Nike en muchas partes del mundo, entre de las innumerables

experiencias de trabajo realizado en el ámbito domiciliario, doméstico o en pequeñas unidades.

Es menester agregar que el trabajo *productivo* a domicilio, del cual se apropián estas empresas, se mezcla con el trabajo *reproductivo* doméstico ya mencionado, haciendo aflorar nuevamente la importancia del trabajo femenino.

Transnacionalización del capital en el mundo del trabajo

Esta conformación más complejizada de la clase trabajadora asume, en el contexto del capitalismo actual, una dimensión decisiva, dada por el carácter transnacionalizado del capital y de su sistema productivo. Su configuración local, regional y nacional, se amplía en lazos y conexiones en la cadena productiva, que es cada vez más internacionalizada. Eso se da porque:

las formas singulares y particulares de trabajo son subsumidas por el trabajo social, general y abstracto que se expresa en el ámbito del capitalismo mundial y se realiza allí. De la misma manera que las diferentes formas singulares y particulares del capital son conducidas a subsumirse al capital en general que se expresa en el ámbito del mercado mundial, algo semejante ocurre con las diversas formas y significados de trabajo (Ianni, 1996: 169).

Así como el capital es un sistema global, el mundo del trabajo y sus desafíos son también cada vez más *transnacionales*, aunque la internacionalización de la cadena productiva no haya, hasta el presente, generado una respuesta internacional por parte de la clase trabajadora, que todavía se mantiene predominantemente estructurada en el ámbito nacional, lo que constituye un límite enorme para la acción de los trabajadores. Con la reconfiguración, tanto del *espacio* como del *tiempo* de producción, dada por el sistema global del capital, hay un proceso de reterritorialización y también de “desterritorialización”. Nuevas regiones industriales emergen y otras desaparecen, además de la *mundialización* cada vez más frecuente de las plantas productivas, como por ejemplo en la industria automotriz, donde los autos *mundiales* prácticamente sustituyen al auto nacional.

Eso reubica a la lucha de clases en un ámbito cada vez más internacionalizado: la huelga de los trabajadores metalúrgicos de la General

Motors en los Estados Unidos, en junio de 1998, que se inició en Michigan, en una pequeña unidad estratégica de la empresa, tuvo repercusiones profundas en varios países, como México, Canadá, Brasil, etcétera. La ampliación del movimiento fue creciente, en la medida en que frecuentemente faltaban equipamientos y piezas en diversas unidades productivas fuera del espacio en que se desencadenó la huelga, la planta de Flint, que abastecía partes accesorias del automóvil. Poco a poco, otras unidades fueron siendo afectadas, paralizando prácticamente todo el proceso productivo de la General Motors por falta de equipamientos y piezas.

Por lo tanto, esta nueva conformación productiva del capital desafía crecientemente al mundo del trabajo, en la medida en que el centro de la confrontación social contemporánea está dado por la contradicción entre el *capital social total* y la *totalidad del trabajo* (Mészáros, 1995). Así como el capital se vale de esos mecanismos mundializados y dispone de sus organismos internacionales, la lucha de los trabajadores debe caracterizarse cada vez más por su configuración también internacionalizada. Y en este terreno, como sabemos, la solidaridad y la acción de clase del capital están por delante de la acción de los trabajadores. Muchas veces la victoria o la derrota de una huelga en uno o más países depende del apoyo, solidaridad y acción de los trabajadores en otras unidades productivas de la misma empresa.

Los organismos sindicales internacionales existentes en el mundo contemporáneo tienen casi siempre una estructura tradicional, burocrática y fuertemente institucionalizada, mostrándose por esta razón completamente incapaces de ofrecer un diseño de sociedad alternativo y contrario a la lógica del capital. Asumen una postura fundamentalmente defensiva o subordinada a la lógica de la internacionalización del capital, oponiéndose sólo a algunas de sus consecuencias nefastas. El conflicto entre los trabajadores nacionales e inmigrantes es también un claro ejemplo de este proceso de transnacionalización de la economía, reterritorialización y desterritorialización de la fuerza de trabajo, a lo que el movimiento sindical no ha logrado responder satisfactoriamente.

De ese modo, además de la diferenciación entre los trabajadores estables y precarios, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, nacionales e inmigrantes, blancos y negros, cualificados y descualificados, incluidos y excluidos, así como tantos otros ejemplos que ocurren en el seno del espacio nacional, *la estratificación y la fragmentación del trabajo también se acentúa en función del creciente proceso de internacionalización del capital*. Este universo ampliado, complejizado y fragmentado del mundo del trabajo, se manifiesta, por lo tanto:

- 1) dentro de un grupo particular o segmento del trabajo;
- 2) entre diferentes grupos de trabajadores pertenecientes a una misma comunidad nacional;
- 3) entre conjuntos de trabajadores de diversas naciones, opuestos entre sí en el contexto de la competencia capitalista internacional [...];
- 4) [entre] la fuerza de trabajo de los países capitalistas avanzados –relativamente beneficiados por la división capitalista global de trabajo– en oposición a la fuerza de trabajo relativamente más explotada del “Tercer Mundo”;
- 5) [entre] el trabajador empleado, separado y opuesto a los intereses objetivamente diferenciados –y generalmente política y organizacionalmente no articulados– y los “no-asalariados” o desempleados, incluyendo a las crecientemente numerosas víctimas de la “segunda revolución industrial” (Mészáros, 1995: 929).

Este diseño *compuesto, diverso y heterogéneo* de la clase-que-vive-del-trabajo me posibilita, en la siguiente parte de este libro, trazar algunas consideraciones de carácter acentuadamente analítico. Trataré de las formas actuales de la teoría del valor, así como las distintas modalidades de trabajo existentes.

Capítulo VII

El mundo del trabajo y la teoría del valor

Las formas vigentes del trabajo material e inmaterial

La creciente interacción entre trabajo y conocimiento científico: una crítica a la tesis de la “ciencia como principal fuerza productiva”

Inicio este capítulo refiriéndome a las conexiones existentes entre el *trabajo* y las nuevas exigencias de la *ley del valor*. Al concebir la forma contemporánea del trabajo como expresión del *trabajo social*, que es más *complejizado, socialmente combinado* y aún más *intensificado* en sus ritmos y procesos, no puedo acordar con las tesis que minimizan o incluso ignoran el proceso de creación de valores de cambio. Al contrario, defendiendo la tesis de que la sociedad del capital y su *ley de valor* necesitan cada vez *menos* del trabajo *estable*, y cada vez más de las diversas formas de trabajo de tiempo parcial o *part-time*, tercerizado, que son en escala creciente parte constitutiva del proceso de producción capitalista.

Del mismo modo, es bastante evidente la reducción del *trabajo vivo* y la ampliación del *trabajo muerto*. Pero precisamente porque el capital no puede eliminar el *trabajo vivo* del proceso de creación de valores, debe aumentar *la utilización y la productividad del trabajo, de modo de poder intensificar las formas de extracción del sobretrabajo en un tiempo cada vez más reducido*. La disminución del tiempo físico del trabajo, así como la reducción del trabajo manual directo, articulado con la ampliación del trabajo cualificado, multifuncional, dotado de mayor dimensión intelectual, permite constatar que la tesis según la cual *el capital no tiene más interés en explotar el trabajo abstracto* acaba convirtiendo la *tendencia* por la *reducción* del trabajo vivo y la ampliación del trabajo muerto en la extinción del primero, lo que es algo completamente diferente. Y al mismo tiempo que se desarrollan las tendencias mencionadas más arriba, el capital recurre cada vez más a formas precariza-

das e intensificadas de explotación del trabajo, que se tornan aún más importantes para la realización de su ciclo productivo, en un mundo donde la competitividad es la garantía de supervivencia de las empresas capitalistas.

Por lo tanto, una cosa es *tener la necesidad imperiosa de reducir la dimensión variable del capital y la consecuente necesidad de expandir su parte constante; y otra, muy diferente, es imaginar que eliminando el trabajo vivo el capital pueda continuar reproduciéndose*. No sería posible producir capital y tampoco se podría completar el ciclo reproductivo a través del consumo, ya que sería abstracto imaginar consumo sin asalariados. La articulación entre *trabajo vivo y trabajo muerto es condición indispensable para que el sistema productivo del capital se mantenga*. La tesis de la *eliminación del trabajo abstracto*, considerándolo como el gasto de energía física e intelectual para la producción de mercancías, no encuentra respaldo teórico o empírico para su sustentación en los países capitalistas avanzados, como los Estados Unidos, Japón o Alemania y mucho menos en los países llamados del Tercer Mundo.¹ Y tiene como principal problema analítico, el hecho de dejar de lado las interacciones existentes entre *la potencia constituyente de la que se revisite el trabajo vivo, y la potencia constituida presente en el trabajo muerto* (para hacer uso de la hermosa síntesis de Francisco de Oliveira).²

La reducción del proletariado estable, heredero del taylorismo-fordismo, la ampliación del *trabajo intelectual abstracto* en las unidades productivas modernas y la ampliación generalizada del trabajo precarizado (trabajo manual abstracto) bajo la forma del trabajo tercerizado, *part-time*, desarrolladas intensamente en la “era de la empresa flexible” y de la desverticalización productiva, *son ejemplos contundentes de la vigencia de la ley del valor*. El aumento de los trabajadores que sufren el desempleo (la expresión “excluidos”, frecuentemente usada para designarlos, contiene un sentido crítico y de denuncia, pero es analítica-

1. Un análisis de la relación entre valor y maquinaria, que actualiza el debate para el universo de la era informática y computarizada, puede ser encontrado en Caffentzis (1997: 29-56). El autor parte de la referencia analítica de Marx para demostrar la imposibilidad de que la misma máquina sea la creadora de valor de cambio.
2. Francisco de Oliveira la pronunció, con su conocida riqueza analítica, en la actividad que Nobuko Kameyama, José Paulo Netto, Evaldo Amaro Vieira, Francisco de Oliveira y yo realizamos en la UFRJ, en abril de 1999. En su libro *Os Direitos do Anti-Valor* (1997), especialmente en la primera parte, se encuentran varios elementos para pensar las relaciones entre trabajo vivo, trabajo muerto y, en particular, la autonomización del capital constante.

mente insuficiente) es una parte constitutiva creciente del *desempleo estructural* que afecta al mundo del trabajo, en función de la lógica destructiva que preside su sistema de metabolismo social. Según la sugestiva indicación de Tosel (1995: 210), retomando también las indicaciones de J.M. Vincent, como el capital tiene un fuerte sentido de desperdicio y de exclusión, es la propia “centralidad del trabajo abstracto lo que produce la no centralidad del trabajo, presente en la masa de los excluidos del trabajo vivo” que, una vez (des)socializados y (des)individualizados por la expulsión del trabajo, “procuran desesperadamente encontrar formas de individualización y de socialización en las esferas aisladas del no trabajo (actividades de formación, de benevolencia y de servicios)”.³

Teniendo en cuenta lo indicado anteriormente, no puedo acordar con la tesis de la transformación de la ciencia en “la principal fuerza productiva” en sustitución del valor-trabajo, que se habría tornado inoperante (Habermas, 1975; 320). En palabras de Habermas (ibid.: 320-321):

Desde finales del siglo XIX, otra tendencia de desarrollo que caracteriza al capitalismo en su fase tardía viene imponiéndose cada vez más: la *cientificación de la técnica*. [...] Con la investigación industrial a gran escala, ciencia, técnica y valorización fueron incluidos en el mismo sistema. Al mismo tiempo, la industrialización se liga a una investigación encomendada por el Estado que favorece, en primer lugar, al progreso científico y técnico del sector militar. De allí, las informaciones vuelven hacia los sectores de la producción de bienes civiles. Así, técnica y ciencia se vuelven la principal fuerza productiva, con lo que caen por tierra las condiciones de aplicación de la *teoría del valor de Marx*. Ya no es sensato querer calcular los recursos del capital para inversión en investigación y desarrollo, con base en el valor de cambio del trabajo no calificado (simple), si el progreso tecno-científico se volvió una fuente independiente de plusvalía; visto lo cual, la única fuente de plusvalía considerada por Marx, la fuerza de trabajo de los productores inmediatos, pierde cada vez más su peso.

Esta formulación, al “sustituir” la tesis del valor-trabajo por la conversión de la ciencia en principal fuerza productiva, termina desvalorizando un elemento esencial dado por la complejidad de las relaciones

3. A lo que agrega Tosel: “¿No es, no obstante, sobre la base de esa aparente descentralidad (*décentration*) del trabajo que se encuentran enraizadas las diversas teorías que oponen al paradigma del trabajo los paradigmas concurrentes del actuar comunicacional o de la esfera pública?” (ibid.: 210). Volveremos más adelante sobre este punto.

entre la teoría del valor y la del conocimiento científico. O sea, deja de lado que:

el trabajo vivo, en conjunción con la ciencia y la tecnología, constituye una compleja y contradictoria unidad, bajo las condiciones del desarrollo capitalista [en la medida en que] las tendencias del capital para otorgarle a la producción un carácter científico son neutralizadas por las más íntimas limitaciones del propio capital: esto es, por la necesidad última, paralizante y antisocial de “mantener el valor ya creado, en tanto valor”, buscando restringir la producción dentro de la base limitada del capital (Mészáros, 1989: 135 y 136).

Liberada por el capital para expandirse, pero estando en última instancia prisionera de la necesidad de subordinarse a los imperativos del proceso de creación de valores de cambio, la ciencia no puede convertirse en “principal fuerza productiva”, en ciencia y tecnología independientes, pues eso explotaría, *haría saltar por los aires la base material* del sistema de producción del capital, como alertó Marx en los *Grundrisse* (1974: 705-709). Sus notas anticipatorias muestran que desde mediados del siglo XIX la relación entre valor-trabajo y ciencia tenía extrema relevancia. Pero, incluso reconociendo la hiperdimensión asumida por la ciencia en el mundo contemporáneo, el conocimiento social generado a través del progreso científico ha tenido su objetivo restringido por la lógica de la reproducción del capital. Imposibilitado este último de instaurar una forma social que *produzca cosas útiles con base en el tiempo disponible*, queda para la *cientifización de la tecnología* adecuarse al *tiempo necesario para producir valores de cambio*. La ausencia de independencia frente al capital y su ciclo reproductivo le impide romper esta lógica.

No se trata de decir que la teoría de valor-trabajo no reconoce el papel creciente de la ciencia, sino que la ciencia se encuentra paralizada en su desarrollo por la base material de las relaciones entre el capital y el trabajo, a la que no puede superar. Y es por esta restricción estructural, que *libera e incluso impulsa* su expansión para el crecimiento de la producción de valores de cambio pero impide el salto cualitativo social para una sociedad productora de bienes útiles según la lógica del tiempo disponible, que la ciencia no puede convertirse en la principal fuerza productiva. Prisionera de esta base material, no existe realmente una *cientifización de la tecnología*, sino que –según sugiere Mészáros (ibid.: 133)– hay un proceso de *tecnologización de la ciencia*.

Profundamente vinculadas a los condicionamientos sociales del sistema del capital, la ciencia y la tecnología no tienen lógica autónoma o

curso independiente, sino que tienen vínculos sólidos con su movimiento reproductivo. En la síntesis ofrecida por Mészáros (ibid.: 195 y 196):

El mayor dilema de la ciencia moderna es que su desarrollo estuvo siempre vinculado al dinamismo contradictorio del propio capital. De ahí en más [...] la ciencia moderna no puede dejar de ser orientada para la más efectiva implementación posible de los imperativos objetivos que determinan la naturaleza y los límites inherentes al capital, así como su modo necesario de funcionamiento bajo las más variadas circunstancias [...] La obtención de la justa disyunción entre la ciencia y las determinaciones capitalistas destructivas es concebible solamente si la sociedad como un todo tiene éxito en salir de la órbita del capital y proveer un nuevo nivel –con principios de orientación diferentes– en el cual las prácticas científicas puedan florecer al servicio de finalidades humanas,

Esto implica eliminar la relación hoy dominante, en la que la producción de valores de uso está subordinada a su valor de cambio. Sin desconocer la dialéctica de las interacciones recíprocas, el sentido estructuralmente dominante del valor de cambio acaba por imponerse a los avances científicos y tecnológicos (ibid.: 199 y 200). Las *mediaciones de segundo orden* que tratamos anteriormente, impuestas por el sistema de metabolismo social del capital a través de la propiedad privada, del cambio, de la división social jerárquica del trabajo, etcétera, además de afectar y metamorfosear a las mediaciones primarias, también afectaron a otras dimensiones de la actividad de los seres sociales. La ciencia padeció igualmente de esas consecuencias negativas, ya que tuvo que someterse a los imperativos sociales, institucionales y materiales reificados por la vigencia del sistema de *mediaciones de segundo orden* (ibid.: 507, n. 525).

Ontológicamente prisionera del terreno material estructurado por el capital, la ciencia no podría transformarse en *su principal fuerza productiva*. Interactúa con el trabajo en la necesidad preponderante de participar del proceso de valorización del capital. *No se sobrepone al valor, pero es parte intrínseca de su mecanismo*. Esa interpenetración entre actividades laborales y ciencia asocia y articula *la potencia constituyente del trabajo vivo a la potencia constituida del conocimiento tecno-científico en la producción de valores (materiales o inmateriales)*. El saber científico y el saber laboral se mezclan más directamente en el mundo productivo contemporáneo sin que el primero “*haga caer por tierra*” al segundo.

Varias experiencias –entre las cuales el proyecto Saturno de la General Motors– fracasaron cuando procuraron automatizar el proceso productivo, minimizando y despreciando el trabajo. Las máquinas inteligentes no pueden sustituir a los trabajadores. Al contrario, su

introducción necesita del trabajo intelectual del obrero que, al interactuar con la máquina informatizada, termina también transfiriendo parte de sus nuevos atributos intelectuales y cognitivos a la nueva máquina que resulta de este proceso. Se establece, entonces, un complejo proceso interactivo entre trabajo y ciencia productiva, que no lleva (y no puede llevar) a la extinción del trabajo vivo y de su potencia constituyente bajo el sistema de metabolismo social del capital. Este proceso de retroalimentación impone al capital la necesidad de encontrar una fuerza de trabajo aún más compleja, multifuncional, que debe ser explotada de manera más intensa y sofisticada, al menos en las ramas productivas dotadas de mayor incremento tecnológico.

La superioridad japonesa de los años ochenta no estaba estructurada solamente sobre el avance tecnológico, sino también basada en una *creciente interacción entre trabajo y ciencia, entre ejecución y elaboración*, entre avance tecnológico y el “compromiso” adecuado de la fuerza de trabajo, exactamente donde el fordismo, fundado en una separación rígida entre *producción y elaboración, ejecución y concepción*, se mostraba agotado en su capacidad de expropiación del *saber hacer intelectual del trabajo*, del *trabajo intelectual abstracto*, de la dimensión cognitiva presente en el trabajo vivo. La principal mutación en el interior del proceso de producción de capital en la fábrica toyotizada y flexible no se encuentra, por lo tanto, en la *conversión de la ciencia en principal fuerza productiva que sustituye o elimina el trabajo en el proceso de creación de valores*, pero sí en la *interacción creciente entre trabajo y ciencia, trabajo material e inmaterial, elementos fundamentales en el mundo productivo (industrial y de servicios) contemporáneo*.

Hechas estas consideraciones entre ciencia y trabajo, podemos retomar otros desdoblamientos de la relación entre trabajo y valor. El primero de ellos es aquel que posibilita la conversión del *trabajo vivo en trabajo muerto*, a partir del momento en que, por el desarrollo del *software*, la máquina informática pasa a desempeñar actividades propias de la inteligencia humana. Se da entonces un proceso de *objetivación de las actividades cerebrales en la maquinaria*, de transferencia del saber intelectual y cognitivo de la clase trabajadora hacia la maquinaria informatizada.

Según la síntesis de Lojkin (1995: 44):

Fase suprema del maquinismo, la fábrica automática permanece inscripta en la revolución industrial, porque su principio sigue siendo siempre la sustitución de la mano humana. Pero, al mismo tiempo, esa hipermechanización lleva la objetivación de la “mano inteligente” (las formas más refinadas de habilidades gestuales) [...] El principio de la automatización implica la flexibilidad, o sea, la capacidad de la máquina no so-

lamente de corregirse, sino al mismo tiempo adaptarse a las demandas variables, cambiando su programación.

La transerencia de capacidades intelectuales hacia la maquinaria informatizada que se convierte en lenguaje de la propia máquina de la fase informática a través de las computadoras, acentúa la tendencia apuntada por Marx (en el libro I de *El capital*) de reducción y transformación *del trabajo vivo en trabajo muerto*.

Otra tendencia operada por el capital en la fase de la reestructuración productiva, en lo que concierne a la relación trabajo y valor, es aquella que *reduce los niveles de trabajo improductivo dentro de las fábricas*. La eliminación de varias funciones como *supervisión, vigilancia, inspección, gerencias intermediarias*, etcétera, práctica que se constituye en elemento central del toyotismo y de la empresa capitalista moderna con base en la *lean production*, busca transferir e incorporar al trabajo *productivo* actividades que eran anteriormente realizadas por los trabajadores improductivos. Reduciendo el trabajo improductivo, mediante su incorporación al propio trabajo productivo, el capital se libra de una parte del conjunto de los trabajadores que no participan directamente del proceso de creación de valores. Es importante recordar, *conforme vimos en el capítulo anterior, que el capital no puede eliminar la totalidad del trabajo improductivo, los trabajos generadores de anti-valor (que son imprescindibles para el proceso de creación de valor), pero puede reducir o recolocar partes de estas actividades para que pasen a ser realizadas por el propio trabajador productivo*.

La interacción entre trabajo material e inmaterial

Además de la reducción del trabajo improductivo, hay otra tendencia dada por la creciente imbricación entre *trabajo material e inmaterial*, toda vez que se presencia en el mundo contemporáneo la expansión del trabajo dotado de mayor dimensión intelectual, ya sea en las actividades industriales más informatizadas, ya sea en las esferas comprendidas por el *sector de servicios y en las comunicaciones*, entre otras.⁴ El avance del

4. Me parece imprescindible alertar, sin embargo, que esas *tendencias*, presentes en los núcleos de *punta* de los procesos productivos, no pueden, a riesgo de caer en una generalización abstracta, ser tomadas como expresión de la *totalidad* del proceso productivo, en el que la *precarización y la descualificación del trabajo son frecuentes y están en franca expansión cuando se toma en cuenta la totalidad del proceso productivo a escala mundial*. Pero generalizar falsamente la vigencia de las formas dadas por el trabajo inmaterial, sin embargo, me parece tan equivocado como ignorarlas.

trabajo en actividades de investigación, en la creación de *software*, *marketing* y publicidad, es también ejemplo de la *ampliación del trabajo en la esfera inmaterial*. La expansión del trabajo en el área de servicios, en esferas no directamente productivas pero que muchas veces desempeñan actividades imbricadas con el trabajo productivo, se muestra como otra característica importante de la *noción ampliada de trabajo*, cuando se quiere comprender su significado en el mundo contemporáneo.

Si tomamos en consideración las actividades manuales e intelectuales en la división social capitalista del trabajo, aunque pueda presenciarse —particularmente en el universo del trabajo tercerizado y precario— una enorme expansión de las manuales en innumerables sectores (especialmente, pero no sólo, en los países industrializados dentro del llamado Tercer Mundo), es posible observar también la tendencia hacia el *incremento de las intelectuales en la esfera del trabajo productivo, especialmente en los sectores de punta del proceso de producción* (que, del mismo modo, son más frecuentes en los países centrales, pero no se restringen a ellos).⁵ El carácter *desigualmente combinado del sistema global del capital* diferencia la incidencia de estas tendencias que, sin embargo, se encuentran ambas presentes en prácticamente todos los países con núcleos de producción industrial moderna.

Refiriéndose a estas nuevas conformaciones del mundo productivo, J.M. Vincent, así las caracteriza:

En un contexto de progreso técnico muy rápido, las relaciones con la tecnología se modifican profundamente. Los sistemas de producción automatizados están hechos de trabajo muerto cada vez más complejo y controlan cada vez más operaciones y encadenamientos de operaciones. No son simplemente un conjunto de máquinas, sino sistemas evolutivos que se pueden perfeccionar en función de las transformaciones de la demanda y de innovaciones programadas.

Dado que, siempre según el autor, en el mundo de la tecno-ciencia la producción de conocimiento se torna un elemento esencial de la producción de bienes de servicios, agrega:

Las capacidades de los trabajadores de ampliar sus saberes [...] se vuelve una característica decisiva de la capacidad del trabajo en general. Y no es

5. Claro que, al destacar los aspectos *cuantitativos*, la tendencia de expansión del trabajo manual precarizado tiene una incidencia mucho mayor que la de las formas de vigencia del trabajo intelectual abstracto. Sin embargo, cuando el análisis acentúa los elementos *cualitativos*, la importancia de estas últimas también se evidencia.

exagerado decir que la fuerza de trabajo se presenta cada vez más como una fuerza inteligente de reacción a las situaciones de producción en mutación y a la resolución de problemas inesperados (Vincent, 1995: 160).

La ampliación de las formas de *trabajo inmaterial* se torna, por lo tanto, otra tendencia del sistema de producción contemporáneo, ya que éste carece crecientemente de actividades de investigación, comunicación y *marketing*, para la obtención anticipada de informaciones originadas en el mercado (Lazzarato, 1993[2]: 111). Como las empresas necesitan de un vínculo más directo con el mercado consumidor, conforme vimos anteriormente, la esfera del consumo acaba incidiendo más directamente sobre la esfera de la producción.

Un producto, antes de ser fabricado, debe ser vendido (incluso en una industria “pesada”, como la automotriz, un automóvil es colocado en producción solamente después que las redes de ventas dan la orden). Esta estrategia está apoyada en la producción y consumo de la información. Moviliza importantes estrategias de comunicación y de *marketing* para recoger la información (conocer las tendencias del mercado) y la hace circular (construir el mercado).

Mientras que en el sistema de producción taylorista-fordista, las mercancías respondían a un patrón y estaban estandarizadas (recuérdese el automóvil Ford modelo T5 negro, única opción a “elegir” que ofrecía por la montadora), hoy la industria automotriz produce autos singularizados, de acuerdo con la demanda (id.: 112).

Se evidencia entonces, en el universo de las empresas productivas y de servicios, una extensión y ampliación de las actividades denominadas *inmateriales*:

El trabajo inmaterial se encuentra en la fusión (es la interfaz) de esta nueva relación producción-consumo. Es el trabajo inmaterial el que activa y organiza la relación producción-consumo. La activación de la cooperación productiva, así como de la relación social con el consumidor, es materializada en y para el proceso de comunicación. Es el trabajo inmaterial que innova continuamente la forma y las condiciones de la comunicación (y, por lo tanto, del trabajo y del consumo). Da forma y materializa las necesidades, lo imaginario, los gustos. La particularidad de la mercancía producida por el trabajo inmaterial (cuyo valor de uso es esencialmente su contenido informativo y cultural) consiste en el hecho de que no se destruye en el acto del consumo, pero si se expande, transforma y crea el ambiente ideológico y cultural del consumidor (ibid.: 114).

De este modo, el trabajo inmaterial:

no produce solamente mercancías, sino antes que nada la propia relación del capital. [...] Que el trabajo inmaterial produzca al mismo tiempo subjetividad y valor económico demuestra cómo la producción capitalista ha invadido toda la vida, rompiendo todas las oposiciones entre economía, poder y conocimiento (ibíd.: 115).

El trabajo inmaterial, por lo tanto, según Lazzarato, expresa la vigencia de la esfera informática de la forma-mercancía: pone en evidencia el contenido *informático* de la mercancía, expresando las mutaciones del trabajo obrero dentro de las grandes empresas y del sector de servicios, donde el trabajo manual directo está siendo sustituido por el trabajo dotado de mayor dimensión intelectual o, en las palabras del autor (Lazzarato, 1992[2]: 54): “los índices de trabajo inmediato están crecientemente subordinados a la capacidad de tratamiento de la información y de la comunicación horizontal y vertical”.⁶

El trabajo inmaterial en el interior de la *gran industria* presenta una intersección clara entre la esfera de la subjetividad del trabajo (su trazo más propiamente intelectual y cognitivo) y el proceso productivo, que obliga frecuentemente al trabajador a “tomar decisiones”, “analizar las situaciones”, ofrecer alternativas frente a inconvenientes inesperados. El obrero debe convertirse en un elemento de “integración cada vez más comprometido en la relación equipo/ sistema”, exteriorizando una

capacidad de activar y generar la cooperación productiva. El trabajador debe convertirse en “sujeto activo” de la coordinación de diferentes funciones de la producción, en lugar de ser simplemente comandado. El aprendizaje colectivo se convierte en el principal aspecto de la productividad (ibíd.).

En el ámbito *reificado* del proyecto del capital y de sus mecanismos de funcionamiento, el trabajo asume una forma activa de subjetividad, ya que su objetivo es colocarla al servicio del capital y sus necesidades de acumulación (ibíd.). Como ya destaqué anteriormente, la disminución de la rígida división entre *elaboración* y *ejecución* torna más presente la dimensión activa del trabajo, toda vez que su esfera de subjetividad es incitada para el compromiso con el proyecto de la empresa y el consecuente proceso de creación de valores.

6. Lazzarato agrega incluso el *contenido cultural* presente en la forma-mercancía, más volcada hacia los procedimientos culturales y artísticos, vinculados a la moda, a los modelos de consumo, etcétera.

Se trata, sin embargo, de la construcción de una subjetividad *inauténtica*⁷, en la precisa conceptualización de Tertulian (1993: 442), pues la dimensión de subjetividad presente en este proceso de trabajo está amputada y volcada hacia la valorización y autorreproducción del capital, hacia la “calidad”, hacia la “atención al consumidor”, entre tantas formas de representaciones ideológicas, valorativas y simbólicas que el capital introduce en el seno del proceso productivo. La subjetividad obrera debe trascender la esfera de la *ejecución*, para, además de producir, pensar también diariamente en aquello que es mejor para la empresa y su proyecto. Incluso en el trabajo dotado de mayor significado intelectual, inmaterial, el ejercicio de la actividad subjetiva está constreñido en última instancia por la lógica de la *forma-mercancía y su realización*.

En la interpretación que aquí estoy ofreciendo, las nuevas dimensiones y formas de trabajo traen consigo una extensión, una ampliación y una complejización de la actividad laboral, de las que la expansión del trabajo inmaterial es un ejemplo. Trabajo *material e inmaterial*, en la imbricación creciente que existe entre ambos, se encuentran sin embargo centralmente subordinados a la lógica de la producción de mercancías y del capital. En el universo de la expansión de la actividad intelectual dentro de la producción,

la propia forma de valor del trabajo se metamorfosea. Asume crecientemente la forma de valor del trabajo intelectual-abstracto. La fuerza de trabajo intelectual producida dentro y fuera de la producción y absorbida como mercancía por el capital que se la incorpora para dar nuevas cualidades al trabajo muerto: flexibilidad, rapidez de traslado y auto-transformación constante. La producción material y la producción de servicios necesitan crecientemente de innovaciones, volviéndose por eso cada vez más subordinadas a una producción creciente de conocimiento que se convierte en mercancía y capital (Vincent, 1993: 121).

En este contexto, el trabajo intelectual que participa del proceso de creación de valores se encuentra también regido por el fetichismo de la mercancía. Es ilusorio pensar que se trata de un trabajo intelectual dotado de sentido y autodeterminado: es más bien un *trabajo intelectual-abstracto*. Como remarca Vincent (ibíd.: 123), una dimensión reflexiva volcada para el saber y el conocimiento auténtico,

esto es, todo lo que se encuentra distante en relación a la mercantilización generalizada, a la reproducción repetitiva de las relaciones socia-

7. Concepto que se retomará en el capítulo dedicado a la polémica entre Habermas y Lukács.

les, al funcionamiento obstinado de los automatismos sociales, está implícitamente proscrito. No es importante saber para dónde se va o interrogar si la orientación camina hacia la autodestrucción; basta producir para el capital.

Y tal vez se pueda decir que el gasto de energía física de la fuerza de trabajo se está convirtiendo, *al menos en los sectores tecnológicamente más avanzados del proceso productivo*, en gasto de capacidades intelectuales (ibíd.: 124).⁸

Al recurrir a la discusión sobre las formas vigentes del trabajo inmaterial, debo añadir que mi interpretación ofrece una *reelaboración* de su significado, cuando nos referimos a la centralidad del trabajo hoy en día. Esa es la expresión de la vigencia de la fuerza constituyente *del trabajo vivo*, tanto en su manifestación como trabajo material —a nuestro entender todavía fuertemente predominante cuando se analiza el sistema productivo global—, así como también a las formas vigentes del *trabajo inmaterial* que *no es hoy dominante*, pero que aparece como una tendencia cada vez más presente y creciente en los procesos de avanzada del mundo productivo.

Al contrario de la formulación habermasiana —que trataré indicativamente en el próximo capítulo—, la vigencia del trabajo inmaterial no confiere centralidad a la esfera comunicacional, y menos aún estaría desvinculada de la esfera instrumental del sistema. El trabajo *inmaterial*, incluso cuando está más centrado en la esfera de la circulación, interactúa con el mundo productivo del trabajo *material* y se encuentra aprisionado por el sistema de metabolismo social del capital. Mi análisis no rechaza sólo la *disyunción* entre trabajo *material* e *inmaterial*, sino que también rechaza rotundamente, como veremos a continuación, la *disyunción binaria y dualista* entre “sistema” y “mundo de la vida”, tal como aparece en la construcción habermasiana.

De este modo, la reflexión en torno al trabajo vivo y su centralidad hoy debe recuperar la discusión acerca del trabajo inmaterial *como una tendencia presente en el mundo productivo de la empresa capitalista moderna* y en interacción con las formas de trabajo material. Y esta ar-

8. Merece también señalarse la tentativa de recuperación de la idea marxiana del “general intellect” (*Grundrisse*), para pensar la creciente importancia del trabajo intelectual en la producción capitalista, de una *inteligencia general y plural presente en el proceso productivo* o, incluso, de las interrelaciones entre las formas inmediatas de trabajo y las formas mediatas (dadas por la ciencia) en el mundo contemporáneo. Véanse las indicaciones presentes en Vincent (1993: 122 y ss) y Tosel (1995: 212 y ss).

ticulación nos parece decisiva, para lograr una efectiva percepción más aproximada del mundo productivo. Por eso, acordamos con Toni Negri y Michael Hardt (1998/99: 6-7), cuando afirman que

los horizontes monetarios, simbólicos y políticos por los cuales a veces se intenta sustituir la ley del valor como elemento constitutivo del tejido social, consiguen efectivamente excluir el trabajo de la esfera teórica, pero no pueden, en todo caso, excluirlo de la realidad.

Las formas contemporáneas de extrañamiento

Sea por el ejercicio laboral manual o por el inmaterial —ambos, sin embargo, controlados por el sistema de metabolismo societal del capital—, el *extrañamiento (Entfremdung) del trabajo* se encuentra, en su esencia, preservado. Incluso si fenoménicamente minimizada por la reducción de la separación entre la elaboración y la ejecución, por la reducción de los niveles jerárquicos en el interior de las empresas, la subjetividad que emerge en la fábrica o en las esferas productivas contemporáneas es expresión de una *existencia inauténtica* y extrañada. Contando con mayor “participación” en los proyectos que nacen de las discusiones de los círculos de control de calidad, con mayor “compromiso de participación” de los trabajadores, la subjetividad que entonces se manifiesta se encuentra extrañada con relación a lo que se produce y para quién se produce.

Los beneficios aparentemente obtenidos por los trabajadores en el proceso de trabajo son ampliamente compensados por el capital, en la medida en que *la necesidad de pensar, actuar y proponer de los trabajadores debe tener siempre en cuenta prioritariamente los objetivos intrínsecos de la empresa, que aparecen muchas veces enmascarados por la necesidad de atender a los deseos del mercado consumidor. Pero siendo el consumo parte estructurante del sistema productivo del capital, es evidente que defender al consumidor y su satisfacción es condición necesaria para preservar a la propia empresa*. Más complejizada, la apariencia de mayor libertad en el espacio productivo tiene como contrapartida el hecho de que las *personificaciones del trabajo* deben convertirse además en *personificaciones del capital*. Si así no lo hicieran, si no demostraran esas “aptitudes” (“voluntad”, “disposición” y “deseo”) los trabajadores serán sustituidos por otros que demuestren tener el “perfil” y los “atributos” para aceptar estos “nuevos desafíos”.

En esta fase del capital, caracterizada por el *desempleo estructural*, por la reducción y la precariedad de las condiciones de trabajo, se evi-

dencia la existencia de una materialidad adversa a los trabajadores, un piso social que constriñe aún más el afloramiento de una subjetividad auténtica. Múltiples fetichizaciones y contaminan y penetran al mundo del trabajo, con repercusiones enormes en la vida *fuera del trabajo*, en la esfera de la reproducción societal, donde el consumo de mercancías, materiales o inmateriales, también está en gran medida estructurado por el capital. Desde los *servicios públicos* cada vez más *privatizados* hasta el turismo, donde se instiga a gastar el “tiempo libre” en el consumo de las grandes tiendas o *shoppings*, son enormes las evidencias *del dominio del capital sobre la vida fuera del trabajo*. Un ejemplo aún más contundente está en la creciente necesidad de calificarse mejor y *prepararse* más para conseguir trabajo. Parte importante del “tiempo libre” de los trabajadores está volcada cada vez más a adquirir mayor “empleabilidad”; palabra que el capital usa para transferir a los trabajadores la necesidad de su cualificación, tarea que anteriormente era en gran parte realizada por el propio capital (véase Bernardo, 1996).

Además del saber obrero, que el fordismo expropió y transfirió hacia la esfera de la gerencia científica y hacia los niveles de elaboración, la nueva fase del capital, de la cual el toyotismo es la mejor expresión, retransfiere el saber hacer hacia el trabajo, pero lo hace buscando apropiarse cada vez más de su dimensión *intelectual*, de sus capacidades cognitivas, procurando involucrar más fuerte e intensamente la subjetividad obrera. Los trabajos en equipo, los círculos de control, las sugerencias originadas desde la fábrica, son recogidas y apropiadas por el capital en esta fase de reestructuración productiva. Sus ideas son absorbidas por las empresas, luego de un análisis y comprobación de la posibilidad de ejecución y ventajas (lucrativas) para el capital. Pero el proceso no se restringe a esta dimensión, sino que parte del *saber intelectual* es transferido a las máquinas informatizadas, que se tornan *más inteligentes, reproduciendo parcialmente las actividades que les transfieren el saber intelectual del trabajo*.

Como la máquina no puede suprimir el trabajo humano, se necesita de una mayor interacción entre la subjetividad que trabaja y la nueva maquinaria inteligente. Y, en este proceso, la *participación interactiva* aumenta aún más el *extrañamiento del trabajo*, amplía las formas modernas de la *reificación*, distanciando aún más a la subjetividad del ejercicio de una cotidianeidad auténtica y autodeterminada. Con la *aparición* de un despotismo más blando, la sociedad productora de mercancías vuelve —desde su nivel microcósmico dado por la fábrica moderna— aún más profunda e interiorizada la condición de extrañamiento presente en la subjetividad obrera.

Al discutir sobre las diferentes formas de comprensión del extrañamiento (de la alienación), John Holloway (1997: 146) afirma que como condición así se expresa:

Si la humanidad es definida como actividad —la presuposición básica de Marx— entonces alienación significa que la humanidad existe bajo la forma de inhumanidad, que los sujetos humanos existen como objetos. Alienación es la objetivación del sujeto. El sujeto (hombre o mujer) aliena su subjetividad y esta subjetividad es apropiada por otros. [...] Al mismo tiempo, como el sujeto es transformado en objeto, el objeto que el sujeto produce, el capital, es transformado en sujeto de la sociedad. La objetivación del sujeto implica también la subjetivación del objeto.

Pero alienación, entendida como expresión contradictoria en el capitalismo, como proceso, es también expresión de lucha y resistencia (ibíd.: 147).

Como la “alienación es la producción del capital realizada por el trabajo”, debe ser entendida

como actividad, siempre en disputa. En otras palabras, la alienación es la lucha del capital para sobrevivir, la lucha del capital para subordinar al trabajo [...], es la lucha incesante del capital por el poder. La alienación no es un aspecto de la lucha de clases: es la lucha del capital para existir (ibíd.: 148).

El proceso de alienación es, por lo tanto, vivenciado cotidianamente por el trabajo; y la desalienación es parte imprescindible de este proceso, es “la incesante rebelión de la actividad contra la pasividad, del ser contra el sufrimiento” (ibíd.). Es la expresión de la revuelta de la actividad contra su condición extrañada.

Si el extrañamiento permanece e incluso se complejiza en las actividades de punta del ciclo productivo, en aquella parcela aparentemente más “estable” e insertada de la fuerza de trabajo que ejerce el *trabajo intelectual abstracto*, el cuadro es aún más intenso en los estratos precarizados de la fuerza humana de trabajo, que viven en condiciones desprovistas de derechos y en condiciones de inestabilidad cotidiana debido al trabajo *part-time*, *temporario*, etcétera.

Ramtin (1997: 248) caracteriza así el extrañamiento (la alienación) en esta franja de la clase trabajadora más precarizada:

Para los permanentemente desempleados y expuestos al desempleo, la realidad de la alienación significa no solamente la extensión de la im-

tencia al límite, sino una intensificación aún mayor de la deshumanización física y espiritual [...] El aspecto vital de la alienación se debe al hecho de que la impotencia está basada sobre (y en la condición de) la integración social a través del trabajo. Si esta forma de integración está siendo crecientemente perjudicada por el avance tecnológico, el orden social comienza a dar claras señales de inestabilidad y crisis, llevando gradualmente en dirección a una desintegración social general.

Bajo la condición de la separación absoluta del trabajo, la alienación asume la forma de *pérdida de su propia unidad*: trabajo y placer, medios y fines, vida pública y privada, entre otras formas de disyunciones de los elementos de unidades presentes en *la sociedad del trabajo*.

De ese modo, se expanden las formas de alienación que se encuentran al margen del proceso de trabajo. Siguiendo con las palabras de este autor:

Contrariamente a la interpretación que ve a la transformación tecnológica moverse en dirección a la edad de oro de un capitalismo saneado, próspero y armonioso [estamos] presenciando un proceso histórico de desintegración que se dirige hacia un aumento del antagonismo, la profundización de las contradicciones y la incoherencia. Cuanto más avanza el sistema tecnológico de la automatización, más la alienación tiende hacia límites absolutos (ibíd.: 248-249).

Cuando se piensa en la enorme masa de trabajadores desempleados, las formas de *absolutización* de la alienación son diferenciadas. Varían, según el autor, desde el *rechazo a la vida social, el aislamiento, la apatía y el silencio (de la mayoría) hasta la violencia y la agresión directa*. Aumentan los focos de contradicción entre los desempleados y la sociedad como un todo, entre la "racionalidad" en el ámbito productivo y la "irracionalidad" en el universo societal. Los conflictos se tornan un problema social más que en una cuestión empresarial, trascendiendo el ámbito fabril y afectando el espacio público y social. Desde la explosión de Los Ángeles en 1992, las explosiones de desempleados en Francia en expansión desde comienzos de 1997, muchas manifestaciones de revuelta contra los *extrañamientos* han tenido lugar entre aquellos que fueron expulsados del mundo del trabajo y, consecuentemente, impedidos de tener una vida dotada de algún sentido. La deshumanización segregadora lleva, según el autor, al aislamiento individual, a las formas de criminalidad, a la formación de guetos de sectores excluidos, hasta formas más osadas de explosión social que, sin embargo, "no pueden ser vistas meramente en términos de cohesión social de la sociedad como

tal, aisladas de las contradicciones de la forma de producción capitalista (que es producción de valor y de plusvalía)" (ibíd.: 250).

En los polos más intelectualizados de la clase trabajadora, que ejercen su *trabajo intelectual abstracto*, las formas de reificación tienen una concreción particularizada, más complejizada (más "*humanizada*" en su *esencia deshumanizadora*), dada por las nuevas formas de "participación" e interacción entre trabajo vivo y maquinaria informatizada. En los estratos más penalizados por la precarización/exclusión del trabajo, la reificación *es directamente* más deshumanizada y brutalizada en sus formas vigentes. Lo que compone el cuadro contemporáneo de los *extrañamientos* en el mundo del capital, diferenciados en cuanto a su incidencia, pero vigentes en tanto manifestación que afecta a la totalidad de la clase-que-vive-del-trabajo.

* * *

Anteriormente, he procurado mostrar cómo las relaciones entre trabajo *productivo e improductivo, manual e intelectual, material e inmaterial*, así como la forma asumida por la *división sexual del trabajo, la nueva configuración de la clase trabajadora*, entre varios elementos presentados, nos permiten reubicar y dar concreción a la tesis de la centralidad (y de la transversalidad) de la categoría *trabajo* en la formación social contemporánea.

Puedo, por lo tanto, afirmar que, en vez de la sustitución del trabajo por la ciencia, o de la sustitución de la producción de valores de cambio por la esfera comunicacional, de la sustitución de la producción por la información, lo que viene ocurriendo en el mundo contemporáneo es una mayor *interrelación*, mayor *interpenetración* entre las actividades productivas y las improductivas, entre las actividades fabriles y de servicios, entre las actividades laborales y las actividades de concepción, entre producción y conocimiento científico, que se expanden fuertemente en el mundo del capital y de su sistema productivo.

A continuación, paso a discutir las conexiones analíticas existentes entre *trabajo e interacción*, entre *praxis laboral y praxis interactiva o intersubjetiva*, que se muestran como desdoblamientos analíticos decisivos cuando se piensa en la centralidad del trabajo en la sociabilidad contemporánea. Esto nos remite a la polémica entre Habermas y Lukács.

Capítulo VIII

Acotación sobre la centralidad del trabajo

La polémica entre Lukács y Habermas

En esta parte reflexiono sobre los elementos más acentuadamente *teóricos* que componen la centralidad de la categoría *trabajo*. Lo hago a través de una discusión *inicial* entre Lukács y Habermas, procurando *explorar* algunos puntos de diferenciación analítica presentes en las respectivas formulaciones de estos autores, teniendo en cuenta las conexiones entre *praxis laboral* e *interactiva* o *intersubjetividad*, entre *trabajo* e *interacción*. Pretendo recuperar tanto las conexiones existentes entre esos niveles de la praxis social como sus elementos ontológicos fundantes.

1. La centralidad del trabajo en la *Ontología del ser social* de Lukács

Comienzo con la siguiente indagación: ¿Por qué la categoría *trabajo* tiene estatuto de centralidad en la *Ontología* de Lukács?¹

1. No es posible, aquí, dados los objetivos de este trabajo, recuperar los elementos determinantes más generales de la *Ontología del ser social* de Lukács. Haré solamente una acotación sobre su tematización acerca del carácter ontológicamente fundante del trabajo, intentando ofrecer elementos para la crítica de la formulación habermasiana. Como la obra del último Lukács fue publicada póstumamente y estaba inconclusa cuando el autor falleció, en muchos pasajes esto se pone en evidencia. Prefiero, en las indicaciones que haré seguidamente, mantener esa característica de la última obra de Lukács. Utilizo en este estudio la edición inglesa *The Ontology of Social Being: Labour* (1980), en traducción de David Fernbach. En varios momentos cotejé con la edición italiana (Lukács, 1981, II-1) traducida por Alberto Scarponi. Un cuadro general introductorio del conjunto de la *Ontología del ser social* puede encontrarse en Tertulian, 1990, y Scarponi, 1976. (N. del E.: Hay edición en español de partes de la obra de Lukács: *Ontología del ser social. El trabajo*, edición al cuidado de Antonino Infranca y Miguel Vedda, traducción de Miguel Vedda, Buenos Aires, Herramienta, 2004. Las citas se transcriben conforme a esta versión en español.)

Cuando se parte de una perspectiva ontológica,

La respuesta, considerada ontológicamente, es más simple de lo que parece ser a primera vista: porque todas las demás categorías de esta forma del ser ya poseen, de acuerdo con su esencia, un carácter puramente social. Sus propiedades, sus modos de influencia sólo se desarrollan dentro del ser social ya constituido...

Y Lukács agrega (2004, 58-59):

Solo el trabajo posee, de acuerdo con su esencia ontológica, un carácter expresamente transicional: es, según su esencia, una interrelación entre el hombre (sociedad) y la naturaleza y, por cierto, tanto con la inorgánica [...] como con la orgánica [...] pero ante todo se caracteriza en el propio hombre que trabaja la transición desde el ser puramente biológico al social [...] En el trabajo se hallan contenidas in nuce todas las determinaciones que, tal como veremos, constituyen la esencia de lo nuevo dentro del ser social. El trabajo puede ser considerado, pues, como fenómeno originario [Urphänomen], como modelo del ser social...

Aunque su aparición sea simultánea al trabajo, la *sociabilidad*, la primera *división del trabajo*, el *lenguaje*, etcétera, encuentran su origen a partir del propio acto laboral. El trabajo se constituye como *categoría intermediaria* que posibilita el salto ontológico de las formas pre-humanas hacia el ser social. El trabajo está en el centro del proceso de humanización del hombre (ibíd.: 60-61). Para aprehender su esencialidad es preciso verlo tanto como momento de surgimiento de la *posición teleológica*, así como *forma originaria* de la praxis social. Comencemos por las conexiones existentes entre trabajo y teleología.

Trabajo y teleología

Por el hecho de buscar la producción y la reproducción de su vida social por medio del trabajo y la lucha por su existencia, el ser social crea y renueva las propias condiciones de su reproducción. El trabajo es, en consecuencia, el resultado de la *posición teleológica* que (previamente) el ser social ha ideado en su conciencia, fenómeno éste que no está esencialmente presente en el ser biológico de los animales. Es bastante conocida la distinción marxiana entre la abeja y el arquitecto. Por la capacidad de ideación previa, el arquitecto puede imprimir al objeto la forma más conveniente, algo que es teleológicamente concebido y que es una imposibilidad para la abeja.

De este modo, se anuncia la categoría ontológicamente central presente en el proceso del trabajo:

a través del trabajo, se realiza una posición teleológica dentro del ser material en cuanto surgimiento de una nueva objetividad. Así es que el trabajo se convierte, por un lado, en modelo de toda praxis social [...] el trabajo puede servir de modelo para la comprensión de las otras posiciones teleológicas sociales, ya que el trabajo, de acuerdo con su ser, es la forma originaria (Urform) de estas posiciones. El mero hecho de que el trabajo es la realización de una posición teleológica es una vivencia elemental en la vida cotidiana de todos los hombres... (ibíd.: 62).

Por eso, agrega Lukács, pensadores como Aristóteles y Hegel percibieron con toda lucidez del carácter teleológico del trabajo. El problema emerge cuando se constata que ellos elevaron la teleología más allá de la esfera de la praxis social, convirtiéndola en una categoría cosmológica universal. En Hegel, por ejemplo, la teleología se convirtió en el "motor de la historia" (ibíd.: 62-63).

Al contrario de Aristóteles y Hegel, sin embargo, en Marx el trabajo no es entendido como una de las diversas formas fenoménicas de la teleología en general, sino como el *único punto* donde la posición teleológica puede ser ontológicamente demostrada como un momento efectivo de la realidad material.

No es preciso repetir la determinación marxiana para comprender que todo trabajo sería imposible si no lo precediera una posición tal, a fin de determinar su proceso en todas sus etapas (ibíd.: 67).

Esto permite a Lukács afirmar que

Sólo podemos hablar racionalmente sobre el ser social si concebimos que su génesis, su diferenciación respecto de su base, su autonomización, se basa en el trabajo, es decir, en la realización continua de posiciones teleológicas (ibíd.: 68).

Lukács recurrió a Aristóteles para comprender claramente las complejas conexiones entre *teleología* y *causalidad* a partir del *trabajo*. La *teleología* está presente en la propia exposición de finalidades. La *causalidad* es dada por la materialidad fundante, por el movimiento que se desarrolla en sus propias bases, incluso si tiene como elemento desencadenante un acto teleológico. Aristóteles distingue dos componentes en el trabajo: el *pensar* y el *producir*. El primero, el *pensar*, expone la finalidad

y concibe los medios para realizarlo. El segundo, el *producir*, realiza la concreción del fin pretendido.

Nicolai Hartmann separó analíticamente el primer componente (el pensar) en dos actos, dando una forma aún más concreta a la formulación aristotélica: 1) la *posición del fin* y 2) la *concepción de los medios*. Ambos son fundamentales para comprender el proceso de trabajo, particularmente en la *ontología del ser social*. Se puede ver el vínculo *inamovible* que existe entre teleología y causalidad, que tomadas *en sí mismas* son antitéticas y, cuando son tratadas de manera abstracta, mutuamente excluyentes. Por el *trabajo* se puede percibir, sin embargo, esa relación de reciprocidad e interacción entre teleología y causalidad (ibid.: 69-70).

Esa relación de reciprocidad entre teleología y causalidad tiene su esencia dada por la realización material de una *idealidad puesta*; un fin previamente ideado transforma la realidad material introduciéndole algo cualitativo y radicalmente nuevo con relación a la naturaleza. Se torna una actividad que se pone (ibid.: 69). “Naturaleza y trabajo, medio y fin producen, pues, de esa manera, algo en sí homogéneo: el proceso de trabajo y, al final, el producto del trabajo” (ibid.: 71). Naturalmente, la búsqueda de una finalidad, de una posición teleológica, es resultado de una *necesidad humana y social*, pero

a fin de que arribe a una posición auténtica del fin, la investigación de los medios (es decir, el conocimiento de la naturaleza) debe haber alcanzado un determinado nivel, acorde con esos medios; si dicho nivel no se ha alcanzado aún, la posición del fin queda como un proyecto meramente utópico, una especie de sueño, como, por ejemplo, lo ha sido el vuelo desde Ícaro hasta Leonardo, y durante mucho tiempo después de este (ibid.: 73).

De este modo, cuando se compara con las formas precedentes del ser, orgánicas e inorgánicas, se tiene al *trabajo*, en la ontología del ser social, como una *categoría cualitativamente nueva*. El acto teleológico es su elemento constitutivo central, “que funda [...] por primera vez la peculiaridad del ser social” (ibid.: 78). Por medio del trabajo, de la continua realización de necesidades, de la búsqueda de la producción y reproducción de la vida social, la conciencia del ser social deja de ser epifenómeno, como la conciencia animal que, en *última instancia*, permanece en el universo de la reproducción biológica. La conciencia humana deja, entonces, de ser una mera adaptación al medio ambiente y se configura como una *actividad autogobernada*. Y, al hacer eso, deja de ser un mero epifenómeno de la reproducción biológica (ibid.: 80-81). El lado activo y productivo del ser social “emerge por primera vez en la posición del fin del trabajo” (ibid.: 88).

El trabajo, sin embargo, “no es un acto único de decisión, sino un proceso, una cadena temporal ininterrumpida de alternativas siempre nuevas” (ibid.: 90). Lo que le posibilita a Lukács afirmar que el desarrollo del trabajo, la búsqueda de las alternativas presentes en la praxis humana, se encuentra fuertemente apoyado sobre decisiones entre alternativas.

La superación de la animalidad a través del salto hacia la hominización en el trabajo, la superación del carácter epifenoménico de la determinación meramente biológica de la conciencia alcanza, pues, a través de la evolución del trabajo, una intensificación sostenida, una tendencia a la universalidad dominante (ibid.: 92).

Se tiene aquí, entonces, la

génesis ontológica de la libertad, que aparece por primera vez en la realidad como alternativa dentro del proceso del trabajo [...] si concebimos el trabajo, en su modo de ser originario —en cuanto productor de valores de uso— como una forma “eterna” del metabolismo entre hombre (sociedad) y naturaleza, es decir, como una forma que siempre se mantiene por encima de la variación de las formaciones sociales, es claro que la intención que determina el carácter de la alternativa se orienta hacia la transformación en los objetos naturales, aun cuando es desencadenada por las necesidades sociales (ibid.: 96).

El trabajo es, por lo tanto, el elemento mediador introducido entre la esfera de la necesidad y la de su satisfacción; se da “un triunfo del comportamiento consciente sobre la mera espontaneidad de lo biológicamente instintivo cuando entre necesidad y satisfacción inmediata se inserta, como mediación, el trabajo” (ibid.: 98). En ese proceso de autorrealización de la humanidad, de avance del ser consciente con relación a su actuar instintivo, así como de su avance con relación a la naturaleza, se configura *el trabajo como referencia ontológica fundante de la praxis social*. Y de ese punto me ocupo a continuación.

El trabajo como forma originaria de la praxis social

El trabajo, entendido en su sentido más *genérico* y *abstracto*, como productor de valores de uso, es expresión de una relación metabólica entre el ser social y la naturaleza. En su sentido primitivo y limitado, los objetos naturales son transformados en cosas útiles por medio del acto de

trabajo. Más tarde, en las formas más desarrolladas de la praxis social, paralelamente a esta relación hombre-naturaleza, se desarrollan interrelaciones con otros seres sociales, también con vistas a la producción de valores de uso. Emerge aquí la *praxis social interactiva*, cuyo objetivo es *convencer a los otros seres sociales para realizar determinado acto teleológico*. Eso ocurre porque el *fundamento de las posiciones teleológicas intersubjetivas tiene como finalidad la acción entre seres sociales*.

De acuerdo con la formulación de Lukács:

Este problema aparece en cuanto el trabajo se ha vuelto ya a tal punto social, que se basa en la cooperación de varios hombres; esta vez al margen de que el problema del valor de cambio haya aparecido ya, o de que la cooperación solo se encuentra orientada a los valores de uso (ibid.: 103-104).

La segunda forma de posición teleológica, la de la esfera interactiva, busca actuar teleológicamente sobre los otros seres sociales, lo que ya apareció en estadios sociales bastante rudimentarios, de lo que fue ejemplo la práctica de la caza en el período paleolítico (ibid.: 104). En esas formas de praxis social, la posición teleológica no está ya dada por la relación directa con la naturaleza, *sino que actúa e interactúa junto con otros seres sociales, buscando la realización de determinadas posiciones teleológicas*.

Esas *posiciones teleológicas secundarias*, en la expresión de Lukács, que buscan el convencimiento y la interrelación de los seres sociales, se configuran como expresiones más desarrolladas y más crecientemente complejizadas de la praxis social, guardando por eso *mayor distanciamiento con relación al trabajo, a las posiciones teleológicas primarias*.

Aquí emerge el problema del lenguaje:

Si queremos entender correctamente la génesis de tales interrelaciones complejas y enrevesadas tanto en el surgimiento mismo como en su evolución ulterior, tenemos que partir del hecho de que, en todos los casos en que se trata de auténticas transformaciones del ser, la estructura total del complejo en cuestión es algo primario frente a sus elementos. [...] Pues palabra y concepto, lenguaje y pensamiento conceptual, conforman elementos interdependientes del complejo: tanto el ser social como aquellos solo pueden ser concebidos de acuerdo con su verdadera esencia, en el contexto de un análisis ontológico de dicho ser, por medio del conocimiento de las funciones reales que ellos cumplen dentro de este complejo. Naturalmente que, en todo sistema tal de interrelaciones dentro de un complejo del ser, hay –tal como ocurre en toda interrelación– un factor

dominante. [...] Una derivación genética del lenguaje o del pensamiento conceptual a partir del trabajo es sin más imposible, ya que la consumación del proceso de trabajo le presenta al sujeto que lo ejecuta exigencias que solo pueden ser cumplidas simultáneamente a través de la transformación de las capacidades y posibilidades psicofísicas en cuanto al lenguaje y al pensamiento conceptual presentes hasta entonces; mientras que estas disposiciones no podrían ser concebidas, por un lado, ontológicamente en sí mismas sin las exigencias laborales precedentes, ni, por otro, en cuanto condiciones que originan el proceso de trabajo (ibid.: 105-106).

Con la aparición del lenguaje y del pensamiento conceptual,

La evolución de estos tiene que mostrar una interrelación ininterrumpida, indisoluble, y el hecho de que el trabajo también constituye de ahí en más el factor dominante, no anula la permanencia de tales interrelaciones, sino que las refuerza e intensifica. De esto se sigue necesariamente que dentro de un complejo tal, debe tener lugar una influencia ininterrumpida del trabajo sobre el lenguaje y el pensamiento conceptual, y viceversa (ibid.: 106).

Con la aparición de formas más complejas de la praxis social, las *acciones interactivas*, éstas acaban asumiendo una supremacía frente a los niveles inferiores, aun si éstos siguen siendo permanentemente la base de la existencia de aquéllas. Es exactamente en ese sentido que Lukács las define como *posiciones teleológicas secundarias*, en relación con el sentido *originario* del trabajo, de las *posiciones teleológicas primarias*, que tienen un estatuto ontológico fundante. La *autonomía* de las posiciones teleológicas es, por eso, *relativa* en cuanto a su estructuración original. Las relaciones existentes entre la ciencia, la teoría y el trabajo pueden ser mencionadas como ejemplo: incluso cuando ambas (ciencia y teoría) alcancen un grado máximo de desarrollo, de autoactividad y de autonomía en relación al trabajo, no pueden desvincularse completamente de su punto de origen, *no pueden romper enteramente la relación en última instancia con su base originaria* (ibid.: 108). Por más complejizadas y avanzadas que estén, la ciencia y la teoría preservan vínculos con la búsqueda de las necesidades del género humano (que son, como vimos, determinadas por el sistema de metabolismo social dominante). Se estructura una relación de vinculación y autonomía con su base originaria (ibid.: 108). Por medio del trabajo se erige una relación auténtica entre teleología y causalidad, donde la primera altera la configuración de la segunda y viceversa.

El trabajo, por lo tanto, es la forma fundamental, más simple y elemental de aquellos complejos cuya interacción dinámica se constituye en la especificidad del ser social.

Precisamente por ello, es necesario señalar una y otra vez que los rasgos específicos del trabajo no deben ser trasladados sin más a formas más complejas de la praxis social.[...] el propio trabajo realiza materialmente la relación radicalmente nueva de metabolismo con la naturaleza, mientras que la enorme mayoría de las otras formas –más complejas– de la praxis social, presuponen ya ineludiblemente este metabolismo con la naturaleza, el fundamento de la reproducción del hombre en la sociedad (ibíd.: 115).

Las formas más avanzadas de la praxis social encuentran en el acto laboral su base originaria. Por más complejas, diferenciadas y distanciadas que se encuentren de él, se constituyen en su *prolongación y avance*, y no en una esfera enteramente autónoma y desvinculada de las posiciones teleológicas primarias.

En las palabras de Lukács (ibíd.:122):

La diferenciación respecto de las formas precedentes, el devenir autóctono del ser social, se expresa precisamente en esta dominación de aquellas categorías en las que se expresa el carácter nuevo, más evolucionado de este modo de ser frente a aquellas otras que constituyen su fundamento.

En las posiciones teleológicas secundarias, la subjetividad adquiere un sentido cualitativamente nuevo, más allá de su mayor complejización. El autocontrol que emerge inicialmente a partir del trabajo, en el creciente dominio sobre su esfera biológica y espontánea, se refiere a la objetividad de ese proceso. Se da una nueva forma de interrelación entre subjetividad y objetividad, entre teleología y causalidad, en el interior del modo humano y social de cumplimiento de las necesidades. De ese modo, es tan falso “intentar derivar, por ejemplo, lógicamente, a partir del deber ser en el proceso de trabajo, sus formas más complejas, como el dualismo, de la misma manera en que es errado el dualismo de la contraposición en la filosofía idealista” (ibíd.: 129).

Lukács destaca, por lo tanto, cuan fundamental es, además de comprender el papel ontológico del trabajo, aprehender también su función en la constitución del ser social, como ser dotado de autonomía y, por eso, enteramente diferente de las formas de ser.

Al analizar el acto de trabajo mismo, Hegel ha destacado en la herramienta un factor que ejerce una influencia duradera para el proceso social, ha

destacado en ella una categoría de mediación decisivamente importante, a raíz de la cual el acto de trabajo individual rebasa su individualidad y es elevado al rango de factor de la continuidad social. Hegel ofrece, pues un primer indicio sobre cómo el acto de trabajo puede convertirse en factor de la reproducción social. Marx, en cambio, considera el proceso económico en su totalidad dinámica desarrollada, y dentro de esta el hombre debe aparecer como el comienzo y el fin, como iniciador y producto final de todo el proceso, en medio de cuyo fluir el hombre [...] constituya la esencia auténtica de ese proceso (ibíd.: 140-141).

El trabajo tiene, por lo tanto, sea en su *génesis*, sea en su *desarrollo*, en su *ir-siendo* y en su *resultar ser*, una intención ontológicamente volcada al proceso de *humanización de los hombres en su sentido más amplio*. La aparición de formas más complejas de la vida humana, las posiciones teleológicas *secundarias* que se constituyen como un momento de interacción entre los seres sociales, de lo cual aparece como ejemplo, la *praxis política*, la *religión*, la *ética*, la *filosofía*, el *arte*, etcétera, que están dotadas de mayor autonomía en relación a las posiciones teleológicas *primarias*, encuentran su fundamento *ontológico-genético* a partir de la esfera del trabajo. Más que *discontinuidad* y *ruptura* en relación con las actividades laborales, ellas se configuran como teniendo *un mayor distanciamiento y una prolongación complejizada* (y no pura derivación) en relación con el trabajo. Sin embargo, esos niveles de socialidad, encuentran su *origen* a partir del trabajo, del intercambio metabólico entre ser social y naturaleza (ibíd.: 154).

Esta distancia ocurre también en el interior del propio trabajo. A título de ejemplo: incluso en las formas más simples del trabajo se da el nacimiento de una nueva dialéctica entre medios y fines, entre inmediatez y mediación, en la medida que toda *satisfacción* de las necesidades obtenidas a partir del trabajo es una *satisfacción realizada por la mediación*. Mientras que el cocinar o el asar la carne es una forma de mediación, comerla cocida o asada es algo inmediato. Esa relación se complejiza con el desarrollo posterior del trabajo, que incorpora series de mediaciones entre los seres sociales y los fines inmediatos que son perseguidos. En ese proceso, desde su origen, se puede presenciar una diferenciación entre finalidad mediata e inmediata. La creciente expansión de las actividades de trabajo traza nuevos elementos que, sin embargo, no modifican la diferenciación presente en el acto laboral entre lo mediato y lo inmediato, mediación e inmediatez.

En consecuencia, por medio del trabajo, se tiene un proceso que altera simultáneamente la naturaleza y autotransforma al propio ser que trabaja. La naturaleza humana es también metamorfoseada a partir del

proceso laboral, dada la existencia de una posición teleológica y de una realización práctica. En las palabras de Lukács (ibíd.: 156):

Tal como mostramos, la cuestión central de la transformación interna del hombre consiste en que este alcanza un dominio consciente sobre sí mismo. No solo el fin está en la conciencia antes de ser realizado materialmente; esta estructura dinámica del trabajo se extiende también a cada movimiento individual: el hombre que trabaja debe planear de antemano cada uno de sus movimientos, y verificar constantemente, de manera crítica y consciente, la realización de su plan, si es que quiere alcanzar, en su trabajo, el mejor resultado concreto posible. Este dominio de la conciencia humana sobre el propio cuerpo, que se extiende también a una parte de la esfera de la conciencia, a los hábitos, instintos, afectos, es un requisito elemental incluso del trabajo más primitivo. Debe, pues, también marcar decididamente las representaciones del hombre acerca de sí mismo [...]

En el nuevo ser social que emerge, la conciencia humana deja de ser un epifenómeno biológico y se constituye en un momento activo y esencial de la vida cotidiana. Su conciencia es un hecho ontológico objetivo. Y la búsqueda de una vida llena de sentido, dotada de autenticidad, encuentra en el trabajo su *locus* primero de realización. La propia búsqueda de una vida llena de sentido es socialmente emprendida por los seres sociales para su auto-realización individual y colectiva. Es una categoría genuinamente humana, que no se presenta en la naturaleza.

Vida, nacimiento, muerte, en cuanto fenómenos de la vida natural, se encuentran al margen del sentido [...] Solo cuando el hombre busca conceder un sentido a su vida dentro de la sociedad, se plantea igualmente, a partir del fracaso de un empeño tal, su polo opuesto: el sinsentido. En las sociedades primitivas, esta efectividad aparece todavía bajo una forma espontánea, puramente social [...] Solo cuando la sociedad se diferencia tan ampliamente que el hombre configura individualmente su vida como significativa, o la abandona al sinsentido, surge este problema como algo universal [...] (ibíd.: 161).²

Decir que una vida llena de sentido encuentra en la esfera del trabajo su *primer momento de realización* es totalmente diferente a decir que una vida llena de sentido se resume exclusivamente al trabajo, lo que sería un completo absurdo. En la búsqueda de una vida llena de sentido,

2. Son productivas las indicaciones de Lukács sobre la muerte, el "alma", el sueño, que aquí es imposible discutir.

el arte, la poesía, la pintura, la literatura, la música, el momento de creación, el tiempo de libertad, tiene un significado muy especial. Si el trabajo se torna autodeterminado, autónomo y libre, y por eso dotado de sentido, será también (y decisivamente) por medio del arte, de la poesía, de la pintura, de la literatura, de la música, del uso autónomo del tiempo libre y de la libertad que el ser social podrá humanizarse y emanciparse en su sentido más profundo. Pero eso nos remite a pensar, en el nivel de abstracción en el que estamos discutiendo en este capítulo, las conexiones más profundas existentes entre el trabajo y la libertad.

Trabajo y libertad

La búsqueda de una vida dotada de sentido a partir del trabajo permite explorar las conexiones decisivas existentes entre el trabajo y la libertad, incluso según las indicaciones presentes en la ontología de Lukács:

El carácter fundamental del trabajo en la hominización del hombre, se revela también en que la constitución ontológica del trabajo constituye el punto de partida genético para una cuestión vital que mueve profundamente a los hombres a través de toda su historia: la libertad (ibíd.: 165). Pues, en primer lugar, el fundamento de la libertad consiste [...] en una decisión concreta entre diversas posibilidades concretas; si la cuestión a elegir es elevada a un grado mayor de abstracción, si es separada totalmente de lo concreto, pierde toda conexión con la realidad y se convierte en una especulación vacía. En segundo lugar, la libertad es una voluntad —en última instancia— de transformar la realidad (que, ciertamente, bajo determinadas circunstancias comprende la preservación de la situación dada)... (ibíd.: 167).

Bajo determinados nexos causales existentes, la decisión tiene un intrínseco y efectivo momento de libertad:

Puede verse sin dificultad que, ante todo, la vida cotidiana plantea ininterrumpidamente alternativas que aparecen en forma inesperada, y que a menudo tienen que ser respondidas de inmediato bajo amenaza de ruina; una determinación esencial de la propia alternativa es que la decisión debe ser tomada sin que se conozcan la mayoría de los componentes, la situación, las consecuencias, etc. Pero también aquí se conserva un mínimo de libertad en la decisión; también aquí se trata —como caso límite— de una alternativa y no de un acontecimiento natural determinado por una causalidad puramente espontánea (ibíd.: 168).

De hecho, cuando se concibe el trabajo en su sentido más *simple y abstracto* (Marx, 1997: 17), como creador de valores de uso, cada acto laboral tiene *su posición teleológica* que lo desencadena. Sin el acto teleológico, ningún trabajo (entendido como respuesta a la vida cotidiana, a sus cuestionamientos y necesidades) sería posible. El sujeto que formula alternativas en el interior del metabolismo social entre los seres sociales y la naturaleza lo hace "solo [...] determinado por sus necesidades y por sus conocimientos de las determinaciones naturales de su objeto" (ibíd.: 169).

Naturalmente, aún según Lukács, el contenido de la libertad es esencialmente distinto en las formas más avanzadas y complejas. Cuanto mayores son los conocimientos de las cadenas causales presentes y operantes, más adecuadamente estos conocimientos podrán ser transformados en *cadenas causales puestas*, y mayor será el dominio de los sujetos sobre ellas, lo que significa decir que mayor será la esfera de libertad (ibíd.: 169). El acto teleológico, expresado por medio de la puesta de finalidades es, por lo tanto, una manifestación intrínseca de libertad en el interior del proceso de trabajo. Es un momento efectivo de interacción entre subjetividad y objetividad, causalidad y teleología, necesidad y libertad.

Por lo tanto, para Lukács, el complejo que da fundamento al ser social encuentra su momento originario, su forma originaria, su forma originaria, a partir de la esfera del trabajo. Como se intentó mostrar, esa estructura originaria, formada a partir del acto laboral, sufre mutaciones fundamentales cuando las posiciones teleológicas no tienen más como fin la relación metabólica entre el hombre y la naturaleza, sino la praxis interactiva entre los propios seres sociales, de modo de buscar influenciarlos en sus acciones y decisiones. Ante esta "segunda naturaleza", las distancias que separan esas estructuras de interacción de aquellas que remiten directamente al trabajo son por cierto grandes. Pero sus embriones ya estaban presentes en sus manifestaciones sociales más simples. De modo que en lugar de hablar de un dislocamiento o separación entre las diferentes esferas del ser social, en lugar de tratarlas de forma dualista, se debe percibir entre el trabajo y las formas más complejizadas de la praxis social interactiva una relación de *prolongación*, de *distanciamiento*, y no de *separación* y *disyunción*. Eso porque, por el trabajo, el ser social se produce a sí mismo como género humano; por el proceso de autoactividad y autocontrol, el ser social salta de su origen natural basado en los instintos hacia una producción y reproducción de sí como *género humano*, dotado de autocontrol conciente, camino imprescindible para la realización de la libertad (ibíd.: 187).

En la síntesis de Lukács, "La circunstancia de que la libertad obtenida en el trabajo originario tuviera que ser primitiva y limitada, no modifica en nada el hecho de que la libertad más espiritual y elevada tiene que ser conquistada con los mismos métodos que se emplearon en la libertad del trabajo más primitivo", o sea, por el dominio de la acción individual propia del género humano sobre su esfera natural. Es exactamente en este sentido que el trabajo puede ser considerado como *modelo de toda la libertad* (ibíd.: 187). Y las demás esferas presentes en la praxis social, de sentido interactivo, se muestran como una prolongación complejizada (y no como pura derivación) de la actividad laboral.

El trabajo, en consecuencia, se configura como la forma originaria de la praxis social, como momento fundante, *categoría originaria*, donde los nexos entre causalidad y teleología se desarrollan de modo sustancialmente nuevo; el trabajo, como categoría de mediación, permite el salto ontológico entre los seres anteriores y el ser que se torna social. Es, como el lenguaje y la sociabilidad, una categoría que se opera en el interior del ser: al mismo tiempo en que transforma la relación metabólica entre hombre y naturaleza y, en un nivel superior, entre los propios seres sociales, se autotransforma el propio hombre y *su naturaleza humana*. Y como en el interior del trabajo están por primera vez presentes todas las determinaciones constitutivas de la esencia del ser social, el trabajo se muestra como su categoría *originaria*.

Por eso Lukács habla de *posiciones teleológicas primarias*, que remiten directamente al trabajo y a la interacción con la naturaleza, y de *posiciones teleológicas secundarias* (como el arte, la literatura, la filosofía, la religión, la praxis política, etc.) *más complejizadas y desarrolladas que las anteriores* porque suponen la *interacción entre seres sociales, como praxis interactiva e intersubjetiva*, pero que se constituyen como *complejos* que ocurren a *partir del trabajo en su forma primera*. Son *secundarias*, por lo tanto, no en cuanto a su importancia, ya que la esfera de la intersubjetividad es decisiva y dotada de mayor complejidad en las formaciones sociales contemporáneas, *son secundarias* solamente en su sentido *ontológico-genético*. Pero entre ellas no es posible establecer una disyunción binaria y dualista; al contrario, como procuramos explorar, para Lukács, entre el *trabajo* (categoría fundante) y las *formas superiores de interacción, la praxis interactiva*, existen nexos indisolubles, por mayores que sean las distancias, las prolongaciones y las complejizaciones existentes entre estas esferas del ser social.

Esta no es, sin embargo, una lectura consensual ni tampoco prevalece hoy. Las tesis que propugnan la pérdida de la centralidad del trabajo se desarrollaron mucho en las últimas décadas. Y entre éstas se encuentra la

crítica sociofilosófica de Habermas, su elaboración más sofisticada, de la que hablaré a continuación.

2. La crítica de Habermas al "paradigma del trabajo"

Habermas propugna, en su análisis sobre la sociedad contemporánea, que la centralidad del trabajo fue sustituida por la centralidad de la *esfera comunicacional o de la intersubjetividad*.³ Puesto que constituye una formulación teórico-analítica estructurada, voy a procurar retener *algunos de sus principales elementos críticos*. No pretendo, por lo tanto, *reconstruir en el espacio de este texto la concepción habermasiana de la teoría de la acción comunicativa*. Tal emprendimiento escaparía totalmente al objetivo de este trabajo y, por sí solo, requeriría una investigación teórica de gran envergadura que va más allá de mis posibilidades. Aquí pretendo, al igual que con la ontología de Lukács, *solamente explorar algunos elementos centrales de la crítica de Habermas al "paradigma del trabajo"*.⁴ Para tratar de entender el universo más general de su crítica, intentaré ofrecer algunos elementos previos e introductorios.

El paradigma de la acción comunicativa y de la esfera de la intersubjetividad

Tal vez pudiese comenzar diciendo que el *constructo* habermasiano relativiza y minimiza el papel del trabajo en la sociabilización del ser social, en la medida en que en la contemporaneidad es sustituido por la

3. Ya referí anteriormente la conocida formulación del autor acerca de la prevalencia de la ciencia como fuerza productiva, subordinando y reduciendo el papel del trabajo en el proceso de creación de valores. En la continuidad y avance de su crítica, Habermas agregó que el desarrollo de una teoría de la acción comunicativa volvía necesario que se hiciese una adecuada tematización de la racionalización societal, emprendimiento que fue, según el autor, relegado en gran medida después de Weber (Habermas, 1991 [I]: 7). Entendiendo la racionalidad como en una relación bastante próxima con el saber, agrega, sin embargo, que "la racionalidad tiene menos vínculos con la posesión de saber de la que tiene con el modo como los sujetos dotados de lenguaje y acción adquieren y usan el conocimiento" (ibid.: 8).

4. En este estudio utilizo la edición inglesa *The Theory of Communicative Action* (1991 y 1992), en dos volúmenes, con traducción de Thomas McCarthy. Un panorama introductorio sobre la obra habermasiana se puede encontrar en Outhwaite, 1994.

esfera de la *intersubjetividad*, que se convierte en el momento privilegiado del comportamiento societal. En sus propias palabras:

El dominio de la subjetividad es complementario al mundo exterior, el que se define por el hecho de estar dividido de los otros. El mundo objetivo es presupuesto en común como la totalidad de los hechos [...] Y el mundo social es presupuesto también como la totalidad de las relaciones interpersonales que son reconocidas por los miembros como legítimas. Por el contrario, el mundo subjetivo incorpora la totalidad de las experiencias a las que, en cada caso, solamente un individuo tiene acceso privilegiado (Habermas, 1991 [I]: 52).

El núcleo categorial en el que se desarrolla la subjetividad está dado por la conceptualización del *mundo de la vida*, que es:

el lugar trascendental donde el que habla y el que oye se encuentran, donde pueden recíprocamente exponer la pretensión de que sus declaraciones se adecuen al mundo (objetivo, social o subjetivo) y donde pueden criticar y confirmar la validez de sus intentos, solucionar sus desacuerdos y llegar a un acuerdo. En una palabra, los participantes no pueden *in actu* asumir en relación al lenguaje y la cultura la misma distancia que asumen en relación a la totalidad de los hechos, normas o experiencias concernientes sobre los que es posible un mutuo entendimiento (Habermas, 1991 (II): 126).

El concepto del *mundo de la vida*, aunque distanciado de la filosofía de la conciencia, tiene proximidad analítica con la versión propuesta por la fenomenología (ibid.: 135). Se constituye como un concepto complementario a la acción comunicativa. Esta se fundamenta en un proceso cooperativo de interpretación, en el cual los participantes se relacionan simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo, incluso cuando *temáticamente enfatizan solamente uno de los tres componentes* (ibid.: 119-120). Este proceso cooperativo de interpretación que da fundamento a la intersubjetividad, se asienta en la regla de que un oyente reconoce y confiere validez a aquellos que formulan sus emisiones. "El consenso no ocurre cuando, por ejemplo, el oyente acepta la verdad de una aseveración pero al mismo tiempo duda de la sinceridad de aquel que habla o de la propiedad normativa de emisión" (ibid.: 121). El reconocimiento del principio de la alteridad, de la validez y del entendimiento entre los seres sociales, por medio de la interacción subjetiva, de la intersubjetividad que ocurre en el mundo de la vida, asume el carácter de centralidad en la acción huma-

na. En las palabras de Habermas: "*La situación de la acción es el centro del mundo de la vida*" (ibíd.: 119-120).

En el concepto de mundo de la vida, formulado en términos de la teoría de la acción comunicativa, "en la práctica comunicativa cotidiana las personas no sólo se encuentran con otras dotadas de una actitud de partícipes; también hacen presentaciones narrativas sobre los hechos que tienen lugar en el contexto de su mundo de la vida" (ibíd.: 136). El mundo de la vida, por medio de la situación de la acción, aparece como un reservorio de convicciones no avaladas ni cuestionadas, que los partícipes del proceso comunicacional utilizan en sus procesos interpretativos de cooperación. Estos elementos simples son, sin embargo, movilizables bajo la forma de un conocimiento o de un saber consensual solamente cuando se tornan relevantes para la situación (ibíd.: 124).

El mundo de la vida tiene, por lo tanto, como elementos constitutivos básicos, al lenguaje y a la cultura.

Las estructuras simbólicas del mundo de la vida son reproducidas a través de la continuación del saber válido, por la estabilización de la solidaridad de los grupos y por la socialización de los actores responsables. Este proceso de reproducción envuelve las nuevas situaciones con las condiciones existentes del mundo de la vida: eso tanto en la dimensión semántica de los significados o contenidos (de la tradición cultural) como en la dimensión del espacio social (los grupos socialmente integrados) y su tiempo histórico (de generaciones sucesivas). A esos procesos de reproducción cultural, integración social y socialización corresponden los componentes estructurales del mundo de la vida: cultura, sociedad, persona (ibíd.: 125).

Habermas añade:

Uso el término 'cultura' para la reserva de saber de la cual cada participante de la comunicación obtiene las interpretaciones de cómo llegar al entendimiento sobre algo del mundo. Uso 'sociedad' para las órdenes legitimadas por medio de las cuales los participantes regulan sus vinculaciones con los grupos sociales, garantizando la solidaridad. Por 'personalidad' entiendo los componentes que vuelven al sujeto capaz de hablar y actuar, que lo colocan en posición de tomar parte en procesos de entendimiento para afirmar su propia identidad. Las dimensiones en las que se extiende la acción comunicativa comprenden el campo semántico de los contenidos simbólicos, el espacio social y el tiempo histórico. Las interacciones tejidas en la elaboración práctica comunicativa cotidiana constituyen el medio gracias al cual se reproducen la cultura, la sociedad y las personas (ibíd.: 137-138).

La acción comunicativa no se constituye "solamente de procesos de interpretación donde el saber cultural es 'comprobado contra el mundo'; son, al mismo tiempo, procesos de integración social y de socialización" (ibíd.: 139).

El desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida

El problema fundamental de la teoría social, según Habermas, es el de cómo articular de modo satisfactorio las dos estrategias conceptuales indicadas por la noción de "sistema" y "mundo de la vida", así como, entender el desacoplamiento (*uncoupling*) o separación que ocurre entre ellas (ibíd.: 151 y 153).

Entiendo la evolución social como un proceso de diferenciación de segundo orden: sistema y mundo de la vida son diferenciados en el sentido de que aumentarán la complejidad de uno y la racionalidad del otro. Pero no es solamente que sistema y mundo de la vida se diferencian: ellos se diferencian uno del otro de modo simultáneo.

En el universo del análisis sistémico desarrollado por Habermas (ibíd.: 153-154), el desacoplamiento o separación entre el sistema y mundo de la vida se consolida con la complejización mayor de la sociedad moderna y con el advenimiento de nuevos niveles de diferenciación sistémica que da origen a la aparición de subsistemas.

Mientras el sistema engloba las esferas económicas y políticas volcadas a la reproducción societal, esferas que tienen como medios de control el dinero y el poder, *el mundo de la vida* es el *locus* del espacio intersubjetivo, de la organización de los seres en función de su identidad y de los valores que nacen de la esfera de la comunicación. La cultura, la sociedad y la subjetividad, como dijimos arriba, encuentran su universo en el mundo de la vida. El desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida solo podrá ser comprendido en la medida en que se pueda aprehender las transformaciones que vienen ocurriendo en las relaciones entre ambas (ibíd.: 155).

El poder y el dinero, como medios de control que se desarrollan en el interior del sistema, acaban por superponerse al sistema interactivo, a la esfera comunicacional. Se opera una instrumentalización del mundo de la vida, su tecnificación. Con el aumento y la complejización de los subsistemas, el fetichismo, descrito por Marx, acaba por invadir e

instrumentalizar el mundo de la vida. Se da, entonces, lo que Habermas caracteriza como el proceso de *colonización del mundo de la vida* (ibíd.: 318). Esos fenómenos ya se constituyen como efecto del desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida. La racionalización del mundo de la vida vuelve posible realizar la integración social, por medios *diferenciados* de aquellos presentes en el mundo de la vida, como el lenguaje.

Para Habermas, el capitalismo y su aparato estatal moderno se configuran como *subsistemas* que, por los medios poder y dinero, se diferencian del poder institucional, esto es, del componente social del mundo de la vida. En la sociedad burguesa, siempre según el autor, las áreas de acción *socialmente* integradas asumen frente a las áreas de acción *sistémicamente* integradas —dadas por la economía y por el Estado—, las formas de esfera privada y pública, que mantienen una relación de complementariedad (ibíd.: 318-319).

Desde la perspectiva del *mundo de la vida* varias relaciones sociales se cristalizan en torno de esta relación de intercambio: las relaciones entre el empleado y el consumidor, por un lado, y la relación entre el cliente y el ciudadano de Estado, por otro (ibíd.: 318).

Se efectúa un proceso de monetarización y burocratización del poder del trabajo. “El modo de producción capitalista y la dominación burocrático-legal pueden cumplir mejor las tareas de la reproducción material del mundo de la vida” (ibíd.: 321). Los medios de poder y dinero pueden regular las relaciones de intercambio entre sistema y mundo de la vida solamente en la medida en que el mundo de la vida se ajuste, en un proceso de abstracción real, a los *inputs* que se originan del subsistema correspondiente (ibíd.: 323).

La instrumentalización del mundo de la vida, por constreñimientos oriundos del universo sistémico, lleva a una reducción y al ajuste de la práctica comunicativa a las orientaciones de la acción cognitivo-instrumental.

En la práctica comunicativa de la vida cotidiana, las interpretaciones cognitivas, las expectativas morales, las expresiones y los valores tienen que formar un todo racional, interpenetrarse e interconectarse por medio de la transferencia de validez que es posibilitada por la actitud realizada. Esta infraestructura comunicativa está amenazada por dos tendencias que se ligan y se refuerzan mutuamente: *una reificación inducida sistemáticamente* y un *empobrecimiento cultural* [...]. En las deformaciones de la práctica cotidiana, síntomas de rigideces se combinan con síntomas de desolación (ibíd.: 327).

Por un lado se tiene la racionalización unilateralizada de la comunicación cotidiana, que produce en el horizonte del mundo de la vida una ausencia de contenido normativo, así como también se ve el fin de las tradiciones vivas. *Reificación y desolación pasan a amenazar cada vez más el mundo de la vida*. El empobrecimiento cultural en la práctica comunicativa cotidiana resulta, por lo tanto,

de la penetración de la formas de racionalidad económica y administrativa en el interior de las áreas de acción, que se resisten a ser convertidas por los medios de poder y dinero, ya que están especializadas en transmisiones culturales, integración social y educación infantil, y permanecen dependientes del entendimiento mutuo como mecanismo para la coordinación de sus acciones (ibíd.: 330).

Se efectúa lo que Habermas llama la *colonización del mundo de la vida*, que ocurre cuando, despojados de su velo ideológico, los imperativos de los subsistemas autonomizados invaden el mundo de la vida desde afuera —*como señores coloniales en una sociedad tribal*— y fuerzan un proceso de asimilación (ibíd.: 355). Fue lo que ocurrió con la expansión de los subsistemas regulados por medios como dinero y poder, monetarización y burocracia, que acaban por invadir, con la monetarización y la burocratización, el mundo de la vida y de este modo lo colonizan. Y aquí, además de las incorporaciones que Habermas hace de Marx y Weber,⁵ aflora el eje central de su crítica a la teoría marxiana

5. Toda una gama de autores es citada o asimilada por Habermas más o menos críticamente, como Parsons, Mead, Lukács, Luhmann, entre tantos otros. Impresiona, sin embargo, la constatación de que, mientras Weber es ampliamente citado, *en el original o en la fuente*, a lo largo de toda la obra, y particularmente en el ítem referido a su teoría de la modernidad, el mismo procedimiento no se verifica con respecto a la obra marxiana. Particularmente en el ítem denominado “Marx y la Teoría de la Colonización Interna”, donde Habermas emprende su crítica a la teoría del valor en Marx, *éste no es nunca citado en el original o en la fuente*. La referencia a su obra se hace siempre a la luz de interpretaciones, como las de Claus Offe, Lohmann, Lange, Brunkhorst, etcétera. Si es comprensible el porqué de las abundantes referencias a Weber a lo largo de la obra (dado el peso y el respaldo encontrado en la teoría weberiana para dar soporte a la formulación de Habermas), causa bastante extrañeza el procedimiento respecto de Marx, no por las escasas referencias a su obra a lo largo del libro (lo que naturalmente también es comprensible, dada la imposibilidad de respaldarse en Marx para estructurar su teoría de la acción comunicativa), sino por la casi inexistencia de referencia, en el original o en la fuente, a la obra marxiana, particularmente en el ítem dedicado a este autor, en visible contraste con el tratamiento dado a la obra de Weber.

del valor, presente en su *teoría de la acción comunicativa*, que vamos a indicar a continuación.

La colonización del mundo de la vida y la crítica de Habermas a la teoría del valor

Para Habermas, la *colonización del mundo de la vida* no debe permitir la unificación, efectuada por Marx, entre *sistema* y *mundo de la vida* en una “totalidad ética cuyos momentos, abstractamente divididos, están condenados a fenecer” (ibid.: 399). Marx “se mueve en dos planos analíticos dados por el ‘sistema’ y por el ‘mundo de la vida’, pero su separación no está realmente presupuesta en sus conceptos económicos básicos, los que permanecen ligados a la lógica de Hegel”.

Para el autor, Marx (ibid.: 339)

comprende la totalidad abarcando ambos momentos [en una lógica en la cual] el proceso de acumulación, desvinculado de una orientación con base en valores de uso, asume literalmente la forma de ilusión –el sistema capitalista no es nada más que la forma fantasmagórica de sus relaciones de clase, que se tornaron anónimamente corrompidas y fetichizadas. La autonomía sistémica del proceso de producción tiene el carácter de un encantamiento. Marx está a priori convencido de que el capital no tiene ante sí mismo nada más que la forma mistificada de la relación de clase [...] Concibe tan fuertemente la sociedad capitalista como una totalidad que deja de lado el *intrínseco* valor evolutivo que poseen los subsistemas regidos por medios. No ve que la diferenciación entre aparato de Estado y economía también representa un nivel más alto de diferenciación sistémica que abre nuevas posibilidades de dirección y fuerza a la reorganización de relaciones de clase viejas, feudales.

Para Habermas, ese equívoco marxiano afecta y mancha su teoría de la revolución, en la medida en que concibe un “Estado futuro” donde la “objetividad del capital será disuelta y el mundo de la vida, que había sido capturado por los dictámenes de la ley del valor, retornará a su espontaneidad” (ibid.: 340). Tal alternativa, realizada por el proletariado industrial “bajo el liderazgo de una vanguardia teóricamente esclarecida”, deberá apoderarse del poder político y revolucionar la sociedad. “Sistema y mundo de la vida aparecen en Marx bajo la metáfora del ‘reino de la necesidad’ y ‘reino de la libertad’. La revolución socialista libertará el último de los dictámenes del primero” (ibid.: 340). La eliminación del trabajo abstracto, subsumido bajo la forma de mercancía, y su conversión

en trabajo vivo crearía una intersubjetividad de productores asociados, “movilizada por la vanguardia”, capaz de llevar *al triunfo el mundo de la vida sobre el sistema del poder del trabajo deshumanizado* (ibid.: 340).⁶

Luego de conferir validez al pronóstico de Weber contra las “expectativas revolucionarias” de Marx, agrega Habermas que el “error” marxiano surge de la

traba dialéctica entre sistema y mundo de la vida, que no permite una separación suficientemente nítida entre el *nivel de diferenciación del sistema* que aparece en el periodo moderno, y las *formas específicas de clase en que esos niveles se institucionalizan*. Marx no resistió las tentaciones del pensamiento totalizador hegeliano; construye una unidad entre sistema y mundo de la vida dialécticamente como un “todo falso” (ibid.: 340).

De aquí surge, siempre según el autor, la segunda debilidad de Marx en lo que se refiere a su teoría del valor. “Marx no tiene un criterio que le permita distinguir la destrucción de las formas tradicionales de la vida frente a la reificación de los mundos de vida pos-tradicionales.” Y agrega: “En Marx y en la tradición marxista el concepto de ‘alienación’ ha sido aplicado sobre todos los modos de existencia de los trabajadores asalariados” (idem: 340). Siempre según Habermas, en los *Manuscritos de París*, Marx ofrece elementos para una crítica del trabajo alienado, aunque en una versión “muy fuertemente marcada por la orientación fenomenológica y antropológica”; pero es con el desarrollo posterior de la teoría del valor y la consecuente predominancia del trabajo abstracto que el

concepto de alienación pierde su determinación. [...] Marx habla en abstracto sobre la vida y sus posibilidades vitales; no tiene un concepto de racionalización al cual quede sujeto el mundo de la vida, a partir de la expansión y diferenciación de sus estructuras simbólicas. Entonces, en el contexto histórico de sus investigaciones, el concepto de alienación permanece peculiarmente ambiguo,

6. Previamente, al criticar a Lukács, Habermas hace ese misma crítica a la “teoría de la vanguardia iluminada” (Habermas, 1991 [I]:364). Aun no queriendo problematizar, en este momento de reconstrucción de la formulación habermasiana –procuraré hacer su crítica a continuación –, es necesario decir que es amplia la literatura que demuestra que la formulación lukacsiana presente en *Historia y Conciencia de Clase* es fuertemente tributaria de la concepción leninista del partido. Es vasta también la literatura que *problematiza la identificación* pura y simple entre las formulaciones de Lenin (y el Lukács de HCC) y la formulación de Marx, identificación que Habermas hace sin ninguna mediación y de modo caricaturesco.

ya que no permite distinguir entre

el aspecto de la *reificación* y el de la *diferenciación estructural del mundo de la vida*. Para eso, el concepto de alienación no es suficientemente selectivo. La teoría del valor no suministra una base para el concepto de reificación, que le posibilite identificar síndromes de alienación relativa al grado de racionalización alcanzado en el mundo de la vida. [...] En un mundo de la vida ampliamente racionalizado, la reificación puede ser medida solamente en contraste con las condiciones de la socialización comunicativa, y no en relación con una nostálgica intención, que frecuentemente romantiza el pasado premoderno de las formas de la vida (ibid.: 341-2).

La tercera crítica de Habermas a lo que considera las *fragilidades* de la teoría del valor de Marx es respecto a la "sobregeneralización de un caso específico de subsunción del mundo de la vida bajo el sistema" (ibid.: 342). La reificación no debe confinarse a la esfera del trabajo social, *pudiendo manifestarse tanto en el ámbito público como en el privado, como productor y consumidor*. Por contraste, la teoría del valor válida solamente un canal por medio del cual se efectúa la monetarización de la esfera del trabajo. En sus palabras:

Marx estaba impedido de concebir la transformación del trabajo concreto en trabajo abstracto como un caso especial de reificación sistemáticamente inducida de las relaciones sociales en general, porque parte de un modelo de actor que, junto con sus productos, es despojado de la posibilidad de desarrollar sus potencialidades esenciales (ibid.: 342).

Estas críticas le permiten afirmar que Marx no ofrece un análisis satisfactorio del capitalismo tardío.

Para la ortodoxia marxista es difícil explicar la intervención gubernamental, la democracia de masas y el Estado benefactor. El *approach* economicista se desmorona frente a la pacificación del conflicto de clases y a los sucesos prolongados del reformismo en los países europeos desde la Segunda Guerra Mundial, bajo la bandera del programa social-demócrata, en sentido amplio (ibid.: 343).

Y será sobre esos puntos que Habermas debatirá en las última páginas de su teoría de la acción comunicativa.

Tal vez sea necesario indicar al menos dos aspectos de la crítica habermasiana, teniendo en cuenta que se mezclan directamente con la temática de nuestra investigación: la cuestión de la *pacificación del conflicto de clases* y las conexiones que el autor ofrece entre la *teoría del valor* y la *tesis de la conciencia de clase*.

En relación con el primer aspecto el autor sostiene que la institucionalización legal de la negociación colectiva se volvió la base de la reforma política que llevó a una pacificación del conflicto de clases en el *social-welfare state*. El núcleo de ese problema es la legislación de los derechos en la esfera del trabajo y del bienestar, que provee los trazos básicos de la existencia de los trabajadores asalariados y los compensa por las desventajas que nacen de la debilidad estructural de su posición de mercado (empleados, inquilinos, consumidores, etcétera) (ibid.: 347).

En el capítulo en el que diseña su crítica a la teoría de la reificación de Lukács expuesta en *Historia y conciencia de clase*, Habermas se refiere al poder de integración del capitalismo tardío:

El desarrollo en los Estados Unidos demuestra por otra vía el poder de integración del capitalismo: sin una represión abierta, la cultura de masa limita la conciencia de amplias masas a los imperativos del statu quo. La perversión del contenido humano de la Rusia soviética y del socialismo revolucionario, el colapso del movimiento obrero social-revolucionario en todas las sociedades industriales y la realización de la integración social por la racionalización que penetró en la reproducción cultural

se constituyeron en los elementos que conforman la integración del movimiento obrero (Habermas, 1991 [I]: 367). En la vigencia de una democracia de masa, en el intervencionismo estatal y en la existencia del Estado de bienestar, que se desarrollaron fuertemente en la pos-guerra, se encuentran los elementos constitutivos del capitalismo tardío, que para Habermas son garantizadores de la pacificación de los conflictos sociales.

Eso lo lleva a concluir (Habermas, 1992 [II]: 352) que, en este universo pacificador del mundo del trabajo, la teoría de la reificación de Marx y Lukács

es suplementada y apoyada por la teoría de la conciencia de clase [...]. En vista de la pacificación de los antagonismos de clase por medio del Estado de bienestar, sin embargo, y del crecimiento del anonimato de las estructuras de clase, la teoría de la conciencia de clase pierde su referencia empírica. Ella ya no puede ser aplicada a una sociedad donde nos encontramos crecientemente incapacitados para identificar mundos de la vida estrictamente específicos de clase.⁷

Esto ocurre porque, en el capitalismo tardío, la estructura de clases "pierde su forma históricamente palpable. La desigual distribución de

7. Véase también Habermas, 1991 [I]:364.

las compensaciones sociales refleja una estructura de privilegios que ya no puede derivarse de la posición de clase de forma no calificada" (ibíd.: 348).

Concluyo este esbozo de la crítica habermasiana diciendo que su teoría de acción comunicativa "no se constituye como una metateoría, sino en el marco inicial de una teoría de la sociedad", teniendo en los "paradigmas del mundo de la vida y del sistema" sus núcleos categoriales básicos (Habermas, 1991 (I): XLI-XLII). El primero, el *mundo de la vida*, es reservado a la esfera de la *razón comunicativa*, espacio por excelencia de la intersubjetividad, de la interacción. El segundo, el *sistema*, es movido predominantemente por la *razón instrumental*, donde se estructuran las esferas del *trabajo*, de la *economía* y del *poder*. La disyunción operada en esos niveles, que se efectuó como la complejización de las formas sociales, llevó al autor a concluir que "la utopía de la idea basada en el trabajo perdió su poder persuasivo [...] Perdió su punto de referencia en la realidad". Eso es así porque las condiciones capaces de posibilitar una vida emancipada "ya no emergen directamente de revolucionar las condiciones de trabajo, esto es, de la transformación del trabajo alienado en una actividad autodirigida" (Habermas, 1989: 43-44). O sea, para Habermas, la centralidad se transfirió de la esfera del trabajo hacia la esfera de la acción comunicativa, donde se encuentra el nuevo núcleo de la utopía (ibíd.: 54 y 68).⁸

3. Un esbozo crítico de la crítica de Habermas

Voy a tratar de finalizar esta discusión en torno de la centralidad del trabajo, de carácter más abstracto, intentando solamente problematizar algunos elementos de la polémica introducida por Habermas. Tanto por el interés que suscita en mi investigación, como por su intrínseca comple-

8. Esa concepción aparece más recientemente también en Méda, bajo la forma del "desencanto del trabajo", en el lenguaje weberiano del "desencanto del mundo". La propuesta de Méda, de relativización y minimización de la esfera del trabajo en la sociedad contemporánea, de reducción de la razón instrumental, se compensa por la ampliación de la esfera pública, en el ejercicio de "una nueva ciudadanía", "en el aumento del tiempo social dedicado a la actividad que es, de hecho, política", en la medida en que ésta se muestra capaz de estructurar un tejido social basado en la autonomía y en la cooperación (Méda, 1997: 220-227). Una indicación crítica de las relaciones entre Habermas y Weber se encuentra en Löwy, 1998. Sobre dimensiones críticas de la obra de Habermas, ver también el dossier *Habermas, Une politique délibérative* (1998).

jididad y por los límites de este texto, aquí exploraré centralmente la *separación* realizada por el emprendimiento habermasiano entre *trabajo* e *interacción* o, en los términos de la teoría de la acción comunicativa, entre *sistema* y *mundo de la vida*. En lo que respecta a la temática de mi investigación, este tema se constituyó, como hemos visto, en el punto central. Naturalmente, esta exploración es indicativa e inicial, y merece una profundización en reflexiones ulteriores.⁹

A partir del diseño preliminar que procuré hacer entre Lukács y Habermas, entiendo que la *praxis interactiva*, como momento de expresión de la subjetividad, encuentra su base ontológica fundante en la esfera del *trabajo*, donde el *acto teleológico* se manifiesta por primera vez en su plenitud. Aunque la esfera del lenguaje o de la comunicación sea un elemento constitutivo central del ser social, en su génesis y en su salto ontológico en relación con las formas anteriores, no puedo acordar con Habermas cuando le confiere a la esfera intercomunicacional el papel de elemento *fundante* y estructurante del proceso de sociabilización del hombre.

Como intenté señalar, por la recuperación de la construcción lukacsiana, entiendo que el trabajo se presenta como la *llave analítica* para la aprehensión de las posiciones teleológicas más complejizadas que se pautan, ya no por la relación directa entre hombre y naturaleza sino por la que se establece entre los propios seres sociales. El trabajo se constituye en una categoría central y fundante, *forma originaria del ser social*, porque posibilita la síntesis entre teleología y causalidad, que da origen al ser social. El trabajo, la sociabilidad, el lenguaje, se constituyen en *complejos* que permiten la génesis del ser social. Como vimos anteriormente, sin embargo, el trabajo posibilita por primera vez en el ser social el advenimiento del acto teleológico interactuando con la esfera de la causalidad. *En el trabajo el ser se expone como subjetividad (por el acto teleológico, por la búsqueda de finalidades) que crea y responde al mundo causal.*

9. Por eso no voy a discutir aquí muchos puntos que podrían ser explorados, como la cuestión de la distinción habermasiana entre esfera pública y privada, de la relación Estado y sociedad, entre tantas otras, en las que la diferencia con la formulación marxiana (y marxista) es mayor. Tampoco voy a reproducir la crítica que esboqué anteriormente sobre la relativa minimización operada por Habermas (y también por diversos críticos de la centralidad del trabajo) acerca de las dimensiones *abstracta* y *concreta* del trabajo, central en la formulación marxiana. Véase Antunes, 1995: 75-86 y también mi texto "La metamorfosis y la centralidad del trabajo hoy", que aparece como apéndice en este libro, donde hago algunas indicaciones críticas.

Pero si el trabajo tiene el sentido de momento predominante, el lenguaje y la sociabilidad, *complejos fundamentales del ser social*, están íntimamente relacionados a él, y como momentos de la praxis social esos complejos no pueden ser separados y colocados en disyunción. Cuando Habermas trasciende y transfiere la subjetividad y el momento de la intersubjetividad hacia el mundo de la vida, como universo diferenciado y separado del sistema, la ligazón ontológicamente indisoluble se rompe en su construcción analítica.

Al operar con la disyunción analítica esencial entre *trabajo e interacción*, entra *praxis laboral y acción intersubjetiva*, entre *actividad vital y acción comunicativa*, entre *sistema y mundo de la vida*, se pierde el momento en que se realiza la articulación interrelacional entre teleología y causalidad, entre mundo de la objetividad y de la subjetividad, cuestión nodal para la comprensión del ser social.

Como consecuencia, lo que aparece como la más osada reformulación de Habermas en relación con Marx se muestra como su mayor límite. Habermas le atribuye a Marx la reducción de *la esfera comunicacional a la acción instrumental*.¹⁰ Como contraposición, realiza una *sobrevalorización y disyunción* entre estas dimensiones decisivas de la vida social, y la *pérdida de este lazo indisoluble le permite a Habermas valorizar y autonomizar la esfera comunicacional*. En este sentido, hablar de *colonización del mundo de la vida* por el *sistema* parece ser, entonces, una versión muy tenue en el mundo contemporáneo, frente a la totalización operada por la vigencia del *trabajo abstracto* y por la fetichización de la mercancía y sus repercusiones reificadas en el interior de la esfera comunicacional. Y el capitalismo es por cierto mucho más que un subsistema.

En el nivel más abstracto, la *sobrevalorización habermasiana se efectúa por la pérdida de la relación de distancia y prolongamiento existente entre el trabajo y la praxis interactiva, que asume la forma re-*

10. De acuerdo con los términos indicados por Outthwaite (1994: 15-16), que sin embargo, como dije anteriormente, incorpora lo esencial de la formulación de Habermas, a quien considera generosamente "el más importante teórico social de la segunda mitad del siglo XX" capaz de operar una síntesis sobre la modernidad que lo convirtió en una especie de "Max Weber marxista" (ibíd.: 4-5). Con una lectura bastante diferenciada de la anterior, Mészáros (1989; especialmente 130-140) hace una crítica aguda a Habermas. Entre nosotros, se puede encontrar elementos de la polémica Habermas/Lukács, incluso en dimensiones y aspectos diferenciados de aquellos que aquí desarrollamos, en Coutinho (1996: especialmente 21 y siguientes); Maar (1996: especialmente 48 y siguientes) y Lessa (1997: 173-215).

lacional entre esferas que se disociaron, a partir de la complejización de la vida social. Mientras que para Habermas se opera un desacoplamiento que lleva a la separación, para Lukács tiene lugar un distanciamiento, complejización y ampliación que, sin embargo, no rompe la ligazón y los vínculos indisolubles entre esas esferas de la sociabilidad, vínculos que ocurren tanto en la génesis como en el propio proceso emancipatorio. Habermas, al contrario, en la disyunción que opera a partir de la complejización de las formas societales, conferirá a la esfera del lenguaje y la comunicación el espacio y el sentido privilegiado de la emancipación.

Ambos, sin embargo, confieren un papel central a la esfera de la subjetividad, tanto en la génesis como en el resultar ser. Pero el tratamiento que ofrecen de esa categoría es completamente distinto. Para Habermas, el dominio de la subjetividad es complementario al mundo exterior, en tanto para Lukács esa separación está desprovista de significado.

Por lo que ya esboqué más arriba, no puedo acordar con la separación analítica operada por Habermas —y que se constituyó en el eje de su crítica a Marx y a Lukács— entre sistema y mundo de la vida o, si se prefiere, esfera del trabajo y esfera de la interacción. El sistema *no coloniza el mundo de la vida* como algo exterior a ella. "Mundo de la vida" y "sistema" no son subsistemas que puedan ser separados entre sí; son partes integrantes y constitutivas de la totalidad social que Habermas secciona de forma sistémica, binaria y dualística.

Es exactamente por operar esta disyunción que la crítica de Habermas a la teoría del valor comienza por el rechazo de la noción de *totalidad* en Marx. Si *trabajo e interacción* son momentos distintos de un todo articulado, si entre *las posiciones teleológicas primarias* y *las posiciones teleológicas secundarias*, en el sentido dado por Lukács, existe ampliación, complejización y *distanciamiento*, pero no separación, la crítica realizada por Habermas, tanto a Marx como a Lukács, puede mostrarse como desprovista de mayor fundamentación. Puede ser *una compleja construcción* gnoseológica desprovista, sin embargo, de densidad ontológica.

La crítica de Habermas sobre que el fetichismo y la reificación en Marx quedan restringidos a la esfera del trabajo y deberían extenderse al ciudadano-consumidor también me parece carente de sustento, a menos que razonemos a partir de la disyunción habermasiana. Pero si esta disyunción carece de fundamento, la crítica de Habermas se torna también aquí irreal. Si para Marx la totalidad social comprende tanto el *trabajo* como la *praxis social interactiva*, la crítica de la alineación y del

fetichismo no puede separar rígidamente al productor del consumidor, como si estas fuesen esferas totalmente distintas, y, lo que es más evidente aún, no se restringe en ningún caso a la esfera de la producción. Los desdoblamientos analíticos ofrecidos por Lukács en su tematización sobre el extrañamiento (*Entfremdung*), presentes en la *Ontología del ser social*, son, entre tantos otros ejemplos, desarrollos abarcativos y ampliados de la teoría marxiana de la alienación/extrañamiento (véase Lukács, 1981: IV). Lo mismo ocurre en relación con la esfera de la subjetividad, conforme veremos a continuación.

Subjetividad auténtica y subjetividad inauténtica

Nicolás Tertulian, en un ensayo seminal, mostró que en la *Ontología del ser social*, Lukács construyó:

una verdadera fenomenología de la subjetividad, para volver intelegibles las bases socio-históricas del fenómeno de la alienación. Distingue dos niveles de existencia: el género humano en-sí y el género humano para-sí. Lo que caracteriza al primero es la tendencia a reducir al individuo a su propia "particularidad"; el segundo es la aspiración en busca de una *nicht mehr partikuläre Persönlichkeit* (personalidad ya no más particular). El acto teleológico (*teleologische Setzung*), definido como fenómeno originario y *principium movens* de la vida social, es descompuesto, a su vez, en dos momentos distintos: la objetivación (*die Vergegenständlichung*) y la exteriorización (*die Entäusserung*).¹¹

Subrayando la conjunción, así como la posible divergencia, entre estos dos momentos, en el interior del mismo acto, Lukács exalta el espacio de la autonomía de la subjetividad en relación a las exigencias de la producción y reproducción sociales [...]. El campo de la alienación se sitúa en el "espacio interior" del individuo, como una contradicción vivenciada entre la aspiración en búsqueda de la autodeterminación de la personalidad y la multiplicidad de sus cualidades y de sus actividades, que apuntan a la reproducción de un conjunto extraño (Tertulian, 1993: 439-440).

El individuo que acepta la inmediatez de su condición, impuesta por el *statu quo* social, y no tiene aspiraciones volcadas hacia la autodeterminación es para Lukács un individuo en estado de "particularidad", el agente por excelencia del género humano en-sí. *Es el momento en el*

11. Los paréntesis constan en el original de N. Tertulian (1993).

que, según la bellísima reconstrucción de Tertulian, la subjetividad experimenta condiciones de inautenticidad. La búsqueda de una existencia verdaderamente humana implica la voluntad de reencontrar una fuerza activa, consciente, "contra los imperativos de una existencia social heterónoma, la fuerza para llegar a ser una personalidad autónoma" (ibid.: 440).¹²

La vida cotidiana no se muestra entonces como el *espacio por excelencia* de la vida alienada, sino, al contrario, como un campo de disputa entre la alienación y la desalienación. La *Ontología de la vida cotidiana* ofrece varios ejemplos de esta visión.¹³

Como los "fenómenos de la reificación o, en un grado superior de generalidad, la alienación, se encuentran en el centro de la investigación de Lukács, a lo largo de toda su obra" (ibid.: 439), el filósofo húngaro puede desarrollar todas las potencialidades presentes en la tesis de la reificación de Marx, lo que fue, como vimos arriba, tematizado equivocadamente por Habermas como el *confinamiento* de la teoría de la reificación a la esfera del trabajo.

Al buscar las diferencias existentes en la vida social, Tertulian, con gran rigor filosófico y pericia analítica, desarrolla otra idea rica en desdoblamientos: aquella que se refiere a la diferenciación, hecha por Lukács en su obra de madurez, entre las *reificaciones "inocentes"* y las *reificaciones "alienantes"*. Las *reificaciones inocentes* se manifiestan cuando ocurre la condensación de las actividades en un *objeto*, en una *cosa*, propiciando la "cosificación" de las energías humanas, que funcionan como reflejos condicionados y acaban por llevar a las reificaciones "inocentes". La subjetividad es reabsorbida en el funcionamiento del objeto, sin efectuarse una "alineación" propiamente dicha (ibid.: 441).

12. Una exposición exploratoria sobre el concepto de persona, personalidad, del "modo ontológico de la individualidad" en la *Ontología* de Lukács puede ser encontrada en Oldrini (1993). Interactuando dentro de un conjunto de condiciones concretas, la *personalidad*, dice el autor, "es el resultado de una dialéctica social que alcanza las bases reales de la vida del individuo, relacionándolo con un 'campo de maniobra histórico y social concreto'", en la cual la personalidad vivencia tanto las condiciones de *objetivación* como de *exteriorización*. La llave para la comprensión del concepto marxista de persona y de personalidad es concebirla "en toda su problematicidad, como una categoría social". La personalidad "no es ni un epifenómeno del ambiente, un simple resultado del determinismo", ni una "fuerza autárquica que se plasma por encima de la totalidad social" (Oldrini, 1993: 146-149).

13. Véanse mis anotaciones sobre la vida cotidiana en el capítulo siguiente con el título *Elementos para una ontología de la vida cotidiana*.

Las reificaciones “alienadas” ocurren cuando la subjetividad es transformada en un objeto, en un

sujeto-objeto, que funciona para la autoafirmación y la reproducción de una fuerza extrañada. El individuo [...] llega a autoalienar sus posibilidades más propias, vendiendo, por ejemplo, su fuerza de trabajo bajo condiciones que le son impuestas o, en otro plano, se sacrifica al “consumo de prestigio”, impuesto por la ley del mercado” (ibíd.).

Aquí se evidencia el límite de la crítica habermasiana, al afirmar que la teoría de la reificación de Marx y Lukács se confina a la esfera del trabajo social y se muestra por eso incapaz de incorporar también a la esfera del consumo. Como vimos arriba, con las indicaciones de Nicolas Tertulian, la incorporación lukacsiana de la reificación es mucho más compleja y fértil, abarcativa y ampliada, compleja y matizada, de lo que sugiere la crítica habermasiana. Es verdad que Habermas no trata la obra lukacsiana de la madurez. Pero como él critica tanto al Lukács de la *Historia y conciencia de clase* como al conjunto de la obra marxiana, se evidencia la improcedencia de la limitación apuntada por Habermas a la teoría (marxiana y marxista) de la reificación.

La tensión y la disputa entre *inautenticidad* y *autenticidad*, entre alienación y desalienación, *leitmotiv* de los últimos escritos de Lukács, en particular en la *Ontología del ser social* y en sus *Prolegómenos*, es observada en la lucha de la subjetividad por trascender la “particularidad” y alcanzar un “nivel verdadero de humanidad. La autodeterminación de la personalidad, que hace estallar los sedimentos de la reificación y de la alienación, es sinónimo de emancipación del género humano” (ibíd.: 442). Esta alternativa positiva de constitución de la genericidad para-sí no excluye, como posibilidad, “el debilitamiento trágico del sujeto en el curso del combate”.

Tal vez pueda concluir estas indicaciones diciendo que tanto Lukács como Habermas le confieren un papel central a la esfera de la subjetividad, ya sea en la génesis o en el desarrollo y emancipación del ser social. Pero el tratamiento que brindan a la esfera de la subjetividad es completamente distinto. El *constructo* de Habermas acerca de la intersubjetividad, presente en la *Teoría de la acción comunicativa*, tributario de la disyunción anteriormente aludida, aísla el mundo de la vida como una *cosa en sí*, confiriéndole una *separación* inexistente en relación a la esfera *sistémica*.

En Lukács, por el contrario, se desarrolla en la *Ontología del ser social* una articulación fértil entre subjetividad y objetividad, en que la *subjetividad es un momento constitutivo de la praxis social*, en una in-

terrelación imposible de eliminar entre la esfera del sujeto y la actividad del trabajo. Es ontológicamente inconcebible, en esa formulación, *separar* la esfera de la subjetividad del universo laboral que, como vimos anteriormente, con el acto teleológico intrínseco al proceso de trabajo dio nacimiento a la propia subjetividad en el acto social laboral.

Para Habermas, en la disyunción que realiza a partir de la complejización de las formas societales, con la efectivización del *desacoplamiento* entre sistema y mundo de la vida, y la consecuente autonomización de la intersubjetividad, cabrá la esfera del lenguaje y de la razón comunicacional en un sentido emancipatorio. En Lukács, al contrario, los vínculos entre subjetividad y trabajo son indisolubles. Así, tanto en la *génesis* del ser social como en su desarrollo y en el propio *proceso emancipatorio*, el trabajo, como momento fundante de la propia subjetividad humana, por medio de la continua realización de las necesidades humanas, de la búsqueda de la producción y reproducción de su vida social, de la génesis de la propia conciencia del ser social, se muestra como elemento ontológicamente esencial y fundante.

Si para Habermas el fin del “paradigma del trabajo” es una constatación posible en conjunción con sus propios presupuestos analíticos, para Lukács, la complejización social no disolvió el sentido original (y esencial) presente en el proceso de trabajo, entre teleología y causalidad, entre mundo de la objetividad y esfera de la intersubjetividad.

Concluiré indicando un último comentario crítico: en el contexto del capitalismo tardío, la tesis habermasiana de la *pacificación de los conflictos de clases* se encuentra hoy bajo fuertes cuestionamientos. No solo el Estado de bienestar viene desmoronándose en los relativamente escasos países donde tuvo efectiva vigencia; también las mutaciones en el interior del Estado *intervencionista* acentuaron su sentido fuertemente privatizante. En este cuadro lleno de transformaciones viene desintegrándose también, y de manera creciente, la limitada base empírica de sustentación de la crítica habermasiana a la pacificación de las luchas sociales, dada por la hegemonía del proyecto socialdemócrata en el movimiento de los trabajadores. E incluso cuando este proyecto se presenta electoralmente victorioso, está cada vez más distanciado de los valores del reformismo socialdemócrata que se fortaleció en la posguerra.

Intenté demostrar en la primera parte de este libro, que la reestructuración del capital, el neoliberalismo y las mutaciones en el interior del Estado, la pérdida de su *intervencionismo social*, fueron responsables por la consolidación de la crisis de ese ciclo de *contractualismo social* y, a comienzos del siglo XXI, no hay evidencias concretas de un retorno a algo parecido a “los años dorados de la socialdemocracia”. Ni en

los países centrales, *ni mucho menos en los países que se encuentran en posición subalterna en la nueva división internacional del trabajo*. De modo que comenzó a desmoronarse la tesis habermasiana de la “pacificación de las luchas sociales”, que encontraba anclaje (por cierto limitado y restringido a una parte central del mundo europeo y norteamericano) en la posibilidad de una vigencia duradera del Estado de bienestar y del keynesianismo. Con la erosión creciente de ambos (y el consecuente debilitamiento de sus sistemas de seguridad social) a lo largo de las últimas décadas, y en particular en los años noventa, la expresión *fenoménica y contingente de la pacificación de los conflictos de clases* —a la que Habermas quería conferir estatuto de determinación— viene dando muestras crecientes de envejecimiento precoz. Lo que era una supuesta crítica ejemplificadora de la “*incapacidad marxiana para comprender el capitalismo tardío*” (que Habermas tan efusivamente dirigió contra Marx) se muestra en realidad como una fragilidad del *constructo* habermasiano. Realizada analíticamente la *desconstrucción conceptual y teórica del trabajo y de la teoría del valor*, la lógica societal contemporánea legitimaría el *consenso negocial* de la esfera de la *intersubjetividad*, del *modo de vida relacional*. Pero al propugnar tal programática, cuando la elaboración de su *teoría de la acción comunicativa*, en la segunda mitad de los años 70, Habermas no parecía considerar seriamente que la *economía política del capital y de sus mecanismos de funcionalidad* (entre ellos la teoría del valor) pudiesen erosionar las “bases” de la supuesta *pacificación de los conflictos sociales* y de la prevaencia del espacio público en detrimento de la lógica (privada) del capital.¹⁴

Las recientes acciones de resistencia de los trabajadores parecen, en realidad, señalar en dirección opuesta y ejemplifican las formas contem-

14. En un plano más *sociológico* se puede presenciar un intento también limitado de ampliación de la tesis de la crisis del “paradigma del trabajo” para el periodo actual. Es el que procura hacer Muckenberger (1997: 46-49): “Ese paradigma se refiere a una idea de bienestar social fundamentada en una colectividad que comparte un modo de vida en que el trabajo lucrativo es la base. Es a partir de ahí que se originaron las reivindicaciones para la sustancia individual (tanto privada como pública). Lo que está causando un cambio dramático en la actual superficie de la sociedad es la ligazón entre *full-employment* y bienestar social — particularmente bajo las condiciones del aumento estructural y por largos periodos del desempleo. Eso implica un nuevo modo de exclusión del trabajo que se basa en una red de seguro social y amenaza la totalidad de los regímenes de seguro social”. Muy próximo de la formulación de Offe, el autor caracteriza la “centralidad de la vida del trabajo” como comportando “el aprendizaje como fase inicial, la habilidad como fundamento para el trabajo lucrativo, la solidaridad en el lugar de trabajo como fundamento para el sindicalismo y administración de los conflictos, el

poráneas de confrontación asumidas entre el *capital social total* y la *totalidad del trabajo*.

Podría enumerarse muchos ejemplos singulares: la huelga de los trabajadores públicos en Francia en noviembre-diciembre de 1995, responsable del mayor movimiento de trabajadores desde mayo del 68; la huelga de los trabajadores metalúrgicos en Corea del Sur en 1997, con cerca de dos millones de obreros de brazos caídos contra el proceso de flexibilización y precarización del trabajo intentado por el gobierno coreano; en el mismo año, la huelga que unificó a los 185 mil trabajadores *part time* y *full time* contra la United Parcel Services en los Estados Unidos; la huelga de los portuarios de Liverpool, desencadenada en 1995 y que se mantuvo por más de dos años; o también la huelga de los trabajadores de la General Motors en los Estados Unidos en 1998, que poco a poco trabó el sistema productivo en muchas partes de esa empresa en diversos países.

Anteriormente, en Alemania hubo huelgas contra los cortes a los derechos sociales en la salud, y en España hubo la eclosión de varias paralizaciones nacionales contra las medidas de inspiración restrictivas tomadas por el gobierno de Felipe González. En Canadá se sucedieron importantes huelgas en los años noventa, desencadenadas por los trabajadores de la General Motors y por funcionarios públicos. Otros ejemplos fueron las explosiones sociales detonadas por el movimiento social de los desempleados en Francia, a inicios de 1998, exigiendo la redistribución de la riqueza social entre los desempleados, con un fuerte potencial de expansión a los diversos países europeos. Podemos mencionar también la importante lucha por la reducción de la jornada laboral que moviliza a los trabajadores de los principales países de Europa, como Alemania, Francia e Italia, entre otros, o incluso las huelgas obreras de los mineros rusos, que ni siquiera vienen recibiendo los salarios.¹⁵

principio de entendimiento y ética protestante como las principales características para el desempeño en el trabajo”. Con la crisis del “modelo tradicional de reproducción individual y colectiva”, focalizada en el paradigma del empleo, en Alemania “cada vez más se afirma que un nuevo estado de incertidumbre y de riesgo está emergiendo, individual y globalmente. No es por casualidad o contingencia que las teorías sociales alemanas que se detienen en la cuestión de la individualización generalmente son las teorías de ‘la sociedad de riesgo’ o de la ‘nueva incertidumbre’ [...] Dada la existencia de una evidente reducción de las indudables formas tradicionales de integración y de cohesión social basadas en la centralidad de la vida del trabajo, la síntesis social será cada vez más adecuada cuando haya sido debatida, organizada y controlada públicamente”. En una fase en que el capital destructivo *privatiza* y controla crecientemente espacios que antes eran *públicos*, se hace visible la fragilidad de la formulación citada.

15. Es una pena que Robert Kurz, un autor tan inspirador y autor de una de las más

Y no he hablado de la explosión en Los Angeles en 1992, de la rebelión de Chiapas en México o la eclosión del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil, además de las innumerables huelgas (generales y parciales), frecuentemente con carácter de confrontación, que vienen ocurriendo en Argentina, Ecuador, México, Brasil, etcétera, entre tantas otras formas de rebeldía que se vienen presenciando en el mundo contemporáneo. Esos ejemplos no son evidencia de un escenario de integración, *de pacificación de los conflictos sociales*, como quería Habermas, sino que revelan un cuadro de creciente inestabilidad y confrontación social entre capital y trabajo.¹⁶

contundentes críticas al capital y su sentido destructivo, se muestre *limitado* para comprender las nuevas configuraciones de la lucha de clases, que no son los “últimos combates”, sino las formas de confrontación entre la totalidad del trabajo y el capital social total, entre la clase trabajadora en sus más diversos clivajes y las personificaciones del capital. Aunque su crítica al sindicalismo europeo sea en gran medida verdadera y dotada de mucha vitalidad.

(“La protesta sindical [...] no reflexiona seriamente siquiera en esbozo [...] en una alternativa al sistema [...]”). Kurz muestra, por otro lado, una enorme dificultad para aprehender los movimientos de clase que trascienden a la órbita sindical tradicional. Los ve como la expresión superada de la “antigua lucha de clases” que “sólo puede ser el movimiento formal inmanente de la relación del capital, pero no el movimiento para superar la relación capitalista”. Y se ve, por eso, aprisionado en la denuncia del caos destructivo contemporáneo desprovisto de sujetos. Véase Kurz, 1998, especialmente el ensayo que da título al libro. Un tratamiento bastante distinto y mucho más sugestivo está presente en la formulación de Joachim Hirsch: “[...] una revolución social en sentido profundo entrará en acción cuando no solamente el aparato político sino también las estructuras básicas de la sociedad se hayan transformado. Y esas transformaciones forman la base de todo el proceso. Eso se refiere a las formas del trabajo y de la división del trabajo, la relación de la sociedad con la naturaleza, las relaciones intersexos que alcanzan la estructura familiar (la cual como se sabe es el fundamento de la opresión femenina), al ámbito de la vida cotidiana y a los modelos dominantes de consumo, a las normas sociales válidas y a los valores. Eso es un proceso más difícil, muchas veces doloroso y sobre todo, extraordinariamente largo y lento. No puede ser ordenado por decreto ni impuesto por el poder estatal. Para tanto se requiere de una organización social independiente que debe posibilitar a los seres humanos expresar y elaborar sus experiencias, disentir y consentir, formular objetivos comunes e imponerse contra los aparatos dominantes, concretar los objetivos comunes y otorgarles vigencia contra el Estado y el capital” (Hirsch: 1997: 67-68).

16. En la imposibilidad de tematizar, dada la amplitud de esas experiencias me limito solamente a indicarlas. La literatura utilizada está compuesta por Ellen Wood, 1997a; Singer, 1997; Soon, 1997; Levrero, 1997; Fumagalli, 1996; Petras, 1997; McIlroy, 1996, entre otros ya mencionados a lo largo del estudio.

Capítulo IX

Elementos para una ontología de la vida cotidiana

Por lo que expuse anteriormente, puedo decir, de manera sintética, que la importancia de la categoría *trabajo* radica en que ella se constituye —como fuente *originaria, primaria*, de la realización del ser social— forma originaria de la actividad humana, fundamento ontológico básico de la omnilateralidad humana.

En ese plano más abstracto, parece innecesario decir que aquí no me estoy refiriendo al *trabajo asalariado, fetichizado y extrañado (labour)*, sino al trabajo como creador de *valores de uso*, el trabajo en su dimensión *concreta*, en tanto actividad vital (*work*) como “necesidad natural y eterna de efectuar el intercambio entre hombre y la naturaleza”, según las conocidas palabras de Marx (Marx, 1973: 36).

Si el *trabajo, bajo el sistema de metabolismo social del capital, asume una forma necesariamente asalariada, abstracta, fetichizada y extrañada* (dada la necesidad imperiosa de producir valores de cambio para la reproducción ampliada del capital) esa dimensión histórico-concreta del trabajo asalariado no puede, sin embargo, ser eternizada y tomada *ahistóricamente*. En una forma *societal emancipada, en la cual se encuentren superadas las mediaciones de “segundo orden” creadas por el sistema de metabolismo social del capital, la libre asociación de los trabajadores, esto es, su auto-actividad, su plena autonomía y su dominio efectivo del acto laboral, se muestran como fundamento ontológico para la condición de “ser libre y universal”*, conforme a la bella formulación marxiana presente en los *Manuscritos de París*. El dominio efectivo y autónomo de la esfera del trabajo y de la reproducción encuentra su corolario en la *esfera libre y autónoma de la vida fuera del trabajo*, donde el tiempo libre se torna efectivo y real, también autodeterminado, no más conducido por las reglas impuestas por el mercado, por la necesidad de consumir (material y simbólicamente) valores de cambio.

Cuando se tiene como punto de partida esta formulación, no es preciso decir cuán problemático se vuelve propugnar el *fin de la centralidad del trabajo*. Como vimos anteriormente, la llamada "*crisis de la sociedad del trabajo abstracto*" no puede ser identificada como si fuera el *fin del trabajo asalariado* en el interior del capitalismo (eliminación que está ontológicamente atada a la propia eliminación del capital) ni tampoco como el fin del *trabajo concreto*, entendido como fundamento primero, forma originaria de la actividad y de la omnilateralidad humana. Hacer eso es efectivamente desconocer en la dimensión necesaria y esencial la distinción marxiana entre *trabajo concreto* y *trabajo abstracto*, resultando esa disyunción en grandes equívocos analíticos.¹

El trabajo es, por lo tanto, un momento efectivo de exposición de finalidades humanas, *dotado de una dimensión intrínsecamente teleológica*. Y, en cuanto tal, se muestra como *una experiencia elemental de la vida cotidiana*, en las respuestas que ofrece a las carencias y necesidades sociales. Reconocer el papel fundante del trabajo en *la génesis y el hacerse* del ser social nos remite directamente a la dimensión decisiva dada por la esfera de la *vida cotidiana*, como punto de partida para la genericidad para-sí de los hombres. En las páginas que siguen intentaré indicar algunos elementos preliminares, constitutivos de una *ontología de la vida cotidiana*.

Es central recurrir al universo de la *vida cotidiana* cuando se quiere trascender del ámbito y de las acciones propias de la conciencia espontánea, contingente, más próxima de lo inmediato, hacia las formas de conciencia más dotadas de valores emancipados, libre y universales. Lo que Nicolás Tertulian denominó como el proceso de afloramiento de la *subjetividad auténtica* en oposición a las manifestaciones de *subjetividad* caracterizadas por la *inautenticidad* (Tertulian, 1993: 439 y ss.).

Al referirse a la esfera de la vida cotidiana, Lukács presenta una recomendación decisiva:

La sociedad sólo puede ser comprendida en su totalidad, en su dinámica evolutiva, cuando se está en condiciones de entender la vida cotidiana en su heterogeneidad universal. La vida cotidiana constituye la mediación objetivo-ontológica entre la simple reproducción espontánea de la existencia física y las formas más altas del ser genérico ahora ya consciente, precisamente porque en ella, de forma ininterrumpida, las constelaciones más heterogéneas hacen que los dos polos humanos apropiados de la totalidad social —la particularidad y el ser genérico— actúen en su interacción inmediateamente dinámica.

1. Como procuré mostrar en mi ensayo *¿Adiós al trabajo?*, particularmente en el capítulo IV.

En consecuencia, un estudio apropiado de esta esfera de la vida puede también iluminar la dinámica interna del desarrollo del ser genérico del hombre, precisamente por volver comprensibles aquellos procesos heterogéneos que, en la realidad social, dan vida a las realizaciones del ser genérico.²

De este modo, la comprensión de la génesis histórico-social nos remite al universo dado por la vida cotidiana. Eso porque

el ser de cada sociedad surge de la totalidad de tales acciones y relaciones [toda vez que] el ser genérico que se realiza en la sociedad no puede ser un ser genéricamente mudo, como en el ámbito ontológico de la vida que se reproduce un modo meramente biológico. La historia de la sociedad muestra que este ir más allá de la genericidad muda, biológica, se objetiva en las formas más elevadas dadas por la ciencia, filosofía, arte, ética, etcétera (ibíd.: 10).

Por lo tanto, las interrelaciones e interacciones entre el mundo de la materialidad y la vida humana encontraron en el universo de la vida cotidiana, en esta esfera del ser, su "zona de mediación", capaz de superar el abismo entre el ser genérico en-sí, marcado por la relativa mudez, y el ser genérico para-sí, espacio de la vida más auténtica y libre. Esto porque

[...] la esencia y las funciones histórico-sociales de la vida cotidiana no suscitarían interés si esta fuese considerada una esfera homogénea. Sin embargo, precisamente por esto, precisamente como consecuencia de su inmediato fundamentarse en los modos económico-particulares de reaccionar por parte de los hombres ante las tareas de la vida que la existencia social les plantea. [...] la vida cotidiana posee una universalidad extensiva [...] Así, la vida cotidiana, la forma inmediata del ser genérico del hombre, aparece como la base de todas las reacciones espontáneas de los hombres en relación a su ambiente social, donde el hombre parece actuar frecuentemente en forma caótica. Sin embargo, precisamente por eso, contiene la totalidad de los modos de reacción, naturalmente no como manifestaciones puras, sino caóticas-heterogéneas. Consecuentemente, quien quiera comprender la real génesis histórico-social de estas reacciones estará obligado, tanto desde el punto de vista del contenido como del método, a investigar con precisión esta zona del ser (ibíd.: 10-12).

2. De acuerdo con el bello "Prefacio" de Lukács a la *Sociología de la vida cotidiana*, de Agnes Heller, fechado en enero de 1971. La cita está en las páginas 11-12.

El tránsito de la genericidad en-sí hacia la genericidad para-sí ciertamente no puede prescindir de las formas de mediación presentes en la praxis social y política. Pero la referencia a la vida cotidiana y sus conexiones con el mundo del trabajo y de la reproducción social es imprescindible cuando se pretende aprehender algunas de las dimensiones esenciales del ser social. Las conexiones existentes entre las acciones prácticas e histórico-ontológicas y las esferas más auténticas del ser genérico del hombre, de la genericidad humana, —como la ética, la filosofía, el arte, al ciencia, las formas superiores de la praxis sociocultural— encuentran en la heterogeneidad de la vida cotidiana, en sus acciones inmediatas y espontáneas, su base ontológica; constituyéndose, consecuentemente, en el punto de partida del proceso de humanización del ser social. Esto es así porque,

mientras en la cotidianidad normal cada decisión que no se tornó completamente rutinaria está presa en una atmósfera de innumerables *si y pero*, de manera que excepcionalmente ofrecen juicios sobre la totalidad y tampoco un posicionamiento en sus confrontaciones, en las situaciones revolucionarias e incluso en sus procesos preparatorios, esa negativa infinidad de cuestiones singulares se condensa en algunas pocas cuestiones centrales que, sin embargo, se presentan a la gran mayoría de los hombres como problemas que indican el destino de sus vidas que, en contraposición con la cotidianidad “normal”, asumen ya en la inmediatez la cualidad de una pregunta formulada con claridad y a la cual debe responderse claramente (Lukács, 1981; II/2: 506).

Una ontología de la vida cotidiana, cuyos lineamientos preliminares estoy indicando, ciertamente es muy diferente del culto del elemento contingente, de la apología *fenoménica* de la vida cotidiana, que se agotaría en-sí-misma —sin mediaciones complejas— todas las posibilidades del género humano. La vida cotidiana, en la formulación contingente y en la formulación fenoménica, sería la expresión máxima de las posibilidades humanas, perdiendo sentido la esencial diferenciación marxiana (y lukacsiana) entre la genericidad en-sí y la genericidad para-sí. Este segundo abordaje, como se percibe, no tiene ninguna proximidad con el que estoy desarrollando. Pero tampoco me parece —como hicieron (y aún hacen) muchas lecturas del marxismo vulgar— que sea posible ignorar esa decisiva esfera ontológica que está presente en el interior de la vida cotidiana, dejando de aprehenderla como parte integrante y central, especialmente cuando se quiere entender las formas de la conciencia del ser-social-que-vive-del-trabajo, en sus complejos movimientos existentes en el tránsito entre las formas más próximas de la inmediatez, de la

genericidad en-sí en hasta aquellas formas más auténticas, más identificadas con la genericidad para-sí.³

3. Los estudios sobre la *conciencia de clase* en las ciencias sociales y en la historia son, en su gran mayoría, descripciones o relatos empíricos, más o menos sofisticados, de cómo actuó (o actúa) la clase trabajadora, en general atendiendo a la esfera contingente, inmediata. En otro extremo encontramos, sobre todo en los estudios filosóficos, frecuentemente una construcción *idealizada y ahistórica* de la clase trabajadora, en una lectura que se equivoca por la polarización inversa. La polarización exacerbada entre *falsa y verdadera conciencia* presente en *Historia y conciencia de clase*, de Lukács, es expresión de ese límite. En los estudios sobre la *conciencia de clase* el desafío mayor está en aprehender tanto la dimensión de la *conciencia empírica, de su conciencia cotidiana* y sus formas de manifestación (aquello que Mészáros llamó, con una expresión feliz, *conciencia contingente*), como en buscar comprender también cuales serían las otras posibilidades de acción colectiva, próximas a una aprehensión totalizante, menos fragmentada y cosificada de todo lo social, así como las interpenetraciones entre esos niveles. En pocas palabras: cómo la clase *de hecho actuó* y cómo *podría haber actuado*, qué otras posibilidades reales existían en las condiciones históricas concretas en que se realiza el estudio. Realizar esa mediación es el mayor y más intrincado problema al tratar la temática de la conciencia de clase. Es un desafío difícil para el cual Lukács, en la *Ontología del ser social*, al rescatar la dimensión dada por la vida cotidiana, puede ofrecernos elementos analíticos centrales muy superiores a aquellos presentes en *Historia y conciencia de clase*. Véase, por ejemplo, Mészáros, 1986, capítulo 2.

Capítulo X

Tiempo de trabajo y tiempo libre: Por una vida llena de sentido dentro y fuera del trabajo

Me gustaría finalizar este texto ofreciendo algunas precisiones que me parecen centrales cuando se trata de discutir la cuestión del *tiempo de trabajo* y del *tiempo libre*, dada la importancia que esa temática tiene en la sociabilidad contemporánea.

Refiriéndose en *El capital* a las decisivas conexiones entre trabajo y tiempo libre, Marx nos ofrece la siguiente síntesis:

En efecto, el reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material. Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los posibles sistemas de producción. A medida que se desarrolla, desarrollándose con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades. La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como un fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo (Marx, 1973, III: 759).

La reducción de la jornada diaria (o del tiempo semanal) de trabajo ha sido una de las más importantes reivindicaciones del mundo del

trabajo, en la medida en que se constituyó en un mecanismo de contraposición a la extracción del sobretrabajo, realizada por el capital desde su génesis con la revolución industrial y, contemporáneamente, con la acumulación flexible de la era del toyotismo y de la máquina informatizada. Desde el advenimiento del capitalismo la reducción de la jornada laboral ha sido central en la acción de los trabajadores, *condición preliminar*, conforme dice Marx, para una vida emancipada (Marx, 1973; I: 443).

En la actualidad esta formulación se vuelve todavía más concreta, pues se muestra, en forma contingente, como un mecanismo importante (incluso, considerándolo aisladamente, bastante limitado) en el intento de *minimizar* el desempleo estructural que afecta a un conjunto enorme de trabajadores y trabajadoras. Pero trasciende la esfera de la inmediatez, en la medida en que la discusión de la reducción de la jornada de trabajo se configura como un *punto de partida decisivo, anclado en el universo de la vida cotidiana* para, por un lado, permitir una reflexión fundamental sobre el *tiempo, el tiempo de trabajo, el autocontrol sobre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida*¹. Y, por otro lado, para posibilitar el afloramiento de una vida *dotada de sentido* fuera del trabajo.

Como escribió Grazia Paoletti,

La cuestión del tiempo [...] implica una posibilidad de dominio sobre la vida de los individuos y sobre la organización social, del tiempo de trabajo y de la producción capitalista al tiempo de la vida urbana [...] implica un conflicto sobre el uso del tiempo, tanto en el sentido cuantitativo como cualitativo, así como en las diversas prioridades en la concepción de la organización social: es, en el fondo, una batalla de *civilización* (Paoletti, 1998: 34).

En la lucha por la reducción de la jornada (o del tiempo) laboral se puede articular efectivamente tanto la acción contra algunas de las formas de opresión y explotación del trabajo, como también las formas contemporáneas del extrañamiento que se producen fuera del mundo productivo, en la esfera del consumo material y simbólico, en el espacio reproductivo *fuera* del trabajo (productivo). Se puede articular la acción contra el *control opresivo del capital en el tiempo de trabajo y contra el control opresivo del capital en el tiempo de vida*.

1. Ver, por ejemplo, el *dossier Riduzione dell'orario e disoccupazione* (Muyrales-Oggi, 1998), así como varias contribuciones en torno de los significados más profundos de la lucha por la reducción de la semana de trabajo a 35 horas en Italia y en Europa.

Discutir la jornada o el tiempo de trabajo me lleva a hacer una aclaración: la reducción de la jornada de trabajo no implica *necesariamente* la reducción del tiempo de trabajo. Conforme afirma João Bernardo:

Un trabajador contemporáneo, cuya actividad sea altamente compleja y que cumpla un horario de siete horas por día, trabaja más tiempo real de lo que trabajaba alguien que en otra época estuviese sujeto a un horario de catorce horas diarias, pero cuyo trabajo tenía un bajo grado de complejidad. La reducción formal del horario corresponde a un aumento real del tiempo de trabajo gastado en ese período (Bernardo, 1996: 46).

Algo similar ocurre si, después de la reducción *a la mitad* de la jornada de trabajo, hubiera una *duplicación* de la intensidad de las operaciones anteriormente realizadas por el mismo trabajo. De modo que luchar por la *reducción de la jornada de trabajo* implica también, y decisivamente, luchar por el control (y reducción) del *tiempo opresivo de trabajo*; esto es así porque la reducción formal del horario de trabajo puede corresponder “a un aumento real del tiempo de trabajo gastado durante ese período”. Como tantas otras categorías, la *temporalidad* también es una construcción histórico-social. En palabras de Norbert Elias:

“Desde que existen hombres [...] la vida siempre siguió un mismo curso, desde el nacimiento hasta la muerte, independientemente de la voluntad o de la conciencia de los hombres. Pero la ordenación de ese proceso [...] sólo se volvió posible a partir del momento en que los hombres desarrollaron el símbolo regulador del año.

Y, aún así, en las civilizaciones de la Antigüedad, la sociedad no tenía la misma necesidad de medir el tiempo como los Estados de la Era Moderna, para no nombrar a las sociedades industrializadas de hoy. En numerosas sociedades de la Era Moderna surgió en el individuo [...] un fenómeno complejo de autorregulación y de sensibilización en relación al tiempo. En esas sociedades, el tiempo ejerce de afuera hacia adentro, bajo la forma de relojes, calendarios y otras tablas de horarios, una coerción que se presta eminentemente para suscitar el desarrollo de una autodisciplina en los individuos. Ella ejerce una presión relativamente discreta, comedida, uniforme y desprovista de violencia, pero no por eso menos omnipresente y de la cual es imposible escapar (Elias, 1998: 21-22).

Con eso entramos en otro punto que entiendo crucial: una vida llena de sentido *fuera* del trabajo supone una vida dotada de sentido *dentro* del trabajo. No es posible compatibilizar trabajo *asalariado, fetichizado y extrañado con tiempo (verdaderamente) libre*. Una vida desprovista de

sentido en el trabajo es incompatible con una vida llena de sentido fuera del trabajo. En alguna medida, la esfera fuera del trabajo estará manchada por la desafección que se da en el interior de la vida laboral (Antunes, 1999: 92).

Como el sistema global del capital de nuestros días abarca también a las esferas de la vida fuera del trabajo, la *desfetichización de la sociedad de consumo* tiene como corolario imprescindible a la *desfetichización en el modo de producción de las cosas*; lo que hace mucho más difícil su conquista si no se interrelaciona decisivamente la acción por el tiempo libre con la lucha contra la lógica del capital y la vigencia del *trabajo abstracto*. De lo contrario, se termina planteando una *reivindicación subordinada* al Orden, creyendo en la posibilidad de obtenerla por la vía del consenso y de la interacción sin tocar los fundamentos del sistema y sin herir los intereses del capital; o, lo que es aún peor, se abandonan gradualmente las formas de acción contra el capital y sus sistemas de metabolismo social, en una praxis social resignada.

Restaría, entonces, la opción de intentar *civilizarlo*, de realizar la *utopía del cumplimiento de lo posible*, buscando conquistar por medio del “consenso” el “tiempo libre”, en plena era del toyotismo, de la acumulación flexible, de las desregulaciones, de las tercerizaciones, de las precarizaciones, del desempleo estructural, del desmontaje del Estado de bienestar, del culto del mercado, de la sociedad destructiva de los consumos materiales y simbólicos, en fin, de la (des)sociabilización radical de nuestros días.

Como lo hace Dominique Méda —anclada fuertemente en Habermas, en el espíritu del desencanto del mundo y del consecuente desencanto del trabajo (en el cual, recuerda esta autora, la utopía de la sociedad del trabajo habría perdido su fuerza persuasiva)—, se trataría de propugnar la

imposición de un límite a la racionalidad instrumental y a la economía construyendo espacios volcados hacia el verdadero desarrollo de la vida pública, hacia el ejercicio de una nueva ciudadanía, reduciéndose por tanto el tiempo individual dedicado al trabajo y aumentándose el tiempo social dedicado a las actividades que son, de hecho, actividades políticas: aquellas que son de hecho capaces de estructurar el tejido social (Méda 1997: 220-227).

En ese diapasón, la (positiva) ampliación de los espacios públicos tiene como corolario la (también positiva) reducción de las actividades laborales. Pero su límite *mayor* —y no es el único— aflora cuando ella se propone *restringir, limitar, pero no deconstruir y enfrentar radical y an-*

*tagónicamente al sistema de metabolismo social del capital.*² De este paso, un tanto resignado, hasta la *convivencia* con el capital, la distancia no es infranqueable.

Una vida llena de sentido en todas las esferas del ser social, dada por la omnilateralidad humana, solamente podrá efectivizarse a través de la demolición de las barreras existentes entre *tiempo de trabajo* y *tiempo de no trabajo*; de modo que, a partir de una *actividad vital* llena de sentido, autodeterminada, más allá de la división jerárquica hoy vigente, que subordina el trabajo al capital, y por lo tanto sobre bases enteramente nuevas, pueda desarrollarse una nueva sociabilidad. Una sociabilidad tejida por individuos (hombres y mujeres) *sociales y libremente asociados*, en la cual la ética, el arte, la filosofía, el tiempo verdaderamente libre y el ocio, conforme con las aspiraciones más auténticas, suscitadas en el interior de la vida cotidiana, posibiliten las condiciones para la efectivización de la identidad entre individuo y género humano, en la multilateralidad de sus dimensiones. *En formas enteramente nuevas de sociabilidad, en las que la libertad y la necesidad se realicen mutuamente*. Si el trabajo deviene dotado de sentido, será también (y decisivamente) a través del arte, de la poesía, de la pintura, de la literatura, de la música, del tiempo libre, del ocio, que el ser social podrá humanizarse y emanciparse en su sentido más profundo.

Estas consideraciones me permiten señalar algunas conclusiones.

Primera: la lucha por la reducción de la *jornada o tiempo de trabajo* debe estar en el centro de las acciones del mundo del trabajo hoy, a escala mundial. Lucha por la reducción del trabajo, buscando en el plano más inmediato minimizar el brutal desempleo estructural que es consecuencia de la lógica destructiva del capital y de su sistema. *Reducir la jornada o tiempo de trabajo para que no prolifere aún más la sociedad de los precarizados y los desempleados*. A la justa consigna de *trabajar*

2. Eso sin mencionar el hecho de que tales formulaciones están, muchas veces, marcadas por un acentuado *eurocentrismo*, que no refleja y, por lo tanto, no incorpora analíticamente la *totalidad del trabajo*. Imaginar esas formulaciones con vigencia en Asia, América Latina o África, solamente “limitando el desarrollo de la razón instrumental” y “ampliando los espacios públicos”, es por cierto una abstracción desprovista de cualquier sentido efectivamente emancipatorio. Una reflexión con mayor soporte crítico es la de Mazzetti (1997). Su límite mayor, sin embargo, también aflora cuando se parte de la premisa de pensar la *totalidad del trabajo* en oposición al *capital social total*, toda vez que, al procederse de ese modo, se torna decisivo pensar el trabajo *incorporando a la reflexión al llamado Tercer Mundo, que engloba (si se incluye a China) más de dos tercios de la clase trabajadora*.

menos, para que todos trabajen, se le debe, sin embargo, agregar otra no menos decisiva: *¿Producir qué? ¿Y para quién?*

Segunda: el derecho al trabajo es una reivindicación necesaria no porque se aprecie y se cultive el trabajo asalariado, heterodeterminado, extrañado y fetichizado (que debe ser radicalmente eliminado con la liquidación del capital) sino porque estar fuera del trabajo, en el universo del capitalismo vigente, particularmente para la masa de trabajadores y trabajadoras (que totalizan más de dos tercios de la humanidad) que viven en el llamado Tercer Mundo, desprovistos completamente de instrumentos verdaderos de seguridad social, significa una *deseffectivización, desrealización y brutalización* aún mayor de las que ya experimenta la clase-que-vive-del-trabajo. Pero es imperioso agregar que también en el llamado Primer Mundo el desempleo y las formas precarizadas de trabajo vienen siendo cada vez más intensos, procesos que se agravan con el desmoronamiento gradual del Estado de bienestar. Por lo tanto, también en estos países el derecho al empleo, articulado con la reducción de la jornada y del tiempo de trabajo, se torna una reivindicación capaz de responder a las efectivas aspiraciones presentes en la vida cotidiana de la clase trabajadora.

Sin embargo, esta lucha por el *derecho al trabajo en tiempo reducido y por la ampliación del tiempo fuera del trabajo* (el llamado “tiempo libre”) sin reducción de salario –lo que, dicho sea entre paréntesis, es diferente a flexibilizar la jornada, en la medida que esta flexibilización se encuentra en sintonía con la lógica del capital– debe estar articulada íntimamente a la lucha contra el sistema de metabolismo social del capital, que convierte el “tiempo libre” en tiempo de consumo para el capital, en el que el individuo es obligado a “capacitarse” para “competir” mejor en el mercado de trabajo, o incluso a agotarse en un consumo cosificado y fetichizado, enteramente desprovisto de sentido.

Por el contrario, si el fundamento de la acción colectiva fuera volcada radicalmente contra las formas de (des)sociabilización del mundo de las mercancías, la *lucha inmediata por la reducción de la jornada o del tiempo de trabajo* se torna enteramente compatible con el derecho al trabajo (en jornada reducida y sin reducción de salario).

De esa manera, la lucha inmediata por la reducción de la jornada (o del tiempo) de trabajo y la lucha por el empleo, en lugar de ser excluyentes se volverían necesariamente complementarias. Y el empobrecimiento societal por un *trabajo lleno de sentido y por una vida auténtica fuera del trabajo*, por un *tiempo disponible* para el trabajo y por un *tiempo verdaderamente libre y autónomo* fuera del trabajo –ambos, por lo tanto, fuera del control y comando opresivo del capital– se conver-

tirían en elementos esenciales para la construcción de una sociedad ya no regulada por el sistema de metabolismo social del capital y sus mecanismos de subordinación. Lo que me lleva a concluir indicando los fundamentos societales básicos para un nuevo sistema de metabolismo social.

Fundamentos básicos de un nuevo sistema de metabolismo social

La invención societal de una nueva vida, auténtica y dotada de sentido, vuelve a presentar, al inicio del siglo XXI, la necesidad imperiosa de la construcción de un nuevo sistema de metabolismo social, un *nuevo modo de producción* fundado en la *actividad autodeterminada*, basado en el *tiempo disponible* (para producir valores de uso socialmente necesarios), en la *realización del trabajo socialmente necesario* y contra la *producción heterodeterminada* (basada en el tiempo excedente para la *producción exclusiva de valores de cambio para el mercado y para la reproducción del capital*). Voy a señalar más precisamente estos elementos fundantes de un nuevo sistema de metabolismo social.

Los principios constitutivos centrales de esa nueva vida se hallarán al erigirse un sistema social en el cual: 1) *el sentido de la sociedad esté volcado exclusivamente a la atención de las necesidades humanas y sociales efectivas*; 2) *el ejercicio del trabajo se vuelva sinónimo de autoactividad, actividad libre, basada en el tiempo disponible*.

Como vimos en el capítulo I, el sistema del capital, desprovisto de una orientación humano-societal significativa, se configuró como un sistema de control en el que *el valor de uso* fue totalmente subordinado al *valor de cambio*, a las necesidades de reproducción del propio capital. Para que tal emprendimiento se consolidara, se efectuó una *subordinación estructural del trabajo al capital* y a su consecuente división social jerarquizada fundada sobre el trabajo asalariado y fetichizado. Las funciones vitales de la reproducción individual y societal fueron alteradas profundamente, erigiéndose un conjunto de funciones reproductivas —lo que Mészáros denominó “mediaciones de segundo orden” (1995: 117)—, en el cual desde las relaciones de género hasta las manifestaciones productivas materiales, y también las simbólicas como las obras de arte, fueron subordinadas a los imperativos de la valorización y la repro-

ducción del sistema del capital. O incluso, en la feliz síntesis de Michael Löwy, se opera una

cuantificación venal de la vida social. El capitalismo, regulado por el valor de cambio, por el cálculo de las ganancias y por la acumulación de capital, tiende a disolver y a destruir todo valor cualitativo: valores de uso, valores éticos, relaciones humanas, sentimientos. El tener sustituye al ser, y subsiste apenas el pago en efectivo —o *cash nexus*, según la célebre expresión de Carlyle que utiliza Marx (Löwy, 1999: 67).¹

El valor de uso de los bienes socialmente necesarios se subordinó al valor de cambio, que pasó a comandar la lógica del sistema de metabolismo social del capital. Las funciones productivas básicas, así como el control de su proceso, fueron radicalmente separadas entre aquellos que *producen* y aquellos que *controlan*. Como dijo Marx, el capital operó la separación entre trabajadores y medios de producción, entre el *caracol* y su *caparazón*, profundizando la separación entre la producción volcada a la atención de las necesidades humano-sociales y las necesidades de autorreproducción del capital.

Habiendo sido el primer *modo de producción* que creó una lógica que no tuvo en cuenta prioritariamente las reales necesidades sociales, y que también por eso se diferenció radicalmente de todos los sistemas de control del metabolismo social precedentes (que prioritariamente producían buscando abastecer las necesidades de autorreproducción humana), el capital instauró un sistema volcado para su autovalorización, *independiente de las reales necesidades autorreproductivas de la humanidad*.

De este modo, la recuperación societal de una lógica volcada a la atención de las necesidades humano-sociales es el primer y más profundo desafío de la humanidad, en este nuevo siglo que se inicia. Como dice István Mészáros, “El imperativo de ir más allá del capital como control del metabolismo social con sus dificultades casi prohibitivas, es un problema que la sociedad como un todo comparte” (1995: 492).

O, en las palabras de Bihr:

[...] el modo de producción capitalista en su conjunto, al someter la naturaleza a los imperativos abstractos de la reproducción del capital, engendra la crisis ecológica. Dentro del universo del capitalismo, el desarrollo

1. O, en las palabras de Goethe: “[...] al burgués nada se ajusta mejor que el puro y plácido sentimiento del límite que le está trazado. No le cabe preguntar: ¿Quién eres tú? Y sí: ¿Qué tienes tú? ¿Qué juicio, qué conocimiento, qué actitud, qué fortuna?” Goethe, 1994: 287.

de las fuerzas productivas se convierte en desarrollo de las fuerzas destructivas de la naturaleza y de los hombres. De fuente de enriquecimiento se convierte en fuente de empobrecimiento, donde la única riqueza no es el valor de uso, sino esa abstracción que es el valor. Y, en ese mismo universo, la potencia conquistada por la sociedad se convierte en impotencia creciente de esa misma sociedad [...] (Bihr, 1991: 133).²

El segundo principio societal imprescindible es el de convertir el trabajo en actividad libre, autoactividad, con base en el *tiempo disponible*. Lo que significa decir que la nueva estructuración social debe rechazar el funcionamiento basado en la separación dicotómica entre *tiempo de trabajo necesario* para la reproducción social y *tiempo de trabajo excedente* para la reproducción del capital.

Una sociedad solamente estará dotada de sentido y efectivamente emancipada cuando sus funciones vitales, controladoras de su sistema de metabolismo social, *sean efectivamente ejercidas de modo autónomo por los productores asociados, y no por un cuerpo exterior y controlador de estas funciones vitales* (Mészáros, 1995: 494).

El único modo concebible, a partir de la perspectiva del trabajo, es a través de la adopción generalizada y creativa del tiempo disponible como un principio orientador de la reproducción societal [...] Desde el punto de vista del trabajo vivo es posible visualizar perfectamente el tiempo disponible como la condición capaz de posibilitar las funciones positivas vitales de los productores asociados, dado que la unidad perdida entre necesidad y producción se reconstituye en un nivel cualitativamente más elevado, cuando se compara con las relaciones históricas anteriores entre “el caracol y su caparazón”. Mientras que el tiempo disponible es concebido, desde la perspectiva del capital, como algo a ser explotado en el interés de su propia expansión y valorización (ibíd.: 574), desde el punto de vista del trabajo vivo, se muestra como condición para que la sociedad pueda suplir sus carencias y necesidades efectivamente sociales y, de ese modo, permitir que aflore una subjetividad dotada de sentido dentro y fuera del trabajo. Esto es así porque el *tiempo disponible* será aquel gasto de actividad laboral autodeterminada, volcada “para actividades autónomas, externas a la relación dinero-mercancía” (Kurz, 1997: 319), negadoras de la relación totalizante dada por la *forma-mercancía* y contrarias, por lo tanto, a la *sociedad productora de mer-*

2. Un análisis decisivo de las conexiones existentes entre la crisis ecológica y la lógica destructiva del capital, emprendimiento imprescindible hoy, se encuentra en Bihr, 1991, capítulo V; en Mészáros, 1995, especialmente los capítulos XV-XVI y en Cantor, 1999: 167-200.

cancias (ibíd.). La lógica societal regida por el tiempo disponible supone una articulación real entre la disponibilidad subjetiva y la determinación autónoma del tiempo con las auténticas necesidades humano-sociales reproductivas, materiales y simbólicas.

El ejercicio de trabajo autónomo, eliminado el gasto de tiempo excedente para la producción de mercancías, eliminando también el tiempo de producción *destrutivo y superfluo* (esferas estas controladas por el capital), posibilitará el rescate verdadero del *sentido estructurante del trabajo vivo*, contra el *sentido (des)estructurante del trabajo abstracto para el capital*. Esto es así porque, bajo el sistema de metabolismo social del capital, el trabajo que *estructura* al capital *desestructura* al ser social. El *trabajo asalariado* que da sentido al capital, genera una *subjetividad inauténtica* en el propio acto del trabajo. En una forma de sociabilidad superior, el trabajo, al *reestructurar* al ser social, habrá *desestructurado* al capital. Y ese mismo *trabajo autodeterminado* que vuelve sin sentido al capital, generará condiciones sociales para el florecimiento de una subjetividad auténtica y emancipada dando un nuevo sentido al trabajo.

* * *

Por lo que expuse a lo largo de este texto, puedo concluir afirmando que las tesis que defienden el *fin de la centralidad del trabajo* y su sustitución por la *esfera comunicacional* o de la *intersubjetividad*, encuentran su contrapunto cuando se parte de una *concepción abarcativa y ampliada del trabajo*, que lo contempla tanto en su dimensión *colectiva* como en la *subjetiva*, tanto en la esfera del trabajo *productivo* como *improductivo*, *material* como *inmaterial*, así como en las formas asumidas por la *división sexual del trabajo*, por la *nueva configuración de la clase trabajadora*, etcétera, entre varios elementos anteriormente presentados, que nos permiten volver a colocar y dar concreción a la tesis de la centralidad de la categoría *trabajo* en la formación societal contemporánea.

Puedo afirmar también que, en lugar de la sustitución del *trabajo por la ciencia*, o incluso de la sustitución de la *producción de valores de cambio* por la *esfera comunicacional* o *simbólica*, de la sustitución de la *producción* por la *información*, lo que viene ocurriendo en el mundo contemporáneo es una mayor *interrelación* y mayor *interpenetración* entre las actividades productivas y las improductivas, entre las actividades fabriles y de servicios, entre las actividades laborales y las actividades de concepción, entre producción y conocimiento científico, que se expanden fuertemente en el mundo contemporáneo.

Podemos, por lo tanto, aprehender la *forma de ser de la clase trabajadora* si entendemos el conjunto heterogéneo y complejizado del *trabajo social hoy*, ya sea incorporando aquellos segmentos minoritarios y más calificados que existen en la gran industria informatizada, en las esferas productivas y en las actividades de servicios, así como incorporando también a los segmentos asalariados mayoritarios que presencian formas intensificadas de explotación del trabajo dadas por el trabajo de tiempo parcial, temporario, tercerizado, subcontratados, etcétera, que también participan del complejo compuesto y heterogéneo, dado por el trabajo colectivo, por la *totalidad del trabajo social*.

Procuré mostrar incluso que fue la propia forma asumida por la sociedad del *trabajo abstracto* la que posibilitó, a través de la constitución de una masa de trabajadores expulsados del proceso productivo, la *aparición* de la sociedad fundada en la *no centralidad de la categoría trabajo*, en la pérdida de la centralidad del trabajo en el mundo contemporáneo. Pero que la comprensión de las mutaciones en curso en el mundo del trabajo nos obliga a ir más allá de las apariencias. Y al hacer eso, procuré mostrar que el sentido dado al acto del trabajo por el capital es completamente distinto del sentido que puede conferirle la humanidad.

Apéndice I

La crisis del movimiento obrero y la centralidad del trabajo hoy*

I

En las últimas décadas, particularmente después de mediados de los años 70, el mundo del trabajo vivenció una situación fuertemente crítica, tal vez la mayor desde el nacimiento de la clase trabajadora y del propio movimiento obrero. La comprensión de los elementos constitutivos de esta crisis es de una gran complejidad, debido a que en este mismo período se produjeron mutaciones intensas, de diferentes órdenes y que, *en su conjunto*, acabaron por acarrear consecuencias muy fuertes en el interior del mundo del trabajo, y en particular, en el ámbito del movimiento obrero y sindical. La comprensión de este cuadro, supone un *análisis de la totalidad de los elementos* constitutivos de ese escenario, emprendimiento difícil y al mismo tiempo imprescindible, que no puede ser tratado de manera ligera.

Aquí vamos a *señalar* sólo algunos de los elementos que son centrales, a mi entender, para una aprehensión más totalizadora de esta crisis. Un desarrollo más detallado y preciso de tales elementos sería imposible, dada la amplitud y la complejidad de las cuestiones. Su tematización inicial, sin embargo, es fundamental debido a que esta crisis viene afectando tanto a la *materialidad* de la clase trabajadora, a su forma de ser, como a su esfera más propiamente *subjetiva, política, ideológica*, de los valores y del ideario que pautan sus acciones y prácticas concretas.

Comenzaré diciendo que en este período vivimos en un cuadro de *crisis estructural del capital*, que se abatió sobre el conjunto de las economías capitalistas a partir, especialmente, del inicio de los años 70. Su intensidad es tan profunda que llevó al capital a desarrollar, según Mészáros,

* Publicado en la compilación *Le Manifeste Communiste Aujourd'hui*, Les Editions de L'Atelier, Paris, 1998.

“prácticas materiales de la *destructiva auto-reproducción ampliada* del capital, haciendo surgir inclusive el espectro de la destrucción global, en vez de aceptar las requeridas restricciones positivas en el interior de la producción para la satisfacción de las necesidades humanas” (Mészáros, 1995). Esa crisis provocó que, entre tantas otras consecuencias, el capital implementase un vastísimo proceso de reestructuración, con vistas a la recuperación de su ciclo de reproducción que, como veremos más adelante, afectó fuertemente al mundo del trabajo.

Un segundo elemento fundamental para la comprensión de las causas del reflujo del movimiento obrero resulta del explosivo desmoronamiento del este europeo (y de la casi totalidad de los países que intentaron una transición socialista, con la URSS al frente), que propagó en el interior del mundo del trabajo, la falsa idea del “fin del socialismo” (Kurz, 1992). Aunque a largo plazo las consecuencias del fin del este europeo están cargadas de positivities (ya que se abre la posibilidad de retomar, sobre bases enteramente nuevas, un proyecto socialista de nuevo tipo, que se opone, entre otros puntos nefastos, a la tesis estalinista del “socialismo en un solo país”, y recupera elementos centrales de la formulación de Marx) en el plano más inmediato hubo en significativos contingentes de la clase trabajadora y del movimiento obrero la aceptación e incluso la asimilación de la nefasta y equivocada tesis del “fin del socialismo” y, como dicen los apologistas del orden, del fin del marxismo. Y es más: incluso como consecuencia del final del erróneamente llamado “bloque socialista”, en los países capitalistas centrales se ven rebajados brutalmente los derechos y las conquistas sociales de los trabajadores, debido a la “inexistencia”, según el capital, del peligro socialista hoy. Por lo tanto, el desmoronamiento de la URSS y del este europeo, al final de los años '80, tuvo un enorme impacto en el movimiento obrero. Basta recordar la crisis que se abatió sobre los partidos comunistas tradicionales y el sindicalismo vinculado a ellos.

En forma paralela al desmoronamiento de la izquierda tradicional de la era estalinista –y aquí entramos en otro punto central– se dio un agudo proceso político e ideológico de socialdemocratización de la izquierda y su consecuente actuación subordinada al orden del capital. Esa acomodación socialdemocrática alcanzó fuertemente a la izquierda sindical y partidaria, repercutiendo consecuentemente en el interior de la clase trabajadora. El sindicalismo de izquierda, por ejemplo, pasó a recurrir, cada vez más frecuentemente, a la institucionalidad y a la burocratización que también caracterizan a la socialdemocracia sindical (Bernardo, 1996).

Es preciso agregar que, con la enorme expansión del neoliberalismo a partir de fines de los setenta y la consecuente crisis del Estado de

bienestar, se dio un proceso de *regresión* de la propia socialdemocracia, que pasó a actuar de manera mucho más cercana a la agenda neoliberal. *El neoliberalismo pasó a dictar el ideario y el programa a ser implementado por los países capitalistas, inicialmente en el centro y después en los países subordinados*, contemplando la reestructuración productiva, la privatización acelerada, el achicamiento del Estado, políticas fiscales y monetarias sintonizadas con los organismos mundiales hegemónicos del capital como el FMI y el BM, desmantelamiento de los derechos sociales de los trabajadores, combate cerrado a los sindicalismos de izquierda, propagación de un subjetivismo y un individualismo exacerbados (de lo cual es expresión la cultura “posmoderna”), animosidad directa contra cualquier propuesta socialista contraria a los valores e intereses del capital, etcétera (Harvey, 1992, y Sader, 1997).

Se observa que se trata de un *proceso complejo*, que aquí solamente puedo apenas señalar y resumir de la siguiente manera:

- 1) hay una *crisis estructural del capital* o un *efecto depresivo profundo* que acentúa sus trazos destructivos (Mészáros, 1995, y Chesnais, 1996);
- 2) se dio el fin de la experiencia poscapitalista de la URSS y de los países del este europeo, a partir de lo cual sectores importantes de la izquierda acentuaron aún más sus procesos de socialdemocratización (Magri, 1991);
- 3) ese proceso se produjo en un momento en el que la propia socialdemocracia también atravesaba una situación crítica;
- 4) se expandía fuertemente el proyecto económico, social y político neoliberal. Todo esto acabó por afectar fuertemente al mundo del trabajo, en varias dimensiones.

Dada la amplitud e intensidad de la crisis estructural, el capital viene procurando responder a través de varios mecanismos, que van desde la expansión de las actividades especulativas y financieras hasta la *sustitución* o *mezcla* del patrón taylorista y fordista de producción por las formas diferenciadas de “acumulación flexible” (Harvey, 1992) o del llamado toyotismo o modelo japonés. Este último punto tiene importancia central, puesto que se refiere a las *metamorfosis en el proceso de producción* del capital y sus repercusiones en el *proceso de trabajo* en cual se vienen produciendo varias mutaciones y cuyo comprensión es fundamental en este viraje del siglo XX al siglo XXI. Aquí, como enseñó Marx, es preciso “asimilarse en detalle la materia investigada, analizar

sus diversas formas de desarrollo y descubrir sus nexos internos”.¹ Dada la imposibilidad de realizar ese emprendimiento en los límites del presente texto, daré solamente una indicación de los problemas que me parecen más relevantes.

Particularmente en los últimos años, como respuesta del capital a la crisis de los años 70, se intensificaron las transformaciones en el propio proceso productivo, a través del avance tecnológico, de la constitución de las formas de acumulación flexible y de los modelos alternativos al binomio taylorismo/fordismo, entre las cuales se destaca, para el capital, especialmente, el modelo “toyotista” o el modelo japonés.²

Esas transformaciones, por un lado surgidas de la propia competencia intercapitalista y, por otro, de la necesidad de controlar al movimiento obrero y a la lucha de clases, acabaron afectando fuertemente a la clase trabajadora y a su movimiento sindical (Bihr, 1991; Gounet, 1991 y 1992; Murray, 1983; McIlroy, 1997).

Fundamentalmente, esa forma de producción flexibilizada busca la adhesión de fondo por parte de los trabajadores, que deben asumir el proyecto del capital. Se procura una forma de aquello que llamé *involucramiento manipulatorio* llevado al límite (Antunes, 1995), donde el capital busca el consentimiento y la adhesión de los trabajadores en el interior de las empresas para viabilizar un proyecto diseñado y concebido según los fundamentos exclusivos del capital. Se trata de una forma de *alienación o extrañamiento (Entfremdung)* que, diferenciándose del despotismo fordista, lleva a una interiorización aún más profunda del ideario del capital, avanzando en el proceso de expropiación de los saberes del trabajo.

¿Cuáles son las consecuencias más importantes de estas transformaciones en el proceso de producción y en qué forma afectan al mundo del trabajo? Menciono, de modo indicativo, las más importantes:

- 1) disminución del obrero manual, fabril, concentrado, típico del fordismo y de la fase de expansión de aquello que se llamó regulación socialdemocrática (Beynon, 1995; Fumagalli, 1996);
- 2) aumento acentuado de las innumerables formas de *subproletarización o precarización del trabajo*, que surgen de la expansión del trabajo parcial, temporario, subcontratado, tercerizado, y *que se han intensificado a escala mundial, tanto en los países del Tercer Mundo como en los países centrales* (Bihr, 1991; Antunes, 1995; Beynon, 1995);

1. Prefacio de 1873 a la segunda edición de *El capital*.

2. Véase la compilación organizada por Amin, 1996.

- 3) aumento considerable del trabajo femenino dentro de la clase trabajadora a escala mundial. Esa expansión del trabajo femenino se dio frecuente y principalmente en el universo del trabajo precarizado, subcontratado, tercerizado, a tiempo parcial, etcétera, con salarios generalmente más bajos;
- 4) expansión enorme de los asalariados medios, especialmente en el “sector de servicios”, que inicialmente aumentó en amplia escala, pero que también viene presenciando niveles de desempleo tecnológico;
- 5) exclusión de los trabajadores jóvenes y de los trabajadores “viejos” (en torno de 45 años) del mercado de trabajo en los países centrales;
- 6) intensificación y superexplotación del trabajo, con la utilización del trabajo de los inmigrantes y expansión de los niveles de trabajo infantil bajo condiciones criminales en varias partes del mundo, como Asia, América Latina, etcétera;
- 7) hay, a niveles explosivos, un proceso de desempleo estructural que, junto con el trabajo precarizado, afecta a mil millones de trabajadores, lo que corresponde aproximadamente a un tercio de la fuerza humana mundial que trabaja;
- 8) existe una expansión de lo que Marx llamó *trabajo social combinado* en el proceso de creación de valores de cambio (en el inédito *Capítulo VI*), en el cual trabajadores de diversas partes del mundo participan del proceso productivo. Lo evidente es que este proceso no marcha en el sentido de la eliminación de la clase trabajadora, y sí de su precarización, intensificación y utilización de manera aún más diversificada.

Por lo tanto, la clase trabajadora *se fragmentó, se heterogeneizó y se complejizó aún más*. Se tornó más calificada en varios sectores, como en la siderurgia, donde hubo una relativa *intelectualización* del trabajo, pero se *descalificó y precarizó* en diversas ramas, como en la industria automotriz, donde el herrero ya no tiene la misma importancia, ni que decir de la reducción de los inspectores de calidad, de los gráficos, de los mineros, de los portuarios, de los trabajadores de la construcción naval, etcétera (Lojkine, 1995). Se creó por un lado, en una escala minoritaria, el trabajador “*polivalente y multifuncional*”, capaz de operar máquinas con control numérico, e incluso se convirtió en lo que Marx llamó, en los *Grundrisse*, *supervisor y regulador productivo* (Marx, 1974). Por otro lado, una masa precarizada, sin calificación, que hoy se ve afectada por el desempleo estructural.

Esas mutaciones crearon, por lo tanto, una clase trabajadora aún más diferenciada entre trabajadores calificados/no calificados, mercado formal/ informal, hombres / mujeres, estables / precarios, inmigrantes / nacionales, etcétera.

Sin embargo, al contrario de aquellos que propugnaban por el “fin del papel central de la clase trabajadora” en el mundo actual (Habermas, 1989; Gorz, 1990; Offe, 1989), el mayor desafío de la *clase-que-vive-del-trabajo*, en este pasaje del siglo XX al XXI, es soldar los lazos de *pertenencia de clase* existentes entre los diversos segmentos que comprenden el mundo del trabajo, procurando articular desde los segmentos que ejercen un papel central en el proceso de creación de valores de cambio hasta los que están más al margen del proceso productivo pero que, por las condiciones precarias en las que se encuentran, se constituyen en contingentes sociales potencialmente rebeldes frente al capital y sus formas de (des)sociabilización. Condición imprescindible para oponerse hoy al brutal desempleo estructural que afecta al mundo en una escala global y que se constituye en el ejemplo más evidente del carácter destructivo y nefasto del capitalismo contemporáneo.

El entendimiento *abarcativo y totalizante* de la crisis que atañe al mundo del trabajo pasa, por lo tanto, por este conjunto de problemas que incidieron directamente en el movimiento obrero, en la medida en que son tan complejos que afectaron tanto a la *economía política* del capital como a sus esferas *políticas e ideológicas*. Claro que esta crisis es *particularizada y singularizada* por la forma en la cual estos cambios económicos, sociales, políticos e ideológicos afectaron más o menos directamente e intensamente a los diversos países que forman parte de esa mundialización del capital, que es, como se sabe, desigualmente combinada. Para un análisis detallado de lo que pasa en el mundo del trabajo en cada país, el desafío es buscar esa totalización analítica que articulará elementos más generales de las tendencias *universalizantes* del capital y del proceso de trabajo hoy con aspectos de la *singularidad* en cada uno de esos países. Pero es decisivo percibir que hay un conjunto abarcativo de metamorfosis y mutaciones que ha afectado a la clase trabajadora, y que es absolutamente prioritario su comprensión y develamiento, de modo de rescatar un proyecto de clase capaz de enfrentar estos monumentales desafíos presentes en este final de siglo.

II

El capitalismo –y de manera más amplia y precisa la *lógica societal* movida por el sistema metabólico de control del capital (Mészáros, 1995)

no fue capaz de eliminar las múltiples formas y manifestaciones del *extrañamiento o alienación* del trabajo pero en muchos casos se dio inclusive, conforme dije anteriormente, un proceso de intensificación y de mayor interiorización, en la medida en que se *minimizó* la dimensión más explícitamente despótica, intrínseca al fordismo, en beneficio del “involucramiento manipulatorio”, de la manipulación propia de la era del toyotismo o del modelo japonés.

Si el extrañamiento es entendido, como indicó Lukács, como la existencia de barreras sociales que se oponen al desarrollo de la individualidad en dirección a la omnilateralidad humana, la individualidad emancipada, el capital contemporáneo, al mismo tiempo que puede, a través del avance tecnológico e informático, potencializar las capacidades humanas, hace expandir también el fenómeno social del extrañamiento. Esto es así porque, para el conjunto de la *clase-que-vive-del-trabajo*, el desarrollo tecnológico no produjo necesariamente el desarrollo de una nueva subjetividad llena de sentido sino, al contrario, puede incluso “desfigurar y envilecer a la personalidad humana...”. Al mismo tiempo que el desarrollo tecnológico puede provocar “directamente un crecimiento de la capacidad humana”, puede también “en este proceso, sacrificar a los individuos (y hasta incluso a clases enteras)” (Lukács, 1981; 562).

La presencia de bolsones de pobreza en el corazón del “Primer Mundo”, las explosivas tasas de desempleo estructural, la eliminación de innumerables profesiones en el interior del mundo del trabajo, como consecuencia del incremento tecnológico volcado centralmente a la creación de valores de cambio, las formas intensificadas de precarización del trabajo, son apenas algunos de los ejemplos más impactantes de las barreras sociales que obstaculizan, bajo el capitalismo, la búsqueda de una vida llena de sentido y emancipada para el ser social que trabaja. Por no hablar del Tercer Mundo, donde se encuentran dos tercios de la fuerza humana que trabaja en condiciones aún más precarias.

Dado que sus formas contemporáneas de extrañamiento afectan, además del espacio de producción, también a la esfera del *consumo*, la esfera de la vida *fuera del trabajo*, el llamado tiempo libre, es en buena medida, *un tiempo también sometido a los valores del sistema productor de mercaderías y de sus necesidades de consumo*, tanto materiales como inmateriales (Antunes, 1995; Bernardo, 1996).

¿En un cuadro de este tipo, cuáles son las alternativas?

Primero: es preciso alterar la lógica de la producción societal; la producción debe estar prioritariamente volcada hacia los *valores de uso* y no hacia los *valores de cambio*. Se sabe que la humanidad tendría condiciones de reproducirse socialmente a escala mundial si la producción

destructora fuese eliminada y si la producción social estuviese volcada no hacia la lógica del mercado, sino hacia la producción de *cosas socialmente útiles*. Trabajando pocas horas por día, el mundo podría reproducirse de manera no destructiva, instaurando un nuevo sistema de metabolismo social.

Segundo: la producción de *cosas socialmente útiles* debe tener como criterio el *tiempo disponible* y no el *tiempo excedente* que preside a la sociedad contemporánea. Con eso el trabajo social, dotado de mayor dimensión humana y societal, perdería su carácter fetichizado y extraño, tal como se manifiesta hoy; y además de ganar un sentido de auto actividad abriría posibilidades efectivas para un tiempo libre lleno de sentido más allá de la esfera del trabajo, lo que es una imposibilidad en la sociedad regida por la lógica del capital. Incluso porque no puede haber tiempo verdaderamente libre fundado sobre el *trabajo cosificado y extraño*. El *tiempo libre* actualmente existente es tiempo para consumir mercaderías, sean ellas materiales o inmateriales. El tiempo fuera del trabajo también está fuertemente contaminado por el fetichismo de la mercadería.

El punto de partida para instaurar una nueva lógica societal es desarrollar una crítica contemporánea y profunda a la (des)sociabilización de la humanidad, tanto en sus manifestaciones concretas, como de sus representaciones fetichizadas hoy existentes. Como forma necesaria para superar la crisis que afecta el mundo del trabajo en estas últimas décadas del siglo XX.

Apéndice II

Los nuevos proletarios del mundo en el cambio de siglo*

El título de la conferencia, "Proletarios del mundo en el cambio de siglo: luchas y transformaciones" es enormemente sugestivo e inspira un conjunto de cuestiones para entender la nueva conformación del mundo del trabajo hoy, de los "nuevos proletarios del mundo". Pienso que tal vez pueda, en esta discusión, referirme a un conjunto de cuestiones para al menos indicar quiénes son los proletarios del mundo en el final del siglo XX. Por cierto, no son idénticos al proletariado de mediados del siglo XIX. Pero, también es muy cierto que no están en vías de desaparición, cuando se mira al mundo en su dimensión global.

Es curioso que en cuanto se amplía enormemente el conjunto de seres sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo a escala mundial, muchos autores han dado su *adiós al proletariado*, han defendido la idea de descentralidad de la categoría trabajo, han defendido la idea del fin de una emancipación humana fundada en el trabajo. Lo que voy a presentar aquí es un camino por el que es posible ir en sentido contrario a estas tendencias, tan presentes y tan equivocadas.

Los trabajadores hoy, si bien no son idénticos a los trabajadores de mediados del siglo XIX, tampoco están en vías de desaparición, como - con diferenciaciones entre ellos- defienden autores como Gorz, Offe, Habermas, y más recientemente, Dominique Méda, Jeremy Rifkin, entre tantos otros.

Voy, por lo tanto, a bosquejar un análisis contrario al de estos autores, buscando comprender qué son los proletarios del mundo hoy, o, como los he llamado en *¿Adiós al trabajo?*, la clase-que-vive-del-trabajo, la clase de los que viven de la venta de su fuerza de trabajo. Quiero decir, desde

* Transcripción de la conferencia dictada en el lanzamiento del N° 5 de *Lutas Sociais*, revista publicada por el Programa de Estudios de Posgrado en Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo. Este texto fue publicado en el número siguiente: *Lutas Sociais* N° 6, PUC-SP, 1999.

luego, que esta expresión no es un intento por ofrecer un nuevo concepto, sino al contrario, es un intento por *caracterizar la ampliación y entender al proletariado hoy, a los trabajadores hoy*. Sabemos que Marx terminó *El capital* cuando iniciaba su formulación conceptual sobre las clases. Escribió una página y media, un texto que seguramente nos ofrecería un tratamiento más sistemático, más articulado sobre las clases sociales y, en particular, sobre lo que es la clase trabajadora.

Muchas veces Marx (y también Engels) definieron a la clase trabajadora y al proletariado (en general como sinónimos). El libro de Engels, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, podría llamarse igualmente "La formación del proletariado en Inglaterra". "Proletarios de todo el mundo, uníos", la célebre consigna del *Manifiesto*, es muchas veces traducida como "Asalariados de todo el mundo, uníos". O también: "la emancipación del proletariado es obra del proletariado mismo", como la "emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos". Marx y Engels usaban (casi) indistintamente la idea de trabajadores y de proletarios. Tal vez pudiéramos decir que en la Europa de mediados del siglo XIX los trabajadores asalariados eran predominantemente proletarios industriales, eran centralmente proletarios industriales.

Pues bien: nuestro primer desafío es procurar entender qué es la *clase trabajadora hoy*, el *proletariado hoy*, en el sentido más amplio del término, no entendiendo a los trabajadores o a los "proletarios del mundo exclusivamente como proletariado industrial. Yo diría, entonces, para comenzar a hacer un bosquejo de esta problemática, que el proletariado o la clase trabajadora hoy (lo que denominé como clase-que-vive-del-trabajo) comprende a la *totalidad de los asalariados, hombres y mujeres que viven de la venta de su fuerza de trabajo y que están desposeídos de los medios de producción*. Esta definición marxiana y marxista me parece *enteramente pertinente*, como por otra parte lo esencial del conjunto de la formulación de Marx, para pensar a la clase trabajadora hoy.

En este sentido, diría que la clase trabajadora hoy tiene como núcleo central el conjunto de lo que Marx llamó *trabajadores productivos*, para recordar especialmente el *Capítulo VI (Inédito)*, así como innumerales pasajes de *El capital* donde está formulada la idea de *trabajo productivo*. En este sentido, diría que la clase trabajadora hoy no se restringe solamente a los trabajadores manuales directos, sino que además incorpora a la totalidad del trabajo social, a la totalidad del trabajo colectivo que vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Hoy está compuesta centralmente por *el conjunto de los trabajadores productivos, que son aquellos (recordando de nuevo a Marx) que producen directamente plusvalía y que participan también directamente del proceso*

de valorización del capital. Tiene un papel central en el proceso de producción de mercancías, desde las fábricas más avanzadas, donde es mayor el nivel de interacción entre trabajo vivo y trabajo muerto, entre trabajo humano y maquinaria científico-tecnológica.

Este es el núcleo central del proletariado moderno. Los productos de Toyota, de Nissan, de General Motors, de IBM, de Microsoft, etcétera, son el resultado de la interacción entre trabajo vivo y trabajo muerto, por más que muchos autores digan —de nuevo Habermas al frente— que el trabajo abstracto (gasto de energía física e intelectual, conforme dice Marx en *El capital*) perdió a su fuerza estructurante en la sociedad actual. Si esto es así, ¿cómo son producidos los automóviles de Toyota, quién crea las computadoras de IBM, los programas de Microsoft, los autos de General Motors, de Nissan, etcétera, para citar sólo algunos ejemplos de grandes empresas transnacionales?

Para avanzar en este bosquejo más general de lo que es la clase trabajadora hoy, es preciso decir que engloba también al conjunto de *los trabajadores improductivos*, nuevamente en el sentido de Marx. Aquellos cuyas formas de trabajo son utilizadas como servicios, sea para *uso público*, como los servicios públicos tradicionales, sea para *uso capitalista*. El trabajo improductivo es aquel que no se constituye como un elemento vivo en el proceso directo de valorización del capital y de la creación de plusvalía. Por eso Marx lo diferencia del trabajo productivo, aquel que participa *directamente* del proceso de creación de plusvalía. Improductivos, para Marx, son aquellos trabajadores cuyo trabajo es consumido *como valor de uso* y no como trabajo que crea valor de cambio.

En este cambio de siglo, la clase trabajadora incluye también el amplio abanico de asalariados del sector de servicios, que no crean directamente valor. Ese campo del trabajo improductivo está en amplia expansión en el capitalismo contemporáneo, aun si algunas de sus partes se encuentran en retracción. Por ejemplo, en el mundo fabril hay una tendencia, que me parece muy visible, de reducción y hasta incluso en algunos casos eliminación del trabajo improductivo, que pasa a ser realizado por el operario productivo. Este se vuelve, en el capitalismo de la era mundializada del capital, aún más explotado; se da una intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo. Muchas actividades improductivas están desapareciendo: aquellas que el capital puede eliminar. Esto se debe a que el capital también depende fuertemente de las actividades improductivas para que sus actividades productivas se realicen. Pero aquellas actividades improductivas que el capital puede eliminar las ha eliminado, transfiriendo muchas de ellas al universo de los trabajadores productivos.

Los trabajadores improductivos, entonces, siendo generadores de un antivalor en el proceso del trabajo capitalista, experimentan situaciones similares a las vividas por el trabajo productivo. Pertenecen a lo que Marx llamó falsos costos, que sin embargo son absolutamente vitales para la subsistencia del sistema capitalista.

Entonces diría que: primero, el mundo del trabajo hoy está compuesto, como pensaba Marx, por el trabajo productivo y también por el improductivo. Lo que hay de nuevo en esta reflexión es tratar de entender en el conjunto de la producción del capital, lo que hoy es actividad productiva, lo que permanece como actividad productiva.

Vamos ahora a un segundo bloque de problemas: dado que todo trabajo productivo es asalariado, pero no todo trabajador asalariado es productivo, una noción contemporánea de clase trabajadora *debe incorporar a la totalidad de los trabajadores asalariados*. La clase trabajadora hoy es más amplia que el proletariado industrial del siglo XIX, aunque el proletariado industrial moderno se constituya como el *núcleo fundamental* de los asalariados, de ese campo que compone el mundo del trabajo, puesto que es centralmente el trabajador productivo. Ya sea realizando actividades materiales o inmateriales, actuando en una actividad manual directa o en los polos más avanzados de las fábricas modernas, ejerciendo actividades más “intelectualizadas” (por cierto, en número mucho más reducido), a las cuales se refirió Marx al caracterizarlo como “supervisor y vigía del proceso de producción” (*Grundrisse*).

En este bosquejo que estoy construyendo, diría que *el papel de la centralidad todavía se encuentra claramente en lo que nosotros llamamos trabajo productivo, trabajo social y colectivo que crea valores de cambio, que genera plusvalía*.

Pero una noción más amplia de clase trabajadora hoy me parece evidente y decisiva para responder al significado esencial de la *forma de ser* de esta clase y, de ese modo, contraponer a los críticos del fin del trabajo, a los críticos del fin de la clase trabajadora; si quisiéramos *hacer la crítica de la crítica*.

Offe, por ejemplo, en un ensayo que se tornó una referencia (*El trabajo como categoría sociológica clave?*) atribuyó la pérdida de la centralidad del trabajo, entre otros elementos, al hecho de que el trabajo obrero ya no posee una ética del trabajo. Pero yo preguntaría: ¿desde cuándo para Marx el trabajo fue considerado central porque estaba dotado de una ética? Este argumento tendría sentido aplicado a Weber, pero no a Marx. La clase trabajadora, para el segundo, es ontológicamente decisiva por el papel fundamental que ejerce en el proceso de creación de valores. Es en la *materialidad misma del sistema, y por la potencia*

lidad subjetiva que eso significa, que su papel se torna central. Entonces, la crítica de Offe, en cuanto a la no centralidad del trabajo (en realidad, una crítica weberiana a una tesis de Weber, en la que prevalece la ética positiva del trabajo), para Marx —y para una reflexión marxiana— no tiene relevancia. Marx tiene una profunda visión *negativa y crítica del trabajo asalariado, del trabajo fetichizado*. En los *Manuscritos de 1844* Marx dice que, si pudiese, *el trabajador huiría del trabajo como si fuese de una peste*.

Continuemos: pensar entonces en los proletarios o en los trabajadores del mundo hoy implica también pensar en aquellos que venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario, incorporando también al proletariado rural que vende su fuerza de trabajo al capital, los llamados *bóias frias* de las regiones agroindustriales. Este proletariado rural que vende su fuerza de trabajo también es parte constitutiva de los trabajadores hoy, de la *clase-que-vive-del-trabajo*.

Los trabajadores de finales del siglo XX incorporan también —y esto me parece decisivo afirmarlo para rebatir la tesis de la pérdida de importancia del mundo del trabajo— a escala mundial, de Japón a Brasil, de los Estados Unidos a Corea, de Inglaterra a México y Argentina, al proletariado precarizado, lo que yo denominé en mi libro *¿Adiós al trabajo?*, como subproletariado moderno, fabril y de servicios, que trabaja a tiempo parcial, que se caracteriza por el trabajo temporario, por el trabajo precarizado, como son los trabajadores de los McDonald's, de los sectores de servicios, de los *fast foods*; que el sociólogo del trabajo inglés Huw Beynon llamó recientemente (con el mismo espíritu con el que yo me referí a la clase-que vive-del-trabajo) como “operarios hifenizados”. Son obreros de trabajo parcial, trabajo precario, por hora, por tiempo. Una bella película inglesa, que se pudo ver en Brasil el año pasado, *The Full Monty* muestra un poco lo que es el trabajador inglés el día de hoy en la fase de las industrias decadentes. *The Full Monty*, (que se tituló aquí *Todo o nada*) es una bella fotografía de aquello que con mucha ironía —porque el film es una comedia, pero llena de sensibilidad— muestra la dureza de las condiciones de vida de los asalariados-desempleados ingleses, de los trabajadores precarizados. Ellos encuentran trabajo en los supermercados, por ejemplo, ganando 3 ó 4 libras por hora; hoy tienen trabajo, mañana no, pasado mañana tienen, siempre desprovistos de derechos. Este es el proletariado de tiempo parcial, lo que yo llamo subproletariado, *porque es el proletariado precarizado en lo que se refiere a sus condiciones de trabajo y desprovisto de los derechos mínimos del trabajo*.

Es la versión “moderna” del proletariado de siglo XIX. Si en algunos sectores (bastante minoritarios) podemos encontrar, por un lado un

proletariado más “calificado e intelectualizado” (en el sentido que el capital le confiere), por otro lado es mucho más intensa la expansión en todos los rincones del mundo del operario más precarizado, como las mujeres trabajadoras de Nike en Indonesia que trabajaban cerca de 60 horas por semana y recibían 38 dólares por mes. Mujeres-trabajadoras trabajando 240 horas por mes, produciendo millares de zapatillas, para que al final del mes, el dinero no les alcanzara siquiera para comprarse un par, ya que seguramente un salario de 38 dólares no permite comprar zapatillas Nike.

Ustedes saben que, según datos de la OIT, actualmente más de mil millones de hombres y mujeres que trabajan lo hacen en condiciones de precarización, subempleados –los trabajadores que el capital usa como si fuesen jeringas descartables– o se encuentran directamente desempleados. La fuerza humana de trabajo es descartada con la misma tranquilidad con la que se descarta una jeringa. Así actúa el capital, y hay entonces una masa enorme de trabajadores que ya son parte del desempleo estructural, son parte del monumental ejército industrial de reserva que se expande en todas partes. Esta tendencia viene acentuándose en función de la vigencia del carácter destructivo de la lógica del capital, mucho más visible en estos últimos veinte o treinta años.

Esto sucedió, por un lado, porque se produjo la expansión nefasta del ideario y de la pragmática neoliberal y, por el otro, por la base social conformada por la nueva configuración del capitalismo, que ha sido denominada como la fase de la reestructuración productiva del capital, en la que el toyotismo y otros experimentos de desregulación, de flexibilización, etcétera, han marcado al mundo capitalista, con mayor intensidad después de la crisis estructural iniciada en los años '70.

Pero está claro que la clase-que-vive-del-trabajo –la clase trabajadora hoy, los nuevos proletarios del final del siglo XX– excluye a lo que João Bernardo llamó gestores del capital, aquellos que son parte constitutiva de la clase dominante por el papel central que tienen en el control y gestión del capital. Son los altos funcionarios que tienen el papel de control en el proceso de valorización y reproducción del capital en el interior de las empresas y que, por eso, reciben salarios altísimos. Son parte de este sistema jerárquico y de mando, son parte fundamental del sistema de metabolismo social del capital, para recordar la formulación de Mészáros, sistema de metabolismo social que subordina jerárquicamente al trabajo al mando del capital. Los gestores del capital, por cierto, no son asalariados y evidentemente están excluidos de la clase trabajadora.

Esta caracterización de la clase trabajadora excluye también, como es evidente, a los pequeños empresarios, porque son tenedores –aunque

en pequeña escala– de los medios de su producción, y excluye naturalmente a aquellos que viven de los intereses y de la especulación. Entonces, comprender la clase trabajadora hoy de modo ampliado implica entender este conjunto de seres sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo, que son asalariados y están desprovistos de los medios de producción. Es esta la síntesis que yo hago de la clase trabajadora hoy en *¿Adiós al trabajo?*: una clase más heterogénea, más complejizada y más fragmentada.¹

Hecho este recorte más analítico, voy a intentar en esta segunda parte de mi presentación delinear las características principales, empíricamente hablando, de la clase trabajadora hoy.

La primera tendencia que se está produciendo en el mundo del trabajo hoy es una reducción del obrero manual, fabril, estable, típico de la fase taylorista y fordista. Ese proletariado se ha reducido a escala mundial, aunque de manera obviamente diferenciada en función de las particularidades de cada país, de su inserción en la división internacional del trabajo. El proletariado industrial brasileiro, por ejemplo, entre los años sesenta y setenta tuvo un crecimiento enorme. Lo mismo se sucedió en Corea, para dar otro ejemplo. Pero aquí me estoy refiriendo a los últimos veinte años en los países centrales y, particularmente en la última década, en los países de industrialización subordinada, como el Brasil. El ABC paulista tenía cerca de 240 mil obreros metalúrgicos en los '80, hoy tiene un poco más de 110 ó 120 mil. En el mismo período, Campinas tenía 70 mil metalúrgicos; hoy tiene 37 mil operarios estables. Ustedes recuerdan que en el pasado una fábrica, como la Volkswagen, decía que era importante porque tenía más de 40 mil operarios. Hoy tiene menos de 20 mil y produce, sin embargo, mucho más que en aquel entonces. Eso quiere decir que hoy es sinónimo de “proeza y vitalidad” del capital citar una fábrica que produce mucho, cada vez con menos operarios.

Ustedes podrían decir, entonces, que tenía razón André Gorz cuando vaticinó el *fin del proletariado*. Porque, en esta línea de argumentación, se podría decir que lo que está disminuyendo tiende a desaparecer. Pero sucede que hay una segunda tendencia, decisiva (que el propio Gorz percibió, sobre todo porque Gorz es un científico social inteligente, aunque no supo tratar analíticamente el problema). Esa segunda tendencia, muy importante porque contradice a la primera, *está marcada*

1. En forma similar, el libro de Alain Bihr, *De la gran noche a la alternativa (El movimiento obrero europeo en crisis)*, delinea sugestivamente los trazos más característicos de lo que es el proletariado europeo hoy.

por el enorme aumento del trabajo asalariado y del proletariado precarizado a escala mundial. En las últimas décadas, paralelamente a la reducción de los empleos estables, aumentó en una escala explosiva el número de trabajadores asalariados, hombres y mujeres, en régimen de tiempo parcial y en trabajos asalariados temporarios. Esa es una fuerte manifestación de ese nuevo segmento que compone a la clase trabajadora hoy, o la expresión de este *nuevo proletariado*.

Tercera tendencia: se experimenta un aumento destacado del trabajo femenino en el mundo del trabajo, tanto en la industria como en el sector de servicios. La clase trabajadora siempre fue tanto masculina como femenina. Sólo que la proporción se está alterando mucho. En Inglaterra, por ejemplo, hoy es mayor el número de mujeres que trabajan en relación al número de hombres que trabajan. En varios países europeos, cerca del 40 ó 50 % (o más) de la fuerza de trabajo es femenina. Incluso porque, cuanto más se extienden los trabajos a tiempo parcial, más la fuerza de trabajo femenina ocupa ese universo.

Esta tendencia tiene desdoblamientos decisivos. No puedo exponer en detalles esta temática, pero las cuestiones complejas que surgen de esto son enormes. Primero, la incorporación de la mujer en el mercado de trabajo es, por cierto, un momento importante de la emancipación *parcial* de las mujeres, pues anteriormente el acceso estaba mucho más marcado por la presencia masculina. Pero, y esto me parece central, el capital lo hizo a su manera. ¿Y de qué manera lo hizo el capital? Reconfiguró *una nueva división sexual del trabajo*. En las áreas donde es mayor la presencia de *capital intensivo*, de maquinaria más avanzada, predominan los hombres. Y en las áreas de mayor *trabajo intensivo*, donde es mayor aún la explotación del trabajo manual, trabajan las mujeres. Es eso lo que vienen mostrando las investigaciones, por ejemplo, las de la investigadora inglesa Anna Pollert. ¡Y cuando no son las mujeres, son los negros, y cuando no son los negros, son los inmigrantes, y cuando no son los inmigrantes, son los niños, o todos ellos juntos!

Y si la clase trabajadora es tanto masculina como femenina, el socialismo no será una construcción exclusiva de la clase trabajadora masculina. Los sindicatos clasistas tampoco podrán ser sindicatos sólo de hombres trabajadores; la emancipación del género humano contra las formas de opresión del capital, que sabemos serán las centrales, las decisivas, se combina con otras formas de opresión. Además de las formas de opresión de clase, dadas por el sistema del capital, la opresión de género tiene una existencia que es precapitalista, que permanece bajo el capitalismo y que tendrá vida después del capitalismo, *si esa forma de opresión no es radicalmente eliminada de las relaciones entre los seres*

sociales, entre los hombres y mujeres. La emancipación frente al capital, así como la emancipación de género, son momentos constitutivos del *proceso de emancipación del género humano frente a las formas de opresión y dominación*. Así como la rebeldía de los negros contra el racismo de los blancos, la lucha de los trabajadores inmigrantes contra el nacionalismo xenófobo, de los homosexuales contra la discriminación sexual, entre las tantas líneas de opresión del ser social hoy. Yo diría que para pensar la cuestión de la emancipación humana y de *la lucha central contra el capital*, esos elementos que estoy exponiendo son decisivos. Son, por lo tanto, múltiples las luchas emancipatorias.

Claro que la clase trabajadora siempre fue también femenina. Pero era predominantemente femenina en algunos sectores productivos, como en el sector textil, por ejemplo. Hoy la presencia femenina predomina en muchas áreas, en diversos sectores y especialmente en el trabajo a tiempo parcial, que se extiende en el mundo entero en los últimos años. El capital percibió que la mujer ejerce actividades polivalentes en el trabajo doméstico y fuera de su casa, y a esta polivalencia del trabajo de la mujer el capital lo viene explotando intensamente. Ya “explotaba” el trabajo femenino en el espacio doméstico, en la esfera de la reproducción, ampliando la explotación hacia el espacio fabril y de servicios. Articular *las acciones de clase con las acciones de género* se torna aún más decisivo.

Cuarta tendencia: hay una enorme expansión de los asalariados medios, en el sector bancario, supermercados, los llamados sectores de servicios en general. Son los nuevos proletarios, en el sentido de ser asalariados y sufrir una degradación intensificada del trabajo, conforme dijimos anteriormente.

Quinta tendencia: hay una exclusión enorme de los jóvenes y de los “viejos” (en el sentido dado por el capital destructivo). Los jóvenes son aquellos que terminan sus estudios medios o superiores y no tienen espacio en el mercado de trabajo. Los jóvenes europeos, los jóvenes norteamericanos y también los jóvenes brasileños ya no tienen más garantizado su espacio en el mercado. En Europa, la única garantía es la certeza del desempleo. Algo que ya caracteriza también a nuestro mercado de trabajo. Y los trabajadores de 40 años o más, considerados “viejos” por el capital, una vez desempleados no vuelven más al mercado de trabajo. Realizan trabajos informales, parciales, a tiempo parcial, etcétera. Imaginen las profesiones que desaparecerán: inspector de calidad, por ejemplo, que desapareció de las fábricas. El individuo que era inspector de calidad desde hace 25 años, una vez que queda desempleado, ¿volverá a trabajar en otra fábrica con una nueva profesión o la fábrica

contratará a un trabajador joven, formado con los “moldes” de la polivalencia y de la multifuncionalidad, al que le pagará mucho menos de lo que ganaba aquel inspector de calidad? La respuesta es evidente. Ese trabajador “viejo” será un nuevo integrante del monumental ejército industrial de reserva.

Por lo tanto, al contrario de hablar del *fin del trabajo*, parece evidente que el capital consiguió a escala mundial ampliar las esferas de asalariamiento y de explotación del trabajo a través de las varias formas de precarización, subempleo, tiempo parcial, etcétera. Lo esencial del toyotismo, ya lo decía Satoshi Kamata en su libro *Japan in the Passing Lane* (un reportaje clásico sobre la Toyota, que él caracterizó como “la fábrica de la desesperación”), su principal objetivo, era reducir el “desperdicio”. De modo metafórico: si el trabajador respiraba y mientras respiraba había momentos en que no producía, urgía *producir respirando y respirar produciendo y nunca respirar sin producir*. Si el trabajador pudiese producir sin respirar, el capital lo permitiría, pero respirar sin producir, no. Y, de este modo, Toyota consiguió reducir en 33 % su “tiempo ocioso” o su “desperdicio”.

Es por eso que la industria automotriz japonesa producía en 1955 una cantidad de automóviles irrisoria frente a la producción norteamericana (solamente 69.000 unidades frente a 9,2 millones en los Estados Unidos), y llegó veinte años después a una productividad superior a la de los norteamericanos. Empujó la productividad a la cima. Los capitalistas japoneses llamaban a los capitalistas norteamericanos y decían: ustedes tienen obreros lentos, su sistema de producción es lento, ustedes tienen que reaprender con nosotros. Los capitalistas japoneses decían incluso: nosotros aprendimos de ustedes, el toyotismo no es una creación japonesa, se inspiró en el modelo norteamericano de los supermercados, en la industria textil, etcétera.

Entonces, lo que se ve no es el fin del trabajo, y sí el retorno de niveles explosivos de explotación del trabajo, *de intensificación del tiempo y del ritmo de trabajo*. Vale recordar que la jornada puede incluso reducirse, en tanto el ritmo se intensifica. Y es exactamente eso lo que viene ocurriendo en prácticamente todas partes: una mayor intensidad, una mayor explotación de la fuerza humana que trabaja. En el otro extremo del proceso, en las unidades productivas *de punta* —que son evidentemente minoritarias cuando se mira la totalidad del trabajo— se encuentran, por cierto, formas de trabajo más “intelectualizado” (en el sentido dado por el capital), formas de trabajo inmaterial. Todo esto es, sin embargo, algo muy distinto que hablar del fin del trabajo. Y es muy visible hoy la vigencia de lo que Marx llamó *el trabajo social combina-*

do. Decía: no importa si es un obrero más intelectualizado, si es un obrero manual directo, si está en el centro, en el núcleo del proceso o más en el borde, lo importante es que participa del proceso de creación de valores, *de la valorización del capital*, y esa creación resulta de un trabajo colectivo, de un trabajo social combinado, conforme lo plantea en el *Capítulo VI (Inédito)*, que aquí cito de memoria. Y si el trabajador está *subsumido* de hecho al capital, si participa directamente del proceso de valorización de este mismo capital, entonces es un trabajo productivo.

La clase trabajadora (los “trabajadores del mundo en el cambio de siglo”) es más explotada, más fragmentada, más heterogénea, más complejizada, también en lo que se refiere a su actividad productiva: es un operario o una operaria trabajando en promedio con cuatro, cinco o más máquinas al mismo tiempo. Están desprovistos de derechos y su trabajo está desprovisto de sentido, en conformidad con el carácter destructivo del capital, por lo cual las relaciones metabólicas bajo el control del capital no sólo degradan la naturaleza, llevando el mundo a la vera de la catástrofe ambiental, sino que también precarizan a la fuerza humana que trabaja, desempleando o subempleando, además de intensificar los niveles de explotación.

No puedo coincidir, por lo tanto, con la tesis del fin del trabajo y mucho menos con el fin de la revolución del trabajo. La emancipación de nuestros días es centralmente una revolución *en el trabajo, del trabajo y por el trabajo*. Pero ése es un emprendimiento societal más difícil, en la medida en que no es fácil rescatar el sentido de pertenencia de clase, que el capital y sus formas de dominación (incluyendo la decisiva esfera de la cultura) procuran enmascarar y nublar.

Durante la vigencia del taylorismo/fordismo en el siglo XX, ciertamente que los trabajadores no eran homogéneos; siempre hubo hombres trabajadores, mujeres trabajadoras, jóvenes trabajadores, calificados y no calificados, nacionales e inmigrantes, etcétera; estas son las múltiples divisiones que marcan a la clase trabajadora. Es evidente también que en el pasado ya había tercerización (en general, los restaurantes eran tercerizados, la limpieza era tercerizada, el transporte colectivo, etcétera). Se dio, sin embargo, una enorme intensificación de este proceso que lo alteró cualitativamente, haciendo que aumentaran y se intensificaran las divisiones anteriores.

Al contrario del taylorismo/fordismo (que, es bueno recordar, aun está vigente en varias partes del mundo, aunque muchas veces de manera híbrida o mezclada), en el toyotismo, en su versión japonesa, el trabajador se torna, como escribí en *¿Adiós al trabajo?*, un déspota de sí mismo. Es instigado a autorrecrearse y castigarse si su producción no

alcanza la llamada “calidad total” (esta falacia mistificadora del capital). Trabaja en un colectivo, en equipos o células de producción, y si un trabajador o una trabajadora no concurre al trabajo se lo reclamarán los propios miembros que forman su equipo. Es así en el ideario del toyotismo. Tal como es concebida la lógica de este ideario, las resistencias y las rebeldías son completamente rechazadas como actitudes contrarias “al buen desempeño de la empresa”. Eso llevó a que un conocido estudioso, Coriat, dijese positivamente que el toyotismo ejerce un *involucramiento incitado*. Confrontando fuertemente con esta opinión, caracterizo ese procedimiento como el de un *involucramiento manipulado*. Se trata de un momento efectivo de extrañamiento del trabajo o, si prefieren, de la alienación del trabajo, que es sin embargo llevada al límite, interiorizada en el “alma del trabajador”, obligándolo a pensar sólo en la productividad, en la competitividad, en cómo mejorar la producción de la empresa, de su “otra familia”. Doy un ejemplo elemental: ¿cuántos pasos consiguió reducir un trabajador para hacer su trabajo? Esos pasos reducidos en una hora significan tantos pasos en un día. Tantos pasos en un día significan tantos pasos en un mes. Y tantos pasos en un mes significan tantos pasos en un año. Tantos pasos en un año significan tantas piezas producidas de más, *creándose un círculo infernal de desefectivización y deshumanización en el trabajo: es el trabajador pensando para el capital*. Así lo quieren el toyotismo y sus variantes.

Y aún queda una cuestión muy importante: el taylorismo y el fordismo tenían una concepción muy lineal, en que la gerencia científica *elaboraba* y el trabajador manual *ejecutaba*. El toyotismo percibió, sin embargo, que el *saber intelectual* del trabajo es mucho mayor de lo que el fordismo y el toyotismo imaginaban, y que era preciso dejar que el *saber intelectual del trabajo floreciese* y fuese también apropiado por el capital. Lo que Jean-Marie Vincent, entre otros, denominó como la fase de vigencia del *trabajo intelectual abstracto*. Es, en nuestra formulación, aquel momento en que el gasto de energía, para recordar a Marx, se torna gasto de energía intelectual, que el capital toyotizado incentiva para apropiárselo también, en una dimensión mucho más profunda de la lograda por el taylorismo y el fordismo. Es solamente por eso que el capital, durante un período de la semana (en general una o dos horas), deja a los trabajadores “sin trabajar”, discutiendo en los círculos de control de calidad. Porque son esos momentos los que permiten que florezcan las ideas de quien realiza la producción –yendo más allá de los modelos dados por la gerencia científica– y el capital toyotizado sabe apropiarse intensamente de esa dimensión intelectual del trabajo que emerge en la fábrica y que el taylorismo/fordismo despreciaba.

Es evidente que de este proceso que se expande y se complejiza en los sectores de punta del proceso productivo (lo que no puede ser en ningún caso generalizado) resultan máquinas más inteligentes, que a su vez precisan de trabajadores más “calificados”, más aptos para operar con esas máquinas informatizadas. Y, en el proceso desencadenado, nuevas máquinas más inteligentes pasan a producir actividades antes realizadas por la actividad exclusivamente humana, desarrollándose un proceso de interacción entre trabajo vivo diferenciado y trabajo muerto más informatizado. Lo que llevó a Habermas a decir, en mi opinión erróneamente, que la ciencia se transformaba en la principal fuerza productiva, sustituyendo –y de esta manera eliminando– la relevancia de la teoría del valor-trabajo. Por el contrario, pienso que hay una nueva forma de interacción del trabajo vivo con el trabajo muerto, hay un proceso de *tecnología de la ciencia* que, sin embargo, no puede eliminar al trabajo vivo, aunque puede reducirlo, alterarlo y fragmentarlo. Pero la tragedia del capital es que no puede suprimir definitivamente el trabajo vivo y no puede, por lo tanto, eliminar a la clase trabajadora. Comprender un poco de la conformación de esta clase trabajadora hoy fue lo que aquí hemos procurado hacer.

Apéndice III

Socialismo y mundo del trabajo en América Latina*

Algunos puntos para el debate

En este número especial, dedicado a la conmemoración del 25° aniversario de *Latin American Perspectives*, quería señalar algunos puntos que deben constituir uno de los posibles ejes temáticos de la revista para la nueva fase que se inicia. En lugar de mirar a su pasado, me gustaría indicar un conjunto de problemáticas que me parecen de extrema relevancia en el mundo contemporáneo. Dada la imposibilidad de tratarlas de modo más detallado en el ámbito de este pequeño texto, procuro solamente indicarlas bajo la forma de notas.

- 1) En el inicio del siglo XXI, el proyecto socialista se encuentra en condiciones de realizar un balance más conclusivo: derrotadas sus más importantes experiencias, con la URSS al frente, es posible constatar que estos proyectos no fueron capaces de derrotar al *sistema de metabolismo social* del capital. Ese sistema, constituido por el tríptico capital, trabajo y Estado, no puede ser superado sin la eliminación del conjunto de los elementos que comprenden a este sistema. No basta con eliminar uno o incluso dos de sus polos. El desafío es superar a los tres elementos, en los que está incluida la división social jerárquica del trabajo que subordina *el trabajo al capital*. Por no haber avanzado en esta dirección, los países poscapitalistas fueron incapaces de romper la lógica del capital. Pienso que la reflexión de este punto es un primer y decisivo desafío.
- 2) La experiencia del “socialismo en un solo país”, e incluso en un conjunto limitado de países, es un emprendimiento también pre-

* Publicado en la Revista *Latin American Perspectives*, Vol. 25-6, número especial de sus 25 años, California, noviembre de 1998.

destinado a la derrota. Como dice Marx, el socialismo es un *proceso histórico-mundial*; las *revoluciones políticas* pueden inicialmente asumir una conformación nacional, más limitada y parcial. Pero las *revoluciones sociales* tienen un intrínseco significado universalizante. En la fase del capital mundializado, el socialismo solamente podrá ser concebido como un emprendimiento global/ universal.

- 3) En este contexto, las posibilidades de revolución política en América Latina deben ser pensadas como parte de un proceso *que no se agota en su espacio nacional*. Como vimos a lo largo del siglo XX, la tesis del "socialismo en un solo país" tuvo un trágico resultado. Repetirlo sería correr el riesgo de la farsa. El mayor desafío, por lo tanto, es buscar la ruptura con la lógica del capital a escala mundial. Países como Brasil, México y Argentina pueden desempeñar papeles relevantes en ese escenario, visto que se constituyen en polos importantes de la estructuración mundial del capital. Están dotados de un significativo parque productivo y su importancia estratégica les confiere grandes posibilidades, ya que están muy directamente vinculados al centro del capital. Junto con India, Rusia, Corea y China, entre otros que no están directamente en el centro del sistema capitalista, constituyen una gama de fuerzas sociales del trabajo, capaces de impulsar un proyecto que tenga como horizonte una organización social socialista de nuevo tipo, renovada y radical.
- 4) En ese marco, el desarrollo de los movimientos sociales de izquierda, capaces de enfrentar algunos de los más agudos desafíos de este fin de siglo, se muestra como bastante promisorio. El movimiento social y político de los zapatistas, en México, la aparición del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil, la vuelta de las luchas obreras y sindicales en América Latina de los años '90, las explosiones sociales de los trabajadores desempleados, entre otros movimientos de izquierda que emergen en el mundo contemporáneo, son ejemplos de nuevas formas de organización de los trabajadores que se rebelan contra el sentido destructivo del capital.
- 5) El capital tiene un sistema de metabolismo y de control social esencialmente *extraparlamentario*. De ese modo, cualquier tentativa por superar a este sistema de metabolismo social que se atenga a la esfera institucional y parlamentaria estará imposibilitada de derrotarlo. El mayor mérito de estos nuevos movimientos sociales de izquierda aflora en la centralidad que le confieren a

las luchas sociales. El mayor desafío del mundo del trabajo y de los movimientos sociales de izquierda es crear e inventar nuevas formas de actuación *autónomas*, capaces de articular y dar centralidad a las acciones de clase. Es absolutamente imperioso terminar con la separación, introducida por el capital, entre acción económica realizada por los sindicatos, y acción político-parlamentaria realizada por los partidos. La lucha contra el dominio del capital debe articular *la lucha social* y *la lucha política* en un complejo indisoluble.

- 6) El mundo del trabajo tiene cada vez más una conformación mundializada. Con la expansión del capital a escala global y la nueva forma asumida por la división internacional del trabajo, las respuestas del movimiento de los trabajadores asumen cada vez más un sentido universalizante. Cada vez más, las luchas de alcance nacional deben estar articuladas con una lucha de amplitud internacional. La transnacionalización del capital y de su sistema productivo, obliga aún más a la clase trabajadora a pensar en formas internacionales de acción, confrontación y solidaridad.
- 7) La clase trabajadora en el mundo contemporáneo es más compleja y heterogénea que la existente durante el período de expansión del fordismo. El rescate del *sentido de pertenencia de clase*, contra las innumerables fracturas, objetivas y subjetivas, impuestas por el capital, es uno de los desafíos más apremiantes. Impedir que los trabajadores precarizados queden al margen de las formas de organización social y política de clase, es un desafío imperioso en el mundo contemporáneo. La comprensión de las complejas conexiones entre clase y género, entre trabajadores "estables" y trabajadores precarizados, entre trabajadores nacionales y trabajadores inmigrantes, entre trabajadores calificados y sin calificación, entre trabajadores jóvenes y viejos, entre trabajadores incluidos y desempleados, en fin, entre tantas otras fracturas que el capital impone sobre la clase trabajadora, se torna fundamental, tanto para el movimiento obrero latinoamericano como para la reflexión de la izquierda. El rescate del sentido de pertenencia de clase es la cuestión crucial en este cambio de siglo.

Por eso pienso que, en la pauta de *Latin American Perspectives* que se abre para esta nueva fase de su historia, esas cuestiones deben merecer su reflexión prioritaria.

Apéndice IV

Por dónde recomenzar: Luchas sociales y diseño societal socialista en el Brasil reciente*

I

El capitalismo contemporáneo, con la configuración que viene asumiendo en las últimas décadas, acentuó su lógica destructiva en la que se diseñan algunas de sus tendencias que han afectando fuertemente el mundo del trabajo. El patrón de acumulación capitalista estructurado bajo el binomio taylorismo/fordismo viene siendo crecientemente alterado, mezclado y en algunos casos incluso sustituido por las formas productivas flexibilizadas y desregularizadas, de las cuales la llamada acumulación flexible y el modelo japonés, o toyotismo, son ejemplos.

De manera sintética, entendemos el binomio fordismo/taylorismo como expresión del sistema productivo y su respectivo proceso de trabajo que dominaron la gran industria capitalista a lo largo de buena parte del siglo XX, fundado en la producción en masa, responsable por una producción más homogeneizada. Este binomio se caracterizó por la combinación de la *producción en serie fordista con el cronómetro taylorista*, además de fundarse en el trabajo parcelario y fragmentado, con una línea demarcatoria nítida entre *elaboración y ejecución*. De ese proceso productivo y de trabajo centrado en la gran industria concentrada y verticalizada se expandió el *obrero-masa*, el trabajador colectivo de las grandes empresas fuertemente jerarquizadas.

Del mismo modo, el *Estado de bienestar*, que dio sustento al modelo socialdemócrata y conformaba el aparato político, ideológico y contractual de la producción fordista, en varios países centrales, viene también siendo solapado por la desregularización neoliberal, privatizadora y antisocial. Teniendo en la reestructuración productiva del capital su

* Publicado en *Herramienta* N° 13, Buenos Aires, 2000 y, con algunas modificaciones, en *Latin American Perspectives*, Sage, California.

base material, el proyecto neoliberal asumió formas singulares e hizo que diversos países capitalistas reorganizaran su mundo productivo, procurando combinar elementos del ideario neoliberal y dimensiones de la reestructuración productiva del capital. Cada vez más próximos de la agenda neoliberal, los diversos gobiernos socialdemócratas de Occidente han dado enormes ejemplos de compatibilización, así como también de defensa de este proyecto. Desde Felipe González a Mitterrand, pasando también por el Nuevo Laborismo de Tony Blair en el Reino Unido, el agotamiento del proyecto socialdemócrata clásico es evidente, metamorfoseándose en un programa que incorpora elementos básicos del neoliberalismo, con un barniz cada vez más tenue de la era contractuista de la socialdemocracia.

Fue en ese contexto que el proceso de recuperación capitalista, iniciado después del 45 en Japón, emergió con fuerza creciente como un recetario en el mundo occidental a partir de mediados de los años setenta, como un intento de recuperación capitalista de la crisis estructural que entonces se esbozaba en los países centrales. Habiendo sido responsable de un avance vigoroso del capitalismo en Japón, el toyotismo se presentaba entonces como el más estructurado recetario productivo ofrecido por el capital, como un posible remedio para la crisis. El toyotismo o “modelo japonés” puede ser entendido, sintéticamente, como una forma de organización del trabajo que nace a partir de la fábrica Toyota en el Japón después de la Segunda Guerra y se diferencia (con mayor o menor intensidad) del fordismo, básicamente, en los siguientes trazos:

- 1) Es una producción más directamente vinculada a los flujos de la demanda.
- 2) Es variada y bastante heterogénea y diversificada.
- 3) Se fundamenta en el trabajo obrero en equipo, con multivariedad y flexibilidad de funciones, en la reducción de las actividades *improductivas* dentro de las fábricas y en la *ampliación y diversificación de las formas de intensificación de la explotación del trabajo*.
- 4) Tiene como principio el *just in time*, el mejor aprovechamiento posible del tiempo de producción, y funciona según el sistema de *kanban*, placas o señales de comando para reposición de piezas y de stocks (que, en el toyotismo, debe ser mínimo). Mientras en la fábrica fordista cerca del 75% era producido en su interior, en la fábrica toyotista solamente el 25% se produce en la planta. *Horizontaliza* el proceso productivo y transfiere a “terceros” gran parte de lo que anteriormente era producido dentro de la fábrica.

La falacia de la “calidad total” pasa a tener un papel importante en el proceso productivo. Proliferaron los círculos de control de calidad, constituyéndose como grupos de trabajadores incentivados por el capital para discutir el trabajo y su desempeño con vistas a mejorar la productividad y la ganancia de la empresa. En verdad, es la nueva forma que el capital utiliza para apropiarse del *savoir faire intelectual* del trabajo. El *despotismo taylorista* aparece entonces mezclado con la *manipulación* del trabajo, con el “involucramiento” de los trabajadores a través de un proceso aún más profundo de *interiorización del trabajo alienado (extrañado)*. El obrero debe pensar y hacer *por y para* el capital, lo que profundiza (en lugar de disminuir) la subordinación del trabajo al capital. En Occidente, los círculos de control de calidad han variado en cuanto a su implementación, dependiendo de las especificidades y singularidades de los países en que son implementados.

Esa *vía particular de desarrollo del capitalismo contemporáneo japonés* se mostró, para Occidente, como una alternativa posible de ser incorporada por el capital, con más o menos modificaciones en relación con su proyecto fordista original, variando en función de las condiciones particulares de cada país y de la propia vitalidad del fordismo. Se hizo con base en varios experimentos del capital, de la vía japonesa a la experiencia de los EE.UU. (California), del norte de Italia a la experiencia sueca, entre tantas otras, *pero teniendo al toyotismo como su proyecto más osado*, que el capital rediseñó su proceso productivo, combinando esos nuevos elementos con su patrón productivo fordista anterior (véase, por ejemplo, Tomaney, 1996; Amin, 1996; Antunes, 1995; Lima, 1996; Gounet, 1991; Bihr, 1991 y 1992; Bihr, 1998 y Antunes, 1999).

Por la propia finalidad a la que conducen estas tendencias, que en verdad se constituían en respuestas del capital a su propia crisis estructural caracterizada por su tendencia depresiva continua y profunda (Mészáros, 1995; Chesnais, 1996), es que se acentuaron los elementos destructivos que presiden su lógica. Cuanto más aumentan la competitividad y la competencia intercapitalista, más nefastas son sus consecuencias, de las cuales dos manifestaciones son particularmente virulentas y graves: la destrucción y/o precarización, sin paralelos en toda la era moderna, de la fuerza humana que trabaja —de lo cual el *desempleo estructural* es el mayor ejemplo— y la creciente degradación en la relación metabólica entre hombre y naturaleza, que destruye el medio ambiente conducida por la lógica societal volcada prioritariamente a la producción de mercaderías y al proceso de valorización del capital.

Se trata, por lo tanto, de una destrucción aguda que en el fondo representa la expresión más profunda de la crisis estructural que azota la

(des)sociabilización contemporánea: se destruye la fuerza humana que trabaja; se destruyen los derechos sociales; se brutalizan enormes contingentes de hombres y mujeres que viven de la venta de su fuerza de trabajo; se vuelve depredatoria la relación producción/naturaleza, creándose una monumental “sociedad de lo descartable”, que tira afuera todo lo que sirvió como “embalaje” de las mercaderías y/o su sistema, manteniendo y agilizando, sin embargo, el circuito reproductivo del capital.

En ese escenario, caracterizado por la tríada que domina el mundo (EE.UU. y su NAFTA, todavía claramente hegemónico en lo económico, en lo político y en lo ideológico, pero teniendo próximos a Alemania —que lidera a la Europa unificada— y al Japón, al frente de los demás países asiáticos), cuando una de las columnas de la tríada más se fortalece, las otras más se resienten y se debilitan. Véase por ejemplo, la actual crisis que se intensifica en el Japón y en los países asiáticos y cuyo potencial de propagación es avasallador. En el embate cotidiano que emprenden para expandirse por los lugares del mundo que interesan y también para coadministrar sus situaciones más explosivas, en resumen, para disputar y al mismo tiempo gestionar las crisis, acaban por acarrear aún más destrucción y precarización. El libre vuelo, parasitario y destructivo, de los capitales volátiles es una clara expresión del *carácter estructural de la crisis contemporánea*.

América Latina se “integra” a la llamada mundialización destruyéndose socialmente. Los niveles de indigencia social hablan por sí solos. De Argentina a México, pasando por el Perú del pequeño bonaparte Fujimori; y ni que hablar del Brasil de Fernando Henrique Cardoso, el *príncipe del servilismo al gran capital* (mezcla pomposa de pequeñez fujimorista con un toque jocoso de “nobleza” inspirado en la Dama de Hierro del neoliberalismo inglés). En Asia, la enorme expansión se da a costa de una brutal superexplotación del trabajo, de la cual la huelga de los trabajadores de Corea del Sur en 1997 es una firme denuncia. Superexplotación que atañe también profundamente a mujeres y niños. De África, el capital ya no quiere casi nada más. Sólo le interesa su parte rica.

¿Qué decir de una forma de sociabilidad que desemplea o precariza a más de mil millones de personas, *alrededor de un tercio de la fuerza humana mundial que trabaja*? Esto es así porque el capital es incapaz de realizar su autovalorización sin utilizar el trabajo humano. Puede disminuir el trabajo vivo, pero *no eliminarlo*. Puede precarizarlo y desemplear a contingentes inmensos, pero no puede extinguirlo.

En ese contexto, cuyos problemas más agudos aquí solamente indicamos brevemente, tiene consecuencias enormes en el mundo del trabajo. Señalo las más importantes de ellas:

- 1) disminución del operario manual, fabril, “estable”, típico del binomio taylorismo/fordismo y de la fase de expansión de la industria verticalizada y concentrada;
- 2) aumento acentuado del *nuevo proletariado*, de las innumerables formas de *subproletarización* o *precarización del trabajo*, como consecuencia de la expansión del trabajo parcial, temporario, subcontratado, tercerizado, que se ha intensificado a escala mundial, tanto en los países del Tercer Mundo como en los centrales;
- 3) aumento substancial del trabajo femenino en el interior de la clase trabajadora también a escala mundial, aumento que ha abastecido principalmente (aunque no se restrinja a él) el espacio del trabajo precarizado, subcontratado, tercerizado, a tiempo parcial, etcétera;
- 4) enorme expansión de asalariados medios especialmente en el “sector de servicios”, que inicialmente aumentó en amplia escala pero que viene presentando también niveles de creciente desempleo;
- 5) exclusión de los trabajadores jóvenes y de los trabajadores “viejos” —según la definición del capital: en torno a los 40 años— del mercado de trabajo de los países centrales;
- 6) intensificación y superexplotación del trabajo, con la utilización brutal del trabajo de los inmigrantes, de los negros, además de la expansión de los niveles de trabajo infantil bajo condiciones criminales en tantas partes del mundo como Asia, América Latina, entre otras;
- 7) hay, en niveles explosivos, un proceso de desempleo estructural que, sumado al trabajo precarizado, a tiempo parcial, temporario, etcétera, alcanza cerca de un tercio de la fuerza humana mundial que trabaja;
- 8) hay una expansión de lo que Marx llamó *trabajo social combinado* (Marx, 1994), en el que trabajadores de diversas partes del mundo participan del proceso de producción y de servicios. Lo que, es evidente, no va en el sentido de la eliminación de la clase trabajadora, sino de su complejización, utilización e intensificación de manera cada vez más diversificada, acentuada y precarizada, agudizando la necesidad de una estructuración *internacional* de los trabajadores para enfrentar al capital. Por lo tanto, la clase trabajadora *se fragmentó, se heterogeneizó y se complejizó* aun más (Antunes, 1995).

Esas consecuencias en el interior del mundo del trabajo ponen en evidencia que, bajo el capitalismo no se constata el fin del *trabajo* como

medida de *valor*, sino un cambio cualitativo dado, por un lado, por el peso creciente de su dimensión más calificada del trabajo multifuncional, del operario apto para operar con máquinas informatizadas, de *objetivación de actividades cerebrales*¹ y, por otro lado, por la máxima *intensificación* de las formas de explotación del trabajo, presentes y en expansión en el *nuevo proletariado*, en el *subproletariado industrial y de servicios*, en el enorme abanico de trabajadores que son explotados crecientemente por el capital, no sólo en los países subordinados sino en el propio corazón del sistema capitalista. Se tiene, por lo tanto, cada vez más una creciente *capacidad de trabajo socialmente combinada*, que se convierte en el agente real del proceso de trabajo total, lo que vuelve, según Marx, absolutamente *indiferente* el hecho de que la función de otro trabajador sea más próxima o más distante del trabajo manual directo. Y, al contrario del fin del *valor-trabajo*, se puede constatar una interrelación complejizada entre *trabajo vivo y trabajo muerto*, entre *trabajo productivo e improductivo*, entre *trabajo material e inmaterial*, acentuando aún más las formas de la extracción de *plusvalía relativa y absoluta* que se realiza a escala ampliada y mundializada.

Esos elementos –que aquí solamente se indican en sus tendencias más genéricas–, repito, no posibilitan conferir estatuto de validez a las *tesis sobre el fin del trabajo bajo el modo de producción capitalista*. Lo que se evidencia aún más cuando se constata que dos tercios de la fuerza de trabajo son parte constitutiva de los países del llamado Tercer Mundo (eufemísticamente llamados “emergentes”), donde las tendencias anteriormente apuntadas tienen incluso un ritmo bastante *particularizado y diferenciado*. Restringser a Alemania o a Francia y, a partir de ahí, hacer *generalizaciones y universalizaciones* sobre el *fin del trabajo o de la clase trabajadora*, sin considerar lo que pasa en países como la India, China, Brasil, México, Corea del Sur, Rusia, Argentina, etcétera, –para no hablar de Japón– se configura como un equívoco de gran significación. Vale todavía agregar que la tesis del fin de la clase trabajadora –aún cuando se restrinja a los países centrales– está desprovista de fundamentación, en mi opinión, tanto empírica como analíticamente. Una noción *ampliada* de trabajo, que tome en cuenta su carácter multifacético, es un firme argumento para responder a este equívoco (véase Bidet y Texler, 1995).

Esto sin mencionar el hecho de que la eliminación del trabajo y la generalización de esta tendencia bajo el capitalismo contemporáneo in-

cluido el enorme contingente de trabajadores del Tercer Mundo– supondría la destrucción de la propia *economía de mercado*, por la incapacidad de integralización del proceso de acumulación del capital, en la medida en que los robots no podrían participar del mercado como consumidores. La simple supervivencia de la economía capitalista estaría comprometida, sin mencionar tantas otras consecuencias sociales y políticas explosivas que surgirían de dicha situación (Mandel, 1986). Todo esto pone en evidencia que es un error pensar en la *desaparición* o en el *fin del trabajo en tanto perdure la sociedad capitalista productora de mercaderías* y –lo que es fundamental– tampoco es posible prever la perspectiva de alguna posibilidad de eliminación de la *clase-que-vive-del-trabajo*² en tanto se *mantengan vigente los pilares constitutivos del sistema de metabolismo societal del capital* (Mészáros, 1995).

La imprescindible eliminación del trabajo asalariado, del trabajo fetichizado y extrañado (alienado) y la creación de *individuos libremente asociados* está, por lo tanto, indisolublemente vinculada a la necesidad de eliminar *integralmente* el capital y su *sistema de metabolismo social* en todas sus formas. Si el fin del trabajo asalariado y fetichizado es un imperativo societal decisivo e ineliminable, esto no debe, sin embargo, impedir un estudio cuidadoso de la clase trabajadora hoy, así como diseñar sus principales metamorfosis.

Asume especial importancia la forma en la cual estas transformaciones arriba resumidas vienen afectando al *movimiento social y político de los trabajadores* (incluido el movimiento sindical y partidario),

2. La expresión *clase-que-vive-del-trabajo* es utilizada aquí como sinónimo de *clase trabajadora*, esto es, la clase de trabajadores/ trabajadoras que viven de la venta de su fuerza de trabajo. Por lo que dije más arriba, aunque de manera sintética, al contrario de los autores que defienden el fin del trabajo y el fin de la clase trabajadora, esa expresión pretende enfatizar el sentido contemporáneo de la clase trabajadora (y la consiguiente centralidad del trabajo). En ese sentido, la expresión engloba: 1) todos aquellos/as que venden su fuerza de trabajo, incluyendo tanto el trabajo productivo como el improductivo (en el sentido dado por Marx); 2) los asalariados del sector de servicios y también el proletariado rural; 3) el subproletariado, proletariado precarizado, sin derechos, y también trabajadores desempleados que componen el ejército industrial de reserva y han sido puestos en disponibilidad en forma creciente por el capital en esta fase de desempleo estructural. La expresión excluye, naturalmente, los gestores y altos funcionarios del capital que reciben rendimientos elevados o viven de intereses. Incorpora integralmente la idea marxiana del trabajo social combinado, tal como aparece en el *Capítulo VI (Inédito)*, al cual me referí más arriba. Véase Ernest Mandel, 1996, así como el capítulo VI del presente libro.

1. La expresión está tomada de Lojkin, 1995. Véase también Wolf, 1998.

especialmente en países que se diferencian de los países capitalistas centrales. Si estas transformaciones están llenas de significados y consecuencias para la clase trabajadora y sus *movimientos sociales, sindicales y políticos* en los países capitalistas avanzados, también lo están en países intermediarios y subordinados, dotados sin embargo de un relevante parque industrial, como es el caso de Brasil.

Es a algunos de los *principales desafíos* que se presentan para el *movimiento social de los trabajadores*, con mayor énfasis para el denominado *nuevo sindicalismo*, que dedicaremos la parte siguiente de este artículo.

II

El capitalismo brasileño, particularmente su patrón de acumulación industrial desarrollado desde mediados de la década del 50 e intensificado en el período posterior al golpe de 1964, tiene una estructura productiva “bifronte”, en la que por un lado se estructura la producción de bienes de consumo durables, como automóviles, electrodomésticos, etcétera, para un mercado interno restringido y selectivo, compuesto por las clases dominantes y una parte significativa de las clases medias, especialmente sus estratos más altos. Por otro lado, se tiene la producción para la exportación, no sólo de productos primarios, sino también de productos industrializados de consumo. La rebaja creciente de los salarios de los trabajadores permitió niveles de acumulación que atrajeron fuertemente al capital monopolista. De ese modo, la expansión capitalista industrial se sustentó (y aún se sustenta) en un proceso de *superexplotación del trabajo, dado por la articulación de bajos salarios, una jornada de trabajo prolongada (en los períodos de ciclo expansionista) y de muy fuerte intensidad, dentro de un patrón industrial significativo para un país subordinado*. Este patrón de acumulación se desarrolló con mucha fuerza, especialmente a lo largo de las décadas del cincuenta al setenta (Antunes, 1998).

Durante los años ochenta este proceso comenzó a sufrir los primeros cambios. Aunque en sus trazos básicos el patrón de acumulación y su “modelo económico” permaneciesen igual, fue posible presenciar algunas mutaciones *organizacionales y tecnológicas* en el interior del proceso productivo y de servicios, *aunque evidentemente con un ritmo mucho más lento que el experimentado por los países centrales*. Eso fue así porque, hasta entonces, el país todavía estaba relativamente *distante* del proceso de reestructuración productiva del capital y del proyecto neoliberal, en curso acentuado en los países capitalistas centrales.

A partir de 1990, con el ascenso de Fernando Collor y después con Fernando Henrique Cardoso, este proceso se intensificó de manera importante con la implementación de innumerables elementos que reproducen, en sus trazos esenciales, el *recetario neoliberal*. Por eso, en la fase actual la reestructuración productiva del capital en el Brasil es más evidente y sus impactos recientes son más significativos. Se combinan procesos de *downsizing* de las empresas, una enorme depuración y aumento de las formas de superexplotación de la fuerza de trabajo, verificándose también mutaciones en el proceso tecnológico e informático. La flexibilización, la desregulación y las nuevas formas de gestión productiva están presentes en gran intensidad, indicando que el fordismo, *todavía dominante*, también se viene mezclando con nuevos procesos productivos, con las formas de acumulación flexible y varios elementos oriundos del llamado toyotismo, del modelo japonés, que configuran las tendencias del capitalismo contemporáneo. (Véase Gorender, 1997; Druck, 1999; Colli, 1997; Teixeira y Oliveira, 1996; Castro, 1995; Ramalho y Martins, 1994; Antunes, 1998).

Es verdad que la inexistencia de una fuerza de trabajo “calificada” o *multifuncional*, en el sentido que le es dado por el capital (apta para operar con maquinaria informatizada) puede constituirse, *en algunas ramas productivas*, como un elemento con potencial para obstaculizar en parte el avance capitalista. Pero es decisivo enfatizar que la *combinación obtenida por la superexplotación de la fuerza de trabajo y su baja remuneración, con algunos patrones productivos y tecnológicos más avanzados*, se constituye en elemento central para la inversión productiva de capitales. En realidad, para los capitales productivos interesa la *confluencia de fuerza de trabajo “calificada” para operar con los equipamientos microelectrónicos, así como la existencia de patrones de subremuneración y explotación intensificada, además de condiciones plenas de flexibilización y precarización de la fuerza de trabajo*. En síntesis, la vigencia de la superexplotación del trabajo, que combina la *extracción de plusvalía relativa* con la expansión de las formas de *extracción de plusvalía absoluta*, es decir, combina el avance tecnológico con la prolongación y de la jornada de trabajo y la intensificación de su ritmo.

Ese proceso de reestructuración productiva del capital, desarrollado en escala mundial a partir de los años setenta, forzó una redefinición del Brasil en relación a la división internacional del trabajo, así como su (re)inserción en el sistema productivo global del capital, en una fase en que el capital financiero e improductivo se expande y también afecta fuertemente al conjunto de los países capitalistas. Por cierto, la conjugación de

esas experiencias más *universalizantes* con las *condiciones económicas, sociales y políticas* particulares del Brasil han generado fuertes consecuencias en el interior del movimiento social, en particular entre los movimientos obrero y sindical.

Durante la década del ochenta, antes de que se acentuaran estas tendencias más generales, el *movimiento sindical de los trabajadores* (el nuevo sindicalismo) vivenció un momento particularmente positivo y fuerte, que puede ser detectado cuando se constata que:

- 1) hubo un enorme movimiento de huelgas desencadenado por los más variados segmentos de trabajadores, como los obreros industriales (en especial los metalúrgicos), los asalariados rurales, los empleados públicos y diversos sectores asalariados medios, en un vasto movimiento que se caracterizó por la existencia de *huelgas generales por rama* (como la de los bancarios en 1995), *huelgas con ocupación de fábricas* (como la de General Motors en São José dos Campos en 1985 y de la Compañía Siderúrgica Nacional en Volta Redonda en 1989), incontables *huelgas por empresa*, hasta la eclosión de *huelgas generales nacionales*, como la de marzo de 1989, que abarcó cerca de 35 millones de trabajadores, constituyéndose en la más amplia e importante huelga general del país. En el año 1987, por ejemplo, hubo un total de 2.259 huelgas, mientras que en 1988, la paralización alcanzó a 63,5 millones de jornadas de trabajo (Antunes, 1995a; sobre la huelga en la CSN, véase Gracchioli, 1997);
- 2) se produjo una importante expansión del sindicalismo entre los asalariados medios y del sector de servicios, como bancarios, profesores, médicos, funcionarios públicos, etcétera, que crecieron significativamente durante este período y se organizaron en importantes sindicatos. A fines de la década del ochenta había unos 9.833 sindicatos en Brasil, mientras que a mediados de los años noventa se alcanzó la cifra de 15.972 sindicatos, incluyendo sindicatos urbanos y rurales, patronales y de trabajadores. Solamente los sindicatos urbanos sumaban 10.779, de los cuales 5.621 eran de trabajadores asalariados.³ Se verificó un aumento significativo del número de sindicatos de trabajadores, entre los que se observa no sólo la presencia de sindicatos vinculados al obrero industrial, sino también de los sectores asalariados me-

dios, configurándose inclusive un aumento de los niveles de sindicalización del país. En 1996 se contabilizaban 1.335 sindicatos de empleados públicos, 461 sindicatos vinculados a los llamados "profesionales liberales" y 572 vinculados a los trabajadores autónomos (Nogueira, 1996);

- 3) hubo una continuidad del avance del sindicalismo rural, en ascenso desde los años setenta, que permitió una reestructuración organizativa de los trabajadores del campo. En el año 1996 existían 5.193 sindicatos rurales, de los cuales 3.098 era de trabajadores. El sindicalismo rural se desarrolló con fuerte presencia de la izquierda católica, que influyó, posteriormente, el nacimiento del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST);
- 4) se produjo el nacimiento de las centrales sindicales, como la Central Única de los Trabajadores (CUT), fundada en 1983 e inspirada en su origen en un sindicalismo clasista, autónomo e independiente del Estado. Heredera de las luchas sociales y obreras de las décadas anteriores, especialmente de los años setenta, la CUT resultó de la confluencia entre el *nuevo sindicalismo*, nacido en el interior de la estructura sindical de aquel período (del cual el Sindicato de los Metalúrgicos de San Bernardo es un ejemplo) y el movimiento de las *oposiciones sindicales* (del cual son ejemplos el Movimiento de Oposición de los Metalúrgicos de San Pablo -MOMSP- y la Oposición Metalúrgica de Campinas), que actuaba fuera de la estructura sindical y combatía su sentido estatal, subordinado, maniatado y verticalizado (Possan, 1997; Nogueira, 1998);
- 5) se procuró, aunque de manera insuficiente, avanzar en las tentativas de organización en los lugares de trabajo, debilidad crónica de nuestro movimiento sindical, por medio de la creación de innumerables comisiones de fábricas, entre otras formas de organización en los lugares de trabajo. De esto fueron ejemplos las comisiones sindicales de fábrica del ABC, como de la Ford, vinculada al Sindicato de los Metalúrgicos de San Bernardo, y las comisiones *autónomas* de San Pablo, como la de ASAMA, bajo influencia del MOMSP;
- 6) se efectuó incluso un avance significativo en la lucha por la autonomía y libertad de los sindicatos en relación con el Estado, por medio del combate al impuesto sindical y a la estructura confederacional, cupulista, jerarquizada, con fuertes trazos corporativistas, que se constituían en instrumentos usados por el Estado para subordinar y maniatar a los sindicatos. Aunque esa batalla

3. De acuerdo con datos del Ministerio de Trabajo, en *O Estado de S. Paulo*, 8 de septiembre de 1996, b3.

está aún lejos de eliminar los todavía fuertes que mantiene la estructura sindical, durante los años ochenta especialmente las conquistas fueron bastante relevantes.

El conjunto de esos elementos señalados, entre otros que no se mencionaron, permite decir que, a lo largo de la década del ochenta hubo un cuadro nítidamente favorable para el *nuevo sindicalismo* (en cuanto *movimiento social de los trabajadores*, con fuerte carácter de clase), que seguía la dirección contraria a la del cuadro de crisis sindical ya presente en varios países capitalistas avanzados. Mientras que en los años ochenta el sindicalismo brasileiro caminó en buena medida a *contramano* de las tendencias de crisis presentes en el sindicalismo de los países capitalistas avanzados, ya en los últimos años de esa década, sin embargo, comenzaron a despuntar las tendencias económicas, políticas e ideológicas que fueron responsables, en la década del noventa, por la inserción del sindicalismo brasileiro en la onda regresiva.

Las mutaciones en el proceso productivo y la reestructuración de las empresas, desarrolladas *dentro de un cuadro muchas veces recesivo*, mostraban un proceso de desproletarización de importantes contingentes obreros, además de la precarización e intensificación todavía más acentuadas de la fuerza de trabajo, de lo cual la industria automotriz es un fuerte ejemplo. Por otra parte, en el ABC paulista había en 1987 aproximadamente 200.000 metalúrgicos; en 1998 ese contingente disminuyó a menos de 120.000, retracción que se ha intensificado enormemente. En Campinas, otra importante región industrial en el estado de San Pablo, había en 1989 aproximadamente 70.000 obreros industriales, y en 1998 este número se había reducido a menos de 40.000. También ha sido significativa la reducción de trabajadores bancarios, en función del ajuste de los bancos y del avance tecnológico; mientras que en 1989 había más de 800.000 bancarios, en 1996 este número había descendido a 570.000 y esta tendencia continúa acentuándose (sobre las transformaciones en el proceso de trabajo en el sector bancario véase Segnini, 1998, y Jinkings, 1995).

Las propuestas de desregulación, flexibilización, de privatización acelerada y de desindustrialización tuvieron, inicialmente en el gobierno de Collor y posteriormente en el de Fernando Henrique Cardoso, un fuerte impulso, ya que ambos, cada uno a su modo, se adaptaron y siguieron en lo esencial una política de corte neoliberal. Paralelamente a la retracción de la fuerza de trabajo industrial, se amplió también el subproletariado, los tercerizados, los subempleados, o sea, las distintas modalidades del trabajador precarizado. Le cupo al gobierno de Cardoso intensificar el

proceso de desmantelamiento de los escasos derechos obreros contruidos durante varias décadas de lucha y acción de los trabajadores.

Esa nueva realidad arreció y *tornó más defensivo al nuevo sindicalismo*, que se encontraba por una parte frente a la emergencia de un sindicalismo neoliberal, expresión de la *nueva derecha* sintonizada con la onda mundial conservadora, fenómeno del cual la Fuerza Sindical (central creada en 1991) es el mejor ejemplo. Y, por otra parte, se hallaba ante la inflexión que tiene lugar dentro de la CUT, inspirada por Articulación Sindical —su núcleo dominante—, que cada vez se aproxima más a los modelos del sindicalismo europeo socialdemócrata. Todo eso viene dificultando enormemente el avance cualitativo de la CUT, que la haga capaz de transitar desde un período de resistencia, como en los años iniciales del *nuevo sindicalismo*, hacia un momento superior de *elaboración de propuestas económicas alternativas, contrarias al patrón de desarrollo capitalista aquí existente*, que puedan contemplar prioritariamente el amplio conjunto de nuestra clase trabajadora.

En ese caso, el desafío mayor de la CUT era articular su postura combativa anterior con una *perspectiva crítica y anticapitalista, de nítidos contornos socialistas, compatible con los nuevos desafíos de los años noventa*. Y de ese modo dotar al *nuevo sindicalismo* de los elementos necesarios para resistir a los influjos externos, a la avalancha del capital, al ideario neoliberal, en su aspecto más nefasto. Y, paralelamente, resistir también a la *acomodación socialdemócrata* que, a pesar de su crisis en los países centrales, viene aumentando fuertemente sus lazos políticos e ideológicos con el movimiento sindical brasileño. El sindicalismo contractualista, de tipo socialdemócrata, procura entonces presentarse cada vez más como la *única alternativa* posible para combatir al neoliberalismo. Sin embargo la ausencia de una perspectiva política e ideológica anticapitalista hace que se termine aproximando cada vez más a la agenda neoliberal. (Véase la contundente crítica de Bihr, 1998, al sindicalismo socialdemócrata.)

Por todo eso, el cuadro crítico del sindicalismo brasileño se acentuó bastante a lo largo de los años noventa. El sindicalismo de Fuerza Sindical, con una fuerte dimensión política e ideológica, ocupa el campo sindical de la nueva derecha, de la preservación del orden, de la sintonía con el diseño del capital globalizado que nos reserva el papel de país ensamblador sin tecnología propia, sin capacitación científica, totalmente dependiente de los recursos externos.

En la Central Única de los Trabajadores los desafíos son de gran envergadura. En su núcleo dominante, se desarrolla una postura de abandono de las concepciones socialistas y anticapitalistas, en nombre de

una acomodación dentro del orden. La defensa de la política de “asociación”, de las negociaciones con la patronal, de las cámaras sectoriales, de la participación conjunta de capital y trabajo con vistas al “crecimiento del país”, todo eso se estructura de acuerdo con el proyecto y con la práctica sindical socialdemócrata, de lo que viene resultando inclusive una *disminución creciente en la voluntad política de romper con los elementos persistentes de la estructura sindical amarrada al Estado y su consecuente relativa adaptación a esta estructura sindical de cúpula, institucionalizada y burocratizada, que caracterizó al sindicalismo brasileño después de 1930.*

Los resultados de esta postura sindical no han sido nada alentadores: cuanto más se participa *dentro del orden*, menos se consigue preservar los intereses del mundo del trabajo. Las “cámaras sectoriales”, por ejemplo, que se constituían en bandera programática de Articulación Sindical, y que fueron concebidas como modelo para reestructurar el parque productivo y aumentar el empleo, después de varias experiencias resultaron un enorme fracaso, contabilizando enormes pérdidas de puestos de trabajo, como se puede constatar en el caso de la “Cámara Sectorial” de la rama automotriz del ABC paulista. Eso sin hablar del significado político e ideológico de esta postura, que llevó al Sindicato de los Metalúrgicos de San Bernardo, incluso a concordar con la propuesta de reducción de impuestos para el capital vinculado a la industria automotriz y a defenderla como forma de dinamizar la industria y, de esa manera, preservar empleos (véanse los estudios críticos de Soares, 1998; Alves, 1998; Galvão, 1996).

La participación de la CUT, nuevamente por medio de su núcleo dominante, en la llamada reforma de la previsión social (en realidad, un proceso de desmantelamiento de los escasos derechos previsionales en Brasil), durante el gobierno de Cardoso, fue otra expresión del error de esta postura sindical y política. Esta tuvo un impacto desmovilizador en el movimiento sindical de los trabajadores, que preparaban y organizaban acciones de resistencia y oposición a Cardoso y a su *(contra)reforma de la (im)previsión* (sobre los límites de la previsión social en Brasil, véase Marques, 1997).

En los sectores claramente socialistas y anticapitalistas que han crecido en importancia dentro de la CUT, los desafíos y las dificultades son de gran envergadura. No obstante ha sido posible presenciar importantes experiencias como por ejemplo la del Sindicato de los Metalúrgicos de Campinas, que siempre se mantuvo contrario a la participación en las cámaras sectoriales, a las negociaciones y a los pactos con el gobierno. Se trata de un sindicato importante, organizado en un fuerte centro industrial

de Brasil, y que se estructura como un *movimiento sindical y social de base, clasista y socialista*, de peso relevante tanto en el interior de la CUT, en oposición a la inflexión socialdemócrata de su núcleo dominante, como en el impulso hacia una acción con contornos más acentuadamente de base y socialista en el interior del conjunto del sindicalismo brasileiro (véase Possan, 1997). Ese mismo desafío —el de pensar una alternativa crítica y contraria a las cámaras sectoriales— ha pautado la actuación del Sindicato de los Metalúrgicos de São José dos Campos, donde se encuentra la fábrica de General Motors, entre varios otros sindicatos.

Del mismo modo, se viene desarrollando un esfuerzo significativo en el sentido de unificar y articular de manera más efectiva el conjunto de sectores socialistas y anticapitalistas en el seno de la CUT, especialmente por parte de la Alternativa Sindical Socialista (AAS) y del Movimiento por una Tendencia Socialista (MTS), entre otras tendencias que actúan en la central. La Corriente Sindical Clasista (CSC), otra importante tendencia que amplió bastante su base en la CUT, se ha posicionado como un tercer sector, pautando su actuación ya sea con una política más próxima a la izquierda, ya sea más próxima de la Articulación Sindical.

En el Congreso Nacional de la CUT realizado en 1997 hubo un crecimiento de los sectores de izquierda, que ampliaron su presencia en la central, beneficiados en parte por el nuevo contexto de luchas sociales, planteado especialmente por la acción del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST). Este fue responsable, a comienzos de 1997 (un año después de la bárbara masacre de muchos trabajadores sin tierra en Pará) *por el más importante acto popular de oposición al gobierno de Cardoso*. Se hicieron marchas que partieron de varios lugares del país, pasando por innumerables ciudades, donde se realizaron actos a favor de la lucha por la tierra y contra la política del gobierno, hasta confluir y unificarse en Brasilia, donde obligaron al gobierno a recibirlos en medio de una pujante manifestación social y política de masas.

Este nuevo cuadro ha posibilitado visualizar, para los próximos años, el retorno de acciones sociales en Brasil, en un nivel tal vez superior al actual. Para eso, sin embargo, es muy importante también una clara definición del sindicalismo brasileño reciente. ¿Se amoldará a una acción pactada dentro del orden, negociadora y contractualista, como es la propuesta del núcleo dominante en la CUT, a través de las cámaras sectoriales o del énfasis en la participación negociada, en las “asociaciones” con el capital, con vistas al “crecimiento”, “desarrollo”, “aumento de la productividad”, “incentivo a la venida de capitales extranjeros” etcétera, puntos éstos que se encuentran claramente en sintonía y subordinados ideológicamente al capital?

O, por el contrario, ¿conseguirán sus sectores ubicados más a la izquierda elaborar *conjuntamente con movimientos sociales y partidos políticos de perfil socialista* una alternativa contra el orden, con claros contornos anticapitalistas? En realidad, el desafío mayor de los sectores de izquierda de la CUT que tienen mayor proximidad con el MST, con las luchas sociales y con las experiencias sociales de base de los trabajadores será avanzar en la elaboración de un programa con un diseño alternativo y contrario al actual, formulado bajo la óptica de los trabajadores, capaz de responder a las reivindicaciones inmediatas del mundo del trabajo, *pero teniendo como horizonte una organización social fundada en valores socialistas y efectivamente emancipadores* y que no tenga ilusiones de reformar el carácter destructivo de la lógica del capital.

El desafío mayor está, inicialmente, en gestar un diseño de organización social que comience por la eliminación de la *superexplotación del trabajo* que, como vimos más arriba, particulariza también al capitalismo industrial brasileño, cuyo salario mínimo tiene niveles degradantes, a pesar de la fuerza e importancia del parque productivo en nuestro país. Ese proyecto, en sus contornos básicos, deberá iniciar el *desmantelamiento* del patrón de acumulación capitalista vigente, a través de un conjunto de medidas que rechacen una *globalización* y una integración impuestas por la lógica del capital, *integradora para afuera, para el capital, y destructiva y desintegradora para los trabajadores*. Deberá realizar una *reforma agraria amplia y radical*, contemplando los varios intereses *solidarios y colectivos* de los trabajadores y *desposeídos de la tierra*. Deberá impulsar el nivel tecnológico brasileño, pero con bases reales, con ciencia y tecnología de punta desarrolladas en nuestro país, y con formas de cooperación con países que tengan similitudes con Brasil y cuyo eje de avance tecnológico y científico esté volcado *prioritariamente* a enfrentar las carencias más profundas de nuestra clase trabajadora.

Deberá, incluso, controlar y restringir fuertemente a numerosos sectores monopólicos, contrarrestar la hegemonía del capital financiero y limitar las formas de expansión y especulación del capital-dinero, incentivando, por el contrario, las formas de producción volcadas hacia las necesidades sociales de la población trabajadora, *para la producción de cosas socialmente útiles*. Las haciendas y asentamientos colectivos, organizados por el MST son ejemplares cuando se piensa en el universo agrario brasileño, sus potencialidades y sus brutales carencias. Carencias que son consecuencia de la estructura latifundista concentrada y especulativa y que, cuando es productiva, está volcada centralmente hacia la exportación.

Un proyecto con esas características, aquí solamente indicadas en unos pocos puntos, será resultado de la articulación de *experiencias sociales de base y reflexiones colectivas*. Podrá crear las condiciones necesarias, preliminares, para su profundización posterior, ya dotado de un mayor *sentido universalizante y socialista*, en un espacio que *necesariamente* traspasa el espacio nacional. Eso es así porque las experiencias del llamado “socialismo en un solo país” se mostraron enteramente fracasadas. El desafío, por lo tanto, es dirigir la mirada hacia una sociedad que va *más allá del capital*, pero que tiene que dar también respuestas inmediatas a la barbarie que devasta la vida cotidiana del ser social que trabaja. En otras palabras, es necesario buscar la imprescindible articulación entre los intereses inmediatos y una acción estratégica de clara conformación anticapitalista, teniendo como horizonte una organización societaria fundada en los valores socialistas y efectivamente emancipadores. Lo que recoloca una vez más la importancia decisiva de la creación de nuevas formas de organización internacional de los trabajadores.

Además de participar activamente en la elaboración de un proyecto con los contornos ya citados, de manera articulada con los partidos de izquierda y con los movimientos sociales de base (teniendo claridad de que su *horizonte societal va más allá del capital y de la actual sociedad capitalista*), el sindicalismo de izquierda en Brasil se encuentra también frente a un conjunto de desafíos *de carácter más propiamente organizacionales* y que refieren a la propia supervivencia de los sindicatos en cuanto movimientos sociales de trabajadores. Esos desafíos atañen tanto al movimiento sindical de los países subordinados que cuentan con un significativo porte económico, social y político —como México, Argentina, India, Corea del Sur, entre otros— como al movimiento sindical existente en los países centrales y que han experimentado un cuadro crítico muy acentuado.

El primer desafío, fundamental para la propia supervivencia de los sindicatos, será *romper la enorme barrera social* que separa a los trabajadores “estables”, en franco proceso de reducción, de los trabajadores de tiempo parcial, precarizados, subproletarizados, en significativa expansión en el actual escenario mundial. Deben organizar y auxiliar en la autoorganización de los desempleados, en lugar de expulsarlos de los sindicatos porque, obviamente, sin empleo no pueden pagar las cuotas de afiliación sindical. Es inaceptable que un trabajador o trabajadora sea excluido del sindicato porque fue expulsado del mercado de trabajo por el capital. *Deben empeñarse fuertemente en la organización sindical ampliada de los trabajadores hoy desorganizados*. O los sindicatos organizan a la *clase trabajadora en su conjunto* o estarán cada vez

más limitados y restringidos a un contingente minoritario y parcial de los trabajadores.

Los sindicatos deben además *reconocer el derecho de autoorganización* de las mujeres trabajadoras, parte decisiva del mundo del trabajo, que siempre estuvieron excluidas del espacio sindical dominado por los hombres trabajadores. Deben articular las cuestiones de clase con las que hacen a la cuestión de género. Del mismo modo, deben abrirse a los jóvenes trabajadores, que tampoco han encontrado eco a sus aspiraciones en los organismos sindicales. A los trabajadores negros, a los cuales generalmente el capital les destina los trabajos más precarizados y con peor remuneración. Deben incorporar las *nuevas categorías de trabajadores y trabajadoras* que no tienen tradición anterior de organización en sindicatos, y a los cuales un sindicato *contemporáneamente clasista*, en el horizonte del siglo XXI, debe incorporar si no quiere restringirse al ámbito reducido y cada vez menor de los "trabajadores estables". Los sindicatos deben incorporar también a aquellos amplios contingentes del *nuevo proletariado* que venden su fuerza de trabajo en las empresas de *fast food*, en los McDonald's, etcétera; en tantas áreas en las que se amplía el universo de los asalariados.

Deben romper radicalmente con todas las formas de *neocorporativismo* que privilegian sus respectivos sectores profesionales y que, consecuentemente, acaban disminuyendo o abandonando sus contenidos más acentuadamente clasistas. No hablo aquí solamente del corporativismo de tipo estatal, tan fuerte en Brasil, México y Argentina, sino también de un *neocorporativismo societal* en expansión en el sindicalismo contemporáneo que es excluyente, parcializador, y que preserva y acentúa el carácter fragmentado de la clase trabajadora, en sintonía con los intereses del capital, que procura cultivar el individualismo y la alternativa personal contra los intereses solidarios, colectivos y sociales. Del mismo modo, deben eliminar cualquier resquicio de tendencias xenóforas, ultranacionalistas, de apelación al racismo y de connivencia con las acciones contra los trabajadores inmigrantes, oriundos de los países subalternos.

Es decisivo también para el sindicalismo de izquierda romper con la tendencia creciente de *institucionalización y burocratización* que tan fuertemente ha marcado al movimiento sindical a escala global, y que lo distancia de sus bases sociales, aumentando todavía más la brecha existente entre las instituciones sindicales y los movimientos sociales autónomos. La experiencia de los COBAS (Comités de Base), que despuntaron a partir de la década del 80 en Italia contra la moderación de las centrales sindicales dominantes, así como la de tantas otras manifesta-

ciones de base de los trabajadores, como la presión que ejercieron en la huelga de los empleados públicos franceses, en noviembre y diciembre de 1995, contraponiéndose a la moderación y adhesión de algunas centrales sindicales, son ejemplos importantes de esa imperiosa necesidad de retomar la base social de los sindicatos de izquierda y romper su burocratismo e institucionalismo.

También es fundamental revertir la tendencia, desarrollada a partir del toyotismo, que hoy avanza a escala global, que consiste en reducir el sindicato al ámbito exclusivamente fabril, al llamado sindicalismo de empresa, más vulnerable y atado al comando patronal. Las respuestas de los sindicatos de izquierda deben ser de otro tipo: la empresa fordista era verticalizada y tuvo como resultado un sindicalismo también verticalizado. La empresa "toyotista", que sigue el recetario del "modelo japonés" es horizontalizada. Un sindicato verticalizado está imposibilitado de enfrentar los desafíos de clase en el capitalismo contemporáneo. Por eso, el sindicalismo debe horizontalizarse, lo que significa ser más ampliamente clasista, contemporáneamente clasista, incorporando el amplio conjunto que comprende la clase trabajadora hoy desde los más "estables" hasta aquellos que están en el universo más precarizado y "tercerizado", en la denominada "economía informal", o entre los desempleados. El rescate del *sentido de pertenencia de clase* es hoy su desafío más decisivo.

Incluso teniendo claro que esto debe ser ampliado en muchos aspectos, hay todavía otro desafío agudo y fundamental que querría indicar aquí, sin el cual la clase trabajadora queda orgánicamente desarmada en el combate contra el capital: *debe romper la barrera, impuesta por el capital, entre lucha sindical y lucha parlamentaria, entre lucha económica y lucha política, articulando y fundiendo las luchas sociales, extraparlamentarias y autónomas, que dan vida a las acciones de clase. Como el capital ejerce un dominio extraparlamentario, es un grave equívoco querer derrotarlo con acciones que se restrinjan o que privilegien el ámbito de la institucionalidad* (Mészáros, 1995). Los sindicatos y los movimientos sociales de trabajadores deben procurar ampliar y fundir sus luchas sindicales y políticas, dando amplitud abarcativa a las acciones contra el capital y evitando por todos los medios la disyunción, operada por el capital y realizada también *por la vía socialdemócrata del sindicalismo y del movimiento obrero*, entre la realización de la lucha económica (efectivizada por los sindicatos) y la actuación político-parlamentaria (de responsabilidad de los partidos). *Esta segmentación mecánica está completamente incapacitada para derrotar el sistema totalizante de dominio del capital.*

Se torna imperiosa, por lo tanto, para los movimientos sociales de los trabajadores la necesidad de avanzar en la dirección de *un diseño societal estructurado a partir de la perspectiva del trabajo emancipado y enfrentado al capital, con su nefasta división social y jerárquica del trabajo*. Articular las acciones que tengan como punto de partida *dimensiones concretas de la vida cotidiana con los valores más generales, que posibiliten la realización de una vida auténtica, dotada de sentido*. Es preciso tener como horizonte cada vez más próximo la necesidad de alterar sustancialmente la lógica de la producción social; ésta debe estar prioritariamente volcada hacia la producción de *valores de uso* y no *valores de cambio*. Se sabe que la humanidad tendría condiciones de reproducirse socialmente a escala mundial si la producción destructiva (incluida la producción bélica) fuese eliminada, y si el *resultado del trabajo social* fuese volcado no hacia la lógica del mercado, sino para la *producción de cosas socialmente útiles*. *Trabajando pocas horas por día en una forma de trabajo autodeterminado, el mundo podría reproducirse, atendiendo a sus necesidades sociales fundamentales, de manera no destructiva. Y el tiempo libre, ampliado de manera creciente, podría entonces ganar un sentido verdaderamente libre y también el auto-determinado* (Antunes, 1999).

La producción de cosas socialmente útiles debe tener como criterio el *tiempo disponible* y no el *tiempo excedente* que preside la sociedad capitalista contemporánea. Con eso, el trabajo dotado de una mayor dimensión humana y social, perdería su carácter fetichizado y alienado (extrañado) tal como se manifiesta hoy y, además de ganar un sentido de autoactividad, abriría posibilidades efectivas para *un tiempo libre lleno de sentido además de la esfera del trabajo*, lo que es una imposibilidad en la sociedad regida por la lógica del capital. Incluso porque no puede haber tiempo verdaderamente libre, erigido sobre el trabajo cosificado. El “tiempo libre” actualmente existente acaba siendo conducido hacia el consumo de mercancías, sean ellas materiales o inmateriales. El tiempo fuera del trabajo también está fuertemente contaminado por el fetichismo de la mercancía (Padilla, 1995).

Para que esta formulación, aparentemente más abstracta, no quede desprovista de un contenido concreto y real, es preciso partir del *interior de la vida cotidiana* e intensificar las mutaciones y resistencias que afloran en las manifestaciones de rebeldía y descontento de los seres sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo o que están (temporalmente) excluidos de este proceso por la lógica destructiva que preside la sociedad contemporánea. Pero es fundamental que estas acciones tengan, en su sentido más profundo, una dirección esencialmente contraria

a la lógica del capital y del mercado. A título de ejemplo: la lucha por la reforma agraria, exigida por el más importante movimiento social en el Brasil, el Movimiento de los Sin Tierra, posibilita visualizar formas de producción con trazos nítidamente colectivos, como son los asentamientos del MST. O incluso, la acción mundial de los trabajadores por la reducción de la jornada o del tiempo de trabajo, sin reducción salarial y sin pérdida de los derechos sociales, permite colocar en el centro del debate la siguiente cuestión: *¿Qué sociedad se quiere construir? ¿Qué y para quién se debe producir?* Lo que posibilita (re)diseñar un proyecto de organización social radicalmente contraria al capital.

Las luchas sociales en Brasil, y en particular su movimiento sindical de izquierda, han sido al mismo tiempo parte y resultado de las acciones de clase que se desencadenaron contra el capital. La huelga de los trabajadores públicos en Francia mostró, por ejemplo, cómo es posible *resistir y no adherir* al neoliberalismo y sus intenciones destructivas. El mundo contemporáneo ha presenciado, incluso, varias formas de resistencia y huelgas contra el capital. Podemos recordar la confrontación desencadenada por los dos millones de obreros metalúrgicos de Corea del Sur en 1997, o las huelgas de los trabajadores de la United Parcel Service en agosto de 1997 y de los trabajadores metalúrgicos de General Motors en 1998 (ambas en los Estados Unidos), o incluso la huelga de los portuarios en Liverpool, que duró más de dos años. Todas estas paralizaciones enfrentaron los intentos de precarización del trabajo o la pérdida de derechos adquiridos por los trabajadores. También podemos citar la explosión de Los Angeles en 1992 y la rebelión de Chiapas el histórico 1° de enero de 1994, que fueron manifestaciones de repulsa de los negros o de los campesinos indígenas, de los trabajadores de la ciudad y del campo, contra las brutales discriminaciones étnicas, de color y de clase que caracterizan la (des)sociabilidad contemporánea, contra las degradaciones crecientes de las condiciones de vida y trabajo de hombres y mujeres. Las recientes batallas de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio y de Washington contra el Banco Mundial, como así también las acciones desencadenadas en todo el mundo el 1° de mayo de 2000, corroboran y amplían un sentimiento de contornos claramente anticapitalistas.

Quisiera concluir con el ejemplo del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra de Brasil (MST), que concreta lo que arriba indicamos. Su emergencia como *el más importante movimiento social y político* del Brasil actual, que hace *renacer y resurgir* la lucha de los trabajadores del campo y la convierte en el centro de la lucha política brasileña y de nuestra lucha de clases, es nuestro más significativo ejemplo de la fuerza y de la necesidad del retorno, sobre nuevas bases, de la *centralidad*

de las luchas sociales en Brasil. El MST, en verdad, se ha constituido en el principal catalizador e impulsor de las luchas sociales recientes y, *por los fuertes lazos que mantiene con sectores sociales urbanos*, ha posibilitado visualizar el retorno de acciones sociales de masas en Brasil a un nivel posiblemente superior al de los últimos años. Su importancia y peso devienen del hecho de que:

- 1) el centro de la actuación del MST está volcado hacia el *movimiento social* de los trabajadores del campo y *no hacia la acción institucional o parlamentaria*. La segunda (la acción institucional) es consecuencia de la primera (la lucha social) y nunca lo contrario;
- 2) aunque sea un movimiento de trabajadores rurales, ha incorporado a los trabajadores excluidos de la ciudad que retornan al campo (en esta inversión del flujo migratorio en Brasil) expulsados por la "modernización productiva" de las industrias, de lo que resulta una síntesis que *aglutina y articula experiencias y formas de sociabilidad oriundas del mundo del trabajo rural y urbano*;
- 3) resulta de la fusión de la experiencia de la izquierda católica, vinculada a la Teología de la Liberación y a las comunidades de base de la Iglesia, con militantes formados ideológicamente dentro del ideario y la praxis de inspiración marxista, retomando las dos vertientes más importantes de las luchas sociales recientes en Brasil;
- 4) tiene una *estructuración nacional* con una fuerte base social que le otorga *dinámica, vitalidad y movimiento* y, de ese modo, posibilita a los trabajadores vislumbrar una *vida cotidiana dotada de sentido*, en la medida en que el MST les permite luchar por algo muy concreto, que es tener la posesión de la tierra por medio de la acción y de la resistencia colectivas. Esto da a ese movimiento mucha fuerza y vigor. En la brutal exclusión social del país, hay un manantial de fuerza social a ser organizada por el MST. Y cuanto mayor sea su importancia, *cuanto mayores sean sus lazos con los trabajadores urbanos*, más su experiencia ayudará al retorno de las luchas sindicales de clase en Brasil. Y el hecho de que el MST tenga como eje de su acción las *luchas sociales concretas*, ha operado como una decisiva fuente de inspiración también para la izquierda sindical, para que estos sectores no se vean envueltos en el ideario de las negociaciones, ideológicamente subordinados al capital, sino que actúen directamente como un *mo-*

vimiento sindical, social y político capaz de participar de la construcción de una sociedad *más allá del capital*.

Es, por lo tanto, necesario rediseñar un proyecto alternativo socialista que rescate los valores más esenciales de la humanidad. Un buen punto de partida para tal acción es desarrollar una crítica contemporánea y profunda a la (des)sociabilización de la humanidad bajo el capital. Teniendo, sin embargo, como *centralidad y eje decisivos, las acciones sociales de los trabajadores del campo y de las ciudades* en sus movimientos sociales, sindicales y políticos que respondan y confronten la lógica destructiva del capital.

Apéndice V

La nueva morfología del trabajo y el diseño multifacetado de las luchas sociales*

Los diferentes movimientos y explosiones sociales, tanto como una variedad de huelgas y rebeliones que estamos presenciando, en esta fase de mundialización de los capitales, indican que nos adentramos también en una nueva fase de mundialización de las luchas sociales y de las acciones colectivas. Acciones éstas que son desencadenadas bien a partir de las confrontaciones que emergen directamente del mundo del trabajo, como las huelgas que ocurren cotidianamente en tantas partes del mundo, o bien a través de acciones de los movimientos sociales de los desempleados, que comprenden la creciente y enorme parcela de los que se *integran* en el mundo del trabajo en la forma del *desempleo*, de la *desintegración*. Desde Seattle, pasando por Praga, Niza, por la confrontación social y política en Génova y aún más recientemente, por la explosión social en la Argentina, desde diciembre de 2001, y también en varios otros países de América Latina, ejemplos por cierto multifacéticos pero contagiados de significados y consecuencias y que se constituyen en importantes señales de que *una nueva era de conflictos sociales mundializados serán el rasgo constitutivo de este nuevo siglo XXI que se inicia*.

Son, por lo tanto, ricos ejemplos de las *nuevas formas de confrontación social en curso* contra la lógica destructiva que preside la (des) sociabilidad contemporánea. Morfología que debe ser comprendida a partir del (nuevo) *carácter multifacetado del trabajo*.

I

Si la clase trabajadora (o el proletariado) fue, a lo largo de los siglos XIX y XX, predominantemente asociada a la idea de trabajadores manuales,

* Publicado en *Cuadernos de Filosofía*, Rosario, 2004. Traducción de Alberto Maineri.

fabriles, egresados casi exclusivamente del mundo industrial taylorista y fordista, un concepto *contemporáneo y ampliado de clase trabajadora*, hoy, nos ofrece potencialidades analíticas para captar los sentidos y las fuerzas propulsoras de esas acciones y choques que emergen en el mundo a escala global y, de ese modo, conferir mayor vitalidad teórica (y política) al mundo del trabajo, contra la deconstrucción que fue intentada en las últimas décadas.

Y, paralelamente a la enorme ampliación del conjunto de seres sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo, de la *clase-que-vive-del-trabajo* en escala mundial, tantos autores dirían *adiós al proletariado*, confiriendo al trabajo *un valor en vías de desaparición*, defendiendo la idea del *descentramiento y aún deconstrucción de la categoría trabajo*, conllevando la idea del *fin* de las posibilidades de las acciones humanas desencadenadas a partir del trabajo social (Habermas, 1991 y 1992, Méda, 1997).

Al contrario de estas tendencias, vamos a procurar indicar, aunque de modo sintético, la *nueva morfología* que emerge a partir del *universo multifacetado del trabajo y sus múltiples potencialidades*.

¿Cuál es la conformación actual de la clase trabajadora, al menos en su diseño más genérico? ¿Si la clase trabajadora se metamorfoseó, será que estaría viviendo un proceso de debilitamiento y, por lo tanto, está en vías de desaparición? ¿Ella no tiene más un estatuto de centralidad, no teniendo sino significación secundaria cuando se piensa en el proceso de sociabilidad humana? ¿El trabajo, en fin, habría perdido su sentido estructurante en la *ontología* del ser social?

Procuramos indicar, de modo sintético, algunos elementos analíticos que nos posibilitan responder de modo diverso a estos interrogantes.

Nuestro primer desafío es tratar de entender de modo inclusivo lo que es la *clase trabajadora hoy*, que comprende la *totalidad de los asalariados, hombres y mujeres que viven de la venta de su fuerza de trabajo y que son desposeídos de los medios de producción*, no teniendo otra alternativa de sobrevivencia, que no sea vender su fuerza de trabajo bajo la forma de salario.

En ese diseño amplio, complejo y por cierto muy heterogéneo, la clase trabajadora (o la *clase-que-vive-del-trabajo*) encuentra su *núcleo central* en el conjunto de los *trabajadores productivos*, para recordar a Marx especialmente en su *Capítulo VI (Inédito)* (Marx, 1994). Ese núcleo central, dado por la totalidad de los trabajadores productivos, comprende aquellos que producen *directamente* plusvalía y que participan también *directamente* del proceso de valorización del capital, a través de la interacción entre trabajo vivo y trabajo muerto, entre trabajo humano

y maquinaria científico-tecnológica. Se constituye por eso, en el polo central de la clase trabajadora moderna.

Los productos, las mercancías (heterogéneas) que se distribuyen (casi homogéneamente) por los mercados mundiales emanan, en su proceso productivo, de la interacción (en última instancia, ineliminable) entre trabajo vivo y trabajo muerto, aunque a lo largo de los años '80 e inicio de los '90 haya sido (casi) unísona la equívoca y eurocéntrica tesis del fin del trabajo y de la consecuente pérdida de relevancia y aún validez de la teoría del valor (Habermas, 1975 y 1992).

Vale aquí registrar la declaración del actual presidente de la Nissan, Carlos Ghosn, un brasileño que llevó el proceso de *lioofilización organizacional* de la trasnacional nipona al límite. Después de iniciar el proceso de reestructuración de la empresa que costó el despido de 21 mil trabajadores y desarrollar la ampliación de la capacidad instalada que, según Carlos Ghosn, operaba en "siete fábricas de montaje con 50% de utilización de la capacidad instalada y puede producir lo mismo en cuatro, con el 70% de la capacidad", agregó, al referirse a la fuerza del Japón:

Los operarios japoneses, o sea, el operario que trabaja en la fábrica, el vendedor de automóviles, el técnico en el centro de mantenimiento, esas personas que realmente hacen la economía son de una lealtad impresionante a la empresa. Son capaces de hacer cualquier esfuerzo, por encima de todas las pautas que antes vi... Es común, por ejemplo, ver personas en la Nissan trabajando hasta la medianoche. La fuerza del Japón, sin ninguna duda, está en la base japonesa, es esa fuerza organizacional, es esa motivación, es esa lealtad. No es el patrón de un lado y el empleado del otro lado. No. Todo el mundo junto en torno de la empresa, y especialmente cuando la empresa se encuentra en dificultades (*Folha de S. Paulo*, 6 de enero de 2002, pág. B6).

Como el capital no puede eliminar al trabajo vivo del procesado de las mercancías, sean ellas *materiales o inmateriales*, debe, además de incrementar sin límites el trabajo muerto corporizado en la maquinaria tecno-científica, aumentar la productividad del trabajo de modo de intensificar las formas de extracción de plustrabajo en tiempo cada vez más reducido. Como la noción de *tiempo* y también la de *espacio* se convulsionan en esta nueva fase de los capitales cada vez más mundializados, el proceso de *lioofilización organizacional* también se intensificó enormemente. Este proceso de *lioofilización organizacional* (en la feliz expresión que tomamos de Juan José Castillo) está básicamente caracterizado por la reducción del trabajo vivo y la ampliación del trabajo muerto, por la sustitución creciente de parcelas de trabajadores manuales

por la maquinaria técnico-científica, por la ampliación de la explotación de la dimensión subjetiva del trabajo, por su dimensión intelectual en el interior de las plantas productivas, además de la ampliación generalizada de los nuevos trabajadores precarizados y tercerizados de la “era de la empresa limpia” (Véase Castillo, 1996 y 1996a y Antunes, 2002).

Por lo tanto, una primera idea central es la de que la clase trabajadora hoy comprende no sólo a los trabajadores o a las trabajadoras manuales directos, sino incorpora la *totalidad del trabajo social*, la *totalidad del trabajo colectivo* que vende su fuerza de trabajo como mercancía a cambio de salario. Como el *trabajo productivo puede ser tanto material* (por cierto aún, *muy predominante* en el mundo productivo global), *como no-material* (para recordar nuevamente a Marx en el *Capítulo VI*) o *inmaterial*, la clase trabajadora moderna comprende la totalidad del trabajo colectivo y social, en él incluido el *núcleo central de los trabajadores productivos*.

Pero la clase trabajadora incorpora también al conjunto de los *trabajadores improproductivos*, cuyas formas de trabajo son ejecutadas a través de la realización de servicios, sea para *uso público*, como los servicios públicos tradicionales, sea para *uso privado*, para *uso del capital*, no constituyéndose, por eso, en elemento *directo* en el proceso de valorización del capital y de creación de plusvalía. Los trabajadores improproductivos, siendo generadores de un *anti-valor* en el proceso de trabajo capitalista, viven situaciones *objetivas y subjetivas* que tienen similitud con las vivenciadas por el trabajo productivo. Ellas pertenecen a lo que Marx llamó de los *falsos costos*, los cuales, sin embargo, son necesarios para la sobrevivencia del sistema capitalista (Mészáros, 2002).

Como todo trabajo productivo es asalariado, pero la recíproca no es verdadera, pues no todo trabajador asalariado es productivo, una noción contemporánea de clase trabajadora debe incorporar la totalidad de los trabajadores asalariados. Por eso, la caracterización de la clase trabajadora hoy debe ser, en nuestro entendimiento, más incluyente de lo que es la noción que lo restringe exclusivamente al trabajo industrial, al proletariado industrial o aún a la versión que restringe el trabajo productivo exclusivamente al universo fabril.

El trabajo productivo, *fabril y extra-fabril*, se constituye, tal como lo concebimos, en el *núcleo fundamental* de la clase trabajadora que, sin embargo, en cuanto clase, es más abarcadora y comprende también a los trabajadores que son asalariados, pero que no son *directamente productivos*. Por lo tanto, una noción ampliada, incluyente y contemporánea de la clase trabajadora hoy, la *clase-que-vive-del-trabajo*, debe incorporar también a aquellos y aquellas que venden su fuerza de trabajo a cambio de salario, como el enorme abanico de trabajadores precarizados, terce-

rizados, fabriles y de servicios, a tiempo parcial, que se caracterizan por el vínculo de trabajo temporario, por el trabajo precarizado, en expansión en la totalidad del mundo productivo. Debe incluir también al proletariado rural, los llamados ganapanes de las regiones agroindustriales, además, naturalmente, de la totalidad de los trabajadores desempleados que se constituyen en ese monumental ejército industrial de reserva.

Están *excluidos*, en nuestro entendimiento, esto es, *no forman parte de la clase trabajadora*, los administradores del capital, *que son parte constitutiva (objetiva y subjetivamente) de las clases propietarias, ejerciendo un papel central en el control, mando, jerarquía y gestión del proceso de valorización y reproducción del capital*. Ellos son las personificaciones asumidas por el capital. Están excluidos también aquellos que viven de intereses y de la especulación (Antunes, 2002 y Mandel, 1986).

Los pequeños empresarios urbanos y rurales, *propietarios* de los medios de su producción, están en nuestro entendimiento *excluidos* del concepto ampliado, que aquí desarrollamos, de clase trabajadora, porque no venden su trabajo *directamente* a cambio de salario, aunque puedan y frecuentemente sean aliados importantes de la clase trabajadora asalariada.

Entonces, comprender a la clase trabajadora hoy, de modo ampliado, implica entender este conjunto de seres sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo, que son asalariados y son desprovistos de los medios de producción. En esta (nueva) *morfología* de la clase trabajadora, su conformación es aún más fragmentada, más heterogénea y más complejizada de lo que era aquella que predominó en los años de apogeo del taylorismo y del fordismo.

Es en éste *nuevo mundo multifacético del trabajo, con su nueva morfología* que podremos también encontrar los agentes centrales de los nuevos conflictos y de las acciones sociales que emergen en la contemporaneidad. Claro que se trata de un emprendimiento societal más difícil, una vez que para tal cosa se torna imprescindible rescatar el sentido de pertenencia de clase que la (des)sociabilización del capital y sus formas de dominación (incluyendo la decisiva esfera de la cultura) procuran de todos modos oscurecer, en esta era de enorme ampliación de los clivajes existentes en el interior del mundo del trabajo (Bihr, 1998).

Hoy, mucho más que durante la fase de hegemonía taylorista-fordista, el trabajador es instigado a autocontrolarse, autorrecriminarse y hasta aun autocastigarse, cuando la producción no alcanza la meta deseada (llegando hasta, en situaciones extremas, como el desempleo o el cierre de empresas, al suicidio a partir del *fracaso en el trabajo*). O se recrimina y se pena, cuando no se alcanza la llamada “calidad total”, típica de la fase de superfluidez, del carácter involucrado y descartable de las

mercancías, con sus *marcas y signos*, que hacen que muy frecuentemente, cuanto más “calidad total” tengan los productos, *menor sea su tiempo de vida útil*.

Dentro de este ideario, que algunos llaman de *mcdonalización* del mundo, las resistencias, las rebeldías y las protestas son inaceptables, consideradas como actitudes antisociales, contrarias “al buen desempeño de la empresa”. No es por otro motivo que las manifestaciones recientes contra la globalización y el capitalismo vienen acentuando su oposición a la “*mercantilización*” del mundo, en sus acciones y marchas de protesta, manifestándose en contra a la superfluides y al sentido de desperdicio que caracterizan al mundo contemporáneo (ver Klein, 2002 y Fontenelle, 2002).

Dentro del espacio productivo, el *saber intelectual* que fue relativamente despreciado por el taylorismo, se volvió, para el capital de nuestros días, una *mercancía mucho más valiosa*. Las formas contemporáneas de vigencia del valor llevaron al límite la capacidad operativa de la ley del valor y la vigencia del *trabajo abstracto*, que gasta cada vez más energía intelectual (además de material) para la producción de valores de cambio. Nuevamente se desencadena un proceso interactivo entre trabajo vivo y trabajo muerto, bajo el comando de un tiempo conducido por el ritmo cada vez más informacional e intensificado.

La yuxtaposición de esta problemática (y su comprensión en el límite, equivocada) llevó a Habermas a *hiperdimensionar* el papel de la ciencia y a *subdimensionar* (eurocéntricamente) el papel (diferenciado) del trabajo. Al contrario de la interactividad entre trabajo vivo y trabajo muerto, Habermas visualizó un proceso de *cientifización de la tecnología*, cuando en verdad ocurre un movimiento de *tecnologización de la ciencia* (Mészáros, 1989) que no llevó a la eliminación del trabajo vivo, sino a nuevas formas de interacción en el trabajo (mirando siempre, por cierto, a su reducción).

Al contrario, por lo tanto, de la afirmación del fin del trabajo o de la clase trabajadora, hay aún dos puntos que nos parecen estimulantes y de enorme importancia, en el mundo del trabajo contemporáneo, que vamos a tratar a continuación.

II

El primer punto habla respecto a las consecuencias de la fragmentación del mundo del trabajo.

¿En los conflictos mundiales hoy desencadenados por los trabajadores y/o desempleados que el mundo ha presenciado, de modo cotidiano,

como en el reciente ejemplo argentino, es posible detectar mayor potencialidad y centralidad en los estratos más cualificados de la clase trabajadora, los que viven una situación más “estable” y que tienen, consecuentemente, mayor participación en el proceso de creación de valor? ¿O, por el contrario, en las acciones sociales de nuestros días, el polo más fértil y rebelde se encuentra prioritariamente en aquellos segmentos sociales más subproletarizados?

Se sabe que los segmentos más cualificados, más intelectualizados, que se desarrollaron junto con el avance tecno-científico, por el papel central que ejercen en el proceso de creación de valores de cambio, están dotados, al menos *objetivamente*, de mayor potencialidad y fuerza en sus acciones. Pero, contradictoriamente, estos sectores más calificados, son objeto directo de un intenso proceso de manipulación y envolvimento en el interior del espacio productivo y de trabajo.

Pueden vivenciar, por eso, *subjetivamente* mayor involucramiento, subordinación y heteronomía y, particularmente en sus segmentos más calificados, pueden tornarse más susceptibles a las acciones de inspiración *neocorporativa*.

En contrapartida, el enorme abanico de trabajadores/as precarios, parciales, temporarios, junto con el enorme contingente de desempleados, por su mayor distanciamiento (o aun “exclusión”) del proceso de creación de valores tendría, en el plano de la materialidad, un papel de menor relevancia en las luchas anticapitalistas. No obstante, su condición de desposeído lo coloca como, potencialmente, un polo social capaz de asumir acciones más osadas, dado que estos segmentos sociales, “no tienen nada más que perder”, en el universo de la (des)sociabilidad contemporánea. Su *subjetividad* podría estar, por lo tanto, más propensa a la rebeldía y a las rebeliones. De nuevo la experiencia argentina merece nuestra especial atención.

A lo largo de la década de los '90, el afloramiento de las luchas sociales parece indicar una *confluencia y simultaneidad* de acciones y de agentes sociales. Podemos comenzar recordando la explosión de Los Ángeles, seguida por la rebelión de Chiapas en México o por la emergencia del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil. O, en otro recorte, por las huelgas político-sociales ampliadas, como la de los trabajadores de las empresas públicas en Francia a fines de 1995, o la larga huelga de los trabajadores portuarios en Liverpool de 1995 a 1998, o la huelga de cerca de dos millones de metalúrgicos en Corea del Sur, en 1997, contra la precarización y flexibilización del trabajo. O, también, la huelga de los transportistas de la *United Parcel Service* en agosto de 1997, con 185.000 parados, articulando una acción conjunta entre trabajadores *part-time* y

full-time, de entre algunas de las más expresivas acciones desencadenadas en la última década del siglo pasado (Ver Antunes, 2002 y 2002a).

A estas acciones se sumarán, al final de la década e inicio del nuevo siglo, las explosiones de Seattle, Praga y Niza, pasando por la confrontación intransigente en Génova, por las acciones del *Foro Social Mundial* y también más recientemente, por la rebelión social que destituyó al presidente (y varios de sus pretendidos sucesores) en la República Argentina en diciembre de 2001, acciones diferenciadas que demuestran, cada una en su especificidad y singularidad, que las luchas sociales se van a acentuar mucho en este nuevo siglo (Ver Seoane y Taddei, 2001).

El segundo punto considerablemente relevante, que desearía al menos indicar, versa respecto a la (nueva) *división social y sexual del trabajo*, la *feminización* de la fuerza de trabajo.

En el mundo del trabajo hoy se vivencia un aumento significativo del contingente femenino, que alcanza más de 40% de la fuerza de trabajo en diversos países avanzados, y que ha sido absorbido por el capital, preferentemente en el universo del trabajo a tiempo parcial, precarizado y desregulado. En el Reino Unido, por ejemplo, el universo femenino superó desde 1998 al masculino en la composición de la fuerza de trabajo.

Se sabe, sin embargo, que esta expansión del trabajo femenino tiene un significado inverso cuando se trata de la temática salarial, donde la desigualdad salarial de las mujeres contradice a su creciente participación en el mercado de trabajo. Su porcentual de remuneración es muy inferior del cobrado por el trabajo masculino. Lo mismo frecuentemente ocurre en lo que concierne a los derechos y condiciones de trabajo.

En la *división sexual del trabajo*, operada por el capital dentro del *espacio fabril*, generalmente las actividades de concepto o aquellas basadas en *capital intensivo* son cumplidas por el trabajo masculino, mientras aquellas dotadas de menor calificación, más elementales y frecuentemente fundadas en *trabajo intensivo*, son destinadas a las mujeres trabajadoras (y, muy frecuentemente también a los trabajadores/as inmigrantes y negros/as).

En las investigaciones que realizó en el mundo del trabajo en el Reino Unido, Anna Pollert, al tratar esta temática bajo el prisma de la *división sexual del trabajo*, afirma que es visible la distinción entre los trabajos masculino y femenino. Mientras aquel se liga la mayor parte de las veces a las unidades donde es mayor la presencia de *capital intensivo* (con máquinas más avanzadas), el trabajo de las mujeres está muy frecuentemente restringido a las áreas más rutinizadas, donde es mayor la necesidad de *trabajo intensivo*. Analizando una fábrica tradicional de alimentos en Inglaterra, la Choc-Co, Pollert mostró, conforme nos referimos anteriormente, el hecho de que justamente en las áreas de trabajo más valoradas

en la fabricación de chocolate, predominan los *hombres trabajadores* y, en las áreas todavía más rutinarias, que pueden ser ejecutadas por el trabajo manual, ha sido creciente la presencia femenina. Y, cuando se confronta con unidades tecnológicamente más sofisticadas, su investigación constató que también aquí el trabajo femenino ha sido reservado a la realización de las actividades rutinarias, con menores índices de calificación y donde son también más constantes las formas de trabajo temporario, a tiempo parcial, etcétera. Lo que ha permitido concluir que, en la *división sexual del trabajo* operada por la reestructuración productiva del capital en la empresa investigada, se podía percibir una explotación aún más intensificada en el universo del trabajo femenino (Pollert, 1996: 186/188).¹

El capital, por consiguiente, ha demostrado capacidad para apropiarse intensamente de la *polivalencia y multiactividad* del trabajo femenino, de la experiencia que las mujeres trabajadoras traen de sus actividades realizadas en la esfera del *trabajo reproductivo, del trabajo doméstico*. Siendo que los hombres –por las condiciones histórico-sociales vigentes que son también una *construcción social sexuada*– muestran más dificultades en adaptarse a las nuevas dimensiones polivalentes (que, en verdad, conforman niveles más profundos de *explotación*), el capital ha utilizado este atributo social heredado por las mujeres.

Lo que, por lo tanto, es un efectivo –aunque limitado– momento de emancipación *parcial* de las mujeres frente a la explotación del capital y frente a la opresión masculina, avance caracterizado *por la expansión positiva de la mujer en el mundo del trabajo*, el capital por su lado lo convierte en una fuente que intensifica y aumenta aún más las desigualdades sociales entre los sexos en el universo del trabajo.

De este modo, fue la propia forma asumida por la *sociedad del trabajo*, regida por la destructividad del capital y del mercado, lo que posibilitó, a través de la formación de una masa de trabajadores expulsados del proceso productivo, la *apariencia* de la sociedad fundada en el *descentramiento* de la categoría trabajo, la pérdida de centralidad del trabajo en el mundo contemporáneo. Pero, el entendimiento de las mutaciones en curso, tanto como la elaboración de una *concepción ampliada de trabajo*, se vuelven fundamentales para entender la *forma de ser del trabajo* en el mundo contemporáneo, su nueva morfología, tanto como el *carácter multifacético del trabajo*.

1. Helena Hirata también ofreció indicaciones relevantes y con similitudes al diseño arriba presentado (Ver Hirata, 1995 y 2002).

Bibliografía

- Ackers, Peter, Smith, Chris, Smith, Paul (Org.) (1996), *The New Workplace and Trade Unionism: Critical Perspectives on Work and Organization*, Londres, Routledge.
- (1996) “Against All Odds?: British Trade Unions in the New Workplace”, in Ackers, P. *et al.*, op. cit.
- Alves, Giovanni (1998), *Reestruturação Produtiva e Crise do Sindicalismo no Brasil*. Tesis de doctorado, IFCH/UNICAMP, Campinas.
- Amin, Ash (comp.) (1996), *Post-Fordism: a Reader*, Oxford, Blackwell.
- (1996), “Post-Fordism: Models, Fantasies and Phantoms of Transition”, in Amin, Ash, op. cit.
- Antunes, Ricardo (1995), *Adeus ao Trabalho?: Ensaio sobre as Metamorfoses e a Centralidade do Mundo do Trabalho*, San Pablo. Cortez/Unicamp. (*¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Buenos Aires, 2ª ed., Herramienta, 2003.)
- (1995a), *O Novo Sindicalismo no Brasil*, Campinas, Pontes.
- (comp.) (1998), *Neoliberalismo, Trabalho e Sindicatos: Reestruturação Produtiva no Brasil e na Inglaterra*, 2ª edición, San Pablo, Boitempo.
- Armington, K. *et al* (1981), *Les Syndicats Européens et la Crise*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.
- Berggren, Christian (1993), “Lean Production: The End of History?”, in *Des réalités du Toyotisme*, Actes du GERPISA, N° 6, Fev.
- Bernardo, Joao (1996), “Reestruturação Capitalista e os Desafios para os Sindicatos”, Mimeo, Lisboa.
- (1991), *Economia dos Conflitos Sociais*, San Pablo, Cortez.
- Beynon, Huw (1995), “The Changing Practices of Work”, *International Center for Labour Studies*, Manchester.
- Bidet, Jacques y Texier, Jacques (1995), *La Crise du Travail, Actuel Marx Confrontation*, París, Presses Universitaires de France.
- Bihr, Alain (1991), *Du “Grand Soir” a “L’Alternative”: le Mouvement Ouvrier Européen en Crise*, París, Les Éditions Ouvrières. (Edición brasileña: San Pablo, Boitempo, 1998, colección *Mundo do Trabalho*.)
- Brenner, Robert (1999), “A Crise Emergente do Capitalismo Mundial: do Neoliberalismo à Depressão”, in *Outubro* N° 3, San Pablo, Xamá.
- Caffentzis, George (1997), “Why Machines Cannot Create Value: or Marx’s Theory of Machines”, in Davis, Jim, op. cit.
- Callinicos, Alex e Barman, Chris (1989), *The Changing Working Class*, Londres, Bookmarks, Londres.

- Carchedi, Guglielmo (1997), "High-Tech Hype: Promises and Realities of Technology in the Twenty-First Century", in Davis, Jim, op. cit.
- Castel, Robert (1998), *As Metamorfoses da Questão Salarial*, Rio de Janeiro, Vozes.
- Castillo, Juan J. (1996), *Sociología del Trabajo*, Madrid, CIS.
- (1996a), "A la Búsqueda del Trabajo Perdido", in Pérez Agote, A. y Yucera, I., *Complejidad y Teoría Social*, Madrid, CIS.
- Castro, Nadya (comp.) (1995), *A Máquina e o Equilibrista: Inovações na Indústria Automobilística Brasileira*, San Pablo, Paz e Terra.
- Chesnais, François (1996), "Contribution au Débat sur le Cours du Capitalisme à la fin du XX Siècle", *Actualiser l'Économie de Marx, Actuel Marx Confrontation*, Paris, Presses Universitaires de France.
- (1996) *A Mundialização do Capital*, San Pablo, Xamá.
- Colli, Juliana (1997), *O Façomismo pelo Averso*, tesis de maestría, Campinas, IFCH/UNICAMP.
- Coriat, Benjamin (1992), *Pensar al Revés: Trabajo y Organización en la Empresa Japonesa*, México/Madrid, Siglo XXI.
- Costa, Isabel y Garanto, Annie (1993), "Entreprises Japonaises et Syndicalisme en Europe", in Freyssinet, J., op. cit.
- Coutinho, Carlos Nelson (1996), "Lukács. A Ontologia e a Política", in Antunes, Ricardo e Rego, Walquíria (comp.), *Lukács: Um Galileu no Século XX*, San Pablo, Boitempo.
- Davis, Jim, Hirschl, Thomas y Stack, Michael (1997), *Cutting Edge: Technology, Information, Capitalism and Social Revolution*, Londres/Nueva York, Verso.
- Dockers Charter* (1997), N° 21, nov. Publicado por el *Liverpool Dockers Shop Stewards' Committee*, Liverpool.
- Druck, Maria da Graça (1999), *Terceirização: (Des)fordizando a Fábrica*, San Pablo, Boitempo.
- Dussel, Enrique (1995), "Sentido Ético de la Rebelión Maya de 1994 en Chiapas", *Chiapas Insurgente*, Navarra, Txlaparta.
- Elger, Tony (1997), "Manufacturing Myths and Miracles: Work Reorganization in British Manufacturing since 1979", *Centre for Comparative Labour Studies*, Universidad de Warwick.
- Elias, Norbert (1998), *Sobre o tempo*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar.
- Fontenelle, Isleide (2002), *O Nome da Marca (McDonald's, Fetichismo e Cultura Descartável)*, San Pablo, Boitempo.
- Foreign Affairs* (1994), enero/febrero, vol. 71, N° 1.
- Forster, John (1999), "Is Overcompetition the Problem?", in *Monthly Review*, vols. 51-2, Jun., Nueva York.
- Freyssinet, Jacques (comp.) (1993), *Syndicats d'Europe*, in *Le Mouvement Social*, N° 162, en.-mar., Paris, Éditions Ouvrières.
- Fumagalli, Andrea (1996), "Composizione di Classe e Modificazioni del Lavoro nell'Italia degli Anni Novanta", in *Il Sapere delle Lotte, Saggi sulla Composizione di Classe*, Trípoli, Pino, Milán, Spray Edizioni.

- Galvao, Andrea (1996), *Participação e Fragmentação: A Prática Sindical dos Metalúrgicos do ABC*, tesis de maestría, IFCH/UNICAMP, Campinas.
- Garrahan, P. y Stewart, P. (1992), *The Nissan Enigma: Flexibility at Work in a Local Economy*, Londres, Mansell.
- Gibson, Dot (1997), "The Sacked Liverpool Dockers Fight for Reinstatement", 26 nov., Liverpool.
- (1996), "International Conference of Dockworkers Called by the Liverpool Dockers Shop Stewards' Committee", 25 feb., Liverpool.
- Giddens, Anthony (1998), *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Londres, Polity Press.
- (1999), "A Terceira Via em Cinco Dimensões", in *Folha de S. Paulo, Mais!*, 21 feb., San Pablo.
- Goethe, Johann W. (1994), *Os anos de aprendizado. Wilhelm Meister*, San Pablo, Ensaio.
- Gorender, Jacob (1997), "Globalização; Tecnologia e Relações de Trabalho", in *Estudos Avançados*, San Pablo, IEA-USP.
- Gorz, André (1990), "The New Agenda", in *New Left Review*, N° 184, Londres.
- (1990a) "Pourquoi la Société Salariale à Besoin de Nouveaux Valets", in *Le Monde Diplomatique*, 22 jun., Paris.
- Gounet, Thomas (1997), "La Stratégie 'Japonaise' de Iorissen", in *Études Marxistes*, N° 37, may.-jun, Bruselas.
- (1992), "Penser à l'Envers... Le Capitalisme", in *Dossier Toyotisme, Études Marxistes*, N° 14, mayo, Bruselas.
- (1991), "Luttes Concurrentielles et Stratégies d'Accumulation dans l'industrie Automobile", in *Études Marxistes*, N° 10, mayo, Bruselas.
- Gracioli, Edilson (1997), *Um Caldeirão Chamado CSN*, Uberlândia, Edufu.
- Gray, Anne (1998), "New Labour – New Labor Discipline", in *Capital & Class*, N° 65, verano, Londres.
- Habermas, Jürgen (1991), *The Theory of Communicative Action: "Reason and the Rationalization of Society"*, Vol. 1, Londres, Polity Press.
- (1992) *The Theory of Communicative Action (The Critique of Functionalist Reason)*, Vol. II, Londres, Polity Press.
- (1989) 'The New Obscurity', in *The New Conservatism: Cultural Criticism and the Historians' Debate*, Cambridge, Polity Press.
- (1975) "Técnica e Ciência como 'Ideologia' ", *Os Pensadores*, abril, San Pablo.
- Hard Labour: Stress, Ill-health and Hazardous Employment Practices* (1994), Londres Hazard Centre, Londres.
- Harvey, David (1996) "Flexible Accumulation through Urbanization", in Amin, Ash, op. cit.
- (1992) *A Condição Pós-Moderna*, San Pablo, Loyola.
- Harvie, David (1997), "Review of the Death of Class", in *Capital & Class*, N° 62, verano, Londres.

- Hirata; Helena (1995) "Rapports Sociaux de Sexe et Division du Travail", in Bidet, Jacques y Texier, Jacques. *La Crise du Travail. Actuel Marx Confrontation*, París, Presses Universitaires de France.
- (1993). "Paradigmes du Travail: Un Point de Vue Transversal", in *Paradigmes du Travail, Future Antérieur*, N° 16, París, L'Harmattan.
- (2002). *Nova Divisão Sexual do Trabalho?*, San Pablo, Boitempo. Colección Mundo do Trabalho.
- Hirsch, Joachim (1997). *Globalización, Transformación del Estado y Democracia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Holloway, John (1997). "A Note on Alienation", in *Historical Materialism*, N° 1, otoño, Londres, London School of Economics.
- (1987). "The Red Rose of Nissan", in *Capital & Class*, N° 3, verano, Londres.
- Ianni, Octávio (1996). *A Era do Globalismo*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Ichiyo, Muto (1995). *Toyotismo: Lucha de Clases e Innovación Tecnológica en Japón*, Buenos Aires, Antidoto.
- Japan Press Weekly* (1998), feb., Tokio.
- Jinkings, Nise (1995). *O Mister de Fazer Dinheiro*, San Pablo, Boitempo.
- Kamata, Satoshi (1982). *Japan in the Passing Lane: An Insider's Account of Life in a Japanese Auto Factory*, Nueva York, Pantheon Books.
- Kelly, John (1995). "Union Militancy and Social Partnership", in Ackers, P. et al, op. cit.
- Kenney, Martin (1997). "Value Creation in the Late Twentieth Century: The Rise of the Knowledge Worker", in Davis, Jim, op. cit.
- Klein, Naomi (2002). *Sem Logo*, Rio de Janeiro, Editora Record.
- Kurz, Robert (1997). *Os Últimos Combates*, Rio de Janeiro, Vozes.
- (1992). *O Colapso da Modernização*, San Pablo, Paz e Terra.
- Lavinas, Lena (1996). "Aumentando a competitividade das mulheres no mercado de trabalho", *Estudos Feministas*, Año 4 N° 1, Rio de Janeiro.
- Lazzarato, Maurizio (1993). "Le Cycle de la Production Immatérielle", in *Paradigmes du Travail, Futur Antérieur*, N° 16, París, L'Harmattan.
- (1992). "Le Concept de Travail Immatériel: la Grande Entreprise", in *Paradigmes du Travail, Futur Antérieur*, N° 10, París, L'Harmattan.
- Lessa, Sergio (1997). *Trabalho e Ser Social*, Maceió, Edufal/UFC.
- Levrero, Renato (1997). "Sol Ponente e Vento Dall'Est", in *AltrEuropa*, año 3, N° 7, Milán.
- Lima, Eurenice (1996). *A Construção da Obediência*, tesis de maestría, IFCH/UNICAMP, Campinas.
- Lojkine, Jean (1995). "De la Révolution Industrielle à la Révolution Informatique", in Bidet, Jacques y Texier, Jacques, op. cit.
- (1995a). *A Revolução Informacional*, San Pablo, Cortez.
- Löwy, Michael (1999). "Marx e Weber, Críticos do Capitalismo", in *Cultura Vozes*, N° 2, mar.-abr., Rio de Janeiro.
- (1998). "Habermas et Weber", in dossier *Habermas: une politique délibérative*, *Actuel Marx* N° 24, París, P.U.F.

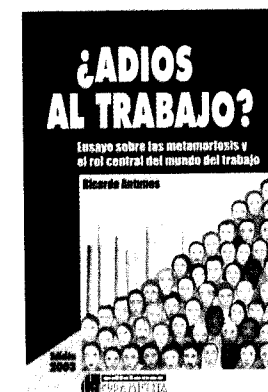
- Lukács, Georg (1980). *The Ontology of Social Being: Labour*, Londres, Merlin Press. (*Ontologia del ser social: El trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2004.)
- (1981). *Ontologia Dell'Essere Sociale II*; Vol. 1 y 2, Roma, Riuniti.
- (1987). "Prefacio" (1971) a *Sociologia de la Vida Cotidiana*, de Agnes Heller, Barcelona, Península.
- Maar, Wolfgang Leo (1996). "A Reificação como Realidade Social", in Antunes, R. y Rego, W. (comp.), *Lukács: Um Galileu no Século XX*, San Pablo, Boitempo.
- Magri, Lucio (1991). "The European Left Between Crisis and Refoundation", *New Left Review*, N° 189, Londres.
- Mandel, Ernest (1986). "Marx, La Crise Actuelle et l'Avenir du Travail Humain", *Quatrième Internationale*, N° 2, París.
- Marques, Rosa M. (1997). *A Proteção Social e o Mundo do Trabalho*, San Pablo, Biental.
- Marx, Karl (1971) *O Capital*, Vol. 1/1. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira. (*El capital*, I, México, FCE, 1973.)
- (1974). *O Capital*, Vol. 3/6, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira. (*El capital*, III, México, FCE, 1973.)
- (1974). *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Middlesex, Penguin Books. (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI, 1989.)
- (1994) *Chapter Six*, in Marx, K. & Engels, J.F., *Collected Works*, Vol. 34, Londres, Lawrence & Wishart. (*Libro I, Capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI, 1997.)
- Mazzetti, Giovanni (1997). *Quel Pane da Spartire: Teoria Generale della Necessità di Redistribuire il Lavoro*, Turin, Bollati Boringhieri.
- McIlroy, John (1997). "The Enduring Alliance?: Trade Unions and the Making of New Labour 1994-1997", *International Centre for Labour Studies*, Manchester.
- (1996). "Trade Unions in Retreat: Britain Since 1979", *International Centre for Labour Studies*, Manchester.
- (1995) *Trade Unions in Britain Today*, Manchester, Manchester University Press.
- McNally, David (1999). "Turbulence in the World Economy", in *Monthly Review*, Vol. 51-2, jun. Nueva York.
- Méda, Dominique (1997). *Società Senza Lavoro: Per Una Nuova Filosofia Dell'Occupazione*, Milán, Feltrinelli.
- Mészáros, István (1995). *Beyond Capital (Towards a Theory of Transition)*, Londres, Merlin Press. (*Más allá del Capital. Hacia una teoría de la transición*, Caracas, Vadell, 1999.)
- (1989). *The power of Ideology*, Nueva York, Harvester Wheatsheaf.
- (1986). *Philosophy, Ideology & Social Science*, Sussex, Wheatsheaf Books.
- Mourlaux, René (1991). *Les Syndicats Européens a l'Épreuve*, París, Presse de la Fondation Nationale.
- Muckenberger, Ulrich (1997). "Trabalho, Modernização e Integração Social", in Ferreira, Leila da Costa (comp.), *A Sociologia no Horizonte do Século*, San Pablo, Boitempo.

- Murray, Fergus (1983), "The Decentralisation of Production - The Decline of the Mass-Collective Worker?", *Capital & Class*, Nº 19, Londres.
- Negri, Toni y Hardt, Michael (1998/99), "Mutación de Actividades, Nuevas Organizaciones", *El Rodaballo*, año V, Nº 9, Buenos Aires.
- Netto, José Paulo (1998), "Prólogo" al *Manifesto do Partido Comunista*, San Pablo, Cortez.
- Nogueira, Arnaldo (1998), *A Modernização Conservadora do Sindicalismo Brasileiro*, San Pablo, Educ/FAPESP.
- (1996) *Trabalho e Sindicalismo no Estado Brasileiro*, tesis de doctorado, IFCH/UNICAMP, Campinas.
- Offe, Claus (1989), "Trabalho como Categoria Sociológica Fundamental?", *Trabalho & Sociedade*, Vol. I, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- y Berger, Johannes (1991), "A Dinâmica do Desenvolvimento do Setor de Serviços; in Offe, C., *Trabalho & Sociedade*, Vol. II, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- Oldrini, Guido (1993), "Lukács e la Via Marxista al Concetto di 'Persona'", *Marxismo Oggi*, año VI, Nº 1 (Nova Serie), Milán.
- Oliveira, Francisco (1997), *Os Direitos do Anti-Valor*, Río de Janeiro, Vozes.
- Outhwaite, William (1994), *Habermas: A Critical Introduction*, Londres, Polity Press.
- Padilha, Valquíria (1995), *Tempo Livre e Racionalidade Econômica: Um Par Impefeito*, tesis de maestría, IFCH/UNICAMP, Campinas.
- Pakulski, Jan y Waters, Malcolm (1996), *The Death of Class*, Londres, Sage Publications.
- Paoletti, Grazia (1998), *Dossier sobre "Riduzione dell'orario e Disoccupazione"*, in *Marxismo Oggi*, 2, Milán, Teti Editore.
- Pelling, Henry (1987), *A History of British Trade Unionism*, Londres, Penguin Books.
- Petras, James (1997), "Latin America: The Resurgence of the Left", in *New Left Review*, Nº 223, Londres.
- Pilger, John (1998), "Workers Done Down", in *The Guardian*, 29 de enero.
- Pollert, Anna (1996), "'Team work' on the Assembly Line: Contradiction and the Dynamics of Union Resilience", in Ackers, P. et al., op. cit.
- Possan, Magali (1997), *A Malha Entrecruzada das Ações*, Campinas, Centro de Memória/UNICAMP.
- Ramalho, José R. y Martins, Heloisa (comps.) (1994), *Terceirização: Diversidade e Negociação no Mundo do Trabalho*, San Pablo, Hucitec.
- Ramtin, Ramin (1997), "A Note on Automation and Alienation", in Davis, Jim, op. cit.
- Ranieri, Jesus (1995), *Alienação e Estranhamento nos Manuscritos Econômico-filosóficos de Marx*, tesis de maestría em Sociologia, IFCH/Unicamp, Campinas.
- Rifkin, Jeremy (1995), *O Fim dos Empregos*, San Pablo, Makron Books.
- Rosanvallon, Pierre (1988), *La Question Syndicale*, París, Calmann-Lévy.
- Sabel, C. y Piore, M. (1984), *The Second Industrial Divide*, Nueva York, Basic Books.

- Sader, Emir (1997), "Para um novo Internacionalismo", in *O poder, cadê o poder?*, San Pablo, Boitempo.
- Saffioti, Heleieth (1997), "Violência de gênero - lugar da práxis na construção da subjetividade", *Lutas sociais*, Nº 2, PUC, San Pablo.
- Sayer, Andrew (1986), "New Developments in Manufacturing: The Just-in-Time System", *Capital & Class*, Nº 30, invierno, Londres.
- Scarponi, Alberto (1976), "Prefazione", in Lukács, G., *Ontologia Dell'Essere Sociale*, I, op. cit.
- Segnini, Liliana (1998), *Mulheres no Trabalho Bancário*, San Pablo, Edusp/FAPESP.
- Seoane, Jose y Taddei, Emilio (2001), "De Seattle a Porto Alegre: Pasado, Presente y Futuro del Movimiento Anti-Mundialización Neoliberal", in *Resistencias Mundiales (De Seattle a Porto Alegre)*, Buenos Aires, CLACSO.
- Singer, Daniel (1997), "The French Winter of Discontent", *Monthly Review*, Vol. 49, Nº 3, jul.-ago., Nueva York.
- Shimizu, Koichi (1994), "Kaizen et Gestion du Travail chez Toyota Motor et Toyota Motor Kyushu: Un Problème dans la Trajectoire de Toyota", *GERPISA Réseau Internationale*, jun., París.
- Soares, José de Lima (1998), *Sindicalismo no ABC Paulista: Reestruturação Produtiva e Parceria*, Brasília, Centro de Educação Popular.
- Soon, Hochul (1997), "The 'Late Blooming' of the South Korean Labour Movement", in *Monthly Review*, Vol. 49, Nº 3, jul.-ago., Nueva York.
- Stephenson, Carol (1996), "The Different Experience of Trade Unionism in Two Japanese Transplants", in Ackers, P. et al., op. cit.
- Strange, Gerald (1997), "The British Labour Movement and Economic and Monetary Union in Europe", in *Capital & Class*, Nº 63, otoño, Londres.
- Stewart, Paul (1997), "Striking Smarter and Harder at Vauxhall: the New Industrial Relations of Lean Production", in *Capital & Class*, Nº 61, primavera, Londres.
- Takaichi, Tsugio (1992), "Rapport sur le Mouvement Ouvrier au Japon", in *Dossier Toyotisme, Études Marxistes*, Nº 14, mayo, Bruselas.
- Taylor, Andrew (1989), *Trade Unions and Politics*, Londres, Macmillan.
- Teague, Paul (1997), "New Institutionalism and the Japanese Employment System", in *Review of International Political Economy*, Vol. 4, Nº 3, otoño, Brighton, Routledge, Universidad de Sussex.
- Tertulian, Nicolas (1993), "Le Concept d'Aliénation chez Heidegger et Lukács", in *Archives de Philosophie - Recherches et Documentation*, 56, jul.-set., París.
- (1990), "Introduzione", in Lukács, Gyorgy, *Prolegomini all'Ontologia dell'Essere Sociale: Questioni di Principio di un'Ontologia Oggi Divenuta Possibile*, Roma, Guerini e Associati.
- Teixelra, Francisco y Oliveira, Manfredo (comps.), (1996), *Neoliberalismo e Reestruturação Produtiva*, Fortaleza y San Pablo, Cortez, UECE.
- Tomaney, John (1996), "A New Paradigm of Work Organisation and Technology?", in Amin, Ash, op. cit.

- Tosel, André (1995), "Centralité et Non-Centralité du Travail ou la Passion des Hommes Superflus", in Bidet, Jacques y Texier, Jacques, op. cit.
- Vega Cantor, Renán (1999), *El Caos Planetario*, Buenos Aires, Antídoto, Colección Herramienta.
- Vincent, J.-Marie (1995), "Flexibilité du Travail et Plasticité Humaine", in Bidet, Jacques e Texier, Jacques, op. cit.
- (1993), "Les Automatismes Sociaux et le 'General Intellect'", in *Paradigmes du Travail, Futur Antérieur*, N° 16, Paris, L'Harmattan.
- Visser, Jelle (comp.) (1993), "Syndicalisme et Désyndicalisation" in Freyssinet, J., op. cit.
- Wood, Ellen (1997), "Modernity, Posmodernity or Capitalism?", in *Review of International Political Economy*, Vol. 4, N° 3, otoño. Brighton, Routledge, Universidad de Sussex.
- (1997a), "Labor, the State and Class Struggle", in *Monthly Review*, vol. 49/3, julio-ago., Nueva York.
- Wood, Stephen (comp.) (1989), *The Transformation of Work?: Skill, Flexibility and the Labour Process*, Londres, Unwin Hyman.

También de Ricardo Antunes:



¿Adiós al trabajo?
de Ricardo Antunes
segunda edición

TEL

**Taller de Estudios
Laborales**

www.tel.org.ar

tel@tel.org.ar



**Herramienta
ediciones**

www.herramienta.com.ar

revista@herramienta.com.ar